

El espacio público en la ciudad contemporánea. Perspectivas críticas sobre su gestión, su patrimonialización y su proyecto

Viladevall I. Guasch, Mireia

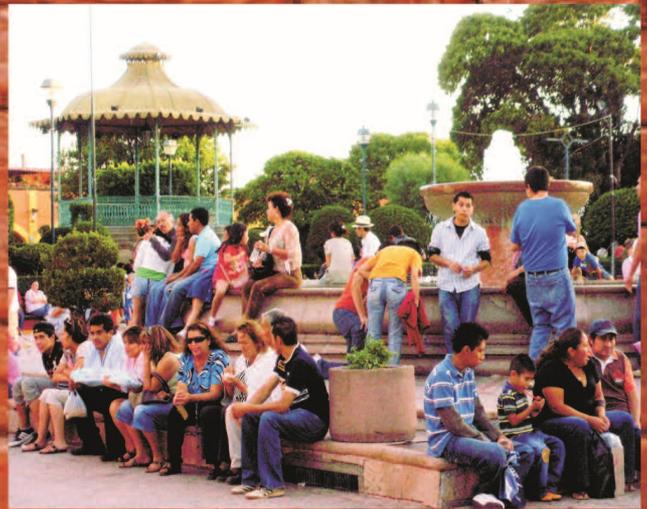
2012

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/4196>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

EL ESPACIO PÚBLICO EN LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA

Perspectivas críticas sobre su gestión,
su patrimonialización y su proyecto



MIREIA VILADEVALL I GUASCH

MARÍA A. CASTRILLO ROMÓN

(Coordinadoras)



EL ESPACIO PÚBLICO EN LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA

**Perspectivas críticas sobre su gestión, su patrimonialización
y su proyecto**





EL ESPACIO PÚBLICO EN LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA

**Perspectivas críticas sobre su gestión, su patrimonialización
y su proyecto**

**MIREIA VILADEVALL I GUASCH
MARÍA A. CASTRILLO ROMÓN
(Coordinadoras)**

**UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA PUEBLA
INSTITUTO UNIVERSITARIO DE URBANÍSTICA
Y SECRETARIADO DE PUBLICACIONES E INTERCAMBIO EDITORIAL
DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID (ESPAÑA)
2012**

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA PUEBLA
Biblioteca Interactiva Pedro Arrupe SJ
Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación

El Espacio público en la ciudad contemporánea : perspectivas críticas sobre su gestión, su patrimonialización y su proyecto.

1. Espacios públicos. 2. Urbanismo - Aspectos ambientales.
3. Arquitectura y sociedad. I. Viladevall i Guasch, Mireia, coord.
II. Castrillo Romón, María A, coord. III. t.

HT 166 E866.2012

Primera edición mexicana, 2012

DR © Los autores

© Universidad Iberoamericana Puebla, Boulevard del Niño Poblano 2901, Unidad Territorial Atlixcáyotl. C.P. 72430, Puebla (Pue.) (México) libros@iberopuebla.edu.mx

© Instituto Universitario de Urbanística de la Universidad de Valladolid. Escuela Técnica Superior de Arquitectura, Avenida de Salamanca, s/n. 47014 Valladolid (España)

© Secretariado de publicaciones e intercambio editorial de la Universidad de Valladolid. C/ Juan Mambrilla, 14. 47003 Valladolid (España)

Coordinación

Mireia Viladevall i Guasch y María A. Castrillo Romón

Traducciones

María A. Castrillo Romón

Coordinación editorial

Ricardo Escárcega Méndez

Formación tipográfica, cuidado de edición y diseño de portada

Juan Jorge Ayala

Fotografías de portada

Mireia Viladevall i Guasch/Óscar Ramírez del Palacio

ISBN de la edición española: 978-84-8448-557-5

ISBN de la edición mexicana: 978-607-7901-10-5

Impreso en México

Printed in Mexico

ÍNDICE

Presentación

[7]

DEVENIR

ALAIN MUSSET

***Entre «fantasía social» y «paisajes simulados»: espacios públicos,
ciudades privadas y ciudadanía***

[11]

JEAN-PIERRE GARNIER

Del espacio público al espacio publicitario. Odysseum en Montpellier (Francia)

[25]

HELENA VILLAREJO GALENDE

Privatizando las calles: el BID Bang

[43]

ROSA MOURA

Calles: patrimonio público del carnaval en Brasil

[63]

PATRIMONIO

MIREIA VILADEVALL I GUASCH

La utopía de lo urbano patrimonial o herejías sobre el patrimonio urbano

[79]

ANA ROSAS MANTECÓN

***Patrimonialización y usos del espacio público. Las batallas por el Zócalo
de la ciudad de México***

[87]

SALVADOR DÍAZ-BERRIO FERNÁNDEZ
Espacios públicos: necesarios, perdidos y recuperables
[99]

MARÍA PATRICIA PENSADO LEGLISE
El reconocimiento patrimonial como estrategia vecinal
[109]

PROSPECTIVA

JUAN LUIS DE LAS RIVAS SANZ
El espacio público y lo urbano cotidiano: ideas para un proyecto renovado
[123]

ALESSIA DE BIASE
De la necesidad de la incertidumbre, la lentitud y la gratuidad
[143]

SILVANO A. DE LA LLATA GONZÁLEZ
Resistencia urbana: interpretaciones alternativas del espacio público
[149]

CARLOS FRANCISCO VALVERDE DÍAZ DE LEÓN
Urbs, civitas y polis: ¿cómo imaginar el mañana?
[167]

MARÍA A. CASTRILLO ROMÓN
***Los habitantes en la reconstrucción del espacio público.
Reflexiones sobre la regeneración de barrios periféricos en España***
[179]

ISABEL BARGALLÓ SÁNCHEZ
Montbau (Barcelona), un polígono modelo, ¿patrimonio urbano moderno?
[201]

OLGA FRA GÁLVEZ y MIGUEL ÁNGEL REIMÚNDEZ GONZÁLEZ
***La autogestión vecinal en el futuro del patrimonio construido: reflexiones
al hilo de Ferrol Vello y el barrio moderno de Recimil (Ferrol, España)***
[215]

Los autores
[223]

PRESENTACIÓN

El trabajo de autores europeos y americanos provenientes de un largo número de disciplinas (urbanística, antropología, sociología, historia, derecho, geografía y arquitectura) confluye en este libro que aborda la cuestión del espacio público desde una perspectiva que podríamos calificar de ética: la preocupación por el devenir actual y las perspectivas de futuro de ese bien común que, como sostiene Henri Lefebvre, es esencia misma de la ciudad.

Tomando como punto de partida esta concepción lefebvriana del espacio público, resultaba especialmente oportuno no ceñirse a un ámbito geográfico ni disciplinar. De ahí la pluralidad de voces y experiencias que se recogen en este libro en un intento de reflexión trasatlántica que navega entre la ciudad y sus espacios públicos, entre el presente y el futuro imaginado.

Esta opción encierra algunos desafíos. En un mismo volumen se reúnen reflexiones referidas a ciudades nacidas a ambas orillas del mar océano que no comparten la misma historia ni la misma realidad física, política, económica ni social; ciudades que además son vistas (vividias y pensadas) con diferentes miradas –con perspectivas distintas– sobre esa realidad poliédrica que es lo público de la ciudad, desde el espacio físico a la fiesta. En este sentido, la obra que se presenta aquí es un compendio de diversidades y complementariedades con algún conflicto o contradicción, como lo es el propio espacio público. Probablemente, ahí radique su valor pero también su desafiante complejidad.

En orden de facilitar la comprensión del conjunto, los textos se han organizado en tres partes. La primera se centra en el *devenir* actual de los espacios públicos, marcado, precisamente, por el cuestionamiento o la pérdida de su condición de públicos. El espejo de las ciudades de ficción que nos propone Musset nos devuelve la imagen de la “muerte” de los espacios públicos en la ciudad contemporánea. Garnier y Villarejo, desde dos perspectivas bien distintas, sociológica la una, jurídica la otra, señalan determinadas experiencias de fomento de la actividad comercial en las ciudades como responsables en cierta medida de ese óbito. La invitación que de aquí se desprende a reflexionar sobre ese lugar común tan extendido que identifica comercio y vitalidad del espacio público se hace extensiva, con la contribución de Moura, a la fiesta. Esta autora se refiere al carnaval brasileño desde una óptica básicamente antropológica y pone de relieve la progresiva privatización y resignificación social de la fiesta y la erosión que esto produce en los espacios públicos.

La segunda parte del libro gira en torno al concepto de *patrimonio* en sus diferentes conjugaciones con el espacio público. Aquí los textos de los diferentes autores cobran un carácter más polifónico y quedan lejos de componer una imagen unitaria. Mientras Viladevall y Rosas reflexionan sobre las servidumbres políticas implícitas en la concepción de lo patrimonial en los discursos dominantes sobre la ciudad y el espacio público, Díaz-Berrio aporta una perspectiva que es, en buena medida, institucional al tiempo que crítica con determinadas políticas y sus efectos sobre algunos espacios públicos especialmente relevantes. Pensado, por su parte, se sirve de la historia oral para interrogarse sobre la patrimonialización de los espacios ordinarios y aproximarse a los mecanismos de la construcción popular de los valores y significados patrimoniales de las edificaciones vinculadas a la vida cotidiana.

La última parte de este libro (*Prospectiva*) reúne colaboraciones que lanzan una mirada constructiva hacia el futuro de los espacios públicos. De las Rivas y De Biase reflexionan, con una perspectiva claramente proyectual, sobre los criterios generales que deberían regir la concepción formal de los espacios públicos contemporáneos. Y hay que destacar que, aunque sus ópticas y sus lenguajes son muy distintos, ambos coinciden en un único punto que tiene el valor de un verdadero revulsivo para la ideación de los espacios públicos: la reivindicación de la incertidumbre. De la Llata ubica su texto en una perspectiva también proyectual que arranca, en su caso, de la crítica a los espacios públicos del urbanismo funcionalista. Como Castrillo y Valderde, los tres tomando como referencias realidades y escalas urbanas muy diferentes, se interrogan por la posibilidad de una ciudad más incluyente, más democrática o más justa, según el caso, y apuntan los criterios o los acontecimientos sobre los que la transformación podría arraigar. Finalmente, dos contribuciones versan sobre el futuro (de-seable) del patrimonio urbano: Bargalló, tomando como excusa un barrio barcelonés emblemático, reflexiona sobre la conveniencia de la consideración patrimonial del urbanismo funcionalista y Fra y Reimúndez, desde una doble óptica urbanística técnica y política, se adentran en la defensa de recentrar la concepción del patrimonio, abandonando las posiciones historicistas y monumentalizantes y apostando por un sentido más social y autogestionario.

Como coordinadoras de esta obra, no podemos sino agradecer su interés y apoyo a todos aquellos que de alguna manera han estado involucrados en este esfuerzo colectivo, comenzando por los colaboradores que han prestado su fe y compromiso con este proyecto editorial y por quienes, por diversas causas, tuvieron que abandonarlo en algún punto de su singladura. Pero las ideas, las energías y las palabras aquí vertidas no podrían haberse concretado bajo la forma de un libro si no hubiese sido por el apoyo de las instituciones universitarias que han prestado su amparo al proyecto, a quienes expresamos igualmente nuestra gratitud: el Instituto Universitario de Urbanística y el Secretariado de publicaciones e intercambio editorial de la Universidad de Valladolid y la Universidad Iberoamericana Puebla.

Mireia Viladevall y María A. Castrillo



DEVENIR





ENTRE “FANTASÍA SOCIAL” Y “PAISAJES SIMULADOS”:
ESPACIOS PÚBLICOS, CIUDADES PRIVADAS Y CIUDADANÍA*

Alain Musset

INTRODUCCIÓN

La ciencia-ficción no pretende solucionar los grandes problemas que afectan nuestras sociedades modernas o posmodernas, pues no le corresponde idear utopías sociales tal como lo hicieron, entre muchos otros, Thomas More o Tomaso Campanella, sino criticar el presente y poner en tela de juicio el futuro para reflejar y amplificar los grandes miedos de nuestros tiempos. Con todo, tomando la palabra al pie de la letra, cada obra de ciencia-ficción puede ser considerada como un Apocalipsis, es decir una revelación, el anuncio escatológico de una amenaza inmanente.¹ Y de cierta forma el *Apocalipsis* de San Juan no es sino la primera obra de ciencia-ficción. No es por casualidad que en la *Metrópolis* de Fritz Lang, cuando los obreros y proletarios de la ciudad subterránea empiezan a romper las puertas de la Nueva Torre de Babel para vengarse de sus amos, el realizador nos enseña que el hijo del jefe de la ciudad maldita está leyendo en su sillón la obra del eremita de Patmos:

“Y clamó con fortaleza en alta voz, diciendo: caída es, caída es la grande Babilonia, y es hecha habitación de demonios, y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de todas aves sucias y aborrecibles” (Apocalipsis, 18).²

* Este artículo es la versión ampliada y profundizada de una ponencia presentada en el coloquio internacional “Transformaciones del espacio público” (Programa Chile-Francia en Ciencias sociales, humanidades, artes y comunicaciones, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 21, 22 y 23 abril de 2008) y publicada bajo el título “Entre Delta City (*Robocop*) y Celebration (*Disney*): espacios públicos, ciudades privadas y ciudadanía”, en II Escuela Chile-Francia, Transformaciones del Espacio público, Santiago de Chile: Universidad de Chile y Ambassade de France au Chili, 2008, pp. 37-47.

El título escogido para este capítulo hace referencia a Mike Davis quien, en *Beyond Blade Runner: Urban Control, The Ecology of Fear*, habla de *social fantasy* y *simulacral landscapes* para poner en tela de juicio la ciudad norteamericana contemporánea.

¹ En su novela *Snow Crash*, Neal Stephenson no dudó en armar una palabra nueva “infocalypse” para profetizar la muerte de la red informática mundial, en relación con la mítica ciudad de Babel cuya destrucción tuvo por consecuencia la dispersión de los pueblos y la multiplicación de los idiomas (Stephenson, 2003: 107).

² *La Biblia*, versión Reina-Valera de 1909 (<http://www.ifdb.ws/nuevotestamento/Apocalipsis.php>)

De hecho, la prostituta de Babilonia que aparece en la película bajo la forma del robot con cara y cuerpo de mujer no es sino la metáfora de la gran ciudad que abarca todos los males de la sociedad contemporánea: “vi una mujer sentada sobre una bestia bermeja llena de nombres de blasfemia y que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y de escarlata, y dorada con oro, y adornada de piedras preciosas y de perlas, teniendo un cáliz de oro en su mano lleno de abominaciones y de la suciedad de su fornicación; y en su frente un nombre escrito: misterio, Babilonia la grande, la madre de las fornicaciones y de las abominaciones de la tierra” (Apocalipsis, 17).³

Ahora bien, en el gran catálogo de las patologías urbanas (“las abominaciones de la tierra”) que afectan todas las ciudades del futuro (destrucción de la Naturaleza, conflictos ambientales, segregación social, fragmentación espacial, auge de la criminalidad organizada, violencia cotidiana, corrupción de los sistemas políticos...), el anuncio de la desaparición de los espacios públicos y de la privatización absoluta de los modos de vida juega un papel fundamental ya que, al imaginar un mundo donde la ciudad ya perdió todo sentido político, la ciencia-ficción cuestiona la noción misma de ciudadanía –es decir la base filosófica y moral de nuestras civilizaciones (Neveu, 1999).

Trabajar sobre ciudades ficticias que empujan hasta el final procesos urbanos observados en ciudades reales, permite además poner en tela de juicio las representaciones sociales que nutren nuestros imaginarios colectivos y, de cierta forma, influyen sobre nuestros modos de vida. Al escribir *Beyond Blade Runner: Urban Control, The Ecology of Fear* (1992), cuyo título es una referencia directa a la película de Ridley Scott (1982), Mike Davis no dudó en cruzar ciencia ficción y ciencias sociales para estudiar tanto la temática del encerramiento de los grupos sociales privilegiados como la relación ambigua que los habitantes de Los Ángeles desarrollaron con su propia realidad –en particular en el capítulo séptimo, titulado “Universos paralelos” (*Parallel Universes*): “La ciudad contemporánea se simula o se alucina a sí misma en por lo menos dos sentidos fundamentales. Primero, en la época de la cultura y economía electrónicas, la ciudad se desdobra por medio de la arquitectura compleja de sus redes de información y medios de comunicación [...] Segundo, la fantasía social es cada vez más materializada en paisajes simulados –parques temáticos, distritos “históricos”, plazas comerciales–, separados del resto de la metrópolis” (Davis, 1992).

Es así como, de manera lógica, la muerte anunciada (¡Apocalipsis!) de los espacios públicos en ciudades que ya no son el crisol de una identidad compartida sino un laboratorio donde se experimentan nuevos conflictos sociales u étnicos explica por qué el encerramiento de las comunidades puede ser presentado como una solución justa y equilibrada. Podemos ver al respecto la película angustiada de Rodrigo Pla, *La Zona* (2008), cuyo escenario no es sino un gran condominio cerrado, rodeado por los barrios pobres de la ciudad de México. Puesto que las distintas categorías de ciudadanos no pueden o no quieren compartir los mismos territorios, los espacios tradicionales del encuentro y del intercambio pierden todo sentido y se va desmoronando el sistema democrático que la ciudad pretendía simbolizar –por lo menos en las sociedades occidentales modernas para quienes el debate es la mejor manera de mantener la comuni-

³ *Idem.*

cación entre los grupos y los individuos-. Como lo destaca al respecto Paulo César da Costa Gomes en su libro *A Condição Urbana*: “[El espacio público] es también un lugar de conflictos, de problematización de la vida social, pero es sobre todo el terreno donde esos problemas son señalados y significados” (Costa Gomes, 2002: 164). Con la desaparición del poder municipal y la privatización de las entidades urbanas, ya no se habla de “espacio público” sino de “espacios comunes” para calificar los lugares de vida compartidos por los habitantes de un barrio (en particular los barrios cerrados o *gated communities*). Este cambio lingüístico expresa claramente la amenaza profetizada por los autores de ciencia-ficción de un mundo futuro donde la ciudad ya no será un cuerpo político como lo identificó Platon en *La República*, sino una “máquina de habitar” para usar la terminología de Le Corbusier en su obra famosa de 1935, *La ville radieuse*, prototipo controvertido de la modernidad urbana.

LA MUERTE ANUNCIADA DE LOS ESPACIOS PÚBLICOS

Para denunciar esta evolución hacia un mundo despolitizado y privatizado, la ciencia ficción no duda en hacer el retrato de espacios públicos desamparados y peligrosos en donde los habitantes de la ciudad ya no quieren arriesgarse –conformándose de esta forma con nuestras representaciones sociales de la ciudad moderna o posmoderna-. Las calles, plazas y lugares abiertos son el territorio de pandillas que ponen en peligro la seguridad de los transeúntes y aprovechan la debilidad de las fuerzas públicas para consolidar su predominio sobre barrios enteros. Sus modelos actuales podrían ser la Mara 18 (*Eighteen Street gang*) o la Mara Salvatrucha cuyos miembros controlan las calles no sólo de Los Ángeles sino también de muchas grandes ciudades americanas. En 2006, según las estadísticas escalofriantes divulgadas por Robert B. Loosle (FBI), los siete condados de la conurbación de Los Ángeles albergaban a 1,350 *street gangs* con un total de 175,000 miembros.⁴ En su novela *Metrophage*, Richard Kadrey evoca así las calles oscuras de la Los Ángeles del futuro donde sólo se adentran los marginados y los miembros descarados de los *street gangs* que pelean entre sí para aprovecharse del mercado tanto de las drogas como de la comida: “Las pandillas también se pusieron fuertes en esta noche caliente: los *Lizard Imperials* (con botas de piel de serpiente y lenguas quirúrgicamente partidas en dos), los *Zombie Analytics* (píxeles subcutáneos ofreciendo imágenes carnales y vacilantes de estrellas muertas del vídeo y del rock), los *anarchist-physician Croakers*, los *Yakuza Rebels* y los *Gypsy Titans*; hasta las *Naginata Sisters* estaban aquí, balanceando sus espadas y bebiendo en la esquina delante de la Orquídea de Hierro.”⁵

Consecuencia directa de esta evolución, el gran mercado dominical que se extendía a lo largo de doce cuadras cuando el héroe de la novela era joven, conformando un lugar privilegiado de encuentro y convivencia para todos los habitantes del barrio de *Fountain Avenue*, ya no rebasa dos manzanas y se está muriendo. Como lo dicen al respecto Rowana Martel y Sonia Baires para explicar la situación conflictiva actual de

⁴ <http://www.fbi.gov/congress/congress06/loosle100306.htm>

⁵ <http://www.voidspace.org.uk/cyberpunk/metrophage.shtml>

San Salvador (El Salvador): “La pérdida de ciertos usos, así como de la sociabilidad de los espacios públicos en San Salvador, está condicionada en buena medida por la violencia y la inseguridad que viene ocurriendo en la ciudad” (Martel y Baires, 2006: 119).

De la misma manera, en la Detroit de *RoboCop*,⁶ las calles de la ciudad son el escenario cotidiano de asaltos, secuestros y violaciones, así que pocos son los atrevidos que se arriesgan a recorrer esos lugares llenos de ruido y furor. En la Coruscant imaginada por los autores de la saga *Star Wars*, la situación llegó a tal punto que las calles desaparecieron físicamente de la superficie del planeta y sólo se encuentran en los bajos fondos de la megalópolis donde los pobres se esconden en sus tugurios (Musset, 2005: 133). Ahora bien, como ya lo decía Jane Jacobs en 1961, las calles y las plazas, es decir los lugares donde los habitantes pueden caminar, son la esencia de la vida ciudadana y de la urbanidad: “Las calles y sus aceras, los lugares públicos principales de una ciudad, son sus órganos más vitales. ¿Piense en una ciudad y qué viene a la mente? Sus calles. Si las calles de una ciudad parecen interesantes, la ciudad parece interesante; si ellas parecen aburridas, la ciudad parece aburrida” (Jacobs, 1993: 37).

Los contactos cotidianos, el conocimiento del otro y las relaciones entre vecinos permiten a la calle conservar su rol de crisol urbano y mediador comunitario, siempre y cuando los transeúntes no se sientan afectados por el miedo y la barbaridad (“safe from barbarism and fear”), estas dos amenazas que, en las metrópolis modernas, destruyen el vínculo social (Ascher y Apel-Muller, 2007).

Al proponer de mitigar los efectos negativos de la modernidad que, supuestamente, afectaba tanto los paisajes urbanos como el cuerpo social de Bogotá, descomponiendo las relaciones tradicionales entre los habitantes de la ciudad y su entorno cotidiano, el gobierno municipal de la capital colombiana no dudó en conformarse de manera bastante utópica con el marco filosófico y urbanístico diseñado en su tiempo por Jane Jacobs: “una ciudad con espacios públicos peatonales amplios, abundantes y de gran calidad, en los que la gente pasa mucho tiempo, es una ciudad más igualitaria [...] En el espacio público peatonal todos nos encontramos iguales” (Alcaldía mayor de Bogotá D.C, 2001: 25-26).

De hecho, como lo dice Cynthia Gorrah-Gobin para criticar las nuevas formas urbanas que caracterizan las metrópolis norteamericanas: “La modernidad [...] menospreció también el valor de los espacios públicos como espacio privilegiado del aprendizaje de la alteridad, como puesta en escena de la sociedad civil en su diversidad social y cultural, y como soporte material de la construcción de una identidad colectiva que, a pesar de ser anclada espacialmente, se vive de manera efímera” (Gorrah-Gobin, 2001: 13).

Es así como, según Richard Sennet, el espacio público de las ciudades modernas perdió su función de lugar de reunión de la muchedumbre para convertirse en un lugar común y corriente de movilidad y circulación (Sennet, 1974: 23). De la misma manera, en la siguiente película de *RoboCop 2*,⁷ cuando el alcalde de Detroit se entera del proyecto urbano propuesto por la empresa OCP (*Omni Consumer Products*) para edificar una ciudad ideal llamada Delta City (conjunto urbano modernista que tiene

⁶ *RoboCop*, 1987, película de Paul Verhoeven, guión de Michael Miner y Edward Neumeier.

⁷ *RoboCop 2*, 1990, película de Irvin Kershner, guión de Frank Miller y Edward Neumeier.

mucho que ver con la ciudad del futuro diseñada antes de fallecer por Walt Disney bajo el acrónimo de EPCOT),⁸ el mandatario se queja de que “no habrá mucha vida de barrio, de esos barrios en donde a todos nos gustó crecer” –a lo cual le contesta el director de la empresa privada: “Hoy en día sus barrios ya no son sino tierra podrida donde proliferan las yerbas malas”.

En este sentido, la ciudad llamada “tradicional” cuyo modelo sigue vigente en Europa (el supuesto “Viejo Continente”) se opone al modelo de la metrópoli posmoderna diseñada *para y por* la circulación automóvil, puesto que en sus espacios abiertos (y sin embargo seguros) el peatón sigue jugando un papel fundamental: “No caminar es no conocer la ciudad. Todas las ciudades se revelan por medio de trayectos peatonales mágicos. El caminante es el artista esencial de la ciudad, el escribano de su novela, el diseñador de sus poemas, es su arquitecto imaginario” (Guest, 1996: 2).

DE LA CIUDAD SIN CALLES A LAS CALLES SIN CIUDAD

Por esta razón, el movimiento *New Urbanism* (Nuevo Urbanismo) ha criticado ciertos procesos socio-espaciales considerados al principio como “naturales” pero que están calificados ahora de males o enfermedades de la modernidad: pérdida de vitalidad de los centros, *urban sprawl*, segregación social y racial, deterioro del medio ambiente... Rindiendo homenaje tanto a Jane Jacobs como a Clifford D. Simak,⁹ esos arquitectos de una ciudad “neo-tradicional” quieren devolver a las calles y plazas su estatuto de espacio público y lugar de convivencia: “Las calles y plazas tienen que ser seguros, cómodos e interesantes para el peatón. Bien arreglados, favorecen el paseo y permiten a los vecinos conocerse y proteger su comunidad”.¹⁰ No es casualidad, pues, que la Carta Magna del Nuevo Urbanismo use la palabra *interesting* para calificar las calles que deben planearse en esos nuevos conjuntos urbanos: es una referencia directa a las ideas de Jane Jacobs (“If a city’s streets look interesting, the city looks interesting”). Por otra parte, según Jane Jacobs, una calle animada favorece la circulación permanente de los peatones y garantiza la seguridad colectiva de los habitantes ya que, a su juicio “se necesitan ojos para cuidar la calle” (Jacobs, 1991: 35). De la misma manera, los urbanistas que pertenecen a este movimiento hacen hincapié en los usos tradicionales de encuentro e intercambio que caracterizan los espacios públicos en general: “El primer objetivo de cualquier arquitectura urbana y diseño de paisaje es la definición física de calles y espacios públicos como sitios de uso compartido”.¹¹

⁸ EPCOT significa “Experimental Prototype Community of Tomorrow”. Esta ciudad utópica ha sido diseñada por Walt Disney para hacer resaltar el espíritu empresarial y el genio inventivo del pueblo americano. El proyecto no ha sido llevado a cabo y el EPCOT Center de hoy no es sino uno de los parques del Magic Kingdom de Florida.

⁹ Clifford D. Simak publicó en 1952 una novela de ciencia ficción cuyo título es muy llamativo: *City*. Al contrario de muchos de sus compatriotas, Simak considera que sólo en las ciudades “tradicionales” los seres humanos encuentran su razón de ser.

¹⁰ <http://www.cnu.org/charter> (*The block, the street, and the building*, n° 5)

¹¹ <http://www.cnu.org/charter> (*The block, the street, and the building*, n° 1)

Las comunidades de Seaside en Florida o de Laguna West en California son las realizaciones más representativas de esta corriente urbanística. Sin embargo, la Celebration de la Walt Disney Company¹² es sin duda alguna la más famosa, puesto que ha sido diseñada por una empresa que se dedica a la diversión e ilusión de sus contemporáneos, lo que favorece la confusión entre ciudad real y mundo imaginario. Es así como Douglas Frantz y Catherine Collins no dudaron en calificarla de *Brave New Town*, al compararla con el *Brave New World* de Aldous Huxley. A juicio del sociólogo Joe Moran,¹³ los diseñadores de Celebration siguieron al pie de la letra las propuestas teóricas del *New Urbanism* para devolver a los espacios públicos toda su dimensión comunitaria por medio de parques, jardines, senderos peatonales y aceras amplias que favorecen el caminar de los habitantes –con el propósito de restaurar el espíritu cívico de los espacios públicos supuestamente destrozados por el urbanismo modernizador de las décadas de 1950 y 1960: “Con sus aceras amplias, espacios abiertos y vegetación abundante, Celebration seguramente no parece un lugar desagradable para vivir. Esta nueva comunidad está pavimentada de buenas intenciones de restaurar el espíritu cívico del espacio público americano, supuestamente masacrado en el período de la posguerra por subdivisiones descaradas y grandes centros comerciales. La idea de base es que los residentes aceptarán menos espacio en su propia propiedad, y jardines más pequeños, a cambio de un espacio comunal en la forma de parques, jardines, senderos peatonales y caminos de bicicletas.”¹⁴

Cerca de París, la ciudad nueva de Val d’Europe, directamente relacionada con el parque Disneyland (antiguamente Eurodisney), se conforma con las reglas, los paisajes y las prácticas sociales fomentadas por la ideología del *New Urbanism*. Es la única ciudad francesa que se ha desarrollado en colaboración y, de cierta forma, bajo la autoridad de una empresa privada. Los edificios construidos en este marco institucional muy peculiar adoptaron el modelo de una arquitectura globalizada diseñada para las clases medias en busca de no sólo de “tradición” y “autenticidad” sino también de convivencia y seguridad.

Con todo, el manifiesto del *New Urbanism* no es sino una nueva fuente de ambigüedades en relación con las representaciones sociales de la ciudad y el uso de los espacios públicos como base del espíritu ciudadano. Al colocar la convivencia de los espacios públicos bajo la férula de la seguridad, protección y vigilancia asumida en su territorio por cada comunidad (“to know each other and protect their communities”), los urbanistas cuyo anhelo es volver a la supuesta ciudad “tradicional” no se apartan de una retórica crítica basada en los peligros reales o imaginarios de un mundo urbano desamparado. Se trata pues de controlar la sociedad en el espacio y de ordenar el territorio urbano al permitir “de ver y ser visto, privilegiando las aperturas visuales, evitando los espacios escondidos y los lugares trampas” (Loudier y Dubois: 2001). En este

¹² La comunidad fue fundada en 1996 en el condado de Osceola (Florida) para ofrecer a sus habitantes el orden, la tranquilidad y la seguridad que no podían alcanzar en Miami o en Orlando. En 2004, la ciudad contaba con 3,745 hogares y 9,500 habitantes.

¹³ *Lecturer in English and American Studies*, en la John Moores University de Liverpool.

¹⁴ <http://www.americansc.org.uk/Online/Celebration.htm>

sentido, uno de los *leitmotiv* del urbanismo contemporáneo se basa en la vigilancia comunitaria de todos los espacios públicos, con el propósito de poner incómodo a todos los delinquentes potenciales (Garnier, 1999).

Tal es pues una de las temáticas calientes de *The Truman Show*,¹⁵ cuyo decorado original no es sino la comunidad de Seaside (Florida) diseñada por la pareja Andrés Duany y Elizabeth Plater-Zyberk, arquitectos simbólicos de la corriente *New Urbanism*. En esta ciudad utópica bautizada Seahaven, todos los habitantes son los actores de un show televisual cuya estrella, Truman Burbank (Jim Carrey), ni siquiera sabe que está jugando su propio papel frente a 5,000 cámaras de vigilancia que graban día y noche todas sus actividades, hasta las más íntimas. Cuando el joven Truman piensa salir de este barrio cerrado que funciona como una cárcel, sus vecinos y amigos le recuerdan que el mundo exterior está lleno de peligros y que más vale quedarse en un lugar tranquilo y seguro (“safe from barbarism and fear”, para volver a usar las palabras de Jane Jacobs). Como lo dice Christof, el diseñador del programa, a la joven Sylvia que se opone a esta farsa televisual: “Yo he dado una oportunidad a Truman de vivir una vida normal. El mundo, el lugar donde vives, está enfermo.” Al final de la película, para convencer a Truman de quedarse en la “Omnacam Ecosphere” donde él ha pasado los treinta primeros años de su vida sin saber que era un globo cerrado donde hasta el clima era artificial, Christof no duda en prometerle que, al volver a su lugar, se encontrará para siempre en seguridad: “But in my world you have nothing to fear” (“Pero en mi mundo no hay nada que temer”).

En este sentido, la Seahaven de *The Truman Show* no se aparta mucho de la Celebration de Disney. Como lo recuerda al respecto Andrew Ross: “la razón de ser de Celebration se basa en la repulsión del mundo tal como está organizado –*the existing order of things*” (Ross, 1999: 4). Además, la seguridad sigue siendo una de las prioridades de sus habitantes, como lo subraya su sitio oficial: “The world is full of people who make a living off of stealing from others” (“El mundo está lleno de gente cuya forma de vivir es robar a los demás”).¹⁶ Uno de los varios consejos dados a los residentes que quieren sin embargo salir de sus áreas protegidas y vigiladas es huir de los lugares públicos descuidados: “Evite de caminar en zonas arriesgadas tal como calles desiertas, zonas boscosas, alamedas oscuras o estacionamientos.” Ahora bien, como lo destaca una vecina de Celebration en un documental realizado en 2005 por Quirine Racké y Helena Muskens: “Siempre me encantó Disney. Estoy muy bien integrada en la comunidad y me siento en seguridad”. En la película trágica de Rodrigo Pla, cuando una habitante de *La Zona* confiesa que “yo vivo aquí por la seguridad”, su personaje se conforma de cierta manera con el estilo de vida configurado en el mundo real por la ciudad de Mickey Mouse y del pato Donald.

En Celebration, si bien no hay muros para aislar la ciudad, sin embargo, una zona arbolada de 1,900 hectáreas funciona como una verdadera frontera “natural” entre la comunidad y el mundo exterior –en particular la ciudad de Orlando y sus peligros potenciales (Didier, 1999)–. De manera disfrazada, la comunidad ideal de Disney se

¹⁵ *The Truman Show*, 1998, película de Peter Weir, guión de Andrew Niccol.

¹⁶ http://www.celebration.fl.us/openimages/Safety_StreetwiseandSafe.pdf

conforma pues con el modelo norteamericano de los barrios cerrados (*gated communities*) que se difundió rápidamente por toda América Latina. En su libro famoso, *Cidade de muros* (2000) Teresa Pires do Rio Caldeira explica cómo en São Paulo la violencia y el sentimiento de miedo compartido por las clases medias y altas de la sociedad desencadenaron procesos de encerramientos de los grupos sociales con el propósito de protegerse del mundo exterior. De manera paradójica, las empresas inmobiliarias que han armado este modelo urbanístico y van destruyendo el tejido social y espacial de las grandes metrópolis americanas se jactan de ser “constructores de ciudades”.¹⁷ Esta inversión de los valores corresponde a nuevas formas de vivir en sociedad sin compartir territorios, formas que se difunden hasta los rincones más alejados del pueblo planetario. Cada comunidad pretende funcionar de manera más o menos autónoma e independiente, sin tener que usar espacios públicos desvalorizados que se convierten en los nuevos intersticios del mundo urbano, tanto más peligrosos cuanto que sus últimos usuarios pertenecen a clases sociales marginadas por el sistema económico y político imperante.

Al rechazar las formas urbanas heredadas de la modernidad para dibujar paisajes urbanos artificiales cuyo diseño se basa en un pasado idealizado, los arquitectos del *New Urbanism* transforman la ciudad real en parque de diversiones –tal como lo señalaba Mike Davis en *Beyond Blade Runner* al hablar de los “paisajes simulados” (*simulacral landscapes*) que salpican los territorios fragmentados de Los Ángeles posmoderna. Peor aún, si bien reivindican más atención para los espacios comunes del barrio, sus realizaciones no buscan ni logran convertirse en entidades políticas auténticas así que, bajo pretexto de fomentar la democracia participativa al nivel de la vecindad,¹⁸ los partidarios del movimiento Nuevo Urbanismo no hacen sino intercambiar ciudades sin calles por calles sin ciudad. En cierta forma, tal es el sentido del diálogo entre un policía y la representante de la junta de vecinos de *La Zona*, en la película de Rodrigo Pla. Cuando el comandante, queriendo entrar al barrio, le dice “La calle es de todos”, la portavoz de la comunidad le contesta “No ésta”. ¿Por qué no ésta? Porque, al no querer compartir la realidad social y política del mundo exterior, los habitantes de este barrio privado suelen pregonar que “tienen un amparo” por el que policía y autoridades “tienen que respetar la autonomía de la zona”.

LA CIUDAD PRIVADA... DE REPRESENTACIÓN POLÍTICA

En tal sistema, la ciudad ya no es un organismo político sino una simple unidad habitacional donde los modos de vida y las prácticas de la población amplían la fractura entre el urbano (habitante de la *urbs*) y el ciudadano (miembro de la *civitas*). Es al respecto muy llamativo constatar que las películas y novelas de *Star Wars* nunca plantean el problema del gobierno de la ciudad-planeta. Si bien los círculos del poder ga-

¹⁷ Lema de un promotor inmobiliario del Estado de México (Musset, 2008).

¹⁸ “Nos comprometemos a reestablecer la relación entre el arte de edificar y la construcción de una comunidad, por medio de una planificación y diseño espaciales basados en la participación de los ciudadanos” (<http://www.cnu.org/charter>).

láctico están estudiados de manera detenida y profundizada, en cambio no hay ninguna información sobre las instituciones propias de la ciudad, como si tuvieran poca importancia. La guía del juego *Coruscant and the Core Worlds* menciona la existencia de un alcalde llamado Trey Dunna, pero sus funciones siguen siendo bastante vagas y su acción, limitada a la Ciudad imperial cuyos límites reales se ignoran, tanto en la superficie como en la profundidad (Carey, 2003: 24). Su papel político es tan transparente que incluso el ayuntamiento, que debería ser el símbolo del poder municipal y la expresión de su identidad, parece haber desaparecido del paisaje de la megalópolis.

En *RoboCop*, Paul Verhoeven nos explica cómo compañías privadas pueden apoderarse de una ciudad completa con el consentimiento tanto de las autoridades políticas (corruptas e ineficientes) como de sus propios habitantes (desanimados y aterrorizados). Para llevar a cabo su proyecto urbano llamado *Delta City*, la OCP arma un androide de combate (el famoso *RoboCop*) cuyo objetivo es acabar con la criminalidad que afecta la ciudad de Detroit. En el segundo episodio de *RoboCop*, realizado por Irvin Kershner¹⁹ en 1990, la OCP no sólo quiere arrasar la ciudad vieja para edificar en su lugar una gran comunidad urbana planificada, sino también eliminar el gobierno local y asumir directamente el cargo de la gestión municipal puesto que, a juicio de su presidente: “El ayuntamiento ya no es sino el símbolo de la quiebra económica y de la corrupción”. Como el alcalde se queja porque la privatización de la ciudad significaría la muerte de la democracia, su contradictor le contesta de manera irónica: “Cualquier persona puede comprar en la bolsa de valores acciones de la OCP y por este medio ser copropietario de nuestra ciudad. No hay nada más democrático”. En este sentido, los ejecutivos de la OCP se acercan de la visión del Le Corbusier de las décadas de 1930 y 1940, quien rechazaba el sistema burgués de los partidos políticos y soñaba ciudades ideales gobernadas por administradores imparciales y eficientes en lugar de concejales electos pero inexpertos.²⁰ De manera paradójica, se podría también recordar que incluso Platón no confiaba en los políticos sediciosos que pretendían acapararse del poder y acumular riquezas en lugar de dedicarse al bien público: “la ciudad donde los que deben mandar son los que menos buscan el poder, es la ciudad mejor gobernada”. A su juicio, era necesario pues confiar los asuntos de la ciudad a una casta de hombres superiores que desprecian abiertamente los cargos públicos –es decir, los filósofos (Platón, 1966: 279)–. Sin embargo, cuando los títulos cotizados reemplazan las papeletas de voto y cuando las juntas de accionarios desempeñan el papel de un consejo municipal, ¿dónde está la democracia? Como lo recuerda el alcalde de Detroit al presidente de la OCP: “Déjeme decirle que la mayoría de los habitantes de esta ciudad nunca podrá pagarse sus acciones”.

De cierta forma, los reflejos reales de la Delta City de *RoboCop* podrían ser comunidades como Celebration cuyo estatuto particular se conforma con el sistema jurídico estadounidense, el cual permite a entidades urbanas privadas independizarse de los gobiernos locales oficialmente constituidos (*cities, counties, towns, townships, villages* o

¹⁹ Irvin Kershner es, por otra parte, el realizador de *The Empire Strikes Back*, Episodio 5 de *Star Wars* (1980).

²⁰ Los contactos de Le Corbusier con la Unión Soviética, la Italia fascista y la Francia de Vichy explican por qué “La ville radieuse” es dedicada a la “Autoridad”.

boroughs).²¹ Ahora bien, al contrario de Coruscant o de Delta City,²² Celebration luce edificios públicos diseñados por arquitectos reconocidos y edificados alrededor del parque central tal como lo hicieron los españoles durante todo el periodo colonial al fundar sus ciudades en el Nuevo Mundo: “El centro de la ciudad es el lugar donde la mayoría de la gente recibe su primer impresión de Celebration, y por lo tanto sus solares mas destacados fueron reservados para edificios públicos –el Ayuntamiento (Town Hall) diseñado por Philip Johnson, el banco diseñado por Robert Venturi y Denise Scott Brown, y el centro de visitas por el difunto Charles Moore. La intención era señalar que ésta era una verdadera ciudad, con instituciones cívicas, y destacar los edificios más interesantes al nivel arquitectónico” (Frantz y Collins, 1999: 16).

Sin embargo, la comunidad no tiene alcalde electo y el cargo de la administración pública es compartido entre habitantes voluntarios y empresas privadas –siguiendo en este caso las recomendaciones del *New Urbanism* que pretende desarrollar la participación ciudadana en sus comunidades.

Por consiguiente, distintas asociaciones albergadas en el edificio del ayuntamiento asumen el cargo de la gestión comunitaria en lugar de dejar esta responsabilidad en manos de autoridades políticas de las que desconfía una mayoría de los habitantes.²³ Es así como, desde 1996 hasta 2004, *The Walt Disney Company* mantuvo un control directo sobre *The Celebration Company* (TCC), institución que planeó y diseñó el desarrollo urbano de la comunidad.²⁴ *The Celebration Foundation*, cuya actividad principal es fomentar la construcción de una verdadera comunidad,²⁵ es manejado por un consejo de once habitantes voluntarios (*the trustees*) seleccionados por su experiencia profesional, su buena voluntad y su empeño. Encabezado por un consejo de cinco miembros escogidos por la TCC, el *Enterprise Community Development District* (ECDD) se encarga de ciertas obras de infraestructura como el suministro de agua potable, el tratamiento de aguas negras, el barrido de las calles, el ordenamiento del espacio compartido (*common area*), o el mantenimiento de los árboles de la calle y de los pastos. De manera muy simbólica, la Junta directiva de la *Celebration Residential Owner’s Association* (CROA) es responsable de la conservación, protección y valorización de las áreas comunes (*common areas*).

²¹ En EE.UU “to incorporate” (en el sentido jurídico aplicado a la gestión de los territorios) significa conformar una entidad municipal (*municipal corporation*). En un país en donde el mito de la *frontier* sigue jugando un papel importante en la memoria colectiva y actúa todavía en la conformación del espacio nacional, las *unincorporated areas* son básicamente espacios rurales o naturales que no han sido constituidos como municipalidad (*incorporated area*) y dependen administrativamente de un *county*. Las zonas urbanizadas que no dependen de un ayuntamiento legalmente constituido son llamadas *unincorporated communities*. Al contrario de los habitantes de los barrios privados que pagan sus impuestos en su municipio de residencia (además de las cuotas debidas al organismo privado que los administra), los miembros de las *unincorporated communities* sólo pagan lo que deben a sus administradores directos y a las autoridades del *county* –lo que puede representar una pérdida económica importante para las municipalidades.

²² En *RoboCop 2*, el dueño de la OCP señala que todos los servicios relacionados con la gestión de Delta City serán hospedados en el nuevo edificio de su empresa, en lugar de quedarse en el viejo City Hall.

²³ <http://www.celebration.fl.us/townhall.html>

²⁴ Muchos habitantes de Celebration se sintieron abandonados cuando la Compañía vendió la gestión de la ciudad a un fondo de inversores de West Palm Beach, Lexin Capita, y dejó de ser su autoridad máxima.

²⁵ “The Celebration Foundation works hand-in-hand with its neighbours to build a strong and caring Central Florida community” (<http://www.celebration.fl.us/townhall.html>)

Por otra parte, el CROA asegura el cuidado y mantenimiento de la llamada “área de responsabilidad común” (*area of common responsibility*) que corresponde no sólo a la esfera de co-presencia de los habitantes (cuando están fuera de sus hogares) sino también a su espacio teórico de control comunitario.²⁶ En este sistema, la CROA y el ECDD comparten la gestión comunitaria de todos los espacios que en ciudades legales (*incorporated areas*) podrían ser calificados de “públicos”. Sin embargo, al restarles la dimensión habermasiana de la “publicidad” (es decir el sentido político), las autoridades de la comunidad hacen de esos lugares claves de la ciudad espacios sencillamente “comunes”, es decir de uso común dentro de una copropiedad.

Para poner en tela de juicio los procesos de fragmentación espacial, segregación social, privatización de la gestión urbana y desaparición de los espacios públicos que está experimentando la sociedad americana contemporánea, Neal Stephenson evoca en su novela *Snow Crash* el futuro de la ciudad de Los Ángeles, después del derrumbamiento del estado federal. La megalópolis californiana ha sido dividida en un sinfín de *burbs* (combinación de *suburb* y *enclave*) que pertenecen a compañías privadas enemigas y funcionan como verdaderas ciudades-Estados: “Y ahora un *Burbclave*: un buen lugar para vivir. Una ciudad-Estado con su propia constitución, una frontera, leyes, policías, pues todo” (Stephenson, 2003: 6). En este mundo dominado por las grandes empresas capitalistas, las mafias y las iglesias, hasta las carreteras son privatizadas y sus dueños compiten entre sí para atraer a los mejores clientes. Tal es el caso de la *Vista Road* que pertenecía al estado de California y es ahora propiedad de la Fairlanes Inc., o de la antigua *US Highway* manejada con mano dura por la Cruiseways Inc. Las carreteras del grupo Fairlanes son protegidas por las fuerzas de seguridad de *MetaCops Unlimited*, cuando la *WorldBeat Security* cuida las de Cruiseways. Los barrios cerrados, las enclaves y los ghettos pertenecen a franquicias comerciales como el *Mr Lee’s Greater Hong Kong*, que acomodan los espacios de vida en relación con los ingresos de sus habitantes. Fuera de esas áreas protegidas por guardias privados y perros atómicos, más comúnmente llamados *Rat Things*, las calles son lugares inseguros donde cualquier cosa puede ocurrir: robos, asaltos, batallas sangrientas entre bandas armadas.

De manera paradójica, sólo en el *Metaverse*, es decir en el mundo virtual diseñado y configurado por los mejores *hackers* del planeta, los espacios públicos informáticos, y en particular *The Street* (mezcla del Broadway de Nueva York y de los Campos Elíseos de París), son todavía lugares de encuentro y sociabilidad. Allí pueden codearse los avatares de individuos quienes, sin el medio de sus computadoras, nunca hubieran tenido la oportunidad de conocerse en la realidad. Sin embargo, esta proximidad espacial virtual no logra borrar la distancia social real que sigue separando a los visitantes del *Metaverse*, puesto que sólo los ricos o los expertos en sistemas informáticos pueden lucir avatares de calidad. Los demás tienen que comprarse modelos estereotipados (los *Clint* para los hombres y las *Brandy* para las mujeres) que no les permiten eludir su poca capacidad técnica o esconder su estrato económico bajo.

²⁶ Una sociedad privada, *The Capital Consultants Management Corporation* (CCMC) es el agente ejecutivo encargado de asesorar a los responsables de las distintas asociaciones hospedadas en el Town Hall y de poner en práctica las decisiones tomadas en beneficio de los habitantes.

CONCLUSIÓN: LOS ESPACIOS PÚBLICOS COMO BIEN COMÚN

En un momento en que tanto las formas urbanas como las prácticas sociales que se desprenden de esas formas van cambiando rápidamente, resulta necesario preguntarse: ¿de qué soy ciudadano? Pues, como dice al respecto Richard Dagger: “la ciudadanía es un papel político que no se puede jugar sino en una comunidad política” (Dagger, 2000: 43). Las ambigüedades y limitaciones de la representación política en organismos urbanos que ya no responden a las necesidades y deseos de los habitantes, así como la multiplicación de las identidades individuales y colectivas en sociedades cada vez más fragmentadas y segmentadas (sin hablar de los mundos virtuales como *Second Life*),²⁷ ponen en tela de juicio las nociones de publicidad y ciudadanía desarrolladas por Henri Lefebvre (1968), Michel Foucault (1975), Sennett (1977), Jürgen Habermas (1978), Isaac Joseph (1998) o Engin Fahri Isin (2000), entre muchos otros. Por consiguiente, me parece imprescindible rechazar un modelo urbano globalizado en el cual los espacios públicos son transformados en simples “áreas comunes” por empresas inmobiliarias que actúan como administradoras de ciudades sin ciudadanos. Al contrario, tenemos que pensar el espacio público como “bien común”²⁸ no sólo de los vecinos sino también de los transeúntes y visitantes si queremos en adelante devolverle a la ciudad su dimensión política, es decir, su identidad colectiva.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ASCHER, F. y APEL-MULLER, M. (2007). *La rue est à nous... tous*. Paris: Au Diable Vauvert.
- CALDEIRA, T. PIRES DO RIO (2000). *Cidade de Muros. Crime, Segregação e Cidadania em São Paulo*. São Paulo: Editora 34-EDUSP.
- CAPRON, G. (2006). “L’accessibilité des espaces publics modernes dans les villes latino-américaines: une notion multi-dimensionnelle”, en WASTL-WALTER D., STAELI L. A. y DOWLER L. (eds.), *Rights to the City* (pp. 171-186). Roma: Società Geografica Italiana.
- CAREY, C. R.; DOYLE, C.; FRY, J.; SUDLOW, P.; TERRA P. y WALLACE D. (2003). *Coruscant and the Core Worlds. Star Wars Roleplaying Game*. Renton: Wizards of the Coast-Lucas Books.
- COSTA GOMES, P.C. DA (2002). *A Condição Urbana*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- DAGGER, R. (2000). “Metropolis, Memory and Citizenship”, en ISIN, E. F. (ed.), *Democracy, Citizenship and the Global City*. New York: Routledge.
- DAVIS, M. (1992). *Beyond Blade Runner: Urban Control, the Ecology of Fear*, <http://www.huzzam.com/etext/davmurbancont/>
- DIDIER, S. (1999). *Disney urbaniste: la ville de Celebration en Floride*. <http://www.cybergeoeu/index1147.html>
- FOUCAULT, M. (1975). *Surveiller et punir. Naissance de la prison*. Paris: Gallimard.
- FRANTZ, D. y COLLINS, C. (1999). *Celebration USA: Living in Disney’s Brave New Town*. New York: Henry Holt and Company.

²⁷ <http://secondlife.com>

²⁸ En el sentido más amplio de la palabra, haciendo hincapié en que dichos espacios tienen que ubicarse fuera del alcance del mercado.

- GARNIER, J. P. (1999). *Le Nouvel Ordre local. Gouverner la violence*. Paris: L'Harmattan.
- GARREAU, J. (1991). *Edge City, Live on the New Frontier*. New York: Doubleday.
- GORRAH-GOBIN, C. (ed.) (2001). *Réinventer le sens de la ville: les espaces publics à l'heure globale*. Paris: L'Harmattan.
- GUEST, A. (1996). *The City is a work of Art*. Edinburgh. Edinburgh: Scottish Sculture Trust.
- HABERMAS, J. (1978). *L'espace public. Archéologie de la publicité comme dimension constitutive de la société bourgeoise*. Paris: Payot.
- ISIN, E.F. (ed.) (2000). *Democracy, Citizenship and the Global City*. New York: Routledge.
- JACOBS, J. (1993) (orig. 1961). *The Death and Life of Great American Cities*. New York: Random House.
- JOSEPH, I. (1998). *La ville sans qualités*. La Tour d'Aigües: Éditions de l'Aube.
- KADREY, R. (1988). *Metrophage*. New York: Ace Books.
- LE CORBUSIER (1935). *La ville radieuse*. Boulogne-sur-Seine: Éditions de l'architecture d'aujourd'hui.
- LEFEBVRE, H. (1968). *Le droit à la ville*. Paris: Anthropos.
- LOUDIER, C. y DUBOIS, J. (2001). *La sûreté dans les espaces publics urbains. L'apport des méthodes nord-américaines à la question française et francilienne*. Paris: IUARIF-PUCA.
- MARTEL, R. y BAIRE, S. (2006). "Imaginaris del miedo y geografía de la inseguridad: construcción social y simbólica del espacio público en San Salvador", en LINDON, A.; AGUILAR, M.A. y HIERNAUX, D. (coords.), *Lugares e imaginarios en las metrópolis*. México: UAM.
- MUSSET, A. (2005). *De New York à Coruscant. Essai de géofiction*. Paris: PUF.
- MUSSET, A. (2008). *¿Geohistoria o geoficción? Ciudades vulnerables y justicia espacial*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia-Universidad de Antioquia.
- NEVEU, C. (1999). *Espace public et engagement politique*. Paris: L'Harmattan.
- PLATON (1966). *La République*. Paris: Le Livre de Poche.
- RACKE, Q. y MUSKENS, H. (2005). *Celebration*. Documental de 52', coproducción de Submarine/NPS/R&M.
- ROSS, A. (1999). *The Celebration Chronicles: Life, Liberty, and the Pursuit of Property Value in Disney's New Town*. New York: Ballantine Books.
- SENNET, R. (1974). *Les tyrannies de l'intimité*. Paris: Seuil.
- SIMAK, C.D. (1952). *City*. New York: Gnome Press.
- STEPHENSON, N. (2003) (orig. 1992). *Snow Crash*. New York: Bantam Books.



DEL ESPACIO PÚBLICO AL ESPACIO PUBLICITARIO.
ODYSSEUM EN MONTPELLIER (FRANCIA)

Jean-Pierre Garnier

Todos los que se dedican a la mercadotecnia son unos mentirosos. Tanto mejor: a los consumidores les encanta que les cuenten historias.

SETH GODIN, gurú de la mercadotecnia
y comunicación de empresa²⁹

En la época en que la crítica de la “sociedad de consumo” estaba de moda, era habitual que quienes, por una razón (profesional) u otra (política), observaban con atención la evolución del fenómeno urbano, lanzasen una mirada a la vez de consternación y de desprecio a las vastas áreas comerciales que habían comenzado a desarrollarse por todas partes en las grandes ciudades. Percibidas como lamentables símbolos del triunfo de la racionalidad de mercado, se les reprochaba contribuir a una “urbanización desurbanizada” (Lefebvre, 1968), es decir, privada de urbanidad, que hacía perder a la ciudad su cualidad de “obra” para rebajarla al rango de “producto”, en pocas palabras, contribuir a la “anti-ciudad” por excelencia.

Sin embargo, una treintena de años más tarde, algunos sociólogos franceses henchidos de “posmodernidad”, fascinados por el éxito popular de los complejos comerciales implantados en lo que ahora se llama “periurbano” y –diríase– fuertemente influenciados por los nuevos vientos ideológicos que soplan desde el otro lado del Atlántico, parecen haber hecho un descubrimiento: esos “*shopping malls* a la francesa” en torno a los que se congregan instalaciones de ocio (cines, restaurantes, *bowlings*, discotecas...) serían las señales que anuncian una centralidad urbana inédita (Peraldi, 2001; Bordreuil, 2001). Es más, uno de estos especialistas, para subrayar la importancia cultural de un cambio que cuestionaba la vieja dicotomía sociológica y geográfica de centro y periferia, no ha dudado en hablar a este respecto de “ciudad emergente” (Chalas, 1997). Aunque esté poco validada científicamente, esta apelación ha sido rápidamente erigida en concepto... en el sentido publicitario del término. También hay que decir que el contexto socio-histórico francés, marcado por la victoria ideológica y

²⁹ La cita escogida como exergo es también el título de una obra traducida en Francia por ediciones Maxima (París, 2007). Seth Godin, consultor, director de empresa y agente de bolsa, es también un autor estadounidense cuyos *best sellers* y conferencias son muy apreciados en los medios de negocios.

política del neoliberalismo, se prestaba a ello. Mientras que, en Francia, 20 o 30 años después de su puesta en marcha, algunas “nuevas ciudades”, edificadas por iniciativa del Estado con un enorme esfuerzo financiero público, no llegan todavía a merecer el nombre de “ciudades” ni a ojos de sus habitantes ni de sus visitantes, parece sin embargo que, por efecto del libre juego de las leyes del mercado y de las iniciativas descoordinadas de los actores privados, una vida urbana de un nuevo tipo estaría eclosionando “al margen de las políticas institucionales” (Chalas, 1996).

¡Cuánto hemos avanzado! Atrás queda la denuncia de la “anarquía urbanística” en la que participa el reparto por los bordes de las ciudades de estos mega-centros comerciales con sus inmensos *parkings*, implantados –por supuesto– en función de criterios y preocupaciones estrictamente mercantiles. Olvidadas quedan igualmente las diatribas contra esta “no-arquitectura” de “grandes superficies”, de “tiendas-hangares” y de “cajas de zapatos” a las que se unen las “medianas superficies” de muebles, ropa, jardinería, los *fast-foods* y las gasolineras que uniformizan y desfiguran el paisaje urbano de las entradas de las ciudades. Queda olvidada también la ironía que provocaba esa masa de individuos errantes como *zombies* contentos y obnubilados detrás de sus carritos en medio de esa “gigantesca acumulación de mercancías” (como habría dicho Marx) que reduce a los ciudadanos a la condición de consumidores.

Aun a riesgo de ser acusado de elitismo o de profesar un radicalismo crítico pasado de moda, uno podría estar tentado de preguntarse si quienes investigan en esta materia no servirán, conscientemente o no, de proveedores de ideas de los promotores de los *shopping centers*. Y tanto más cuanto que, a diferencia de Francia, no es raro ver en Estados Unidos a estos últimos acudiendo a antropólogos o sociólogos para observar los comportamientos de los consumidores en las galerías comerciales, los “atrios” y otras “plazas”, o para analizar la influencia del “entorno” y de los “ambientes” en el acto de la compra. Incluso hay investigadores que han llegado a oficiar como “consultores” para sugerir algunas innovaciones destinadas a acrecentar la atracción de estos nuevos “lugares urbanos”.

Sea como fuere, estos templos del mercado tienen un éxito tan grande entre la población que parecen incuestionables. La afluencia masiva que producen, la animación que reina en ellos y el placer que demuestran quienes están habituados a frecuentarlos serían la prueba irrefutable de que corresponden a lo que la gente reclama. A partir de aquí, será rehabilitado lo que era denigrado ayer como un “no-lugar” típico del reino del individualismo consumista. Con el pretexto de que “allí se deambula, se pasea, se espera, se encuentra a otros o se charla como en cualquier otro sitio animado de la ciudad”, se les celebrará, para mayor satisfacción de comerciantes y publicistas, como los nuevos lugares de la “urbanidad contemporánea” (Bordreuil, 2001) –una aproximación bastante conciliadora atacada por quienes hablan de “populismo de mercado” (Frank, 2000).

En estas condiciones, parece interesante estudiar la gestación fuera del centro de la ciudad de otro tipo –o, al menos, así se pretende– de centralidad urbana, en este caso, a iniciativa y bajo el control de los poderes públicos: Odysseum, en Montpellier (Francia). Ciertamente, a la vista de su forma urbanística y arquitectónica, de su contenido programático y de sus modalidades de realización, este “espacio público inédito”, al contrario de lo que quieren hacer creer los ediles de Montpellier, no parece muy

diferente de lo que pueden encontrar en otros lugares de Francia y, sobre todo, en el extranjero. Sin embargo, la propaganda desplegada, con ayuda de todos los artefactos disponibles en materia de “comunicación” y que se emplea desde hace una década en la movilización de la población en torno al proyecto sobrepasa con mucho las estrategias y métodos de *marketing* utilizados habitualmente por los promotores privados de centros comerciales. Esto llega a tal punto que, cuando se “habla” en Montpellier de Odysseum, ya no se sabe bien si se trata del espacio real construido que lleva ese nombre o de la (re)construcción narrativa a la que éste es simultáneamente sometido por parte del municipio y los publicistas que lo asesoran.



Fig. 1. Vista de Odysseum (Montpellier) en agosto de 2008 (Foto: María A. Castrillo).

Causa perplejidad esta dificultad para diferenciar las características concretas, reales, de Odysseum de lo que la instancia municipal difunde sobre él con la pretensión de infundirlo en el imaginario de los usuarios actuales o potenciales. ¿Es que hoy, para identificar un espacio de vocación comercial con un nuevo espacio de centralidad, es menos importante la configuración material y las actividades que en él se desarrollan que el relato oficial con el que es revestido para asegurar su promoción? ¿Los habitantes que lo frecuentan están en condiciones de “vivirlo”, es decir, de practicarlo y de construirse una representación de manera autónoma, o sus percepciones y sus conductas se han hecho ya largamente tributarias de las historias, por no decir los mitos, inculcadas para organizar su experiencia urbana? ¿Llegará el momento en que los ciudadanos que prefieren estas ficciones a la realidad no puedan imaginar un espacio público que no sea publicitario? ¿O es que hay otra manera de llamar a este complejo autodenominado lúdico instalado sin reparar en gastos en la periferia donde, según el relato, su

puesta en escena y las posibilidades que se supone que puede “ofrecer”, cada quien será persuadido de poder comportarse como un actor libre de zapear de un “espacio de consumo-placer” a otro sin percatarse del contexto en el que se enmarca y que le confirma –y conforma– antes que nada en su estatus y su función de consumidor?

UNA CENTRALIDAD URBANA PROGRAMADA

Si creyésemos lo que dicen las publicaciones emanadas del ayuntamiento de Montpellier o de la comunidad de aglomeración³⁰ y destinadas a la población local, la creación sobre un territorio aún no urbanizado de este “centro lúdico-comercial”³¹ (que ya está en parte construido y abierto al público³²) obedecería sobre todo a fines urbanísticos y culturales y, por tanto, distintos de los que presiden de ordinario la aparición de centros comerciales periféricos. A diferencia de estos últimos, este nuevo lugar público, localizado al este de la aglomeración existente a fin de re-equilibrar su desarrollo hacia el mar, no será frecuentado por consumidores pasivos y alienados, sólo motivados por la necesidad o la pulsión de comprar, sino por “visitantes”, antes que nada, “en búsqueda de descubrimientos, de fiesta y de convivencia”.

Sin embargo, a poco que se mire de cerca, ya sea consultando los documentos que no se hacen públicos, interrogando a algunos responsables de la operación o paseando por el lugar, la impresión es completamente otra. Aunque haya sido presentado por el municipalidad y sus responsables de “comunicación” como un proyecto urbano en el que la componente comercial no sería más que un medio para alcanzar fines distintos que los mercantiles, Odysseum se percibe sobre todo como un dispositivo, a la vez material e ideológico, en el que el lugar y el papel asignados a lo “lúdico” aparecen determinados por una lógica principalmente comercial. “Un centro comercial disfrazado de zona de ocio” era el titular de un diario nacional en el momento en que los tres primeros equipamientos “lúdicos” salían de la tierra.³³ Se irá a este lugar quizá, en efecto, “por gusto y no por obligación”, pero la “visita” se anuncia al menos tan dispendiosa como las compras en las grandes superficies de cualquier periferia. So pretexto de no considerar a la gente como simples consumidores sino como verdaderos ciudadanos, y de intentar eliminar del acto de la compra su carácter prosaico y rodearlo de un aura “mágica”, no se hace otra cosa que ensayar nuevas vías para “fidelizar al cliente”. En otras palabras, este “espacio público inédito” está destinado, antes que nada, a funcionar como un espacio publicitario, no sólo en beneficios de sus promotores inmobiliarios y de las “firmas” ya presentes o susceptibles de instalarse allí, sino también para la propia ciudad de Montpellier, a la que aportará una “imagen de marca” pretendidamente original bajo el objetivo de mejorar, como dicen los expertos en mercadotecnia urbana, su “posicionamiento” en el mercado francés de las “metrópolis”.

³⁰ Esta estructura intercomunal agrupa actualmente 31 comunas que reúnen en total 400,000 habitantes.

³¹ O “ludo-comercial”, del latín *lus*: juego.

³² Este texto fue escrito en febrero de 2008.

³³ *Libération*, 4 de enero de 2000.

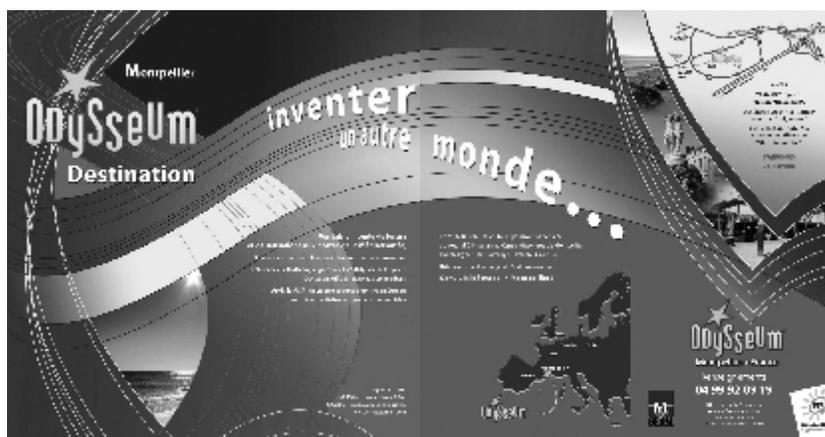


Fig. 2. Folleto publicitario de Odysseum lanzado por Montpellier Agglomération en septiembre de 2007 (Fuente: Montpellier Agglomération).

Para saber en qué consiste y para qué tiene que servir Odysseum según la visión oficial de los actores públicos, se puede tomar como punto de partida la definición que hacía el iniciador del proyecto, el antiguo alcalde de Montpellier, hoy presidente de la Comunidad de aglomeración y también de la región Languedoc-Rousillon. Según Georges Frêche, Odysseum es un “vasto espacio público de vocación lúdica y comercial, complemento natural en el siglo XXI del viejo Écusson –sobrenombre del centro histórico de Montpellier–, concebido para permitir el desarrollo armonioso de Montpellier y su aglomeración” (Frêche, 1998). A Odysseum, que tiene un lugar propio en el “Esquema de organización y coherencia territorial”,³⁴ en el que es uno de los elementos más importantes, se le supone, en efecto, que va a contribuir a reorientar la extensión futura de la metrópoli de Montpellier.

Rompiendo con la estructura radioconcéntrica que la caracterizaba hasta ahora, la expansión espacial de la aglomeración sería por tanto canalizada prioritariamente “hacia el mar” –del que Montpellier dista 7 km– según un esquema lineal, a lo largo de un eje noroeste-sudeste materializado por la primera línea de tranvía, de la que Odysseum es una de las estaciones término. Poniendo en relación directa, gracias a este medio de transporte colectivo “rápido y seguro”, las principales funciones de la ciudad y las nuevas áreas urbanizables bajo una forma “compacta”, las autoridades municipales afirman querer frenar, a falta de poner fin, una dispersión urbana a base de parcelaciones de casas unifamiliares que tiende a producirse principalmente, hasta 20 o 30 km de distancia, al norte de la ciudad. Además del despilfarro de suelo, el crecimiento de la movilidad motorizada y la congestión del centro de la ciudad que provoca, este modo de urbanización hace que desaparezcan poco a poco los terrenos agrícolas subsistentes

³⁴ *Schéma d'Organisation et de Cohérence Territoriale* (SCOT): documento que fija las orientaciones principales de la ordenación del territorio, el urbanismo y el transporte a la escala de la comunidad de aglomeración.

y, sobre todo, las *garrigues*, espacios naturales vegetales cuya preservación está considerada por la municipalidad y los expertos en protección ambiental como un imperativo ecológico.

Implantado a 6 km del actual centro de la ciudad, del que no será sino la “extensión lógica”, Odysseum está situado, como se ha señalado, en uno de los extremos de la primera línea de tranvía, término provisional puesto que la línea será pronto prolongada con una estación más que servirá al corazón de Odysseum, esto es, como cabía esperar, a un “núcleo comercial”. Este medio de transporte colectivo une directamente el centro lúdico-comercial con otros puntos importantes de la ciudad: el gran barrio de vivienda social de La Paillade (25,000 habitantes), situado al otro extremo de la línea, en el occidente del territorio del municipio, a 8 km del centro de la ciudad; la principal zona hospitalaria-universitaria; la sede del Consejo General;³⁵ el Corum, imponente construcción que agrupa el palacio de congresos y una nueva ópera; la plaza de la Comedia y sus alrededores, epicentro tradicional de la vida urbana de Montpellier; el Polygon, centro comercial de factura “moderna” construido en la prolongación de esta plaza bajo la égida de la municipalidad anterior; el centro intermodal de transporte en tren y autobús; Antigone, conjunto monumental de estilo “neoclásico” –“mussoliniano” o “estaliniano”, dicen sus detractores– que reúne viviendas, equipamientos de “gama alta” (sede del Consejo regional, piscina olímpica, mediateca central...), oficinas, cafés-restaurantes y espacios públicos espectaculares; los nuevos barrios de viviendas recientemente construidos en ambas márgenes del río Lez, y, en fin, enlazados con Odysseum, los de Port Marianne y, aún más lejos, una serie de operaciones de ordenación urbana de gran tamaño (600 ha de suelo) en realización que prevén acoger unos 40,000 habitantes, así como equipamientos colectivos y edificios públicos importantes (campus universitario, nueva casa consistorial, parque metropolitano, centro de arte contemporáneo...).

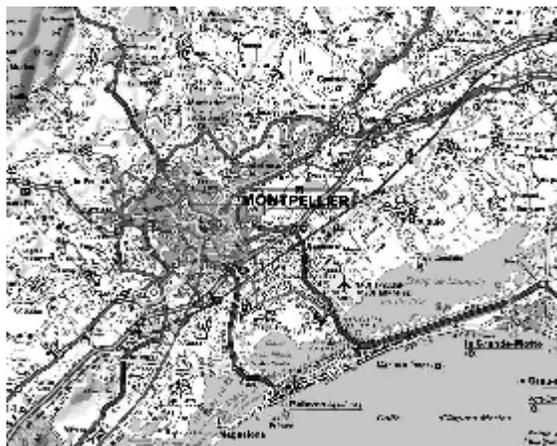


Fig. 3. Localización de Odysseum en relación con Montpellier, las principales vías de comunicación de la aglomeración urbana y el mar Mediterráneo (Fuente: Mapa Michelin).

³⁵ Institución representativa del departamento, colectividad territorial (o entidad local, N. de la T.) que se sitúa entre el municipio y la región en la jerarquía francesa de instancias administrativas sometidas a elección por las urnas.

Como de costumbre, el alcalde pensaba a lo grande. Además de su función de centro urbano a escala de la metrópoli, Odysseum debía integrar la vocación regional –véase suprarregional– de éste. Gracias a la proximidad del aeropuerto, de un intercambiador de autopistas que recoge los flujos de vehículos provenientes del norte de Francia, de España y de Italia, y de una futura estación de ferrocarril de alta velocidad, este “complejo de ocio único en el Mediterráneo” está llamado a “irradiar no sólo sobre los 600,000 habitantes futuros de la aglomeración y los 500,000 veraneantes de las playas cercanas, sino también sobre el rombo Lyon-Nice-Toulouse-Barcelona”. Así pues, aun siendo realistas y revisando estas cifras a la baja, tanto por el número y por la naturaleza de los equipamientos que reúne como por la ordenación de los espacios públicos destinados a valorizarlos, este “mundo de ocio y sensaciones a las puertas del Mediterráneo” –por retomar uno de los machacones eslóganes promocionales– apunta a un potencial de “visitantes” cifrado en varias centenas de miles.

Y el programa está, efectivamente, a la altura de las ambiciones: 140,000 m² de superficie útil de los que 90,000 m² son de comercio, reducidos provisionalmente a 60,000 m² por razón de la feroz oposición de la Cámara de comercio y de las asociaciones de comerciantes del centro de la ciudad, aterrorizados por la competencia de Odysseum.³⁶ Como exige su doble función, la programación se compone de un “polo lúdico” y un “polo comercial”. Al primero corresponden una serie de instalaciones dedicadas al entretenimiento y la distracción: multicines, dos pistas de patinaje, planetario, acuario “oceánico”, complejo acuático de *fitness*, palacio de la danza, restaurantes “temáticos”, etc. Estos equipamientos deben servir de “locomotoras” al “polo comercial”. Éste tendrá la forma de un conjunto “integrado y paisajístico” en el que coexistirán un hipermercado, superficies medianas especializadas y más de un centenar de tiendas. Agrupadas en un “núcleo comercial”, estarán “organizadas en torno a un parque ‘vegetalizado’ [sic] y un estanque y serán servidas por calles semi-cubiertas. Al contrario que los *malls* de los años 80, el núcleo comercial no estará climatizado, el aire natural circulará desde el estanque y los espacios verdes que lo rodean”.³⁷ Todo será “ordenado según una composición escenográfica” que dará prioridad a la “valoración del espacio público”, puesto que, así lo precisaba el concejal de urbanismo, “la gente, mañana, ya no vendrá a los centros comerciales sólo para comprar, sino para ver”.³⁸

Esta presentación otorga aparentemente la mejor parte a lo “público”: intervención pública, equipamientos públicos, transporte público, espacios públicos... No obstante, el acento puesto sobre el carácter público de la operación para distinguirla de los centros comerciales clásicos no debe conducir a error. No sirve más que para enmascarar el predominio de los intereses privados a los que Odysseum debe servir so pena de hacer perder al proyecto su viabilidad o incluso su razón de ser. Desde el principio, todo esto ha sido elaborado por inversores y promotores públicos y privados. La parte

³⁶ De esto resultará una serie de procesos, demandas y recursos ante los tribunales que se saldarán con un retraso de cuatro o cinco años con respecto al calendario previsto para las obras.

³⁷ <http://www.montpellier-agglo.com>

³⁸ *Suplemento de Montpellier, votre ville*, octubre de 1999.

pública en la inversión total no pasa del 10% y se ha confiado a una empresa inmobiliaria privada³⁹ la gestión del polo comercial (¡la misma que también se encarga de la extensión de Eurodisney en la región parisina!). Y aunque la proporción de superficies dedicadas a comercios y tiendas ha sido reducida con relación al programa inicial, aún presenta más de dos tercios de la superficie del conjunto si se incluyen los restaurantes y los cafés, así como dos “grandes superficies”, una de muebles (Ikea) y la otra de material de deporte (Décathlon), situadas fuera del “núcleo comercial”.

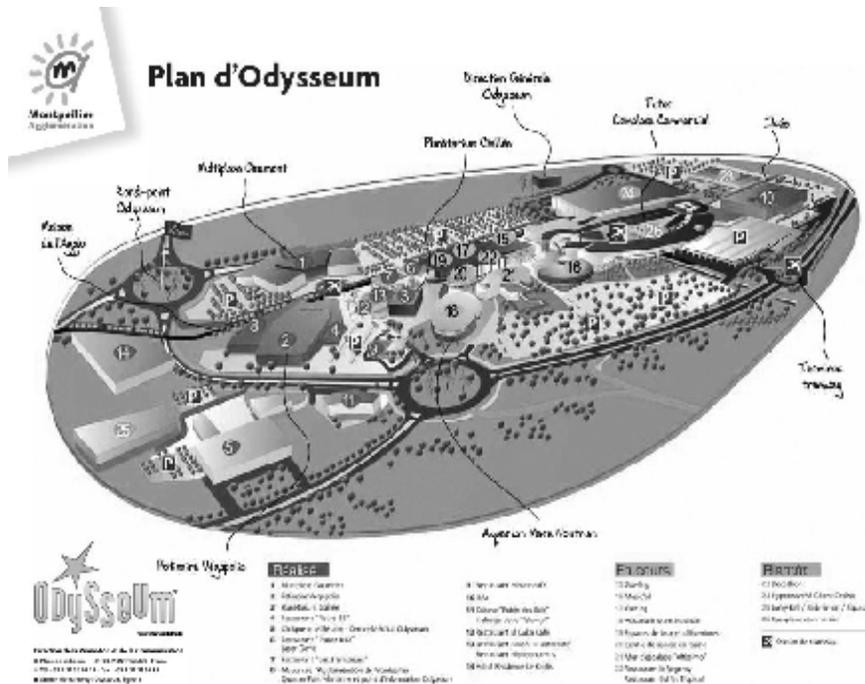


Fig. 4. “Plan de Odysseum”: imagen divulgativa de los diferentes edificios (y firmas comerciales) localizados o previstos en Odysseum (Fuente: Montpellier Agglomération, *Dossier de Presse: Pose de la première pierre du Centre Commercial Odysseum*, 2 de julio de 2007).

Sin embargo, si nos atenemos a los discursos de la municipalidad dirigidos al público, Odysseum es bien diferente de una especie de centro comercial “disneylandizado”, aterrizado y aislado en una tierra de nadie al margen de la ciudad antes de que vengan a aglutinarse desordenadamente a su alrededor las “residencias”⁴⁰ que pronto pondrá

³⁹ Ségécé, filial de la sociedad Klépierre, a su vez filial inmobiliaria de la BNP, que es la segunda propietaria y la primera gestora de centros comerciales en Europa continental.

⁴⁰ En el original “résidences”: apelación revalorizadora dada por los promotores inmobiliarios a los conjuntos de viviendas concebidos de manera unitaria, cerrados sobre sí mismos y destinados a una clientela acomodada (N. de la T.).

en su órbita. Esto constituirá, como se ha señalado, uno de los componentes clave de un proyecto global de ordenación urbana y también, más ampliamente, de un “proyecto de ciudad” pensado y puesto en marcha a iniciativa y bajo la autoridad de los poderes públicos locales. En este proyecto, en efecto, el urbanismo y la arquitectura juegan un papel esencial, pero éste no podrá ser comprendido sino se articula con otras dimensiones de la política urbana desarrollada en Montpellier.

Si fuese preciso resumir la estrategia global reivindicada por la municipalidad para promover la ciudad como “metrópoli”, podría decirse que obedece a los cuatro planteamientos siguientes:

-La ciudad debe construir una dinámica económica, es decir, una lógica de desarrollo ligada a las “mutaciones tecnológicas” del sistema productivo. En otras palabras, necesita una sinergia de tipo “tecnopolitano” que combine la educación superior, la investigación y las actividades de punta.

-La ciudad debe retomar su forma física, esto es, entregarse a un *body-building* urbanístico y arquitectónico para adaptar el entorno físico al estilo de vida de clase media⁴¹ que corresponde al tipo de población deseada (ingenieros, gestores, investigadores, universitarios, trabajadores de la “comunicación”, etcétera).

-La ciudad debe encontrar un *look*, es decir, forjarse una imagen personalizada, innovadora y atractiva, una nueva identidad con la que los habitantes puedan identificarse y que permita a los extranjeros identificarla, y todo ello a partir de la cultura y el ocio.

-La ciudad, finalmente, debe hacerse un nombre, o mejor dicho, un renombre gracias a la “comunicación”... y todo es susceptible de formar parte del discurso.

Pueden reconocerse en estos preceptos algunos de los ingredientes obligados de la mercadotecnia a la que deben recurrir los ayuntamientos para “vender” su ciudad en estos tiempos en que, tanto en lo urbanístico como en otras cosas, la concurrencia causa estragos. Desde este punto de vista, Odyseum desempeñaría de alguna manera el papel de “producto-reclamo”: su notoriedad como “polo de excelencia” en términos de urbanismo innovador salpicará toda la aglomeración y la hará más atractiva en su globalidad. Falta saber si la originalidad y la especificidad que se postulan para este “producto” bastarán para hacerle “competitivo” y, más concretamente, si su potencial como argumento publicitario para la ciudad a la que servirá de emblema residirá en las cualidades que le son propias o en lo que se cuenta de él.

DEL PRODUCTO AL RELATO

Según un libro dedicado por dos geógrafos de Montpellier a la confirmación progresiva de esta “metrópoli mediterránea”, la ciudad no se “entregará a los arcanos de una globalización que rechaza toda identificación y toda referencia a lo local” (Ferras y Volle, 2002), por más que sean evidentes las múltiples marcas de una “modernidad”

⁴¹ El autor hace un juego de palabras que se pierde en español: “*adapter el cadre de vie à la vie de cadre*” (N. de la T.).

que ellos califican rápidamente “de buen gusto”. Sin embargo, tal y como se concreta en Montpellier, la “visión moderna de una ciudad cada vez más orientada al entretenimiento y el ocio” (Ferras y Volle, 2002), de la que Odysseum sería símbolo y culmen, apenas se distingue de la que es moneda corriente entre los ayuntamientos de otras ciudades francesas o extranjeras, preocupados todos de adaptarlas, por no decir moldearlas, a las necesidades del capitalismo “globalizado”. Los mismos dos autores reconocen, por otra parte, que los “ambientes calificados un poco a la ligera como mediterráneos” en los discursos del alcalde de Montpellier no dejan de sugerir, una vez transcritos a los carteles y los folletos publicitarios, los “centros de ocio de Londres, Toronto, Singapur o Miami” (Ferras y Volle, 2002). De hecho, a la vista del decorado de Odysseum es imposible dejar de pensar en California o incluso en Florida: edificios de estilo “posmoderno” o “futurista”, fachadas de colores vivos o más bien chillones que destacan sobre otras de tono pastel, profusión de palmeras que, sobre el suelo artificial, parecen un decorado. Las ilustraciones de la publicidad y los números especiales de los periódicos dedicados a la promoción del nuevo complejo, así como los dibujos y las maquetas de los arquitectos, confirman esta impresión: lo que muestran debe mucho a los *shopping malls* de las *edge cities* que florecen en las franjas suburbanas de Estados Unidos y no se diferencia mucho de otros nuevos centros comerciales franceses, como “Val d’Europe” situado al lado mismo de Disneyland París.

Así pues, el modelo “innovador” de centralidad periférica ludo-comercial que materializa Odysseum no es más que una de las muchas copias que tienen su original en Estados Unidos. Los planificadores e ingenieros de la Sociedad de Equipamiento de la Región de Montpellier (SERM), promotora del proyecto, habían efectuado varios viajes previos, sobre todo a América, para estudiar los complejos de ocio y comercios más exitosos. Uno de ellos en particular les ayudará a encontrar “un concepto que pega con la civilización de ocio en la que estamos entrando”, según el director de la SERM: Odysseum sería una copia “mediterránea”⁴² de Coco Walk, en Miami. Este proyecto se debe a un estudio canadiense, Design Internacional, que había realizado varios de estos complejos y al que la municipalidad de Montpellier encargará el plan de Odysseum. Una elección atrevida para un “centro urbano” en el que la modernidad, en fase con la globalización, no excluiría sin embargo “toda identificación y toda referencia a lo local”: ¡los arquitectos, paisajistas y *designers* de esta empresa habían diseñado ya la Pleasure Island de Disney en Florida!

Es evidente que, en este aspecto como en otros, no debe tomarse al pie de la letra ni en serio los cánticos a la gloria de Odysseum con los que el Ayuntamiento y la Comunidad de Aglomeración obsequian regularmente a los habitantes de Montpellier o a los turistas. De un discurso a otro, la cifra esperada de “visitantes” no deja de fluctuar –sin dejar nunca de ser fantástica– y algunos equipamientos anunciados al inicio (el centro de arte contemporáneo, un “gran espacio para el patinaje sobre ruedas para los adeptos a las modalidades deportivo o acrobático”, un restaurante “sobre el tema de la aventura africana o australiana”...) han desaparecido enseguida de la lista sin dar explicaciones mientras que otros, después de ser presentados a bombo y platillo, han

⁴² *Libération*, 4 de enero de 2000.

cerrado sus puertas un poco más tarde y con la mayor discreción (como el “Pabellón Real”, un *music-hall* que enlazaba con la tradición de la comida-espectáculo y que ha dado suspensión de pagos tres meses después de su inauguración).



Fig. 5. Vista de Odysseum (Montpellier) en agosto de 2008 (Foto: María A. Castrillo).

Pero, dicho esto, quedándose en la denuncia irónica de la distancia entre las promesas y la realidad, se corre el riesgo de no insistir lo suficiente en el efecto y en el carácter ilustrativo de una estrategia de “comunicación” que, aunque en la actualidad es cada vez más utilizada en numerosos ámbitos, durante mucho tiempo, el Ayuntamiento de Montpellier fue el primero y el único en Francia en aplicarla sistemáticamente para popularizar sus decisiones urbanísticas y arquitectónicas.

Esta estrategia consiste pura y simplemente en “crear la realidad” a partir de ficciones que vienen a llenar el vacío dejado por el fin de los “grandes relatos”, es decir, para ser claro, el desvanecimiento de los ideales progresistas de emancipación colectiva. En Europa, con grados y ritmos variables según los países, el hundimiento de las utopías de transformación social y su séquito de decepciones políticas han provocado un desencantamiento general en el imaginario popular. Para la mayoría de los europeos, la degradación continuada de las condiciones de vida, las esperanzas frustradas, las derrotas sufridas y, coronándolo todo, la concienciación de una devastación ecológica general que ningún “desarrollo sostenible” parece entrever han puesto fin a la visión optimista del futuro que había prevalecido durante décadas, incluso entre los más desfavorecidos. Al contrario, cada vez más incierto, el futuro aparece inquietante –por no decir angustiante–. De ahí que, para no ceder completamente al abatimiento, se produzca una propensión neurótica a repliegarse sobre el presente.

Es este tiempo hecho inmóvil por la falta de perspectivas creíbles de cambios positivos el que los poderes públicos y las potencias privadas se empeñan en *reencantar* a toda costa, ya que nada garantiza, para los dominantes, que el desánimo y la resigna-

ción de los dominados duren eternamente. Las revueltas pueden resurgir inopinadamente tanto más violentas cuanto que están privadas de expectativas. Así, la “gran Historia” dotada de un “sentido”, esto es, de una dirección y, a la vez, de una significación fundadas en la esperanza o en la apuesta por el advenimiento de un mundo mejor –o del mejor de los mundos– deja su lugar a “pequeñas historias” reconfortantes y edificantes difundidas por profesionales de la fabulación, en “tiempo real” y por medio de las más avanzadas tecnologías de la información y la comunicación (TIC).

Conceptualizada y puesta en práctica bajo el neologismo de *storytelling* desde los inicios de la década de 1990 en Estados Unidos, la narración como técnica de gestión y de control se ha difundido rápidamente por el mundo “desarrollado” o en vías de serlo. Se emplea no sólo en la mercadotecnia y la gestión de empresa sino también en la propaganda política, la formación de la “opinión pública” cuando trata de defenderse por las armas el orden capitalista o incluso en la preparación de los combatientes (soldados, policías, mercenarios) contra los enemigos del exterior o del interior (Salmon, 2007). Apoyado en procedimientos cada vez más sofisticados de simulación/estimulación sensorial, en especial, electrónicos y audiovisuales, el relato, en tanto que medio de configuración ideológica y psicológica, consiste en sumergir al individuo en un universo temático y escenificado, completamente reinventado, en conexión directa con su imaginario, sus afectos y sus emociones, a fin de privarlo de su capacidad de razonamiento racional y ajustar así sus deseos, sus reacciones y sus comportamientos a los objetivos perseguidos: vender, movilizar, inculcar, dirigir...

Sin duda que las escenificaciones a las que da lugar pueden parecer en ocasiones burlescas –por no decir francamente grotescas– a poco que se les someta a un análisis racional crítico. Pero sería un error no tomar en serio el principio de acción que las inspira, puesto que se dirige ni más ni menos que a anular esta racionalidad paralizándola o cortocircuitándola. Detrás de su fachada placentera, esta “máquina de fabricar historias” sólo tiene por finalidad “formatear los espíritus” (Salmon, 2007). En el caso de la “disneylandización” de algunos sectores urbanos o de ciudades enteras, amenaza dejar inoperantes o incluso caducas las lamentaciones sobre “el fin del espacio público” (Sorkin, 1992), ya que estos espacios, una vez concluido dicho proceso, ya no podrían ser identificados más que con espacios publicitarios convertidos en la única realidad de referencia gracias a la “magia del relato” que acompaña su promoción. En este sentido, la fabulación que acompaña a Odysseum desde que el nombre de bautismo del proyecto fue públicamente develado en el verano de 1998 es un modelo del género.

El nombre no fue escogido al azar y su divulgación, orquestada con cuidado, constituyó de alguna manera la primera entrega del relato. Con un innegable sentido pedagógico del que ya había dado muestras con ocasión del lanzamiento del barrio de Antigone⁴³ y del Corum,⁴⁴ el alcalde de Montpellier, secundado por su *staff* de creado-

⁴³ Además de la referencia a la heroína de la mitología griega, el alcalde quería marcar simbólicamente la oposición –anti en griego significa “contra” o “en frente de”– entre este conjunto de vivienda social de arquitectura neobarroca y el Polígono, centro comercial “moderno” mandado edificar por su predecesor en el cargo.

⁴⁴ Se trata de un palacio de congresos y ópera fundidos en un sólo edificio. En su nombre, “Corum”, se mezclan intencionadamente varias connotaciones: forum romano (función de recepción de congresos de negocios y reuniones científicas), corazón de la ciudad y... coros de ópera.

res de conceptos (en la neolengua publicitaria que ya es de rigor incluso en arquitectura, Odysseum es antes que nada un “concepto”), empleó a fondo todos los recursos de la panoplia mediática para hacer saber a sus administrados porqué esta apelación había sido escogida.

Nadie se sorprenderá de saber que es “en referencia a la Odisea de Ulises, porque es una verdadera aventura a la que convidamos a los visitantes, y también para reafirmar los vínculos de Montpellier como ciudad del Mediterráneo”.⁴⁵ Sin embargo, para una “metrópoli que mira al futuro”, esta incursión semántica no se puede limitar a una inmersión en el pasado. De hecho, “Odysseum es también una referencia a la odisea del espacio, a la gran aventura del futuro, a la tecnología”.⁴⁶ La elección de este nombre era, pues, “juiciosa”, como el alcalde y sus concejales de urbanismo y cultura gustaban subrayar. ¿No permite hacer malabares con el tiempo y el espacio? “De cultura profundamente mediterránea, Montpellier no olvida sus raíces, sus tradiciones ni historia, entrando apasionadamente en el siglo XXI” declaraba el alcalde a un periodista parisino. Y añadía que “Montpellier, de un golpe, va asaltar 26 siglos. ¡Pasaremos de la Grecia antigua a Los Angeles City!”⁴⁷ para, a continuación, felicitar, una vez más, de este término que remite “al mundo griego, a las heroicidades de Ulises, pero con una terminación romana [*sic*], y también a 2001: a la Odisea en el espacio, a Bruce Willis, a Schwarzenegger y, por tanto, a la juventud del mundo [*sic*”].

Lo que podría haber añadido el alcalde para enriquecer aun más el viaje imaginario al que invitaba a todos los que le escuchaban es que Odysseum, con su “terminación romana”, evocaba también al gigantesco Coliseum romano, algo que no debería sorprender dada la conocida megalomanía del personaje. El titular que encabezaba el periódico local del día siguiente a la inauguración de las obras era elocuente al respecto: “Odysseum: los nuevos trabajos de Hércules-Frêche”.⁴⁸

De hecho, más allá de la personalidad del alcalde y de la propensión secular de los franceses del sur a la exageración, hay que saber que inflar el discurso a costa de la verdad de los hechos consta entre los procedimientos retóricos inherentes al *storytelling*: poco importa que la historia contada a la gente esté alejada de la verdad, por no decir que sea un compendio de mentiras, siempre que sea lo suficientemente seductora para disuadirle de preguntarse si es falsa o verdadera. Y esto puede ser así porque la pléyade de universitarios de los que se rodea el alcalde como consejeros, abogados o heraldos de su política, abandona el compromiso de rigor intelectual que les es debido.

“Escaparate lúdico de una metrópoli que mira de nuevo hacia el Mediterráneo”, “Proa al mar”, “Montpellier del Mar”, “Odysseum se hace a la mar”... Quienes formulan estas figuras metafóricas destinadas a movilizar a la población local en torno al proyecto fingen ignorar que la decena de kilómetros, municipios y lagunas que separan la ciudad de la costa no pueden ser borrados por el nuevo “centro urbano”.

Y es que, más allá de la racionalidad urbanística que puede justificar la prolongación del desarrollo espacial de la ciudad hacia el Mediterráneo, lo que cuenta es, como

⁴⁵ “L’Odysseum en huit questions”, *Montpellier, notre ville*, octubre de 1999.

⁴⁶ *Idem*.

⁴⁷ *Télérama*, n° 2603, 1 de diciembre de 1999.

⁴⁸ *Midi libre*, 2 de agosto de 1998.

dicen los estrategas locales de la comunicación, “anclar la idea de mar en el esquema mental del habitante de Montpellier”. Así lo admite incluso uno de los geógrafos ya mencionados, que tampoco duda en introducir referencias más o menos fantasiosas en la historia lejana de la región para atestiguar la recuperación de la vocación marítima de la ciudad: “hoy no se trata tanto de llevar físicamente la ciudad al mar como de acercarla a la idea del mar”.⁴⁹ También un profesor de historia, a quien la pretensión de un pasado portuario de Montpellier no puede dejar escéptico, revelará, cuando menos, haber quedado seducido: “Me gusta que esta progresión hacia el mar sea descrita como una epopeya”.⁵⁰

UNOS “VISITANTES” MUY GUIADOS

El término “epopeya”, en el sentido de relato enfático en el que lo maravilloso se mezcla con lo verdadero, se ajusta, efectivamente, bastante bien a la imagen que los concejales de Montpellier quieren para un proyecto urbano que debe “tirar de la ciudad hacia el sur” y, especialmente, para la construcción del Odysseum, que constituye la primera escala de este particular periplo. Como en el relato de Ulises, se ofrece aquí la oportunidad o el pretexto para hacer destacar un tema que va a estar asociado a casi todas las campañas de promoción del “centro lúdico-comercial”: la aventura.

Ya desde el inicio, la idea misma del proyecto y su escenificación habían sido presentadas como una “aventura”, no en el sentido de una iniciativa incierta sino como una apuesta optimista y exaltada sobre el futuro de la ciudad. Y los aventureros, en la acepción igualmente positiva del término, no eran otros que los audaces visionarios que habían concebido el proyecto, comenzando por el alcalde. Pero desde la inauguración de los primeros equipamientos de ocio, la “aventura” y sus diferentes declinaciones también van a servir de cascabeleo publicitario para atraer a los habitantes de Montpellier y alrededores: “Mundo de ocio y sensaciones, Odysseum es una invitación a un viaje a imagen de aquel de Ulises, lleno de emociones” (Frêche, 2004).

Llegar hasta Odysseum, fin de trayecto al tiempo que punto de partida de otros viajes, será, por tanto, sinónimo de partir hacia la aventura: “Destino Odysseum”, podía leerse, por ejemplo, en los paneles instalados en la ciudad cuando se aproximaba la apertura de la primera línea de tranvía; “Venga a vivir una nueva aventura a Odysseum”, ordenaban los carteles y los anuncios de los periódicos antes de la inauguración de una nueva atracción; “La aventura Odysseum”, se titulaba el suplemento de un periódico gratuito local poco después de la apertura del acuario Mare Nostrum, la más reciente de todas. Y sobre los planos de orientación figura inevitablemente el título “Odysseum destino”.

Una vez llegados al sitio, una serie de “aventuras” esperan a los visitantes: “viaje vertiginoso por el inmenso cosmos” en el planetario Galileo, “inmersión total en el corazón de los océanos” en Mare Nostrum, “impresión de cambiar de pista de patina-

⁴⁹ *Libération*, 15-16 de diciembre de 2001.

⁵⁰ *Idem*.

je” deslizándose por la “pista nórdica” de Végapolis a los largo de una “pared de imágenes gigante con decorado cambiante”, “paradas exóticas” para comer y descansar en un bar o en un restaurante temático: Route 66, Planet Asie, Cuba café, Les trois brasseurs (“cervecería flamenca a la antigua”), etcétera.

Todas estas instalaciones merecen sobradamente el nombre de “atracciones”, ya que, más allá de lo atrayente de lo que en ellas se puede ver, sentir o hacer, su razón de ser es antes que nada atraer (y retener) el máximo de público durante el máximo de tiempo en eso que, después de todo, no es más que un centro comercial. Para hacerlo, basta distraerle puesto que, así lo decía un especialista, “no es buen comprador sino el que se divierte” (Allaman, 2002). El término diversión debe tomarse aquí en su sentido ordinario de entretenimiento y distracción, pero también en su acepción noble, pascaliana me atrevería a decir, de desvío de la atención de lo esencial: no Dios, evidentemente, sino el becerro de oro, es decir, la mercancía. Y no es que no haya que adorarlo. Por el contrario, esta adoración debe redoblar pero, para llegar a ello, debe hacerse sin que los propios adoradores se den cuenta. Ahí reside la auténtica novedad.

¿“Destino Odysseum”? Destino es, efectivamente, si se piensa en el estatuto de eternos consumidores al que serán condenados los viajeros que se dejen embarcar. El objetivo de los centros lúdico-comerciales es, en origen, precisamente, hacer olvidar a la gente que los frecuenta este final poco glorioso. “Cada vez más informados y exigentes” (Paquot, 2001), al parecer, muchos rechazarían hoy ser considerados sólo como simples números de tarjeta de crédito intercambiables. Así que también conviene proporcionarles “espacios de convivencia”, “momentos de placer” y otras “experiencias vitales” que perciban como atenciones graciosamente ofrecidas como un “plus”. Sin ver que ese “plus” corresponde precisamente al “valor añadido” de los bienes y servicios que se les vende en estos lugares encantados. Y todos estarán preparados para pagar el precio, ya que se tendrá la impresión de que “la relación mercantil no es más que una prolongación eventual de su visita”, como sucede después de visitar un museo o un monumento (Allaman, 2002). Así se entiende por qué estos compradores en busca de “emociones y sensaciones” prefieren ser tratados como “visitantes” mejor que como clientes.

La ligazón utilitarista de lo “lúdico” a lo comercial que Odysseum materializa y simboliza a la vez sugiere una aproximación al mundo televisivo. El director de la cadena privada TF1, la más vista en Francia, ha producido un escándalo cuando, delante de algunos íntimos y sin imaginar que sus palabras pudiesen llegar a ser hechas públicas, ha enunciado como una evidencia que las emisiones de su cadena tenían “por vocación hacer disponible el cerebro del telespectador, es decir, divertirlo, entretenerle, para prepararle entre dos mensajes. Lo que nosotros vendemos a Coca-Cola es tiempo de cerebro humano disponible”. Además, para justificar el precio prohibitivo de esos “espacios publicitarios” vendidos a los anunciantes, añadía: “Nada es más difícil de obtener que esta disponibilidad”. No hay ni que decir que la programación de la cadena no obedece más que a esta finalidad. Si se traspone esta lógica a Odysseum, reemplazando las emisiones televisivas por las atracciones y los espacios publicitarios de la cadena por los espacios comerciales del nuevo “centro urbano”, uno tiene la tentación de preguntarse si, aun siendo tan distintas, las primeras no jugarán un papel en cierta medida análogo en provecho de los segundos: procurar *fun*, ese “sentimiento

raro [...] donde se alternan una exaltación repentina y una pasividad sin consecuencias” (Bégout, 2002), para hacer que cada “cerebro” esté más disponible al *shopping*.

Esta interpretación no dejará de sorprender a todos aquellos que daban crédito a los vaticinios de investigadores que no tienen nada mejor que hacer que poner música “científica” a los cálculos interesados de los publicistas. Si se creyese la propaganda municipal o la de “Montpellier-Agglo” (aglomeración urbana de Montpellier), por ejemplo, la programación y ordenación de Odysseum respondería a las “aspiraciones de las nuevas generaciones en una civilización del tiempo libre”, tal y como se desprende de las “encuestas sociológicas las más recientes sobre la evolución futura de los modos de vida”. En materia de *storytelling*, pasa con la sociología lo mismo que con otras ciencias humanas. La finalidad de la mercadotecnia narrativa no es convencer con ayuda de argumentos sino producir un efecto de creencia, así que esta disciplina, como las otras, no es convocada o invocada más que para reforzar la credibilidad del relato. Éste se alimenta de una pseudo-sociología del ocio donde el paro, la precariedad y la pobreza son obviadas y de una tipología social científicamente dudosa (pero lucrativa en el plano editorial) conocida por el nombre de *socio-styles*, muy en voga en las revistas de moda y en las secciones de “tendencias” o “tentaciones” de los periódicos.

Así se nos revela que “Montpellier, mucho más que otras ciudades universitarias y jóvenes, presenta una estructura sociológica particular con 75% de los hogares compuestos de 1 o 2 personas y 50% de una sola persona” por razón de la alta proporción de población estudiantil (más de 60,000). “Esta *solterización* en constante aumento induce una fuerte demanda de vínculos sociales y de convivencia a la que la ciudad debe responder”. De ahí una serie de imperativos para hacer frente a una evolución particular del consumo que es mucho más marcada en Montpellier que en otras muchas ciudades: “mezclar compras y ocio, descubrimientos, encuentros... [...]; conciliar encuentros colectivos y experiencias individuales y así ofrecer surtido y diversidad” para hacer “zapeo urbano” y, en fin, para integrar la “demanda lúdica”, “ofrecer contenidos, no como en un parque temático demasiado encasillado sino proponiendo una multi-temática...”⁵¹

A través de los clichés y de la jerga se trasluce el perfil del “consum’actor” tal y como lo pintan los pensadores complacientes con la urbanidad contemporánea: ése que “ya no sufre pasivamente diversos determinismos”, que “ya no es víctima sumisa de la moda, de la publicidad, de la imitación” y que “exige fantasía, exceso, lujo, derroche” (Paquot, 2001). En pocas palabras, ese consumidor “libre” que “puede escoger en función de sus gustos, de sus medios, de sus necesidades” (Paquot, 2001) y al que bastará dar una vuelta por Odysseum para satisfacer todas sus apetencias. Sin embargo, la imagen de este Ulises de los tiempos posmodernos dando vueltas libremente entre el “polo lúdico” y el “polo comercial” es –puede adivinarse sin dificultad– bastante engañosa.

La expresión “clientela cautiva”, utilizada antes por los gestores de los centros comerciales periféricos en relación con los residentes de las urbanizaciones que, a falta de otra alternativa comercial, estaban prácticamente obligados a aprovisionarse en ellos, parece corresponder hoy a una época pasada. Para designar a los “visitantes” que las seducciones del *magic kingdom* ludo-comercial intentan convertir en auténticos “poseos”

⁵¹ <http://www.montpellier-agglo.com.fr>

del consumismo, convendría más hablar de población “cautivada”. A pesar de estar orientados en sus recorridos por los reclamos insistentes e incesantes de las historias que se les cuenta en cada sitio y de estar más vigilados y controlados que nunca en nombre de la “seguridad”, deben tener la ilusión embriagadora de vagar a su aire. Verán cómo se les proponen “productos” (vestidos, muebles, comidas, espectáculos, ocio...) normalizados, formalizados y formateados pero deberán creer en el reconocimiento de la primacía de la elección individual y las compras personalizadas. ¿Cómo? Gracias a la multiplicación infinita de los “entornos” de síntesis, de los “ambientes” prefabricados y de los “acontecimientos” programados y esponsorizados. Dicho de otra manera, gracias a esta “creación de realidad” que, aunque sea “virtual”, concurre a restar realidad a un mundo que ya no es cuestión de transformar o siquiera de interpretar sino que se trata de “vivirlo plenamente en el momento”, en ese famoso “tiempo real” que deja poco tiempo a la reflexión y aún menos a la crítica.

Según se lee en los folletos y anuncios publicitarios de la Comunidad de aglomeración y de la municipalidad de Montpellier que elogian los encantos de Odysseum, éstos residirían esencialmente, a fin de cuentas, en la libertad de elección infinita, “dada” –si es que puede decirse así– al consumidor. El concejal de urbanismo de Montpellier, inspirador junto con el alcalde de los “grandes proyectos” de la municipalidad, se felicitaba de que se podría “patinar, descubrir las estrellas en el planetario, estremecerse en el estanque de tiburones del acuario, tomar unas tapas, beber en una auténtica cervecería del Norte” (Dugrand, 1999). Por su parte, el director adjunto de la SERM definía así el “concepto” de Odysseum: “Las barreras entre las diversas actividades de ocio desaparecen para dejar lugar a actividades nuevas. Cultura, deporte, restaurantes, descubrimientos de la Naturaleza, juegos, conciertos... son campos cada vez menos diferenciados, sus fronteras se van desdibujando. El usuario de Odysseum, lejos de estar encerrado en un determinado ámbito de actividades, será antes que nada un hedonista” (Lemonier, 2002).

¡Como si el hedonismo se hubiese convertido hoy en dar vueltas por una zona de actividades de ocio diversificadas... y tarifadas!

Sería de ingenuos quedarse en esta triste constatación. En efecto, para que la “democracia de mercado” esté a la altura de su nombre, “hace falta que cada quien se dirija libremente hacia las mercancías que el buen sistema capitalista fabrica para él; *libremente* puesto que él, a la fuerza, resistirá. La obligación permanente de consumir debe ser acompañada constantemente de un discurso de libertad” (Dufour, 2002).

Un *slogan* –verdadera combinación paradójica– inscrito en los folletos publicitarios distribuidos entre los “visitantes” no puede ser más claro: “¡Libere su tendencia al shopping en Odysseum!”. Es por esto que, en este Odysseum que no será, en suma, sino otro lugar emblemático del encerramiento de nuestros contemporáneos en el universo de la mercancía, encima de la puerta principal de este lugar donde lo “lúdico” se pone al servicio de la intensificación del frenesí consumista, podríamos pronto ver aparecer un anuncio gigante (o quizá otro chisme más novedoso de las tecnologías de la manipulación subliminal) que inscriba, en la parte disponible del cerebro de los “visitantes” llegados en tropel a “darse el gusto de hacer sus compras en un mundo de ocio y de sensaciones”, el precepto que resume todos los demás: “EL CONSUMO HACE LIBRE”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALLAMAN, Martine (2002). «Le vrai prix du plaisir d'acheter», *Diagonal*, marzo-abril, n° 19.
- BÉGOUT, Bruce (2002). *Zéropolis*. Paris: Allia.
- BORDREUIL, Samuel (dir.) (2001). *Champs relationnels, champs circulatoires, "ville émergente" et urbanité au prisme de Plan de campagne*. [Aix en Provence:] Lames, MMSH, CNRS.
- CHALAS, Yves (dir.) (1997). *La ville émergente*. La Tour-d'Aigues: Éd. de l'Aube.
- DUFOUR, Dany-Robert (2002). *Le Divin Marché. La révolution culturelle libérale*. Paris: Denoël.
- DUGRAND, Raymond (1999). *Montpellier notre ville*, suplemento «Odysseum», octubre.
- FERRAS, Robert y VOLLE, Jean-Paul (2002). *Montpellier Méditerranée*. Paris: Économica.
- FRANK, Tom (2000). *One market under God: Extreme capitalism, market populism and the end on economic democracy*. New York: Doubleday.
- FRÊCHE, George (2004). «Invitation au voyage», *Harmonie*, julio-agosto.
- FRÊCHE, Georges (1998). «Editorial», *Montpellier, votre ville*, octubre.
- LEFEBVRE, Henri (1968). *Le Droit à la ville*, Paris: Anthropos.
- LEMONIER, Marc (2002). «L'Odysseum de Montpellier s'arrêtera t-il aux loisirs?», *Diagonal*, marzo-abril.
- PAQUOT, Thierry (2001). «Commerce urbain», *Urbanisme*, n° 321, noviembre-diciembre.
- PERALDI, Michel (dir.) (2001). *Rapport d'échange et ordre moral: l'épaisseur sociale de la grande surface: le cas de Plan de Campagne*. [Aix en Provence:] Lames, MMSH, CNRS.
- SALMON, Christian (2007). *Storytelling. La machine à fabriquer des histoires et à formater les esprits*. Paris: La Découverte.
- SORKIN, Michael (ed.) (1992). *Variation on a Theme Park: The New American City and the End of Public Space*. New York: Hill and Wang.

PRIVATIZANDO LAS CALLES: EL BID BANG
Helena Villarejo Galende

CUALQUIER CAMINO QUE SE TOME VA A DAR AL CENTRO COMERCIAL

Es por la mañana, muy temprano, el sol todavía no ha nacido, el Cinturón Verde no tardará en aparecer, luego los barrios de chabolas, luego la tierra de nadie, luego los edificios en construcción de la periferia, después la ciudad, la gran avenida, el Centro finalmente.

Cualquier camino que se tome va a dar al Centro Comercial.

JOSÉ SARAMAGO, *La caverna* (2000).

Omnipresencia del centro comercial en nuestras vidas. Es lo que sugiere, entre otras muchas cosas, esa novela cargada de simbolismos que es *La Caverna* de Saramago.

Los centros comerciales han asumido algunas de las funciones de los tradicionales espacios públicos y las ofrecen bajo el signo de mercancía. Sin embargo, y a diferencia de la tradicional plaza pública, que es espacio de encuentros espontáneos y de discusión comunitaria, las grandes superficies comerciales son, sobre todo, empresas planificadas hasta el mínimo detalle para estimular el impulso de compra (Rifkin, 2000: 209).

Quienes los diseñan saben muy bien que cuantas más actividades puedan realizarse en ellos, más tiempo pasarán en su interior los consumidores y, en consecuencia, más dinero gastarán (Underhill, 1999). “Algún día será posible nacer, ir desde el parvulario hasta la universidad, conseguir un empleo, salir con alguien, casarse, tener hijos [...] divorciarse, avanzar a lo largo de una o dos profesiones, recibir atención médica, incluso ser arrestado, juzgado y encarcelado; llevar una vida relativamente llena de cultura y diversión y finalmente morir y recibir ritos funerarios sin tener que salir de un complejo de galerías comerciales particular: porque cada una de estas posibilidades existe actualmente en algún centro comercial en alguna parte” (Kowinski, 1985: 98).

En la ciudad moderna, que tiende a fragmentarse en espacios de acceso reservado (urbanizaciones y comunidades de vecinos, parques empresariales, universidades privadas, clubes de campo o de golf, gimnasios...), que sólo se relacionan entre sí a través de la red arterial de carreteras, los únicos lugares de intercambio y contacto social son los grandes intercambiadores de transporte (aeropuertos, estaciones ferroviarias y de autobús...) y los centros comerciales, los “no lugares” –espacios descontextualizados e indiferenciados– de la posmodernidad, en la sugerente expresión de Marc Augé (1992).

Pero estas páginas no estarán dedicadas a los centros comerciales, no, al menos, a los convencionales, sino a una forma de organización de los pequeños comerciantes del centro de la ciudad que surge como reacción frente a aquellos y que, paradójicamente, termina imitándolos. Nos referimos, en concreto, a los denominados *Business Improvement Districts* (BID) y a sus parientes españoles, los *Centros Comerciales Abiertos* (CCA), fórmulas de colaboración público-privada empleadas para revitalizar los centros urbanos. Como veremos, por esta controvertida vía, muchos espacios urbanos han terminado transformándose también en centros comerciales.

DAVID CONTRA GOLIAT: LOS “CENTROS COMERCIALES ABIERTOS” COMO UNA ESTRATEGIA COOPERATIVA DE LOS PEQUEÑOS COMERCIANTES PARA REVITALIZAR LOS CENTROS URBANOS

En muchas ciudades norteamericanas, carentes de espacios públicos y comunitarios, los centros comerciales ubicados en los suburbios urbanos se han convertido en sus elementos vertebradores (Crawford, 1992: 35). En Europa este fenómeno no se ha producido con la misma intensidad y menos aún en los países mediterráneos, donde las ciudades cuentan aún con un centro urbano de gran raigambre tradicional y donde diversos factores, como el clima, la costumbre del encuentro en la calle o los niveles de renta, entre otros, han motivado el retraso de la eclosión de las nuevas formas de distribución comercial (Castresana, 1999: 35 y ss; Elizagarate y Zorrilla, 2004: 101 y ss).

No obstante, en los últimos años, nuestras ciudades han vivido grandes transformaciones urbanísticas que repercuten sobre los formatos y la organización del sector comercial. A su vez, la consolidación periférica de las grandes superficies comerciales se convierte en factor determinante del modelo de asentamiento y ordenación del espacio y en elemento dinamizador de la propia urbanización expansiva. Así, las grandes superficies son causa y consecuencia de la creciente transformación de las ciudades.

Los cambios experimentados por el comercio detallista español –parejos a los cambios económicos y culturales producidos en la sociedad– han sido significativamente importantes. En el transcurso de las pasadas tres décadas, se ha producido el “paso acelerado de unas estructuras marcadamente tradicionales a una distribución moderna, donde ha sido determinante la penetración de fórmulas y capitales extranjeros” (Trespalacios, 2001: 200). Esta profunda transformación se evidencia, de forma notoria, en las cuotas de mercado. Las grandes superficies y supermercados han incrementado sus ventas a costa de las tiendas tradicionales, de las galerías de alimentación y de los antiguos mercados de barrio. Los pequeños comercios van quedando cada vez más desamparados, anticuados y con escasos medios para modificar su trayectoria mercantil. De ahí que, afectados por unos costes de mantenimiento elevados, muchos de ellos hayan tenido que cesar en sus actividades.

Para paliar estos efectos, desde finales de los noventa, se vienen desarrollando en España diversas estrategias cooperativas del pequeño comercio, financiadas mayoritariamente por los poderes públicos, dirigidas a combatir su declive, al tiempo que se intenta revitalizar el centro de las ciudades (Martínez, 1993: 63 y ss). Aunque el comercio, por sí mismo, no puede revitalizar la ciudad, juega un papel crucial en la recuperación urbana, por el efecto de arrastre que puede representar sobre otras actividades y

por su importancia como elemento dinamizador de la vida ciudadana. “Las tiendas, grandes o pequeñas, dan vida a los centros de las ciudades y frenan la creciente tendencia a la desertización urbana, que constituye un acicate para la delincuencia” (Comisión Europea, 1996).

Son ya muchos los Ayuntamientos que, con el apoyo de la administración estatal o autonómica o al amparo de distintos programas de la Unión Europea (*Plan Urban, Pomal, Futures...*) han puesto en marcha diversas iniciativas dirigidas a la recuperación de espacios degradados, la mejora de infraestructuras (aparcamientos, accesos, jardines...) e inmuebles, la peatonalización de calles, la provisión de servicios a la zona (seguridad, limpieza...), el aumento de la población o la reactivación del tejido económico. Todo ese conjunto de iniciativas públicas busca la revitalización de los cascos históricos de las ciudades y favorecer al comercio tradicional allí instalado (Sánchez: 1999: 43).

Algunas de estas políticas activas de dinamización del comercio han cristalizado en la denominación “centros comerciales abiertos” (CCA). La mayoría de ellos han nacido como transformación de una asociación de comerciantes que agrupaba a los empresarios de la zona. ¿Qué se esconde bajo la idea de transformar un centro comercial urbano e histórico en un “centro comercial abierto”? Algo tan sencillo como gestionar el espacio comercial del centro de la ciudad como si se tratase de un centro comercial convencional o planificado (Tarragó, 1998: 40 y ss).

Un *mall* o centro comercial es “un espacio cerrado sobre sí mismo que funciona como si fuera una superficie abierta” (Alonso, 1999: 28). Jugando al retruécano, con la creación de un “centro comercial abierto” se pretende que un espacio abierto funcione como una superficie cerrada. Se trata de simular, de hacer sentir al viandante-consumidor que, cuando pasea por las calles de su ciudad, deambula por un gigantesco centro comercial. Paradójicamente, ya antes los *malls* se habían fijado en los centros comerciales tradicionales para crear sus falsas calles cubiertas, sus imaginarias plazas y su variedad de establecimientos, comerciales y no comerciales.



Fig. 1. Europa Boulevard. West Edmonton Mall. Alberta (Canadá). © 2007 Creative Commons



Fig. 2. Calle Ancha. Centro León Gótico (centro comercial abierto). León (España).
© 2007. J. Patricio Herrero Z.

En su deseo de competir con ellos, los centros comerciales abiertos imitan a los cerrados, reproduciendo sus acciones. Convertir el centro urbano en un CCA implica trasladar a la escena urbana las innovaciones vinculadas a la promoción y publicidad, en una estrategia común o unitaria que uniforme los servicios prestados y potencie la imagen de marca.

Por ello, en primer lugar, debe delimitarse el espacio físico con la plasmación de una imagen común para transmitir al consumidor la idea de continuidad y unidad (tratamiento común de las aceras, diseño unificado del mobiliario urbano o de la señalización). En segundo término, un CCA debe gestionar en común los espacios urbanos que lo sustentan y coordinar las actividades de uso del espacio público en su conjunto (transporte, recogida de basuras, servicios de carga y descarga, infraestructuras, etc.). La gestión integral debe hacerse extensiva a los servicios comunes destinados tanto a los propios comerciantes (gestión empresarial, seguridad, limpieza y reciclaje de envases y embalajes, etc.) como a los consumidores (servicio de reparto a domicilio, programas de fidelización, facilidades de pago, información general y publicidad, animación comercial, aparcamientos, etc.). Precisamente, otra de las estrategias para los CCA, como lo es para los planificados (Crawford, 1992: 32), es una oferta de aparcamiento que garantice una buena accesibilidad a los consumidores.

Por otra parte, de la misma manera que los centros comerciales se basan en una locomotora (gran supermercado, cines...) que tira del conjunto comercial, también para el buen funcionamiento del CCA es conveniente que existan este tipo de establecimientos que actúan como ancla o imán. Al mismo tiempo, debe brindar una oferta comercial lo más amplia y variada posible.

La intervención pública se dirige a fomentar todos los aspectos precitados. En España, desde la Dirección General de comercio interior, se ha venido impulsando la

figura de los “gerentes de centros urbanos” siguiendo el ejemplo británico de los *town managers*: nuevos profesionales, encargados de planificar, gestionar y dinamizar los centros urbanos como si se tratara de verdaderos centros comerciales (Tarragó, 1998: 32; Samuels, 2000: 87 y ss). El éxito de un CCA depende, sobre todo, de que se dote de un instrumento organizativo eficaz para la gestión del proyecto y exige la integración y el compromiso de todos los comerciantes con el proyecto común.

De hecho, en el momento presente, una de las principales amenazas para el buen funcionamiento de los CCA es la falta de cooperación por parte de los pequeños comerciantes del área. Es elevado el número de establecimientos que, pudiendo afiliarse al CCA por ubicarse dentro de su perímetro, deciden no hacerlo. Eso supone que hay un importante colectivo empresarial que se está beneficiando de las acciones dirigidas a dinamizar y revitalizar el comercio del centro urbano, pero que no contribuye en modo alguno a su sostenimiento. La falta de implicación de los afectados se une a los problemas de financiación derivados del alto grado de dependencia de las ayudas públicas que tienen los CCA. Así, el actual modelo organizativo, basado en formas asociativas tradicionales, no parece el más adecuado para que los CCA sigan avanzando (Frechoso *et al.*, 2007: 48).

En otros países se han ensayado estrategias de *partenariado* (esto es, de colaboración público-privada para gestionar y financiar los centros comerciales abiertos) que comienzan a ser trasladadas a España, si bien a día de hoy todavía no están consolidadas (Ysa, 2000: 47-60; Rovira, 2000: 19-34; Mediano, Tamayo y Tejada, 2006: 48-58). Los partenariados público-privados (PPP) para la gestión de centros urbanos son “instituciones sin ánimo de lucro que operan como colaboraciones entre el sector privado y el público local, y están legitimados para establecer recargos impositivos sobre los propietarios empresariales de un área específica, con el propósito de poder financiar una serie de servicios públicos complementarios (adicionales a los que el municipio venía prestando)” (Ysa, 2000: 47).

La creación de PPP para la gestión de los centros urbanos obedece principalmente a dos razones. En primer lugar, la situación de deterioro de los centros urbanos paralela a la competencia de las nuevas zonas de expansión suburbana y, en segundo término, la brecha entre los recursos obtenidos y las necesidades existentes en los centros urbanos.

Por su interés como modelo alternativo y, puesto que su adopción en España, al igual que en otros países de nuestro entorno, se presiente bastante cercana, a continuación se examina más detalladamente esta figura.

ORIGEN Y ECLOSIÓN DE LOS *BUSINESS IMPROVEMENT DISTRICTS*

Desde hace más de tres décadas una nueva forma de colaboración público-privada en el ámbito del gobierno local ha proliferado en Estados Unidos. Son los conocidos comúnmente como *Business Improvement Districts* (BID), cuya traducción española aproximada es “barrios o áreas de mejora o dinamización empresarial”. Estos distritos operan en la intersección entre lo público y lo privado y generan una gran controversia.

Los BID pueden ser definidos como “organizaciones dirigidas privadamente y au-

torizadas públicamente que prestan servicios públicos adicionales dentro de una determinada área geográfica gracias a la generación de ingresos anuales provenientes del pago de un impuesto por parte de los propietarios y/o comerciantes” (Hoyt y Gopal-Age, 2007: 946). Resumidamente, estas organizaciones actúan bajo el principio *quid pro quo*: Los propietarios comerciales pagan obligatoriamente tasas “extra” para recibir servicios “extra” (Villarejo, 2007: 12).

El modelo surge como una iniciativa del sector privado para revitalizar los centros urbanos. Desde la década de los años cuarenta, muchos comerciantes de distintas ciudades norteamericanas aunaron sus esfuerzos para combatir el fenómeno de la descentralización urbana y evitar que empresarios y consumidores abandonaran sus actividades en los centros de las ciudades en favor de la periferia urbana. El fenómeno fue en aumento cuando los pequeños comerciantes del centro urbano sufrieron el impacto de la instalación de los *malls* o centros comerciales en el extrarradio urbano. El auge del fenómeno metropolitano y la consiguiente aparición de ciudades dormitorio con bajos niveles de equipamiento comercial, el incremento de las ventas debido a la mayor capacidad de compra de los consumidores, la creciente motorización, la congestión del centro de las ciudades y las consiguientes dificultades de accesibilidad o el aumento progresivo de los precios del suelo en los centros urbanos, fueron algunas de las razones que motivaron la aparición de nuevas fórmulas comerciales con un denominador común: su gran superficie de actuación, su excelente accesibilidad en vehículo privado y su localización periférica (Villarejo, 2008: 87).

Las asociaciones de pequeños comerciantes recurrieron a la realización de actividades promocionales (organización de eventos, facilidades para el aparcamiento, mejora de los escaparates, etc.) como estrategia para tratar de atraer clientes e inversores al centro urbano, con el objetivo de incrementar las ventas y el valor de sus propiedades. Intentaron desarrollar una gestión unitaria de los centros urbanos a imagen y semejanza de los *malls* (Villarejo, 2008b: 103).

A mediados de los sesenta, un pequeño grupo de empresarios en Toronto (Canadá) tuvo una ocurrencia para solventar el problema que generaban los denominados *free-riders* (“libres de carga”), es decir, los miembros del colectivo que, sin cooperar económicamente en su financiación, se beneficiaban de las actividades y mejoras que la asociación llevaba a cabo gracias a las aportaciones voluntarias de sus miembros. Para evitar la presencia de “polizones”, exploraron la posibilidad de crear una entidad autónoma, gestionada privadamente, con la capacidad de imponer un tributo especial sobre todos los propietarios comerciales del distrito para financiar las iniciativas locales de revitalización (Houstoun, 2003: 68). A tal efecto, era necesario elaborar legislación habilitante. El 17 de diciembre de 1969 la provincia de Ontario aprobó la sección 379g de la Ley Municipal y, poco después, el Ayuntamiento de la ciudad de Toronto aprobó la Ordenanza Municipal nº 170-70 que permitió que el primer BID del mundo, el *Bloor West Village*, pudiera constituirse legalmente (Hoyt, 2006: 229). En las últimas cuatro décadas, más de 300 *Business Improvement Areas* (BIA) han sido creados en Canadá, con el importante apoyo del Gobierno federal (Ward, 2006: 57). Más de 200 están situados en Ontario y en torno a 60 en el *Greater Toronto Area* (Hernández y Jones, 2006: 795).

En Estados Unidos, los BID emergen en la década de los ochenta, cuando la legislación de algunos estados permitió que se establecieran dentro de las ciudades. Por ejem-

plo, en 1981, la Asamblea legislativa del estado de Nueva York otorgó a sus ciudades el poder para crear BID y, un año después, la ciudad de Nueva York aprobó dos ordenanzas que permitían su instauración. A finales del siglo XX, veinte años después de que comenzaran su andadura, había más de 400 BID en 42 estados, situándose 64% en sólo cinco: California, New York, New Jersey, North Carolina y Wisconsin (Mitchell, 1999: 6). Sin embargo, estos datos no coinciden con los facilitados por otros autores que estiman que la cifra de BID en Estados Unidos es mucho más elevada: entre 1,000 y 2,000 (Briffault, 1999: 366; Hochleutner, 2003: 374; Lloyd *et al.*, 2003: 300). Sólo en la ciudad de Nueva York hay en la actualidad 56 BID.⁵²

Últimamente, la fórmula está siendo transferida a otros países como el Reino Unido, Sudáfrica, Australia, Nueva Zelanda, Serbia, Colombia, Brasil, Suiza, Suecia, Japón...



Fig. 3. Times Square BID. New York (EEUU). © 2006 Christopher Chan.

RAZONES Y DESAZONES DEL “BID BANG”

El crecimiento de los BID responde a diversos factores socioeconómicos y políticos. Es clara la influencia del declive de los centros de las ciudades unida a un urbanismo disperso generado por el desarrollo de una extensa red de autopistas; la proliferación de nuevos formatos comerciales; los problemas de organización y financiación de los municipios; o la tendencia a recurrir a sociedades o partenariados público-privados para llevar a cabo la revitalización urbana (Hoyt y Gopal-Age, 2007: 948).

En línea con la última de las causas citadas, podría argumentarse que, bajo la expansión de la fórmula de los BID subyace la creencia de que las ciudades existen para crear oportunidades individuales de acumulación de la riqueza y de que los líderes

⁵² <http://www.nyc.gov/html/sbs/html/neighborhood/bid.shtml>

económicos son los mejor cualificados para dirigir las políticas públicas hacia tal fin. Esta condición ha jugado un papel central en la legislación y la política de los gobiernos locales en Estados Unidos (Briffault, 1999: 470). Los gobiernos locales son bastante sensibles a las limitaciones de la base tributaria y a la necesidad de mantener costes tan bajos como sea posible (Cohen, 2001: 14). Por ello, al igual que en el Reino Unido, la política urbanística anima al sector privado a intervenir para frenar el declive socioeconómico de las ciudades (Lloyd *et al.*, 2003: 314). Las fórmulas de gobierno basadas en la colaboración público-privada reflejan la creencia neoliberal de que los fallos del Estado son probables, cuando no inevitables, y que, en consecuencia, para mejorar la eficacia en la prestación de los servicios públicos, es necesario involucrar a la sociedad civil, al sector privado (Jessop, 2002: 454-5).

En el ámbito local ha llegado a hablarse de “privatización por desgaste o encubierta” (Savas, 2006: 11). Ante la desatención de las funciones públicas, espíritus emprendedores sustituyen la iniciativa pública local por la acción privada. Muchas veces, esta forma pasiva o indirecta de privatización es incentivada o acelerada desde las instancias públicas. Hoy la privatización simboliza “una nueva manera de percibir las necesidades de la sociedad... es el acto de reducir el papel del gobierno o de incrementar el papel del sector privado, en una actividad o en la propiedad de activos” (Savas, 2006: 11). Los BID tienden a rellenar los vacíos dejados por una prestación ausente o deficiente de servicios públicos en aquellas municipalidades incompetentes o ineficaces (Levy, 2003: 9).

En *La decisión de privatización: fines públicos, medios privados*, John G. Donahue sostiene que: “la decisión entre lo público y lo privado tiene dos dimensiones básicas. La primera atañe a la financiación: ¿Debemos pagar individualmente por un bien o servicio, con nuestros propios recursos o debemos pagarlo colectivamente con fondos recaudados a través de una u otra forma de tributación? La segunda atañe al desempeño: ¿El bien o servicio debe ser producido o prestado por una entidad del gobierno o por una organización no gubernamental?” (Donahue, 1989: 7).

Las tendencias de descentralización y privatización son un reto para los gobiernos locales. Los gobiernos federales y estatales o regionales transfieren un gran número de tareas a los gobiernos locales. Al mismo tiempo, éstos, al igual que el resto de los niveles de gobierno, están entregando muchas funciones al sector privado. ¿Cómo preservar los intereses públicos al tiempo que se incrementa la confianza en el sector privado?

Curiosamente, en una época en la que *no new taxes* (“no nuevos impuestos”) es un “mantra político” y en la que los votantes rechazan la creación de nuevos tributos y aprueban las limitaciones impositivas, los BID han sido creados para imponer el pago de tasas adicionales y son los empresarios y propietarios sujetos a la nueva imposición los que lideran su fundación (Briffault, 1999: 366). Para los gobiernos locales, los BID ofrecen un mecanismo de financiamiento y de mejora de los servicios locales prestados en el área, sin necesidad de elevar los impuestos generales.

Para explicar la fulgurante expansión de los BID puede recurrirse también al “efecto dominó” o “bola de nieve”. Si en una ciudad, una determinada área geográfica comienza a ser gobernada bajo el modelo BID, termina arrastrando a otras a regirse por el mismo modelo; se produce una especie de contagio, luego veremos por qué, que empuja a otros a gobernarse siguiendo idénticas pautas.

PERSPECTIVA GENERAL DEL MODELO BID: PROCEDIMIENTO PARA SU CREACIÓN
Y RÉGIMEN DE FINANCIACIÓN

Los BID son fórmulas de colaboración público privada, partenariados público-privados (PPP), en su traducción más literal del inglés (*public private partnerships*). Una definición comúnmente aceptada podría ser: “cooperación entre actores públicos y privados, de carácter duradero, en la que los actores desarrollan conjuntamente productos y/o servicios, y donde se comparten riesgos, costes y beneficios” (Kickert, 2000).

Aunque el modelo varía de un país a otro o incluso de un estado a otro en el caso de Estados Unidos, los BID son habitualmente creados por designación municipal de conformidad con la autoridad que para ello les confiere la legislación habilitante en el ámbito estatal. El establecimiento de un BID exige la aprobación municipal, pero el impulso para su creación proviene normalmente de los propietarios o comerciantes del barrio, que, además, determinan las fronteras del distrito y desarrollan su plan de financiamiento y de actuaciones (Briffault, 1999: 369). En la mayoría de las leyes se establece un procedimiento en dos pasos para la creación de un BID. Primero, una votación entre los interesados que autorice la formación de un BID en el área. Y, segundo, si una mayoría cualificada de propietarios comerciales acepta crear el distrito y el concomitante incremento impositivo, entonces, el gobierno local tiene que aprobar una ordenanza (legislación local) en la que se constituye formalmente el BID y se establecen sus fronteras, funciones, presupuesto y modo de financiamiento. Normalmente estas fases implican numerosas audiencias públicas, debates y negociaciones encaminados a asegurar un notable respaldo local o, al menos, la falta de oposición significativa (Hochleutner, 2003: 378).

La vida del BID se limita a un número escaso de años (habitualmente cinco), pero lo cierto es que rara vez se disuelven. Por el contrario, los BID se renuevan periódicamente mediante procesos de reautorización, previstos en la legislación de cada estado (Houstoun, 2003: 33).

La fase de delimitación del área es muy importante en la formación del BID. Téngase presente que el modelo se basa esencialmente en una subdivisión territorial de una ciudad, en la cual todos los propietarios y comerciantes incluidos en ella están sujetos al pago obligatorio de tributos adicionales para su mantenimiento, desarrollo y promoción (Briffault, 1999: 368).

El tributo especial recibe el nombre de *assessment* y no es legalmente un impuesto, sino más bien una tasa o contribución especial que los propietarios pagan en contraprestación de los servicios que reciben, si bien tales servicios no son exactamente públicos sino privados. Es un tipo de exacción que recae sobre la propiedad a cambio de los beneficios directamente asociados a la fórmula (Hochleutner, 2003: 379). Esta es la principal fuente de financiamiento de los BID y puede variar de cientos a miles de dólares anuales dependiendo del valor de los locales, del tamaño del distrito y de la fórmula impositiva (Mitchell, 1999: 17). Así, por ejemplo, en la ciudad de Nueva York, las cantidades anualmente obtenidas a través del pago de la tasa varían entre 53 000 y 11 000 000 dólares (NYCDSBS, 2003a: 3). La cantidad exigida a cada miembro del BID es calculada de diversas formas, dependiendo de factores como el tamaño del establecimiento, su fachada, el valor tasado, el uso al que se destina, etc. En Nueva York, cada

propietario paga aproximadamente un recargo del 6% sobre su *real estate tax charge* (equivalente al impuesto sobre bienes inmuebles en España) (NYCDSBS, 2003b: 2). La carga fiscal recae principalmente sobre los establecimientos comerciales (el grupo que recibe los beneficios tangibles del incremento de la actividad empresarial local). De hecho, los propietarios residenciales a menudo pagan solamente cantidades simbólicas y no es frecuente que las organizaciones no lucrativas o entidades públicas ubicadas en el área estén obligadas a pagar (Hochleutner, 2003: 379).

La capacidad impositiva especial que, consiguientemente, otorga a los miembros de un área geográfica específica servicios públicos suplementarios confiere al modelo BID una autonomía considerable en la resolución de problemas. Y, sin embargo, no es la única fuente de financiamiento. En torno al 50% de los BID en Nueva Zelanda y Estados Unidos reciben donaciones voluntarias o pagos en especie por parte de las propiedades que, dentro del distrito, están exentas del pago de impuestos. En el caso de Canadá, 40% reciben subvenciones o ayudas públicas (Hoyt y Gopal-Age, 2007: 949).

LOS SERVICIOS PRESTADOS: ¿SUPLEMENTANDO O SUPLANTANDO LOS SERVICIOS PÚBLICOS?

Las contribuciones especiales son recaudadas junto con otros impuestos locales sobre la propiedad por las autoridades municipales y después son transferidas al órgano de gobierno del BID, para que las destine al ejercicio de actividades o prestación de servicios en beneficio de la organización. Estos servicios varían significativamente de un BID a otro, pero puede establecerse una tipología quintuple (Hochleutner, 2003: 380).

a) La prestación de tradicionales servicios municipales que complementan los prestados por el municipio (especialmente, limpieza y mantenimiento de las calles, retirada de graffitis, recogida de basuras y seguridad). Quizá se trate del conjunto de actividades centrales de los BID, a las que dedican la mayor parte de su presupuesto; al mismo tiempo, son las más controvertidas. El éxito de los servicios prestados privadamente es objeto de grandes alabanzas por parte de aquellos que defienden la figura. El éxito es medido desde la perspectiva de los propietarios (Council of the City of New York, 1995: 75).



Fig. 4. Equipo de limpieza. Picadilly Circus. *Heart of London BID*.
© 2007 www.heartoflondonbid.co.uk

Junto a las tareas de limpieza y mantenimiento, la mayor parte de los BID proporcionan algún tipo de servicio de seguridad en el espacio público del distrito. Algunos, por ejemplo, prestan servicios “extra” de seguridad mediante la contratación de personal de seguridad privada y la instalación de cámaras de vigilancia para prevenir el delito y conseguir que empresarios, trabajadores y consumidores del área se sientan más seguros. Algunos de sus excesos han provocado conflictos legales que están generando una notable jurisprudencia, en la que los tribunales ya han condenado a algunos BID –es el caso de Grand Central Partnership en Nueva York– por la violación de los derechos civiles (Barr, 1997: 399 y ss).

b) Las actividades de los BID van también dirigidas al logro de *mejoras físicas del entorno, a la rehabilitación del espacio público*. Se encargan de renovar las calles: pavimentación de aceras, señalización e iluminación, instalación de bancos, papeleras, árboles, adornos florales... y una serie de mejoras físicas del denominado mobiliario urbano. Incluso han destinado sus fondos a la realización de parques y zonas ajardinadas. En el ámbito de los transportes, algunos gestionan estacionamientos, promueven la peatonalización de calles o prestan servicios de autobuses que permiten un fácil acceso al distrito (Houstoun, 2003: 100). En general, las mejoras del espacio físico representan una parte relativamente pequeña de las actividades de los BID, que se centran más en la provisión de servicios que en acometer nuevas obras (Briffault, 1999: 395).



Fig. 5. Seguridad privada. *Hollywood Entertainment District*. Los Angeles, California (EEUU).
 © 2007 <http://www.hollywoodentertainmentdistrict.com>

c) Regulación de los espacios públicos. Fundamentalmente los BID se han ocupado de la “regulación” de las actividades económicas informales. El empeño por limpiar y embellecer las calles ha conducido a una cuasicriminalización de la venta ambulante. Como *lobby*, los BID han propuesto y logrado que las autoridades locales regulen el cuándo, el dónde, el qué y el cómo de la venta en las calles. En Nueva York, por ejemplo, la acción de los BID ha conseguido la restricción del número de licencias para vender legalmente en la calle y, así, las ordenanzas locales prohíben la venta ambulante en la mayor parte del *Midtown Manhattan* y en el *Financial District*. La regulación de la venta ambulante en esta ciudad es muy compleja. La Primera Enmienda de la Constitución de Estados Unidos (libertad de expresión) protege a los artistas callejeros, vendedores de prensa,

discos, libros... No obstante, incluso esta modalidad de venta ha sido restringida en determinadas calles. Los veteranos de guerra tienen un tratamiento especial y, sin embargo, también han sido expulsados de las zonas BID (Benson, 2006: 57-58). Junto a las actividades económicas informales, se han regulado, además, otras actividades consideradas “no deseadas” en el distrito, porque deterioran la *quality of life* de la ciudad: prostitución, pornografía, *sex shops*... El mayor ejemplo de esto lo constituye el BID de Times Square en Nueva York. Desde que se constituyó en 1992, el antiguo *sex district* ha experimentado una espectacular reconversión y se ha transformado en un destino turístico familiar. Es más, en aras de la salvaguardia de la “seguridad pública”, ciertos BID se han ocupado de limitar ciertas formas de “activismo político” en las calles (protestas, manifestaciones...) que consideran transgresoras y molestas para el espacio cuidadosamente diseñado del BID (Clough, 2006: 2280).

d) Los BID realizan asimismo *actividades de promoción y mercadotecnia del distrito comercial*. Los BID pretenden hacer de su área geográfica un lugar más atractivo para el desarrollo de la actividad comercial y para ello, no sólo se ocupan de las mejoras del espacio físico, sino que prestan asistencia directa a los negocios, promueven comercialmente el distrito, reclutan nuevas empresas, tratan de consolidar a las ya instaladas, atraen turistas y consumidores... Los BID se “publicitan” a través de campañas promocionales, publrreportajes en medios de comunicación, páginas web, elaboración de guías de los establecimientos asociados, folletos informativos; realizan campañas de descuentos en fechas señaladas; otorgan vales a los clientes en los aparcamientos públicos o facilitan servicios de autobús; y tratan de amenizar la zona con la celebración de eventos especiales como conciertos y festivales. Buena parte del plan estratégico de un BID se basa en una imagen y un diseño “estandarizados”. Para promover y mejorar la imagen se instala una señalización específica del distrito. En la creencia de que una mayor uniformidad incrementa el éxito comercial del BID, muchas de estas organizaciones tienen su propio programa estético y arquitectónico y animan a los propietarios a acatarlo, así promueven ciertas normas en cuanto a las fachadas de los edificios, la disposición de los escaparates o la rotulación (Briffault, 1999: 406). Se busca un ambiente de parque temático, un entorno “disneyficado”.



Fig. 6. Decoración navideña. Downtown Yonge BID. Toronto (Canadá).

© 2007 <http://www.downtownyonge.com>

e) Y, también, aunque minoritariamente, algunos BID prestan “servicios sociales” como servicios de guarderías infantiles o, incluso, de formación profesional cuyos destinatarios suelen ser beneficiarios de asistencia social. Asimismo, y en medio de la controversia, los BID desarrollan programas dirigidos a los “sin techo” (albergues temporales, comedores sociales, inserción sociolaboral). Más que asistencia y reinserción para este colectivo, los programas de los BID persiguen el mantenimiento del orden público, evitar la mendicidad y la “perturbación” que estas personas pueden originar, de ahí que se preocupen de su “traslado” o “retirada” (por persuasión o coerción) del distrito comercial (Briffault, 1999: 402).

Tras este recorrido por el conjunto de actividades que desarrollan los BID, inevitablemente surgen varias preguntas inquietantes: ¿Qué servicios son, entonces, prestados por las autoridades públicas? ¿Cuáles son los límites de la actuación de estas formas de administración privadas que gestionan espacios que son legalmente públicos?

PREOCUPACIONES Y DEBATES EN TORNO A LOS BID

Nadie cuestiona el éxito de los BID en términos de mejora de la limpieza y la seguridad, así como de incremento de los valores de la propiedad de los establecimientos que los integran.

Sin embargo, la literatura científica se plantea una serie de cuestiones en torno a esta figura. Sin entrar a fondo en la controversia, se formulan a continuación algunos de los principales debates suscitados por los BID.

Así, hay quienes se han preguntado si estas organizaciones son o no democráticas. Sus detractores señalan que los BID están al servicio de los intereses de una clase privilegiada de propietarios. Rara vez ponen en práctica el principio “un ciudadano-un voto”, sustituyéndolo, en cambio, por el de “un dólar-un voto” (Garreau, 1991: 200). Los residentes en el área y los arrendatarios no tienen apenas representación en los comités que dirigen los BID: no votan y no participan en el proceso de toma de decisiones. Excluyen también a quienes consideran “indeseables” (conflictos étnicos y de clase). De tal manera, dicen, que un “club” de propietarios comerciales tiene el poder de gestionar los espacios públicos en su propio beneficio.

En segundo lugar y ligado a lo anterior, otra de las cuestiones discutidas por la doctrina es el grado de responsabilidad de los BID (Hochleutner, 2003). ¿Ante quién rinden cuentas? En un sistema democrático, los representantes elegidos por los ciudadanos responden ante el pueblo de la toma de sus decisiones y actividades. Los BID son organizaciones independientes que no tienen que rendir cuentas de sus actividades ante los residentes del distrito, ni siquiera ante los propietarios asociados. Sus defensores consideran que son políticamente responsables en la medida en que elaboran informes anuales, auditorías... Además, esgrimen, son reautorizados de manera periódica. Ahora bien, ni siquiera este hecho puede eludir la crítica a su falta de responsabilidad (Houston, 2003: 147).

¿Merecen los BID un estatus legal independiente y la capacidad de recaudar impuestos? ¿Ignoran los gobiernos locales sus obligaciones legales y dejan operar a los BID libremente, sin control? ¿Cuál es el grado de control municipal de su actividad?

Para demostrar sus buenos resultados y reforzar su reputación, muchos BID llevan a cabo estudios que miden o evalúan los logros obtenidos: encuestas a los consumidores, cifras de delincuencia en la zona, empleos creados, nivel de ocupación de locales comerciales, valor de las propiedades, cifras de ventas, número de visitantes al distrito... Rara vez estas evaluaciones de resultados son elaboradas de forma sistemática (Hoyt, 2007: 952) y no separan los efectos que realmente provocan los BID de otras variables ajenas a ellos (Mitchell, 2001: 122).

En tercer término, hay quienes se preguntan si estas organizaciones crean desigualdades en la provisión de servicios públicos basadas en la riqueza. Los BID sirven estrechos y concretos intereses comerciales, privatizan los servicios públicos y concentran inversiones y recursos dentro de sus fronteras. Son “microgobiernos” con propósitos “públicos” para satisfacer intereses privados. En el fondo, unas elites comerciales (capital económico) están definiendo y conformando la ciudad. Con su implantación, se fragmenta el espacio público y se pone de manifiesto la falta de cohesión social. Crean “islas”, paraísos de riqueza y bienestar, aislados del declive urbano generalizado. Son capaces de prestar servicios privados (recogida de basuras, limpieza de las calles y protección policial) no disponibles para la ciudad como un todo y, en consecuencia, al segregar los barrios de una ciudad según su capacidad económica, son causantes de una polarización social, generando así una estructura dual de la ciudad. En este sentido, se habla de ellos como primos hermanos de las *gated communities*. Son pues un exponente de esa ciudad moderna que tiende a fragmentarse en espacios de acceso reservado: espacios residenciales, comerciales o industriales gobernados de forma privada.

Por otra parte, los críticos con el modelo mantienen que los BID crean efectos indirectos. Existe un notable consenso sobre los beneficios que la fórmula otorga a los propietarios, negocios, residentes y visitantes de la zona. Ahora bien, este aumento de los valores de las propiedades dentro del BID, ¿no implicará una disminución paralela de los de las propiedades ajenas al BID? Existe también una preocupación acerca del desplazamiento de la delincuencia y “otros problemas” (vagabundos, vendedores ambulantes...) hacia el exterior de las fronteras del BID. Las patrullas de seguridad de los BID expulsan a los “no deseados” hacia las áreas próximas. La traslación de algunos problemas a las proximidades genera un “efecto dominó” en ellas. Para solventar los problemas –y ante la desatención de funciones de las autoridades–, se plantean la necesidad de crear su propio BID y así, la fórmula se propaga por toda la ciudad, generalizándose de esta manera la prestación privada de los servicios públicos.

El rápido crecimiento y el influyente papel que los BID están jugando en la toma de decisiones públicas y en la prestación de servicios públicos locales plantean interrogantes sobre la forma de intervención urbana que representan. ¿Privatizan los BID el espacio público? El éxito de los BID en la prestación de servicios de seguridad, limpieza y entretenimiento es considerado por algunos como un fallo de los gobiernos locales y una deslegitimación del sector público (Mallet, 1994: 284). Pero hay también quienes sostienen que los BID amenazan con socavar el uso del espacio público. Los BID pretenden reproducir el *mall* en las calles: su objetivo es gestionar un espacio comercial de la ciudad como si se tratase de un centro comercial convencional o planificado. Las calles y plazas públicas son sustituidos por lugares mercantilizados, en los que tiene lugar “la representación de la venta”: una escenografía e interpretación que garantice a un

tiempo una experiencia teatral óptima y las máximas ventas; como los *malls*, se ofrecen como un espacio mágico o encantado cuando en ellos todo está extremadamente racionalizado, pensado hasta el último detalle para incrementar las ventas y los niveles de gasto del consumidor.

A través de la promoción y las campañas de *marketing* crean una imagen homogénea, que, junto con las mejoras urbanas que enfatizan un mobiliario urbano uniforme, crean un paisaje urbano genérico que diluye la vitalidad de las áreas que pretenden revitalizar. El aumento de los beneficios en estas zonas ha atraído a ellas a las grandes cadenas que son las que pueden hacer frente al pago de los alquileres de los locales; las antiguas tiendas van siendo reemplazadas por cadenas de tiendas “replicantes”, que configuran el indistinto paisaje comercial de estos nuevos *malls* al aire libre, idénticos los unos a los otros, de “ciudades clónicas” (NEF, 2004: 6).

Como se ha indicado, los BID se preocupan de la regulación del espacio público: desarrollan su particular batalla contra los vendedores ambulantes, los repartidores de panfletos y publicidad, los activistas políticos, los mendigos y otros elementos de una calle vital y, sobre todo, libre. A diferencia de los *malls*, las calles públicas no tienen horarios de apertura y cierre, ni tampoco tienen derecho de admisión (Villarejo, 2008). La restricción o exclusión de determinados grupos, actividades o conductas de los espacios públicos contribuye a que éstos sean cada vez más menos públicos. Estos ámbitos se definen por el régimen de acceso y el tipo de actividades que en ellos pueden tener lugar. En una era de inseguridad, tanto el sector privado como el Estado, están incrementando su control sobre los espacios de uso público. La redefinición de la libertad y la denegación de los derechos que pueden ejercerse en ellos, bajo la presunción subyacente de lo que es justo y bueno, representa una excluyente noción de ciudadanía (Mitchell, 1997). Sin necesidad de recurrir a nostálgicos argumentos que tienden a idealizar el espacio público como un lugar abierto y accesible para todos, lo cierto es que en la actualidad pueden identificarse ciertas tendencias –los BID son una de ellas– que erosionan la concepción de la ciudad como un espacio para el desarrollo del multiculturalismo, la integración sociocultural y la cohesión (Ruppert, 2006).

La fragmentación de la ciudad en pedazos, la exclusión de determinados sectores o la desigualdad en los niveles de prestación de servicios en distintas partes de una misma ciudad en función de los niveles de renta provoca una segregación socioespacial y amenaza la cohesión social, al tiempo que alienta los procesos de “gentrificación”: el aburguesamiento de una determinada zona, su ocupación por las clases de rentas medias o altas conlleva, como es sabido, el incremento del valor de las propiedades y el desplazamiento de las clases populares. De la misma manera, también el incremento del valor de los locales comerciales acarrea la expulsión de los pequeños comerciantes, de los negocios independientes, que rápidamente son sustituidos por elegantes boutiques, sofisticados restaurantes o conocidas franquicias de comida rápida.

Desde otro punto de vista, los BID ponen de manifiesto las tendencias de descentralización y privatización que retan a los gobiernos locales. Puesto que el poder público se desatiende de sus funciones, la iniciativa privada sustituye a la iniciativa pública en una suerte de privatización por desgaste o encubierta. Pero, no se olvide que los BID son “agentes públicos”, creados por designación municipal precisamente para rellenar los vacíos dejados por una prestación ausente o deficiente de servicios públicos en

municipios incompetentes o ineficaces. En este sentido, representan claramente un cambio en la forma de gobernar la ciudad, cuyo paradigma es el partenariado, la coalición entre los actores públicos y privados.

CAUTELAS FINALES

Ante la fascinación que el modelo anglosajón de los BID está suscitando en el panorama actual de los “centros comerciales abiertos” españoles, conviene no perder de vista algunas de las críticas anteriormente vertidas. La recepción de un modelo no puede hacerse de forma alocada, dejándose llevar de una moda o pensando exclusivamente en sus aparentes bondades y haciendo caso omiso de sus consecuencias perniciosas.

En la práctica legislativa es extremadamente común el transplante de normas individuales o de una buena parte de un sistema jurídico de un país a otro. Ahora bien, no siempre las medidas y herramientas foráneas propuestas se aclimatan al sistema jurídico y a las instituciones autóctonas (Watson: 1974: 21). Desde el punto de vista jurídico, trasladar esa fórmula al ordenamiento jurídico español implicaría importantes reformas legislativas que hicieran posible que todos los establecimientos comerciales ubicados en el territorio del CCA pertenecieran obligatoriamente a él y que contribuyeran a su financiamiento, mediante el pago de un impuesto adicional. Téngase presente que eso supondría “publicar” las actuales asociaciones privadas de comerciantes y convertirlas en una especie de Cámara de Comercio de ámbito local, lo que generaría notables dificultades institucionales y organizativas. Igualmente, en la implantación del modelo BID, habría de exigirse una ineludible acción pública en la recaudación de los fondos y en el control de los gastos. Y supondría, además, muchas otras cosas, entre ellas, la necesidad de redefinir el papel que el sector público y el sector privado desempeñan en el seno de un CCA, pues no siempre las actividades y los objetivos de ambos serán idénticos.

Las estrategias cooperativas del tipo “la unión hace la fuerza” de los pequeños comerciantes, su titánica lucha por la supervivencia frente a las grandes superficies despiertan indudables simpatías. ¿Quién no está dispuesto a ayudar a David a tirar piedras contra Goliat? Pero, al tiempo, no pueden ocultarse ciertos recelos, pues los fines no siempre justifican los medios. Sin negar algunas de sus virtudes más evidentes (en especial, la recuperación comercial de los centros urbanos), han de reconocerse las debilidades y defectos de los BID. No parece razonable mantener una visión romántica o sentimental de la resistencia de los pequeños tenderos frente al avance de los grandes que impida vislumbrar que los fines de las estrategias de los BID son el aumento del consumo, el incremento de las ventas y, en fin, la mercantilización de los espacios públicos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALONSO, L.E. (1999). “Los grandes centros comerciales y el consumidor postmoderno”, *Distribución y consumo*, núm. 48, octubre-noviembre, pp. 27-31.

- ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA, S. y VILLAREJO GALENDE, H. (2004). "Causas y consecuencias de la intervención pública en los grandes escenarios del consumo", *Estudios sobre consumo*, núm. 69, INC, Madrid, pp. 9-28.
- AUGÉ, M. (1992). *Non lieux. Introduction à une anthropologie de la surmodernité*. Paris: Editions Du Seuil.
- BARR, H. (1997). "More like Disneyland: State Action, 42 U.S.C. § 183, and Business improvement districts in New York", *Columbia Human Rights Review*, 28, pp. 393-429.
- BENSON (2006). *Regulating street vendors in New York City: Case Studies*, Tesis doctoral presentada en la Faculty of Architecture and Planning, Columbia University, New York.
- BRIFFAULT, R. (1999). "A government for our time? Business improvement districts and urban governance", *Columbia Law Journal*, vol. 99, issue 2, 365-477.
- CASTRESANA SÁNCHEZ, J. (1999). "Nuevas concepciones del urbanismo comercial: los centros comerciales abiertos", *Distribución y consumo*, núm. 48, octubre-noviembre, pp. 35-42.
- CLOUGH, N.L. y VANDERBECK, R.M. (2006). "Managing Politics and Consumption in Business Improvement Districts: The Geographies of Political Activism on Burlington, Vermont's Church Street Marketplace", *Urban Studies*, vol. 43, núm. 12, november, pp. 2261-2284.
- COMISIÓN EUROPEA (1996). "Libro Verde del Comercio. COM (96) 530", *Boletín de la Unión Europea*, Luxemburgo: Comisión Europea, 1997, Suplemento al número 2, pp. 5-52.
- COUNCIL OF THE CITY OF NEW YORK (1995). *Cities within cities: Business improvement districts and the Emergence of the Micropolis, report of the Finance Committee*, New York.
- CRAWFORD, M. (1992). "The World in a Shopping Mall", en SORKIN, M. (ed.), *Variations on a Theme Park: The American City and the End Public Space*, New York: Noonday Press.
- DIRECCIÓN GENERAL DE COMERCIO INTERIOR (1998a). *Gerentes de Centros Urbanos*, Madrid: Ministerio de Economía y Hacienda.
- DIRECCIÓN GENERAL DE COMERCIO INTERIOR (1998b). *Centros Comerciales Abiertos*, Colección Estudios, Madrid: Ministerio de Economía y Hacienda.
- DONAHUE, J.D. (1989). *The Privatization Decision: Public Ends, Private Means*, New York: Basic Books, Inc. Publishers.
- ELIZAGARATE, V. y ZORRILLA, P. (2004). "El comercio urbano como factor estratégico para la competitividad entre ciudades. Gipuzkoa: un caso de centro comercial abierto en red", *Distribución y consumo*, núm. 78, noviembre-diciembre, pp. 101-111.
- FRECHOSO, J.C.; PARDO, M. y VILLAREJO, H. (2007). *Situación actual y de las perspectivas de futuro de los centros comerciales abiertos ya consolidados en el ámbito territorial de la Comunidad Autónoma de Castilla y León*, Valladolid: Dirección General de Comercio de la Junta de Castilla y León.
- GARREAU, J. (1991). *Edge city: Life on the new frontier*, New York: Doubleday.
- HERNANDEZ, T. y JONES, K. (2006). "Downtowns in transition. Emerging business improvement area strategies", *International Journal of Retail & Distribution Management*, vol. 33, núm.11, pp. 789-805.
- HOCHLEUTNER, B. R. (2003). "BIDS fare well: The democratic accountability of Business Improvement Districts", *New York University Law Review*, vol. 78, pp. 374-404.

- HOUSTOUN, L.O. (2003). *Business Improvement Districts* (2nd edition), Washington: Urban Land Institute-International Downtown Association.
- HOYT, L. y GOPAL-AGGE, D. (2007). "The Business Improvement District Model: A Balanced Review of Contemporary Debates", *Geography Compass*, 1/4, pp. 946-958.
- HOYT, L. (2006). "Importing ideas: the transnational transfer of urban revitalization policy", *International Journal of Public Administration*, vol. 29, pp. 221-243.
- JESSOP, B. (2002). "Liberalism, Neoliberalism, and Urban Governance: A State-Theoretical Perspective", *Antipode*, vol. 34 (3), pp. 453-472.
- KICKERT, W.J.M.; KLIJN, E.H. y KOPPENJAN, J.F.M. (2000). *Managing complex networks: strategies for the public sector*, London: Sage Publications.
- KOWINSKI, W.S. (1985). *The Mall of America: An Inside Look at the Great Consumer Paradise*, New York: William Morrow.
- LEVY, P.R. (2003). "Introduction", en HOUSTOUN, L.O., *Business Improvement Districts* (2nd edition), Washington: Urban Land Institute-International Downtown Association, pp. 2-15.
- LLOYD, M.G.; MCCARTHY, J.; MCGREAL, S. y BERRY, J. (2003). "Business Improvement Districts, planning and urban regeneration", *International Planning Studies*, vol. 8, issue 4, pp. 295-321.
- MALLET, W.J. (1994). "Managing the postindustrial city: business improvement districts in the United States", *Area* 26.3.
- MARTÍNEZ CEARRA, A. (1993). "La revitalización de áreas metropolitanas. El caso del Bilbao metropolitano", *Boletín de Estudios Económicos*, núm. 148, abril 1993, pp. 63-71.
- MEDIANO, L.; TAMAYO, U. y TEJADA, S. (2006). "Asociacionismo comercial espacial y revitalización urbana. El caso de Bilbao", *Distribución y consumo*, marzo-abril, núm. 86, pp. 48-58.
- MITCHELL (1997). "The Annihilation of space by law: The roots and implications of antihomeless laws in the United States", *Antipode*, vol. 29, núm. 3, 1997, pp. 303-335.
- MITCHELL, J. (1999). *Business Improvement Districts and Innovative Service Delivery*, New York: The PricewaterhouseCoopers Endowment for the Business of Government.
- NEW ECONOMICS FOUNDATION (2004). *Clone Town Britain*, London. Disponible en <http://www.nef.org>
- NYCDSBS (NEW YORK CITY DEPARTMENT OF SMALL BUSINESS SERVICES) (2003a). *Starting a Business Improvement District. A step-by-step guide*, New York City (http://www.nyc.gov/html/sbs/downloads/pdf/bid_guide_complete.pdf)
- NYCDSBS (NEW YORK CITY DEPARTMENT OF SMALL BUSINESS SERVICES) (2003b). *Introduction to Business Improvement District*, New York City (http://www.nyc.gov/html/sbs/downloads/pdf/bid_brochure.pdf)
- RIFKIN, J. (2000). *The Age of Access. The new culture of Hypercapitalism*, New York: J.P. Tarcher/Putnam Inc.
- ROVIRA, A. (2000). "Propuestas y modelos para la gestión estratégica de los centros urbanos desde la cooperación pública y privada", *Gestión y análisis de políticas públicas*, núm. 19, Madrid, MAP, pp. 19-34.
- RSD CONSULTORES, S.L. (1998). *Centros Comerciales Abiertos*, Madrid: Dirección General de Comercio.

- RUPPERT, E.S. (2006). "Rights to Public Space: Reconfigurations of Liberty", *Urban Geography*, 27, 3, pp. 271-292.
- SAMUELS, I. (2000). "The rise of Town Centre Management: the British experience", en ÁLVAREZ MORA, A. y CASTRILLO ROMÓN, M. (coords.), *Ciudad, territorio y patrimonio*, Instituto Universitario de Urbanística, Universidad de Valladolid y Universidad Iberoamericana Puebla-México, pp. 87-98.
- SÁNCHEZ DEL RÍO, R. (1999). "Centros comerciales abiertos. Una estrategia de mejora del atractivo urbano y del nivel de competitividad de la actividad terciaria en las ciudades", *Distribución y consumo*, núm. 48, octubre-noviembre, pp. 43-51.
- SAVAS, E.S. (2006). *Privatization and Public-Private Partnerships*, Seminario "Avances en la Administración del Sector Público: Pasos para mejorar su eficiencia y responsabilidad", celebrado en el Consejo Económico y Social de la Comunidad de Madrid, 16 de enero.
- TARRAGÓ I BALAGUÉ, M. (1998). "Elementos para una nueva dinamización del comercio urbano", en *Actas y conclusiones de la I Jornada de Comercio: El nuevo urbanismo comercial*, Elche, 2 de diciembre.
- TARRAGÓ I BALAGUÉ, M. (2000). "Fórmulas para la financiación de las acciones de promoción económica de los centros urbanos", *Gestión y análisis de políticas públicas*, núm. 19, Madrid, MAP, pp. 35-44.
- TRESPALACIOS, J.A.; IGLESIAS, V. y FERNANDEZ POLANCO, J.M. (2001). *Comprar en Europa: Distribución comercial y conducta de los consumidores*, Madrid: Síntesis.
- UNDERHILL, P. (1999). *Why We Buy: The Science Of Shopping*, New York: Simon & Schuster.
- VILLAREJO GALENDE, H. (2007). "Micropolis comerciales: ética y estética de las calles comerciales", ponencia presentada en el Foro Internacional Ética y Estética de la Ciudad, Universidad Iberoamericana Puebla (México), 17-19 de octubre.
- VILLAREJO GALENDE, H. (2008a). *Equipamientos comerciales: Entre el urbanismo y la planificación comercial*, Granada: Comares.
- VILLAREJO GALENDE, H. (2008b). "Espacios públicos gobernados privadamente", *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, núm. 101, Madrid, pp. 101-117.
- WARD, K. (2006). "'Policies in motion', urban management and state restructuring: the trans-local expansion of business improvement districts", *International Journal of Urban and Regional Research*, 30 (1), pp. 54-75.
- WATSON, A. (1974). *Legal Transplants. An Approach to Comparative Law*, Edinburgh and London: Scottish Academic Press.
- YSA, T. (2000). "Partenariados público-privados en la gestión de centros urbanos: análisis comparativo de modelos entre Estados Unidos y el Reino Unido", *Gestión y análisis de políticas públicas*, núm. 19, Madrid, MAP, pp. 47-60.



CALLES: PATRIMONIO PÚBLICO DEL CARNAVAL EN BRASIL

Rosa Moura

INTRODUCCIÓN: IMPORTANCIA PÚBLICA DE LAS CALLES

Las calles tienen la posibilidad de abrirse a múltiples usos por la interacción de gente con diferentes propósitos. A ellas, junto con las plazas, se reserva la representación más precisa de la noción de espacio público. Las calles centrales de las ciudades son los lugares de la presencia de diversidad social y étnica, del encuentro impersonal y anónimo, de la libre circulación, del disfrute, del consumo, de actividades culturales y artísticas, de distintas y antagónicas expresiones de la esfera pública y de la interacción entre clases y segmentos. Se constituyen también, por supuesto, en el espacio del acontecer político y de la construcción de ideas, así como de las manifestaciones reivindicativas o conmemorativas, fundamentales a la práctica de la democracia.

En ciudades de origen hispánico, las calles que confluyen al zócalo o a la plaza mayor son densas y agitadas, sobre todo al atardecer, cuando se llenan de gente y de animación. Y en los centros de las ciudades de origen portugués, pasa lo mismo. El pulso de la vida que llena cotidianamente esas calles y los valores culturales que se consolidan en su construcción colectiva son la esencia de su condición de espacio público patrimonial, esto es, un espacio que, a diferencia de otros, ha sido erigido para el disfrute del conjunto de la ciudadanía.

El pasar apresurado y cotidiano de los transeúntes en sus recorridos hacia el trabajo no les permite mirar los edificios y monumentos –y éstos cuentan historias que se pueden olvidar ante los cambios urbanos, la ciudad efímera-. Tampoco devela los múltiples mensajes escondidos detrás de construcciones, murales e incluso personas. Las calles hablan, cuentan, reciben, rechazan.

Pero en medio de la riqueza material del patrimonio arquitectónico, así como en las relaciones y prácticas sociales que se establecen en las calles, se interpone un discurso de violencia e inseguridad. En la noche, en las zonas centrales de las metrópolis brasileñas, cuando termina el horario comercial, el ambulante recoge sus mercancías y las calles se transmutan en pasillos solitarios. Es el momento de los maleantes, de los “sin techo”, de los que agarran las sobras y lo reciclable, y de unos pocos paseantes solitarios. Las calles quedan como abandonadas, pues nadie vive en sus edificios, ocupados por comercios y servicios tras los cambios de uso.

En muchas ciudades, donde los centros llamados “históricos” –que seguramente

pueden reconocerse como espacios urbanos patrimoniales– han estado sometidos a deterioro físico, hay acciones de planeamiento que los demarcan y les dedican proyectos específicos con el fin de garantizarles una cierta supervivencia, remarcan el valor de lo histórico y lo artístico, de su monumentalidad. Sin embargo, las normas, la privatización bajo la forma de acuerdos económicos, políticos y urbanísticos, y las intervenciones físicas (reconstrucción, restauración, rehabilitación...) muchas veces recrean el casco histórico haciéndole perder su sentido de ciudad para convertirle en un gran centro comercial, aunque sea de comercio de cultura y arte, o en un destino turístico-temático.

Los proyectos que propician y conducen estos procesos llevan en su retórica el rescate de la memoria, la salvaguardia pública del patrimonio y la revitalización de los múltiples usos de esas áreas. Sin embargo, en la práctica, buscan y consiguen como resultado la valorización inmobiliaria. Por detrás del mantenimiento de los inmuebles, promueven una velada exclusión de los usos vivos de la gente y segregan los segmentos pobres de la población y, en ciertos casos, también algunos étnicos (Arantes, 2000). De manera complementaria, para garantizar la seguridad de los objetos urbanos y de los usos renovados, se introducen prácticas de control, vigilancia y mantenimiento del orden público como requisitos del nuevo uso colectivo (Soja, 2002).

Los nuevos espacios públicos son pensados, estructurados y planificados para evitar los encuentros efímeros o espontáneos. Y aunque éstos permanecen, los proyectos y prácticas de renovación urbana y las leyes los ignoran, no ofreciendo condiciones para que se realicen (Coelho, 2006).

Como consecuencia del hecho de hacer segura la ciudad y reducir el contacto con los “indeseables”, se mina el espacio público. Las restricciones, la sospecha y el miedo vienen a limitar progresivamente las interacciones sociales y justifican enclaves fortificados como los condominios, los *mall* y otros espacios de diversión en comunidades enrejadas, frutos de una ideología privativista. Los tejidos urbanos dotados de espacio público adquieren la nostálgica visión de estar en crisis y se pretende reconstruir, al menos parcialmente, su condición de lugares de construcción de ciudadanía y encuentro social.

La verdad es que en ellos persiste aún esa condición pero restringida a segmentos elegidos de la sociedad, lo que los transforma en espacios “pseudo-públicos”, o sea, espacios colectivos, similares en su forma a los espacios públicos, pero desprovistos de los atributos cívicos y democráticos de éstos (Hansen, 2002). Son espacios donde el poder “se expresa y ejerce”, como dice Foucault (1987); donde, al mismo tiempo, es posible la resistencia social al poder, como añade De Certeau (1984) y postula Santos (1996); donde, en definitiva, aunque la hegemonía social naturalice los usos espaciales propuestos por los grupos dominantes, generando conductas o modos de habitar inconscientes, las prácticas de resistencia siguen incorporando nuevos sentidos y usos (Hansen, 2002).

Reflexionando sobre la presencia de las prácticas populares en la definición del uso público del espacio, el presente texto tiene por objetivo subrayar la importancia de las calles en la celebración del carnaval brasileño, una actividad popular fuertemente asociada a ellas.

A despecho de la creciente privatización de los espacios colectivos, las calles y los

cascos históricos recuperados constituyen el principal recorrido de algunos de los más disputados carnavales. Otros se han encerrado en estadios, grandes salones, clubes o en los *sambódromos*, contruidos para el desfile de *escuelas de samba*, con graderías, tablados y otras instalaciones.

El texto relaciona sensaciones vividas por la autora con abordajes teóricos recurrentes acerca de la importancia del espacio público para la fiesta popular del carnaval, teniendo en cuenta la presión continua para su privatización –esto es, para su utilización en un sentido excluyente– que deflagra reacciones de rescate del derecho a un espacio democrático.

Se plantea la calle como el más importante de los espacios públicos, particularmente en las porciones centrales de las ciudades, allí donde los vestigios de la historia y la cultura sobreviven en los monumentos y edificios (algunos preservados, otros a la espera de la demolición o adecuación física a la sustitución de funciones). Esta porción urbana central es el mapa de la fiesta en un gran número de ciudades, particularmente Recife y Olinda –analizadas en detalle en este estudio–, que se mantienen en lucha para garantizar un carnaval público, multicultural e igualitario.

EL CARNAVAL Y LAS CALLES

El carnaval llega a la ciudad como una manifestación pagana de resistencia al poder, materializando el concepto y el discurso que definen el espacio público como espacio de construcción de ciudadanía y encuentro social. Sus orígenes, estudiados por Le Goff (1988: 59), comprueban esa afirmación: “El carnaval, que era en la Edad Media una fiesta rústica, campesina, con fuerte connotación pagana, invade la ciudad, se urbaniza, y entonces inserta una contestación ideológica. El carnaval se transforma en algo oponente a la cuaresma, combate la mentalidad penitencial y aséptica de la religión cristiana, hace triunfar la risa, que vuelve a ser, como en la Antigüedad, algo propio del hombre, contra el llanto, expresión de la contrición y del arrepentimiento que deben caracterizarle al hombre pecador”.⁵³

En Brasil, el carnaval respeta el calendario de sus orígenes y su contenido pagano. No obstante, muchos de sus segmentos más representativos emergen del seno de la propia iglesia, de celebraciones religiosas, pero siempre asociadas a los esclavos, sus procedencias, sus cultos, sus ofrendas (Lima, 2003). Los *maracatus* de origen africano, presencia indiscutible en el carnaval pernambucano, surgidos a partir del siglo XVIII, se asocian a las coronaciones de reyes negros que se realizaban en los atrios de las iglesias, promovidas por hermandades religiosas.

Del mismo modo, asociado a orígenes africanos, el *afoxé* Filhos de Gandhi, de Salvador de Bahía tiene entre sus componentes *foliões*⁵⁴ vinculados con un *terreiro de candomblé*.⁵⁵ Se trata de un *bloco carnavalesco* eminentemente masculino, que se viste de

⁵³ Las citas de publicaciones en portugués han sido traducidas por la autora.

⁵⁴ Los *foliões* (en singular *folião*) son quienes andan en farra (*folia*), es decir, los que festejan el carnaval.

⁵⁵ Un *terreiro de candomblé* es un templo de culto orixá, de origen africano (N. de las E.).

blanco y con turbante, y contrasta, por la simplicidad y conciencia de grupo, con el carnaval de los *trios elétricos*⁵⁶ de Salvador. Su punto de partida es el Pelourinho, barrio de la parte antigua de la ciudad, clave en la historia de la ocupación de ésta y hoy declarado patrimonio de la Humanidad. En definitiva, en la base de estas manifestaciones culturales, están la iglesia de los negros, los *terreiros de candomblé* y otras religiosidades africanas.

Después de la abolición de la esclavitud, en el año 1888, han surgido las primeras *agremiações carnavalescas* de los trabajadores urbanos supuestamente inspiradas en las fiestas (autorizadas) de los Reyes Magos de los antiguos barrios comerciales de Río de Janeiro, São Paulo, Recife y Salvador. Sin embargo, los grupos o *blocos* espontáneos que salían a las calles eran reprimidos por la policía. De las *agremiações* autorizadas han nacido muchas de las escuelas de samba tradicionales de Río y São Paulo, que disputan una clasificación anual en esas ciudades, mientras en Recife y Salvador, los *maracatus* y *afoxés* mantienen activos los rasgos de identidad de sus orígenes africanos y religiosos.

En las ciudades del sureste de Brasil, las escuelas iban construyendo sus sedes en los barrios, en donde crecían las *agremiações* que han pasado a funcionar todo el año preparando los desfiles carnavalescos, expandiendo y consolidando como herencia la cultura de la samba. En carnaval, los desfiles salían de esos barrios para desfilarse en la “avenida” –espacio público más central donde acontecía la fiesta mayoritaria.

En las regiones norte y noreste, las manifestaciones lograban más diversidad: las *agremiações* se distinguían por sus diferentes orígenes africanos o *caboclas*, traducían en lo urbano las identidades rurales, representaban creencias o espantaban a malos espíritus. En todas partes, la farra (*folia*) pasaba por las calles, compuesta de *blocos* “*pés no chão*”⁵⁷ caracterizados con disfraces, algunos de lo más pícaro.

Después el carnaval ha evolucionado hacia la forma de *corsos* o desfiles, con carros alegóricos ricamente producidos, dando lugar a lo que se puede llamar el “carnaval-espectáculo”. Simultáneamente, una dosis de segmentación social llevó el carnaval a clubes donde iban a *jogar* (festejar) las clases más favorecidas, mientras las calles se consolidaban como el espacio del carnaval popular. Con el tiempo, el carnaval también ha entrado en espacios pseudo-públicos: más allá de los salones y clubes, los muchedumbres se congregan hoy en *sambódromos*, como en las metrópolis del sureste brasileño, y también en estadios deportivos y otros complejos. Cuando permanece en las calles, por razones de seguridad y de protección contra la permisividad a la que inducen los días de esa fiesta, a menudo es vallado, de pago y realizado bajo control de empresas de seguridad privadas.

La ideología hegemónica se ha aprovechado de esa perspectiva securitaria y ha sintetizado el carnaval brasileño como algo que ocurre bajo protección. Los medios de comunicación nacionales e internacionales transmiten las fiestas de los *sambódromos* o las que “siguen” a los *trios elétricos*, como en Salvador. Esas transmisiones cautivan a muchedumbres sedentarias y temerosas de la imprevisibilidad de los eventos, que se

⁵⁶ Los *trios elétricos* son tablados móviles, armados sobre un camión y dotados de potentes equipos de sonido.

⁵⁷ Literalmente, “con los pies en el suelo”, es decir, de la manera tradicional, sin *trios elétricos* o similares (N. de las E.).

fijan en sus sillas ante las pantallas de televisión y consumen toda una clase de productos anunciados por los patrocinadores. De acuerdo con Zizek (2003), la sociedad se entrega a un estado de interpasividad, de ser pasivo por medio del otro. En este caso, el *jogo* del carnaval en la *folia* del otro, sustituye y compromete las presuposiciones naturales relativas al estado de las emociones más profundas, mientras provoca una sensación de alivio por no tener que someterse a los imprevistos del espacio público.

No obstante, el carnaval sigue irrumpiendo en innumerables ciudades con la misma alegría en las calles. Incluso donde el carnaval está privatizado, *blocos* irreverentes invaden espacios centrales, lejos del circuito oficial, y reinstauran una tradición que difícilmente va a ser superada.

LOS ESPACIOS PSEUDO-PÚBLICOS DEL CARNAVAL

La ostentación de los disfraces (*fantasias*), alegorías, el costo del lujo exigido por la creatividad de los aderezos, posteriormente la competición entre las escuelas de samba, o incluso entre *blocos*, y la evidencia del potencial económico propiciado por un encuentro de muchedumbres, han contribuido a la búsqueda de patrocinios y, por ende, a la privatización de la *folia*.

La ampliación de la demanda de la fiesta que continuaba en las calles ha hecho alejar los desfiles de las áreas centrales, para que las ciudades siguiesen fluyendo. Han nacido los *sambódromos* que han inspirado otros espacios similares con apodos locales. El sambódromo del Río de Janeiro ha sido construido a partir del cierre de una calle antes abierta a la circulación (Marqués de Sapucaí) y tiene como marco del punto final del desfile un monumento creado por el arquitecto Oscar Niemeyer y que identifica la llamada “Plaza de la apoteosis”. Es conocido como “avenida o pasarela de la samba”, guardando vínculos con sus orígenes. El de São Paulo, menos monumental, se ubica en un espacio reservado a grandes eventos, el Parque Anhembi. En ambos, sólo se permite la entrada a los que pagan y la relación público/escuela de samba es la de mero espectador/espectáculo. Aquellos que no desfilan pagan por ver una secuencia de actuaciones ricas en colores, brillo y evoluciones. Entre los que desfilan, gran parte se responsabiliza por los costos de sus disfraces; otros, componentes pobres de las comunidades, desfilan en alas específicas de la escuela.

En la región noreste, los carnavales acontecen en las calles, desde las pequeñas ciudades hasta las metrópolis. En Salvador de Bahía, otro importante polo carnavalesco, los *blocos* salen “detrás de los *trios eléctricos*” y recorren grandes distancias en circuitos ubicados entre los límites de la porción central de la ciudad y una extensa área a orillas del Atlántico. Inicialmente libres, ahora se encuentran cercados por gruesos cordones y personal de seguridad, dejando en las partes laterales un espacio mínimo a los que van sólo a mirar. Para estar dentro de los cordones, o sea, verdaderamente “detrás del *trio eléctrico*”, los *foliões* deben usar un *abadá*, una vestimenta de identificación (normalmente una camiseta o playera) cuyo coste varía aproximadamente entre uno y tres salarios mínimos, según el grupo artístico que comanda el espectáculo en el tablado armado en lo alto de los vehículos. Evidentemente, cuanto más popular es el artista, más caro el *abadá*, más disputado el horario del desfile y más amplia la cobertura por

los medios. Los que no pueden pagar el *abadá* pueden seguir al *trio elétrico* por la *pipoca*, es decir, por las áreas laterales fuera de la cuerda o, en último extremo, detrás del todo, cuando todos los pagadores ya han pasado, a kilómetros de distancia del tablado ambulante, conducidos solamente por el eco del sonido que va adelante, y sujetos a los empujones, atracos, pellizcos y asedios que la seguridad privada cohibe en el área cercada. Con una propuesta contrapuesta a la del carnaval oficial de la ciudad, en el caso de los Filhos de Gandhi no instalan cordones y tampoco se cobra por los *abadás*.

En el Norte, celebraciones públicas como el carnaval se asocian a la fiesta del buey (*boi*), oriunda de festividades rurales ligadas al pastoreo, a las fiestas del *boi-bumbá*, que ocurren tanto en calles de pequeñas localidades como en grandes estadios deportivos en las principales ciudades, cada una con sus especificidades, sus propios sonidos y ubicaciones. Los grandes *bois* de las ciudades del Norte, realizados en espacios cerrados amplios, también se han convertido en grandes espectáculos que están en competencia entre ellos o que se valen de *remeras* (camisetas o playeras) de pago (*tururís* en el Amazonas) para identificar a los participantes y se animan por *bois elétricos* (nombre local del *trio elétrico*).

Es destacable que, en todas las ciudades brasileñas en donde ocurre el carnaval, éste es realizado y disfrutado por miles de personas, aunque pocas son las celebraciones efectivamente públicas, abiertas a toda la sociedad. La gran mayoría de los eventos oficiales, bajo cobertura de los medios de comunicación, aunque se realicen en calles, excluyen a los que no pueden pagar. Se observa también que, si el *sambódromo* o similares apartan la fiesta de las avenidas centrales y refuerzan el perfil moderno/contemporáneo de carnaval-espectáculo, la necesidad de rescate de los antiguos carnavales, antes que se diluyan en la memoria, ha empujado a los irreverentes *blocos pés no chão* al área central de las ciudades.

En Río, el *bloco* de las Carmelitas es una tradición en el barrio de Santa Teresa (patrimonio urbano vivo, con tranvía aún en circulación, edificios del inicio del siglo XX, verdadera postal de la ciudad); otros *blocos* salen en el centro, como el *Cordão do Bola Preta* –el más tradicional de la ciudad, que desde 1918 sale en busca de los que insisten en trabajar el lunes festivo–, o en la zona sur, como la tradicional *Banda de Ipanema*. Todos ellos han logrado que el número de quienes los frecuentan sea creciente. Muchos, como estrategia para no agregar muchedumbres y mantener el espíritu de comunidad, no divulgan el horario de salida, salvo a los componentes más antiguos (Belchior, 2008; O Globo, 2008).

En muchas ciudades históricas brasileñas –como Ouro Preto, en Minas Gerais; Santana do Parnaíba y São Luís do Paraitinga, en el interior de São Paulo; Parati, en Río de Janeiro; o en Bahía, la pequeña ciudad de Río das Contas, en la Chapada Diamantina–, año a año crecen las fiestas en las calles centrales, en espacios protegidos como patrimonio histórico y cultural y en sus alrededores. En esas ciudades, más que rescatar la calle como patrimonio urbano, el carnaval rescata la propia ciudad como dicho patrimonio.

Sambódromos, sitios cerrados, calles encordonadas componen el espacio privilegiado del carnaval oficial en Brasil. Pero un carnaval alternativo sigue imponiéndose. Tímido, antes acontecía en pequeñas ciudades o en parte de las grandes, sin la cobertura de los medios. Actualmente, se puede decir que hay un “circuito oficial de carna-

les alternativos”, hacia donde fluyen las personas que sueñan con el retorno de los “viejos carnavales” de las calles, con sus *blocos*, sus *marchinhas* suaves y nostálgicas, sus disfraces, confeti y serpentinas.

Entre las posibilidades todavía existentes de carnaval efectivamente público, abierto a la participación de la gente, se destacan los carnavales de Recife y Olinda, en el noreste brasileño, que suenan como excepciones a la regla en los grandes centros. En ambas ciudades, la fiesta ocurre en las zonas preservadas como patrimonio histórico de la humanidad, mantenida por el poder público.

CARNAVAL DE RECIFE Y OLINDA

Cuentan las antiguas tradiciones que en Recife y Olinda, a finales del siglo XVII, trabajadores de las compañías de cargadores de azúcar y otras mercancías conmemoraban en las calles la Fiesta de los Reyes (Lima, 2007).

En el siglo XIX, el carnaval recorría las calles más importantes de las ciudades. En Recife, pasaba por las calles de comercio, en donde festejaban el carnaval grupos populares disfrazados, muchos procedentes de áreas rurales del Estado.

Mucho de esa historia sigue presente en el carnaval pernambucano del siglo XXI, que sigue siendo una fiesta de muchedumbre, colores y música, de muchos y diferentes ritmos, y de burla. Máscaras, disfraces, flores en el pelo adornan los componentes de *blocos* nostálgicos (*saudosos*), líricos, de bromas, animados por orquestas de *frevo*⁵⁸ que se presentan en tablados, en las calles, en las esquinas. Grupos de *maracatus* disfrazados con su cabellera de colores; *caboclinhos* de todas las aldeas, guardando relación con naciones indígenas, disfrazados con *cocares* y aderezos de plumas; y muñecos gigantes, típicos de Olinda: todos son personajes obligatorios de ese carnaval.

Es un carnaval que intenta perpetuar tradiciones, como afirma Mestre Salu, el organizador del encuentro de los *maracatus* rurales en la Cidade Tabajara, Olinda: “el *maracatu* está vivo y también otros *jogos* y expresiones de la cultura, hay mucha gente llevando adelante, garantizando la continuidad” (Lacerda, 2008: C8).

MÚLTIPLES SENSACIONES

Los ritmos acontecen simultáneamente también en muchos sitios. En una misma manzana se puede escuchar una orquesta de frevo y un *maracatu*, un *bloco* de *frevo-canção* y tres músicos aislados, y alrededor de cada una, un *bando de foliões* completa la fiesta. Caminar en medio de eso es efectivamente una posibilidad multicultural: el ritmo

⁵⁸ Principal ritmo del carnaval de Pernambuco. En 2007, se han conmemorado los 100 años de la primera composición. Originario de los ranchos de reyes y del pastoril, en carnaval se toca con orquesta formada por guitarras, violines, cavaquinhos, banjos, clarinetes, contrabajos y percusión. Recientemente se han incorporado también algunos metales (tubas, saxofones, bombardino y trompetas). En el *frevo-de-bloco* está la mejor parte de la poesía del carnaval pernambucano, en la mezcla de nostalgia y evocación que contienen las letras y la melodía de gran parte de sus estrofas (Prefeitura, 2008b).

marcante y las plumas de los *caboclinhos*; el tambor fuerte y los colores de los *maracatus*, con sus estandartes en el aire; los clarines de las orquestas de frevo, pequeñas o enormes, sus *foliões* de paraguas de colores y una agilidad asustadora se entrecruzan en todo el tiempo y lugar. Si los músicos perciben que la *folia* se está desvaneciendo, entonan el “Vassourinhas”, uno de los *frevos* más tradicionales y más envolventes de Pernambuco, y todos vuelven a bailar.

Los nombres de las calles tomadas por la fiesta son versos de otros tantos frevos. Calles y veredas de una Recife antigua y de una Olinda en ladera, con sus iglesias y conventos seculares en medio de palmeras y flamboyanes, quedan llenas, animadas, tornadas en escenario de danzas y *cantorias*. En ellas está el pueblo, el pobre y el rico, la clase media, las familias, los intelectuales e incluso representantes de las elites. “Basta salir a las calles y la fiesta ya está allí, accesible, sin *abadás* ni cordones de aislamiento” (Moreira, 2008: V8).

En los últimos años, el carnaval de Recife se ha organizado en *polos* para actividades específicas en el casco antiguo de la ciudad y en las periferias, todos apoyados por el Ayuntamiento de Recife (Prefectura, 2008a). En el Marco Zero, el punto referencial donde la ocupación de la ciudad ha sido desplegada, ocurren los eventos principales y la fiesta de la apoteosis, viéndose el alba cada día.

Se nota, no obstante, que cada segmento social delimita su territorio, su espacio particular de encuentro con los iguales, aunque haya cierto intercambio entre ellos. En cada *polo* se concentra un segmento social, un grupo, pero, al final, todos convergen en el Marco Zero. Igualmente, todos se mezclan en la “noche de los tambores silenciosos”, cuando el Pateo do Terço es invadido por todas las clases sociales para uno de los momentos más emocionantes del carnaval pernambucano: a la medianoche del lunes, después de un desfile de *maracatus* en homenaje a los negros muertos en la esclavitud, el *batuque* se detiene, las luces se apagan, se hace un minuto de silencio, hasta que una voz solitaria entona un canto y la fiesta continúa.

Esa territorialización se debe al valor simbólico de esas partes de la ciudad en su cotidiano, valor que es reforzado con la presencia de más o menos vigilancia pública y con tipos y precios diferenciados de la alimentación y de la bebida servida en los chiringuitos, lo que reproduce la misma selección en el uso del espacio urbano, vivida en cualquier otro día del año. Pero, aún así expresadas, las diferencias no impiden el diálogo entre sí, demostrando que la convivencia no sólo es posible sino que da lugar a intercambios.

Los puentes de Recife unen muchos de esos territorios y, en ellos, el flujo de los que pasan es similar. Disfrazado o no, siempre hay alguien llegando o saliendo de una fiesta que parece que no tiene fin. Como observando todo eso, el *Galo da Madrugada*, símbolo máximo del carnaval recifense, se mantiene atento al movimiento del carnaval. En medio al puente Duarte Coelho, el más central de la ciudad y principal corredor del ómnibus, ese enorme gallo, con 30 metros de alto y llevando en el pico un paraguas de colores –usado para bailar el frevo–, para el tránsito durante seis días. En una ciudad en la que, en verano, la temperatura alcanza muchos grados, él goza de un lugar privilegiado por la brisa del río Capibaribe, que agita sus plumas coloreadas según el aderezo del año.

Es el mayor símbolo del carnaval en Recife porque todo empieza con la salida del más grande bloco carnavalesco del mundo, el *Galo da Madrugada*, el sábado por la ma-

ñana (aunque hay centenares de actividades previas que caldean el ambiente en la ciudad). Sale del Forte das Cinco Pontas, mantenido como memoria de las invasiones que llegaban por el mar, en la región más central de la zona portuaria. Detrás del *Galo*, salen los más variados *blocos*, recorriendo las calles centrales hasta alcanzar la Avenida Guararapes, que desemboca en la cabecera del puente, en donde el Galo queda estacionado durante todo el carnaval, como para bendecir al *folião*, esperando la apoteosis. Año tras año, aumenta el número de los que han garantizado al *Galo* un lugar en el Guinness Book como el mayor *bloco carnavalesco* del mundo (más de 1,5 millones de personas).

Sin cordones, sin pagadores, como en todo el circuito del carnaval de Pernambuco, el *bloco* sale con decenas de *trios elétricos* que animan a los demás pequeños *blocos* organizados alrededor de temas y bromas, portando con suavidad y picardía los más diferentes mensajes para animar a los *foliões*. Como esos pequeños *blocos*, anteriormente el *Galo* salía con el *frevo no chão* (frevo en el suelo), o sea, sin carros de música o *foliões* subidos a *trios elétricos*. Actualmente, los *trios elétricos* reciben patrocinios, la mayoría de marcas de cerveza y destilados. Pero aún con patrocinio y fuerte recurso al *marketing*, el temor es que pronto los organizadores se rindan a los aportes pecuniarios, incluso porque los presupuestos van a ser cada vez más pequeños para sustentar el pago de los artistas de renombre nacional que empiezan a ser invitados a la fiesta, muchos en busca de promoción personal. La presión del capital podría llevar a colocar cordones, como en el carnaval de Bahía, restringiendo el derecho a acompañar el *Galo*. Peor aun, podría extenderse cercando las demás actividades de ese resistente carnaval de calle. ¡Ojalá no se llegue a esto!

Mientras esa perspectiva es un temor que se agrega a la nostalgia de los que reclaman el *Galo* con el *frevo no chão*, el carnaval evoluciona centralizado en esa majestad. Los días que se siguen son de múltiples actividades, sucesivas, que acontecen en cada uno de los polos organizados para la fiesta y entre ellos.

La fiesta de Olinda no es distinta de la de Recife. Sin embargo la geografía y la historia ofrecen aquí un tono peculiar, pues hacen que el movimiento de los *blocos*, de los estandartes, de las *bandos de frevo*, recorran un escenario de sobresalientes cúpulas de iglesias coloniales alumbradas, conventos y casonas que, junto con el “sube y baja” de sus laderas adoquinadas, posibilitan lo inimaginado. Al girar en una calle, se puede avistar un *bloco*; desde lo alto de una ladera, contemplar un nuevo muñeco gigante; delante de una casona del inicio del siglo, sumarse a una pequeña muchedumbre que se divierte con el sonido de una orquesta de frevo. La angostura de las calles vuelve todo más denso y parece darle aún más alegría a la fiesta. Al mismo tiempo, da margen a más confusión, a más roces (*esfrega-esfrega*) y a la acción de los “manos-ligeras”. Pero nada estropea la fiesta.

En lugar del *Galo*, los muñecos gigantes conducen el carnaval olindense. Representan maestros del frevo, ciudadanos destacados, políticos, coroneles... y también satirizan a personajes y hechos del momento, artistas e incluso animaciones que tuvieron éxito en el año en curso. El viernes, abre oficialmente el carnaval el muñeco gigante *Homem da Meia-Noite*, que desfila por las calles desde 1932.

Simultaneidad, espontaneidad, peculiaridad, colores y sonidos variados, sabores y olores, contagio de alegría: esas palabras sintetizan el carnaval de Recife y Olinda que

intenta mantener las raíces de una cultura rica y diversa en pleno espacio metropolitano. Se trata de una fiesta que, despecho del miedo que las muchedumbres inspiran, se mantiene atrayendo familias y jóvenes, y que, por suerte, todavía no ha sido devorada por el capital, que homogeneiza y segrega, que elige el ritmo y el compositor y pasteuriza la cultura.

LA CIUDAD SE REVELA

El carnaval sin cercas o cordones de Recife y Olinda acontece en las calles del centro de esas ciudades y en sus periferias. En el cumplimiento de esa función, la porción central de la ciudad es liberada, cerrada al tránsito de vehículos, para que todos tengan acceso. Es, por lo tanto, un carnaval efectivamente público. Incluso aquellos que temen habitualmente los “peligros” e imprevistos de esas zonas populares, y se enclaustran todo el año en sus barrios nobles, en sus condominios cerrados, acceden a las zonas centrales en el carnaval. La ciudad libre de vehículos también permite descubrir sus calles y callejones, sus monumentos, su arquitectura y, más que eso, torna posible el contacto, el intercambio, *a troca de palavras*, de gestos... (a fin de cuentas, en el carnaval, es de eso de lo que se trata) y deja lugar a que las personas, más que participar de la *folia*, se den cuenta de detalles invisibles en el día a día, se acerquen a los valores y se comuniquen.

Recife es considerada la Venecia brasileña. Es hermoso pasar lentamente por sus puentes, desde uno contemplar otro, admirar la arquitectura de las vías marginales, de las plazas, mirar el reflejo de los colores del día, los barcos, las luces de la bella decoración carnavalesca por la noche. Desde los altos de Olinda, inclinarse sobre las *muradas* de las plazas y casonas y alcanzar el mar, lejos, entre los inmensos flamboyanes, es como bucear en imágenes indescriptibles, paradisíacas.

Todo ello sólo lo permite el carnaval, ya que para él la ciudad se libra de los vehículos y se ofrece a la escala humana. El ritmo urbano, los camiones y autobuses, los coches y el apresuramiento ceden lugar a los pasos de los *foliões* o incluso de los *voyeurs*. El pasar despacio por las calles revela vestigios de ciudades que cuentan una vigorosa historia de poder, que abrigan un patrimonio arquitectónico y natural riquísimo, vestigios que se están perdiendo poco a poco, a pesar de las inversiones en recuperación y restauración. El agua de los ríos que cortan la ciudad, podrida, también mata la Venecia que muchos habitantes todavía desconocen.

Bajo la perspectiva de estas revelaciones, surgen, incómodas, algunas cuestiones: ¿por qué las ciudades no quedan cerradas a los autos más veces al año? Esta sería una forma de permitir con más frecuencia que la historia fuera contada, leída, vivida por los moradores y transeúntes. ¿Por qué no se obliga a que los cascos históricos se liberen de circulación motorizada? Se invierte mucho en recuperación, restauración y en programas de “revalorización” cuando su verdadero valor está comprometido por la supremacía de los autos –que no leen y no permiten que sean leídos los símbolos y significados urbanos– en detrimento de las personas.

Y LLEGA EL MIÉRCOLES

Mientras Recife se despide del carnaval con un gran espectáculo de apoteosis que alcanza el alba del miércoles, Olinda cierra el carnaval el día de cenizas con el *Bacalhau do Batata, bloco* que rememora que, tal día como ése, un camarero o mesero salió a la calle con un un bacalao como estandarte improvisado y fue seguido por muchos que, como él, habiendo pasado los días de fiesta sirviendo, no habían podido *jogar* el carnaval. En Río de Janeiro, es la fecha en la que los barrenderos (*garis*) hacen su desfile particular, trabajando en la limpieza de la pasarela de la samba.

En las demás partes de Brasil, el miércoles de cenizas simboliza el Pierrot apasionado que pierde su Colombina, el gusto a la vez dulce y amargo de los amores pasajeros, los amores de carnaval, los trozos de disfraces, de aderezos echados en las calles, confetis pisados, serpentinas amasadas, el desencanto, la *saudade* y la expectativa del próximo carnaval. Junto a los restos de emociones y recuerdos, también queda en el rescoldo de los tres días de fiesta la contabilidad de aquellos que hicieron del carnaval su *ganha-pão*.⁵⁹

Para ellos, la diversión del carnaval y la transmisión de la cultura se mezclan con un arduo ritmo de trabajo. Desde los organizadores, músicos y barrenderos, hasta los vendedores que cargan con sus productos en las entrañas de los eventos, en medio a los empujones de los *blocos*, en la algazara de las calles, en la cabecera de los *trios*, en la *pipoca*, en los lugares más inusitados y de la manera más malabarística (Thomé, 2008: C5). Cajas térmicas componen la imagen de la muchedumbre en fiesta. Junto a los estandartes, carteles de papel improvisados anuncian agua o cerveza. Los vendedores (de bebidas, de comida, frutas, aderezos...), con las cajas en las espaldas, suben las laderas de Olinda, salen acompañando al *Galo da Madrugada*, se mezclan a los varios bacalao del miércoles de cenizas, están presentes en todos los eventos. Junto a ellos, los lugares de comidas, bares y quioscos de calles contribuyen a que nadie tenga sed o hambre.

Los músicos también se valen del carnaval. Hay muchos músicos tocando en las calles y en los *trios*; muchos instrumentos, metales y tambores, en una efusión de sonidos y acordes. Y todo con mucha afinación. También se producen CDs y DVDs “artesanalmente”, alimentando un mercado fonográfico, oficial o no, creciente. Cada presentación es protagonizada por un artista y cobija alrededor de sí una industria musical.

Lo malo es que trabajan, también, manos imperceptibles de carteristas, atracadores y otros maleantes. El forastero es todo el tiempo avisado para que no saque fotos, no lleve dinero, no use tarjeta de crédito o celular, y esté atento: “Vale más prevenir: lleve en los bolsillos lo indispensable –en las muchedumbres, el hurto es común” (Moreira, 2008a: V8). Para evitar que, a pesar de la presencia ostensiva de la policía en el circuito carnavalesco, los maleantes puedan obligarlas a volver a casa es común que las personas salgan con poco dinero, solamente el necesario para divertirse. ¡Gajes de la fiesta...! o, más que eso, reflejos de una sociedad violenta, pero de una violencia posible de

⁵⁹ Literalmente, “gana pan”, es decir, medio de subsistencia (N. de las E.).

combatir sin cuestionar el espacio público, por más que su figura en el imaginario social haya permitido el surgimiento de discursos y prácticas que autorizan y legitiman los espacios pseudo-públicos como inevitables.

CONSIDERACIONES FINALES

El carnaval descrito muestra que aún en densas metrópolis es posible cultivar la cultura de la fiesta pública. También señala las calles, particularmente en las porciones centrales de las ciudades, como los más importantes espacios públicos a ella ligados, donde los vestigios de la historia y el carnaval popular sobreviven.

En el carnaval de Recife y Olinda, entre otras ciudades y centros históricos de Brasil, el redescubrimiento de la vida y convivencia posibles en las calles centrales plantea claramente que hay una expresión ideológica en la demonización de una fiesta efectivamente popular.

El discurso privatista ocupa todos los espacios. La industria de la seguridad y la ideología del miedo se apropian de todas las posibilidades y se sobreponen a las costumbres, creando ciudadanos cautivos en sus viviendas o confinados a espacios controlados. Pero, en el momento en que el poder público se impone y libera una bellísima porción central a la celebración de una tradición, el miedo se desvanece, las calles vuelven a pisarse y la convivencia se establece, entera, con todas las diferencias e imprevistos. En ese sentido, es importante rescatar que, en la historia política del estado de Pernambuco y en la trayectoria administrativa reciente de Recife y Olinda, así como en las pequeñas municipalidades del interior del estado que luchan por la preservación de manifestaciones tradicionales, han pasado gobiernos de postura progresista, de izquierda, que han contribuido a que prevaleciera el espíritu democrático, para el cual la asociación carnaval/calles es todavía la más completa traducción de una fiesta popular y pública.

En otras urbes alejadas del ejemplo de Recife y Olinda, aunque se privaticen los espacios de la fiesta, habrá siempre *blocos* trasgrediendo ese nuevo orden y alegrando repentinamente las cuatro esquinas de la ciudad.

Así como en muchos temas prevalecen los intereses económicos sobre los culturales, la ciudadanía, bajo presión de dichos intereses, puede convertirse en una asociación de consumidores y dejar que sucumba bajo otros intereses la noción de derecho, con su amplitud de valores y diversidad cultural. Pero eso no es una fatalidad, como comprueban las manifestaciones democráticas descritas.

En donde la privatización del espacio de realización del carnaval niega esa comprensión de la ciudadanía y pone énfasis en la perspectiva del ciudadano consumidor, la fiesta pasa a ser un gran evento comercial de todo tipo de productos, un espacio de competencia entre circuitos mediáticos y entre grupos políticos en la búsqueda de visibilidad. Allí se descarta, en un movimiento excluyente, la importancia del espacio público para la fiesta popular.

Sin embargo, se deflagran resistencias y reacciones de rescate al derecho a un espacio democrático, como confirman las innumerables manifestaciones de *blocos* que irrumpen en todas las ciudades, buscando circuitos alternativos a los carnavales oficia-

les. Esto muestra que hay una rebeldía auténtica en la sociedad y que esa rebeldía busca las calles para expresarse y devolverles a ellas la posibilidad de revivir “viejos carnavales” –metáfora de la memoria nostálgica que resuena en todas las partes del país.

Pasado el miércoles, la ciudad retoma su rutina. El patrimonio histórico y arquitectónico se oscurece ante el movimiento urgente de la economía urbana. Las calles no sienten más las caricias de pies que vaguean, sino el rodar ruidoso de autos que las tupen, el pasar rápido de trabajadores retrasados o cansados. Asimismo, por más que los planes racionalistas haya logrado éxito en ordenar, apaciguar y controlar la imprevisibilidad de los ambientes públicos, y que en el cuerpo del capitalismo, productivista y mercantilizado, las prácticas urbanas y las relaciones sociales se estén perdiendo, las calles siguen con su carga potencial, sembrada en el desconocido, y siguen siendo el lugar del confrontarse a los poderes económicos y políticos establecidos, el lugar de la irrupción de la vida urbana.

Hay que hacer pervivir una cultura que asuma que las calles, las plazas, los monumentos, los puentes, son sitios simbólicos, lugares de encuentro, de comunicación, expresión pública, intercambio, ocio... y no sólo dispositivos para la movilidad –una cultura que reconozca que los espacios urbanos están embebidos de valor cívico y que entienda que valorar las calles es garantizar el derecho inalienable del transeúnte a la libertad del espacio como proceso social–. Hay que reinventar la arquitectura de los espacios públicos. La ciudad colonial ha creado espacios ideales para el encuentro. La ciudad contemporánea, por el contrario, construye espacios “êmicos”, como evoca Bauman (2001), objetos cuyo único destino es el ser traspasados o dejados atrás lo más rápido posible, resbaladizos, fríos a la convivencia, encuentro o fiesta. De ahí que las celebraciones en los cascos históricos de las ciudades coloniales hayan podido remanecer en las ciudades contemporáneas.

En definitiva, habría que pensar lo urbano contemporáneo a partir de una ética ciudadana (*citadina*), de derechos culturales asociados con la inclusión, la urbanidad y la reciprocidad, más allá de las tendencias hegemónicas de la privatización y aculturación en las ciudades.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARANTES, O. B. F. (2000). “Uma estratégia fatal: a cultura nas novas gestões urbanas”, en ARANTES, O.; VAINER, C.; MARICATO, E. *A cidade do pensamento único: desmanchando consensos*. Petrópolis: Vozes.
- BAUMAN, Z. (2001). *Modernidade Líquida*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed.
- BELCHIOR, L. (2008). “Foliões madrugam para seguir bloco ‘família’ no Rio”, *Folha de São Paulo*, 04/02/2008, p. C5.
- COELHO, A.M.A. (2006). “Calçadas – espaço do cidadão”, en KAHTOUNI, S.; MAGNOLI, M.M.; TOMINAGA, Y. (org.), *Discutindo a paisagem*. São Carlos: Rima Ed.
- DE CERTEAU, M. (1984). *The practice of everyday life*. Berkeley: University of California Press (Apud Hansen, 2002).
- FOUCAULT, M. (1987). *Vigiar e punir: história da violência nas prisões* (5ª ed.). Petrópolis: Vozes.

- HANSEN, R. S. (2002). “El espacio público en el debate actual: Una reflexión crítica sobre el urbanismo post-moderno”, *Eure*, septiembre, vol. 28, núm. 84, pp. 5-19.
Disponível em http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0250-71612002008400001&lng=es&nrm=iso
- LACERDA, A. (2008). “Ladeiras da cidade têm tradicional encontro de maracatus”, *O Estado de São Paulo: Cidades/Metrópoles – Carnaval*, 05/02/2008, C8.
- LE GOFF, J. (1988). *Por amor às cidades: conversações com Jean Lebrun*. São Paulo: Editora da UNESP.
- LIMA, C.M. de A.R. (2003). *História do Carnaval*. Recife: Fundação Joaquim Nabuco (atualizado em 2007).
- MOREIRA, A. (2008). “A massa enlouquece e lota Recife e Olinda. Do Galo da Madrugada ao Bacalhau do Batata: resista se for capaz”, *O Estado de São Paulo: Viagem & Aventura*, 08/01/2008, V8.
- PREFEITURA do Recife (2008a). *Carnaval Multicultural Recife 2008. Sítio oficial*. Disponível em <http://www.carnavaldorecife.com.br> (consultado: 18/02/2008)
- PREFEITURA do Recife (2008b). *Carnaval Multicultural Recife 2008. Frevo. Sítio oficial*. Disponível em <http://www.carnavaldorecife.com.br/frevo.php> (consultado: 18/02/2008)
- O GLOBO (2008). “Blocos driblam foliões para evitar confusão”. Rio de Janeiro, 28/01/2008, p. 9.
- SANTOS, M. (1996). *Técnica, espaço, tempo: globalização e meio técnico-científico informacional*. São Paulo: Hucitec.
- SOJA, E. W. (2002). *Postmetropolis. Critical Studies of Cities and Regions*. Oxford: Blackwell Publishing.
- THOMÉ, C. (2008). “Na Sapucaí, cerveja proibida no cordão. Ambulantes empoleiram-se em outdoor na Passarela do Samba”, *O Estado de São Paulo: Cidades/Metrópoles – Carnaval*, 05/02/2008, C5.
- ZIZEK, S. (2003). “A risada enlatada ou o retorno dos oprimidos”, *Folha de São Paulo: Mais! Orwell reloaded*, 01/07/2003, pp. 16-17.



PATRIMONIO





LA UTOPIA DE LO URBANO PATRIMONIAL O HEREJIAS
SOBRE EL PATRIMONIO URBANO

Mireia Viladevall i Guasch

...por lo respecta a la ciudad, el objeto de la ciencia no está dado. El pasado, el presente, lo posible, no se separan.

LEFEBVRE, 1978: 125

INTRODUCCIÓN

Benjamin (2003), Adorno y Horkheimer (1988) apuntaron, ya hace algún tiempo, el uso que la sociedad capitalista (o “de consumo”) hace del arte y la cultura, es decir, de cómo esta sociedad los convierte en mercancías y les da un uso ideológico. El valor de dichas mercancías culturales, según estos autores, no se fundamenta en la cantidad de trabajo que contienen, sino en la capacidad de cada una de ellas para alienar a las masas.

Si bien estos autores nunca analizaron la problemática de la ciudad ni la del patrimonio, sus planteamientos pueden ayudarnos a revisar de una manera crítica la aplicación y el uso de lo patrimonial en la urbe más allá del discurso oficial que del patrimonio se hace, dado que los valores que definen clásicamente al patrimonio (valor histórico y valor artístico) también se convierten en mercancías con valor de uso y valor de cambio.

En este sentido, proponemos pensar al patrimonio desde su uso ideológico en sociedades capitalistas; recordando que en el caso de la ciudad, el uso del discurso patrimonial, esconde –la mayoría de las veces– relaciones de poder sobre otra mercancía: el espacio. Mediante el uso de un discurso eficaz (el patrimonial), se justifica la privatización del espacio público en la ciudad y con ello se niegan o truncan de cuajo las posibilidades de diversidad y libertad que la urbe concibe en su seno y que se expresan y se realizan en dichos espacios. Se trata de un discurso que finalmente justifica una relación de poder tal que desconoce los derechos de los ciudadanos y sobre ellos implanta las necesidades económicas de la clase dominante.

Bajo el manto protector del discurso de moda, el del patrimonio, se borran de un plumazo derechos básicos de los habitantes como el de la propiedad y la libre circulación; así por ejemplo se expropián casas, o se cierran al público calles, plazas y parques para evitar la “pérdida de un patrimonio” y su “mal uso”. Ejemplo de lo apuntado lo tenemos en varias ciudades mexicanas. El primer caso sería el del Paseo del Río San

Francisco en Puebla, México, donde se expropián casas y terrenos para “recuperar la memoria del primer asentamiento de la ciudad” y finalmente se acaba instalando ahí un centro comercial. Resumiendo: se expropia, para re-privatizar luego de haber aumentado la renta del suelo al poner en valor el carácter histórico de ese espacio y haber construido sobre dicho valor y en ese espacio todo un proyecto de “detonador comercial”, como gustan de llamarlo sus promotores. El segundo caso estaría ilustrado por los *business improvements districts* de los cuales Villarejo da buena cuenta (Villarejo, 2010): calles que bajo un “contrato” quedan bajo control privado; calles que no son cualquier calle sino, muy a menudo, aquellas a las que se reconoce algún valor histórico o artístico. También es el caso de espacios públicos emblemáticos de los que se hace un uso político orientado por los intereses de determinados grupos. Esto estaría bien ilustrado por el uso que actualmente se le da al zócalo de la ciudad de México, tal y como Rosas (2010) reseña, donde las manifestaciones sociales, lo inesperado, lo espontáneo, lo diverso, lo contrapuesto dejan de tener un lugar en ese espacio (hasta ese momento realmente público) de la ciudad, para convertir al zócalo en un escenario donde el político en turno se exhibe y se promueve regalando actos culturales y deportivos a la ciudadanía.

Pero, como todo en la ciudad, estos usos y discursos no son unívocos y despiertan otros usos y discursos. Así por ejemplo los vecinos de San Pedro los Pinos o los del Multifamiliar Alemán, como nos lo señala Pensado (2010), piensan y usan el discurso patrimonial como el medio a partir del cual poder crear una sensibilidad y solidaridad en la ciudadanía y en la clase dominante que les permita defender y conservar sus propiedades y su manera de vivir, sentir, entender y, en definitiva, apropiarse de la ciudad. Sin embargo, el discurso de lo patrimonial puede convertirse para ellos en una navaja de doble filo: el reconocimiento de lo patrimonial podría desatar la ambición de aquellos promotores inmobiliarios dedicados a aumentar la renta del suelo a partir del reconocimiento de algún valor cultural, y con esto daría inicio el proceso de desposesión popular, sobradamente ensayado en los entornos histórico-artísticos.

El uso del discurso patrimonial en la actualidad se sustenta finalmente en la visión del patrimonio como mercancía con dos usos posibles: uno, como ya hemos apuntado, como elemento que ayuda a aumentar las rentas del suelo; y el otro, el de recurso turístico sobre el cual se desarrolla toda una industria que hoy en día se vende en México, como la panacea que nos devolverá la prosperidad y el bienestar.⁶⁰ Así, en definitiva, lo patrimonial se convierte en lo exclusivo o lo turístico, o en ambas cosas a la vez.

¿Es necesario entonces desechar la totalidad de los discursos sobre lo patrimonial en la urbe o hay otras maneras de pensarlo, usarlo, significarlo? Para contestar esta pregunta quizá sea necesario empezar por el principio entendiendo la especificidad de lo urbano patrimonial.

⁶⁰ Al respecto recomendamos la revisión del *Programa Nacional de Cultura 2007-2012* del CONACULTA, donde se habla de la cultura y del patrimonio como recurso indispensable para el desarrollo humano y económico de México.

Si nos atenemos a la esencia de lo urbano y al origen moderno de las ciudades como el espacio donde se dan un nuevo tipo de relaciones sociales (en el sentido marxista del término) y de convivencia entre los hombres al punto de poder afirmar que: “en la ciudad se respiran aires de libertad” como se hizo en la Edad Media, lo patrimonial urbano no puede quedarse restringido –como tradicionalmente lo ha hecho– en aquellos elementos que cumplen con los valores histórico-artísticos que hasta ahora han venido definiendo al patrimonio, desde el punto de vista de la historia del arte y la arqueología.

Desde esa perspectiva, lo urbano patrimonial debe preservar y desarrollar ese potencial innovador de la ciudad, ese espacio de libertad y de diversidad de posibilidades, que en sus inicios representó la urbe en el mundo moderno.

Lo patrimonial urbano que existe y que reconocemos hoy como tal en cualquier ciudad no traduce estos valores de los que he hablado; si no más bien enmascarado en los valores histórico-artísticos exalta ciertos elementos edilicios y cierta versión de la historia urbana y deja al resto de la historia y de la ciudad fuera de la posibilidad de ser conservada por sus valores reales de libertad, de posibilidad y de diversidad, donde –como diría Lefebvre (1978: 123)– el pasado, el presente y lo posible no se separan.

Por otra parte, la aplicación sólo de los valores histórico-artísticos en la urbe ensalza y reproduce una historia única y muchas veces “oficial” de la urbe, escrita por los grupos que detentan el poder, por los ciudadanos (que no son todos) que tienen la capacidad de tomar decisiones sobre la ciudad. Estos protagonistas de la urbe, o del significado que arroja el actual patrimonio urbano, no son los ciudadanos de a pie, si no como dice Weber en su libro *La ciudad* (1987), son el príncipe y el obispo que habitan en la ciudad, es decir, son la elite urbana. Ellos, como bien diría Gramsci, son parte de la clase hegemónica y como tal hacen que su historia sea vista por el resto de la ciudadanía como la Historia de la ciudad.

A tal punto llega este magnífico manejo hegemónico de lo patrimonial que, como ciudadanos, nunca nos hemos opuesto a que con nuestros impuestos se restaure la casa del deán, la catedral, los palacios arzobispales y aristocráticos, la casa del alguacil mayor, la lonja, la casa consistorial, etc., y, más recientemente, hasta las fábricas. Es más, aplaudimos que se haga dicha intervención para devolver a dichas edificaciones la “dignidad” que se merecen. Y si para ello hay que desalojar a quienes allí viven, pues que se haga. Porque, desde esta perspectiva, los edificios son vistos como documentos históricos. La Historia de la ciudad está por encima de las necesidades de la ciudad y de sus habitantes, y si un edificio-documento se pierde, se pierde la Historia. Por lo tanto, no podemos permitir que los edificios considerados históricos se pierdan o se maltraten. En los edificios vistos como documentos donde el hombre ha estampado su devenir al igual que cualquier documento escrito, lo que importa es que no se altere ni se transforme su forma y su contenido para así leer con mayor facilidad y “veracidad” la historia de la ciudad.

Lo anterior nos lleva a negar una realidad urbana ineluctable: todo acto edilicio responde a una necesidad. Cuando la necesidad cambia, el edificio lo hace. Tratar de impedir que las características originales de cualquier edificio sean modificadas es tratar de impedir el natural desarrollo del edificio, es tratar de impedir que el tiempo deje

su huella en él. Parafraseando, quizás un poco forzadamente, a Benjamin (2003), es impedir el “aura” del edificio.

Así las cosas, quizás lo que convenga más es aceptar que el patrimonio urbano se conserva en tanto da respuesta y satisface una necesidad. Las necesidades cambian como lo harán los usos de los edificios, sus estructuras y sus significados. Sin embargo, mientras un edificio tenga un uso, una estructura que permita satisfacer una necesidad y un significado, el edificio permanecerá. Y es en este sentido como debiera entenderse la conservación, es decir, como un acto a partir del cual el edificio se transforma para dar cabida a las nuevas necesidades y a los nuevos significados (entendidos desde el punto de vista antropológico) que se han producido socialmente o se quieren producir sobre él. Sin embargo, es importante tener en cuenta que las necesidades a las que va a responder un edificio son las de quien tiene el control sobre él. En este sentido la reflexión sobre quién tiene el control de las necesidades que plantean Adorno y Horkheimer no está de más.

De esta manera los discursos academicistas sobre la teoría del restuario resultan ser discursos subalternos puestos al servicio de quienes tienen o aspiran tener el control del “patrimonio”.

Como ciudadanos tributarios hemos colaborado materialmente a la consolidación de un discurso histórico y patrimonial que se posiciona por encima de los habitantes y sus necesidades, y así hemos olvidado varias cosas:

Primera. El patrimonio está ahí porque alguien lo hizo y porque alguien lo ha mantenido hasta el día de hoy. Ese alguien suele ser un colectivo en el caso de lo urbano que incluye a quienes tienen el control y a los que no tienen el control sobre el patrimonio.

Segunda. La ciudad se conforma de muchas historias entrecruzadas donde una sola de ellas no puede ser la Explicación. Es decir, en términos weberianos, la ciudad no es ni la del obispo ni la del príncipe. La ciudad es una moneda de, al menos, dos caras: la de los príncipes y la de los ciudadanos comunes (artesanos, por ejemplo), pero lo patrimonial urbano hace referencia actualmente sólo a una de estas caras.

Tercera. Uno de los valores urbanos es la capacidad de dar respuesta a la multiplicidad de necesidades que en ella se plantean desde los distintos actores que conforman la ciudad. Por ello, la ciudad no puede ser definida sólo por la iglesia, el mercado, la fábrica y la casa consistorial, sino también lo debe ser por el cúmulo de casas, talleres, calles, plazas, escuelas, hospitales, etcétera, y la manera en que todo esto responde a las necesidades sociales.

Cuarta. El valor principal de lo urbano no es que sea mercado, o centro productivo, o de distribución. A nivel económico, éste puede ser el aspecto más importante de la ciudad, pero el valor esencial de lo urbano está ligado con la necesidad de ciudad en tanto que lugar donde se congregan (y satisfacen) las necesidades sociales de nuestra sociedad. Como señala Lefebvre:

La reflexión teórica queda restringida a redefinir las formas, funciones, estructuras de la ciudad [...] así como las necesidades sociales inherentes a la sociedad urbana. Hasta el momento sólo han sido investigadas, y, por otra parte, más bien manipuladas que efectivamente conocidas y reconocidas las necesidades individuales con sus motivaciones marcadas por la sociedad llamada de consumo [...]. Las necesidades sociales tienen un fundamento antropológico; opuestas y complementarias a un tiempo, comprenden la necesidad de seguridad y la de apertura, la de certidumbre y aventura, la de

organización del trabajo y la de juego, las necesidades de previsibilidad y de diferencia, de aislamiento y de encuentro, de cambios y de inversiones, de independencia (cuando no de soledad) y comunicación, de inmediatez y perspectiva a largo plazo. El ser humano tiene también la necesidad de acumular energías y la de gastarlas, e incluso derrocharlas en el juego. Tiene necesidad de ver, de oír, de tocar, de gustar, y la necesidad de reunir estas percepciones en un 'mundo'. A estas necesidades antropológicas elaboradas socialmente (es decir, unas veces separadas, otras reunidas, acá comprimidas y allí hipertrofiadas) se añaden necesidades específicas que no satisfacen los equipos comerciales y culturales más o menos parsimoniosamente tenidos en consideración por los urbanistas. Nos referimos a la necesidad de actividad creadora, de obra (no sólo de productos y bienes materiales consumibles), de necesidades de información, simbolismo, imaginación, actividades lúdicas. A través de estas necesidades específicas vive y sobrevive un deseo fundamental, del que son manifestaciones particulares y momentos, que superan en mayor o menor grado la división parcelaria de los trabajos, el juego, la sexualidad, los actos corporales como el deporte, la actividad creadora, el arte y el conocimiento. Por último, la necesidad de la vida urbana sólo se expresa libremente en las perspectivas que aquí intentan desprenderse y abrir el horizonte (Lefebvre, 1978: 123-124).

En este sentido, lo urbano patrimonial va mucho más allá de unos cuantos edificios puntuales señalados como monumentos. Pasa por aquellos espacios donde ese deseo fundamental del que habla Lefebvre y sus manifestaciones y momentos se dan. Dentro de estos espacios, está, sin lugar a dudas, el espacio público: espacio donde se juega, se hace deporte, se trabaja, se aprende, se liga y, como diría el arquitecto Carlos González Lobo, hasta se da el "fajecito moderado". Así pues, el espacio público en tanto tal se convierte en el espacio donde se concreta la esencia de lo urbano y por ende es el verdadero patrimonio de la ciudad.

Quinta. Lo urbano patrimonial no se restringe al artefacto construido y a los valores históricos o artísticos que pueda tener alguno de los edificios, sino a la vida que en él se da y a la manera que tiene la gente de relacionarse y de convivir en la ciudad y de desarrollar su capacidad creadora, a partir de leyes o normas con las que jugamos como ciudadanos. Como bien apuntaría Weber, la ciudad también se define por sus instituciones o aparatos jurídico-administrativos. El ayuntamiento es una forma administrativa y legal propia de la ciudad y es allí donde los iguales se ven representados y norman la vida, la convivencia y funcionamiento de la ciudad. El ayuntamiento de iguales permitía que la libertad, y la posible diversidad, estuvieran presentes a la hora de normar a la ciudad.

Hoy defendiendo el ladrillo bonito o histórico hemos, muchas veces, perdido de vista este aspecto esencial para la ciudad. Y peor aún, nos hemos abstraído tanto de la ciudad y de nuestro papel como ciudadanos que hasta permitimos la privatización de nuestro patrimonio sin interponer siquiera una queja por confundir lo patrimonial con lo turístico, por hacer de estos dos conceptos uno sólo que se traduce en beneficios económicos y uso segregado del patrimonio. En este sentido, cabe pensar: si a partir del patrimonio de una ciudad (y especialmente si ésta es declarada Patrimonio de la Humanidad) se establece toda una industria turística que al año arroja importantes dividendos, y si la esencia de esa industria es un patrimonio que todos los ciudadanos hemos ayudado a conservar con nuestros impuestos, ¿por qué no se hace legalmente partícipe a esa industria, económicamente hablando, en la conservación de ese patrimonio y la conservación de la propia ciudad que le da sustento y la hace posible? ¿O es que la ciudadanía debe ser la responsable del mantenimiento de un patrimonio con el cual ellos lucran?

Tanto ciudad como patrimonio son recursos públicos que deben seguir siendo públicos, así como sus beneficios. Es preciso evitar los procesos de privatización de lo público de la ciudad y de los beneficios que la propia ciudad arroja en los ámbitos social, cultural, económico, espacial y jurídico-administrativo.

De vez en cuando, algún empresario del sector elige apoyar alguna obra de “rescate o de conservación” y es aplaudido y hasta reverenciado por ello, pero nunca es puesto en tela de juicio. Este tipo de actos deberían ser cuestionados porque estas donaciones que los liberan de impuestos van dirigidas a una inversión benéfica para sus industrias. Se invierte un poco de dinero en algún espacio que luego será mantenido por los impuestos de los ciudadanos mientras a los clientes se les “aumenta” la oferta turística y así la industria queda dentro del mercado. Negocio redondo, pues: la responsabilidad de la conservación es pública mientras que los beneficios económicos que ello arroje son privados.

Lo que se propone aquí es una utopía (que, como tal, es parte esencial también de lo urbano) que consiste en que lo patrimonial urbano se posponga a lo urbano patrimonial –dicho sea– en un intento por hacer énfasis en la especificidad de lo urbano y por ende en lo específico y complejo que debe ser lo urbano patrimonial, donde la esencia urbana no sólo tenga cabida sino que se convierta en simiente de otros tipos de relaciones sociales, en otras reglas de convivencia, de vida y de creación en todos los ámbitos. Lo urbano patrimonial no niega los valores histórico-artísticos, sino que invita a que sean enriquecidos a partir de una mirada histórica de la ciudad más compleja e incluyente. Tampoco niega o rechaza el valor artístico de la urbe, sino que, siguiendo a Benjamin (2003), invita definir lo que entendemos por arte en la actualidad. Es decir, invita a buscar nuevas concepciones del arte que tengan en cuenta la realidad técnica, urbana, cultural, social y perceptiva actual.

Pero, sobre todo, a lo que invita lo urbano patrimonial es a repensar nuestra ciudad en todos sus ámbitos (espacial, histórico, artístico, económico, funcional, utópico y jurídico-administrativo) y nuestro papel como ciudadanos en cada uno de ellos. Lo anterior implica varias cosas:

a) Una labor científica y académica, como bien apunta Lefebvre, que nos proporcione los elementos conceptuales y metodológicos necesarios para enfrentar el gran reto reflexivo que eso implica.

b) La construcción de una o varias propuestas alternativas a la ciudad actual, a la ciudad vista por los planificadores inmobiliarios al servicio del capital, y que tenga como objetivo la preservación y enriquecimiento de lo público urbano.

c) Una opción administrativa que abarque una nueva planificación urbana basada en la ciudad de los ciudadanos –y no en la de los inversionistas– y que además tenga capacidad jurídica.

d) Un apoyo ciudadano que permita todo lo anterior basado en un pacto donde todos ganen.

e) Repensar al patrimonio como recurso público urbano cuya propiedad, uso y beneficios deben seguir siendo públicos.

El reto sin duda es grande y en él debemos estar involucrados todos en tanto habitantes de una ciudad. La invitación es clara: es necesario pensar en lo imposible para llegar a lo posible.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BENJAMIN, Walter (2003). *La obra de arte en la era de su reproductividad técnica*, México: Itaca.
- HORKHEIMER, Max y ADORNO, Theodor (1988). *Dialéctica del Iluminismo*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- LEFEBVRE, Henri (1978). *El derecho a la ciudad*, Barcelona: Península.
- PENSADO LEGLISE, Patricia (2010). “El reconocimiento patrimonial como estrategia vecinal”, en VILADEVALL I GUASCH, Mireia y CASTRILLO ROMÓN, María. *El espacio público en la ciudad contemporánea: perspectivas críticas sobre su gestión, su patrimonialización y su proyecto*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- ROSAS MANTECÓN, Ana (2010). “Patrimonialización y usos del espacio público. Las batallas por el zócalo de la ciudad de México”, en VILADEVALL I GUASCH, Mireia y CASTRILLO ROMÓN, María. *El espacio público en la ciudad contemporánea: perspectivas críticas sobre su gestión, su patrimonialización y su proyecto*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- VILLAREJO GALENDE, Helena (2010). “Privatizando las calles: el BID Bang”, en VILADEVALL I GUASCH, Mireia y CASTRILLO ROMÓN, María. *El espacio público en la ciudad contemporánea: perspectivas críticas sobre su gestión, su patrimonialización y su proyecto*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- WEBER, Max (1987). *La ciudad*, Madrid: Ediciones de la piqueta.



PATRIMONIALIZACIÓN Y USOS DEL ESPACIO PÚBLICO. LAS BATALLAS
POR EL ZÓCALO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

*Ana Rosas Mantecón**

Se sacralizarán los lugares para disfrutar mejor de ellos y
prohibírselos a los demás.

ROGER BRUNET

El *zócalo* es el nombre popular de la plaza principal del centro de la ciudad de México. Su denominación viene de un mal logrado proyecto decimonónico que trataba de adornarla con un monumento a la Independencia que quedó inconcluso y del que sólo se levantó la base de la columna o *zócalo* sobre el cual iba a erigirse.⁶¹ Fue durante varios siglos un sitio pleno de vida comercial, política, religiosa, propicio para la recreación y la sociabilidad, que favorecía el encuentro, la interacción, la identificación nacional y la integración del conjunto de los habitantes de la urbe. Constituía el espacio público por excelencia de la ciudad y, como tal, propiciaba los usos sociales característicos de la vida urbana: esparcimiento, actos colectivos, movilidad, actividades culturales, comerciales, referentes simbólicos y monumentales, etc. Desde mediados del siglo XIX el poder gubernamental inició un largo proceso de apropiación de este espacio enarblando la “defensa” de su carácter patrimonial: en 1843 se demolió el *Mercado del Parián*, argumentando que esa construcción menoscababa la magnificencia del lugar y que ciertos usos eran incompatibles con ella. Paulatinamente se fue haciendo desaparecer cualquier rastro de actividades que no fueran las ceremoniales oficiales: se quitaron jardines, bancas y fuentes, se retiraron tranvías, fiestas y espectáculos,⁶² y se expulsaron comerciantes populares, para dejar sólo una plataforma de cemento vacía con una bandera en el centro, flanqueada por edificios que encarnan el poder de la Iglesia y el Estado, así como algunos exclusivos hoteles y comercios.

Frente a la monumentalización excluyente, diversos sectores sociales han buscado darle nuevos usos y sentidos al zócalo. Gobiernos de diverso cuño han encontrado en la defensa de ese espacio como “patrimonio cultural” la argumentación ideal para tal

⁶¹ “Zócalo” ha devenido en un sinónimo de “centro”, de manera que en la actualidad así se nombra popularmente a las plazas centrales en diversas ciudades de México.

⁶² Lourdes Roca identifica el lustro 1880-1885 como clave para la conclusión de un ciclo: el de la plaza principal como espacio privilegiado para instalar todo tipo de diversiones, ya que a partir de entonces se niegan los permisos correspondientes (Roca, 2004).

sustracción. Podemos comprender mejor este proceso si consideramos a las prácticas de apropiación del zócalo capitalino como procesos de “activación patrimonial”. Para Llorenç Prats, a través de las activaciones patrimoniales se escogen determinados referentes culturales o naturales, se reconoce su prestigio histórico y simbólico, se les expone y sacraliza, se propone una determinada versión identitaria (un “nosotros del nosotros”) y se recaban adhesiones para la misma. Las activaciones patrimoniales han sido principalmente realizadas por el poder político, aunque también pueden ser realizadas desde la sociedad civil, si bien no debemos perder de vista que sin poder (fuerza social capaz de activarlo) no existe patrimonio (Prats, 1997). Se trata entonces de operaciones dinámicas, a partir de las cuales se reconstruye, selecciona e interpreta el pasado. En la búsqueda de legitimación a través de la utilización de determinados espacios (como ocurrió en el caso del zócalo), el Estado ha sacralizado funciones y jerarquías que, por otra parte, le han permitido legitimar o excluir otros usos, como el habitacional o el recreativo.

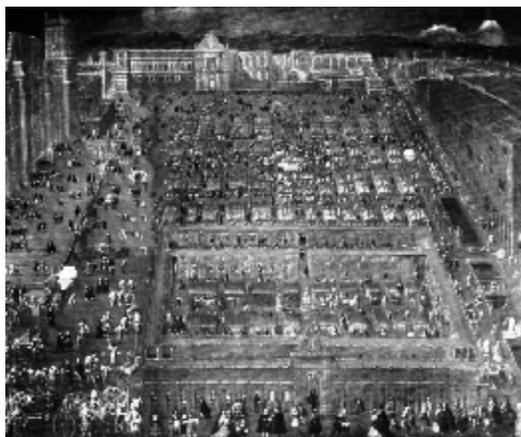


Fig. 1. El zócalo en el siglo XVII, de acuerdo con Cristóbal de Villalpando. (Fuente: *Evolución gráfica del Zócalo de la ciudad de México. Desde el siglo XVII hasta el siglo XXI* <http://www.mexicomaxico.org/zocalo/zocaloEV.htm>)



Fig. 2. El zócalo en 1910. (Fuente: Archivo General de la Nación).

El proceso de apropiación de este espacio público tuvo como trasfondo no sólo una determinada concepción del patrimonio –monumental y excluyente– sino también de la ciudad. Desde la segunda mitad del siglo XIX se fue abriendo paso el proyecto que buscaba convertirla en “un espacio eficiente, ordenado y limpio... De ser en su mayor parte un espacio sacralizado, donde los símbolos católicos se apoderaban de calles, puentes, plazas, etc., pasó a una ciudad que intentaba sustituirlos por los símbolos de otra ‘religión’ fomentada por una institución distinta: la formación de la nación. Así, a la ciudad se le superpondría poco a poco la máscara que la presentaría como lo que el régimen soñaba: una ciudad moderna” (Roca, 2004).

Después de la Revolución de 1910, con el naciente nacionalismo, se buscó acentuar su carácter laico.⁶³ Casi un siglo después la jerarquía católica realizó su propia “toma” del zócalo, con una misa masiva y procesiones públicas por algunas de las principales calles del centro histórico, con el pretexto de la realización del segundo Congreso Eucarístico Nacional, un suceso cuyo antecedente inmediato se produjo 76 años atrás, en 1924, cuando comenzaba a expresarse el levantamiento cristero. El contexto para tal despliegue fue el arribo a la presidencia de Vicente Fox en 2000, favorable a entregar nuevas concesiones al poder religioso.⁶⁴

Así como favoreció una concepción de la gestión patrimonial y de la ciudad, la apropiación gubernamental del zócalo buscó imponer una única modalidad de participación política legítima: corporativizada. Al igual que otras plazas del mundo, como las de las capitales soviética y china, el zócalo se destinó a las manifestaciones masivas organizadas por el partido hegemónico que gobernó México por más de siete décadas. Convertido en símbolo del poder central, no acogió sino las ceremonias oficiales (grandes desfiles de los trabajadores, deportivos, militares y celebraciones masivas tradicionales) hasta la década de los sesenta del siglo XX, cuando la oposición empezó a disputar cada vez más exitosamente este espacio, volviéndolo instrumento de calibre político, donde se evalúa el peso político y la capacidad de movilización de los partidos.⁶⁵

OTRAS DISPUTAS POLÍTICAS

1968 fue un año clave para la recuperación civil del zócalo y para la democratización del país. Como ha señalado Luis González Souza, “la cultura del autoritarismo por fin comenzó a cuestionarse en serio con la cultura libertaria de los estudiantes. Antes del 68, había que pedir permiso casi para todo: para hacer manifestaciones, para organi-

⁶³ Para esto se buscó darle una arquitectura que respondiera a las necesidades de una nueva identidad mexicana. Fue entonces cuando se construyó el Hotel Majestic (J. J. Carrillo, entrevista en Wildner, 2005: 100).

⁶⁴ Julio Hernández López, en su columna periodística “Astillero”, *La Jornada*, 8 de mayo de 2000.

⁶⁵ Es ilustrativa al respecto esta típica nota periodística: tras el mitin con el que Cuauhtémoc Cárdenas cerró su campaña en la ciudad de México, “la plana mayor del perredismo y los candidatos respiran tranquilos con su zócalo lleno por enésima vez. Ya vendrá la rebatiña por la cifra en los diarios, en las declaraciones de los perredistas y sus adversarios, en los informes de la policía o la televisión... En el zócalo, al menos, el PRD no perdió. Ya vendrá el 3 de julio, y se sabrá entonces si el PRD amanece con buenos o malos números electorales” (*La Jornada*, 26 de junio de 2000: 1).

zarse sin peligro de muerte física o civil..., para aprender con libros diferentes a los oficiales y, en fin, para desarrollar un pensamiento distinto al de la *familia revolucionaria*... Todo eso, propio de una cultura casi fascista, comenzó a derrumbarse gracias a la rebeldía estudiantil. Gracias a ésta, hoy las manifestaciones son el pan de cada día e inclusive llegan a invadir el antes sacrosanto zócalo” (González Souza, 1998).

La primera vez que no se reprimió un mitin no oficial en el zócalo fue en 1961, en apoyo a Cuba frente a la invasión norteamericana. El expresidente Lázaro Cárdenas fue el orador principal (Avilés Fabila, 2004: iii). No ocurrió lo mismo en 1968, cuando la respuesta gubernamental fue brutal: granaderos y policías rompieron mítines y manifestaciones, y después apareció el ejército con tanques y bazukas. Se desataron entonces las marchas que colmaron el zócalo y dieron nueva vida a “los espacios antes consagrados al despliegue del apoyo incondicional” (Monsiváis, 2006: 135).⁶⁶ En una de esas ocasiones, los estudiantes anunciaron que se quedarían en plantón en la plaza e izaron una bandera rojinegra a media asta, que luego fue arriada. En la madrugada, quienes permanecieron allí fueron golpeados y desalojados por la fuerza pública. Al día siguiente hubo un acto de “desagravio a la bandera nacional”, al que asistieron trabajadores al servicio del Estado, el cual también acabó en protestas y represión.⁶⁷

A partir de entonces de manera creciente han venido arribando al zócalo diferentes movimientos sociales de todo el país, demandando solución a problemas de empleo, salariales, seguridad pública, vivienda, tenencia de la tierra, servicios urbanos, derechos indígenas, contra fraudes electorales y a favor de reformas políticas, entre otros. Paulatinamente el gobierno ha ido perdiendo la exclusividad en el usufructo político de este espacio. La evolución del desfile oficial conmemorativo del Día del Trabajo revela estas mutaciones. Aunque no faltaron nunca tentativas de independencia sindical y, en consecuencia, respuesta represiva gubernamental, el 1 de mayo servía para el endiosamiento del “primer obrero de la Patria”, como se llamaba al Presidente, ante el cual desfilaban las agrupaciones sindicales sujetas al control gubernamental. La paulatina pérdida del control sindical por las centrales mayoritarias hizo que el desfile se convirtiera en motivo de preocupación para el Presidente quien, tras el lanzamiento de varias bombas contra el Palacio Nacional en 1984, restringió severamente el acceso al zócalo y finalmente optó por desarrollar la celebración bajo techo o en explanadas alternativas muy controladas.⁶⁸ A finales de los años noventa, Ernesto Zedillo volvió al zóca-

⁶⁶ Se pueden encontrar mayores referencias en: http://www.canalseisdejulio.com/galeana_gallegos.html
<http://sobrehistorias.blogspot.com/2007/06/tlatelolco-matanza-estudiantil-en.html>
http://www.mexconnect.com/mex_/history/tlatelolco/tlatelolco3sp.html
http://www.conade.gob.mx/boletin/nota_leer.asp?id=4943
<http://www.lazarillo.com/latina>
http://iteso.mx/~victorm/Mexico_1968.html

⁶⁷ En homenaje a este día, el artista Francis Allys realizó recientemente un video: “Cuentos patrióticos” (en colaboración con Rafael Ortega) en el que filma un grupo de borregos dando vueltas alrededor del mástil, rememorando la manifestación de los burócratas que, habiendo sido llevados a desagraviar a la bandera, rompieron el silencio institucional del régimen balando como ovejas.

⁶⁸ El 1 de mayo de 1995 fue una fecha clave para el cuestionamiento del corporativismo, cuando el desfile oficial del Día del Trabajo no se realizó por primera vez. Las crónicas periodísticas relatan que el mitin fue de los más concurridos, frente a un balcón presidencial vacío. “Se abrió entonces la puerta a un ritual antiguo, el de las entradas triunfales”, como la de los zapatistas años después (Arango, 2002: 14).

lo, pero en actos cada vez más breves, en un contexto en el que la Plaza de la Constitución era cada vez más requerida por fuerzas distantes del sindicalismo oficial. El actual presidente, Felipe Calderón, ha decidido no figurar en el desfile obrero.⁶⁹



Fig. 3. Mitin estudiantil en el zócalo, agosto de 1968. (Fuente: periódico *Excelsior*).

La más grande concentración que se haya registrado en las últimas décadas en el zócalo (entre 750,000 y 1,200,000 personas) se realizó en abril del 2005 en protesta por el desafuero del entonces Jefe de Gobierno del Distrito Federal, Andrés Manuel López Obrador, por parte de autoridades federales. Se denominó “Marcha del silencio” asociándola expresamente con la efectuada por el movimiento estudiantil de 1968 (Tamayo, 2005: 57). Este mismo personaje, ya como excandidato a la presidencia de la república, convocó a cerca de 60,000 personas a establecer un plantón durante mes y medio en el zócalo, en demanda de que el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación ordenara el recuento de votos en el 2006. Los mismos argumentos de protección al patrimonio de la plaza mayor de la ciudad fueron enarbolados por el conservador Partido Acción Nacional (cuyo candidato fue declarado triunfador de las elecciones) para presionar al Jefe de Gobierno del Distrito Federal, Alejandro Encinas, para que expulsara a los inconformes. La demanda fue infructuosa: Encinas declaró que “la *toma* del zócalo tiene que entenderse como el reflejo claro de lo que es la diversidad política del país..., la gente ha hecho suya una demanda democrática fundamental, el ejercicio y el respeto al voto” (entrevistado por Elena Poniatowska, *La Jornada*, 7 de agosto de 2006: 1).

EL ASALTO SILENCIOSO

A la par de la reiterada búsqueda de partidos, sindicatos y otras organizaciones civiles por hacer uso del zócalo, la población luchó tenazmente contra la exclusión en este

⁶⁹ Miguel Ángel Granados Chapa, “El presidente y el desfile obrero”, 1 de mayo de 2007. <http://resistenciahastaelfin.blogspot.com/2007/05/granados-chapa.html>

espacio, y lo siguió considerando no sólo punto de referencia simbólico por excelencia sino parte fundamental de su cotidianidad, no obstante la precariedad con la que puede apropiarse de él.

En una investigación que realicé sobre la percepción de los habitantes del centro histórico sobre el patrimonio a finales de los años noventa, encontré que, entre los espacios que ellos mostrarían a un visitante, el zócalo era sin lugar a dudas el más importante. Ante la pregunta de “¿a qué lugares llevaría a pasear a sus hijos?”, también el zócalo fue la opción más socorrida para una cuarta parte de los entrevistados. No ocurría lo mismo con otros espacios característicos de la zona central: la mayor parte de ellos fueron reconocidos prácticamente por todos los entrevistados, pero sólo un mínimo porcentaje los había visitado alguna vez, como es el caso del Palacio de Bellas Artes, el cual pareciera constituir un espacio que funciona para mostrarnos orgullosamente hacia el exterior, pero no como ámbito deseado de socialización que forme parte del mundo cotidiano, como lo es el zócalo (Rosas Mantecón, 1998).



Fig. 4. Picnic en el zócalo. (Foto: Frida Hartz, periódico *La Jornada*).

A pesar de los obstáculos interpuestos a las diversiones populares desde el siglo XVIII, los sectores populares han continuado asistiendo en las fechas acostumbradas a celebrar a la plaza. Aunque se expulsaron ciertos tipos de diversión en las fiestas tradicionales, éstas regresaron en las celebraciones cívicas (caballitos, circo, magia, fuegos artificiales). Otras más, que se trataban de impedir a toda costa, como la bebida y comida callejera, acabaron imponiéndose (Roca, 2004) y así continúan hasta la actualidad, como en la conmemoración de la Independencia cada 15 de septiembre. La plaza se llena de vendedores ambulantes con comida, globos, dulces, cornetas, serpentina, huevos con harina, juegos pirotécnicos, etcétera.

El zócalo es también uno de los lugares más celebrados por los turistas. En una investigación sobre los sitios de Internet elaborados por viajeros que conocieron la ciudad de México, Ivet Reyes Maturano encontró que es, junto con los murales de Diego Rivera, lo más rememorado. El zócalo “es continuamente ritualizado y construido por la gente que también se convierte en objeto de las fotografías de turistas: la ceremonia

diaria de la bandera,⁷⁰ las manifestaciones, las personas que esperan a alguien cerca del asta bandera, los desfiles, los autos y el tránsito alrededor, los danzantes, los vendedores ambulantes y, entre ellos, el turista mismo” (Reyes Maturano, 2005: 10).

Seguramente, entre las fotografías más memorables están las de la instalación artística de Spencer Tunick quien, en mayo del 2007, rompió su propio récord al reunir a más de 18,000 personas desnudas, en una insólita muestra del proceso de desacralización que ha vivido este espacio.⁷¹ Consciente del significado del espacio escogido, el propio fotógrafo estadounidense declaró, al anunciar la ubicación de su instalación: “El zócalo será un pedestal o una base para mi obra de arte, para mi escultura. Es una colaboración y es una obra de arte contemporánea”.⁷²

Los comerciantes expulsados también han dado sus batallas, cuestionando la patrimonialización monumentalista del centro histórico y enarbolando la defensa del patrimonio inmaterial, entendido como diversidad de usos del espacio. Los intentos de restringir o impedir el comercio en la vía pública dentro de esta área y su fracaso son también de larga data, y aún está por verse qué ocurrirá ahora que el gobierno de Marcelo Ebrard los expulsó de las calles del perímetro A del centro histórico y reubicó en plazas comerciales. Desde la época colonial constituían una fuente de recursos económicos para el gobierno de la capital y en torno de ellos se tejía una cadena de favores y lealtades, de relaciones informales de particular importancia para el control político de la población.⁷³ Desde los primeros foros de consulta sobre el centro histórico (1989) se hizo evidente que muchas de las posiciones en torno al rescate, defensa, recuperación, revitalización del centro histórico, suponen la reubicación de los ambulantes y/o una reglamentación adecuada del comercio en vía pública. Con estos foros se inició la participación de los ambulantes en la discusión sobre lo que significa la defensa del patrimonio en la zona. Los líderes de los comerciantes intentaron legitimar su permanencia hablando de la defensa de las “raíces culturales”, de una “tradición histórica” de “carácter popular”, buscando entender al patrimonio histórico no simplemente como herencia de bienes materiales, sino como un legado de usos populares del espacio, que constantemente se dinamiza para responder a condiciones económicas y políticas cambiantes. Llevando el debate hacia qué patrimonio “recuperar” y cómo hacerlo, los ambulantes han manifestado que “los tianguis y mercados actuales tienen sus antecedentes

⁷⁰ Se refiere a la ceremonia que el ejército realiza diariamente de manera solemne en torno al ascenso y descenso de la bandera, al compás de la música militar.

⁷¹ Cuando se habló de desarrollar una experiencia similar en Teotihuacán, se desató la polémica; es ilustrativo el comentario enviado a un periódico por parte de un mexicano radicado en Estados Unidos: “He seguido este proyecto de Tunick y en el zócalo, siendo la ‘plaza mayor’, me pareció bien. ¿Pero como mexicanos qué nos queda? Bien poco y creo que tenemos que comenzar a respetar y apreciar nuestro propio patrimonio cultural. Por eso, ¡afirmo que en Teotihuacán no!”. Otro lector, que había participado en la experiencia del zócalo, contestó: “en Teotihuacán sí, en lugar de sacrificios humanos y sangre, cuerpos vivos, resucitados, tomando los antiguos centros ceremoniales desde una óptica del siglo XXI que sólo podía darse ante igualdad de hombres y mujeres, blancos e indios, pobres y ricos, fraternalmente” (www.elfinanciero.com.mx).

⁷² *El Financiero* en línea, 29 de abril de 2007 (www.elfinanciero.com.mx)

⁷³ El comercio ambulante se inscribe dentro de una ambigüedad jurídica y se rige más por un orden político caracterizado por relaciones corporativistas: es prácticamente imposible tener la posibilidad de vender si no es a través de una agrupación.

y raíces en los mercados del México prehispánico y en los del tiempo de la Colonia” (Guillermina Rico, líder de comerciantes ambulantes) y que “el centro histórico debe ser considerado tianguis histórico, patrimonio de muchos mexicanos” (intervención de un comerciante presente entre el público en un programa transmitido el 7 de febrero de 1991 en el Canal 9 de televisión).⁷⁴

No sólo los comerciantes ambulantes apelan a sus ancestros prehispánicos. Ocupan también el zócalo distintos grupos de danzantes que se autoidentifican como herederos de tradiciones precolombinas: hombres y mujeres de todas las edades con atuendos que evocan glifos prehispánicos y cascabeles alrededor de sus tobillos, forman círculos que se mueven al ritmo de los tambores y el aroma del copal.⁷⁵ Algunos de ellos usan penachos. “Sus vestidos evocan y reconstruyen su propio imaginario de los tiempos prehispánicos, pero también su conocimiento de cómo pueden resultar más atractivos a los turistas que llegan a dar dinero a cambio de observar o fotografiar esas representaciones” (Reyes Maturano, 2005: 11). Además de danzar, vender libros y objetos diversos, dan pequeñas disertaciones sobre nuestros antepasados aztecas, su lengua y tradiciones, y constituyen un referente identitario para las personas de diferentes edades y niveles socioeconómicos que se integran a sus grupos (Rosas Mantecón, 1999).

NUEVAS CARAS DE LA PATRIMONIALIZACIÓN

En 1997, la ciudad de México pudo elegir por primera vez su Jefe de Gobierno y salió triunfante el Partido de la Revolución Democrática (PRD). Se discutió entonces el sentido de su accionar público en la cultura y se decidió capitalizar las potencialidades de ésta para el desarrollo de otras áreas, como la recuperación del uso colectivo de espacios públicos como recurso para contrarrestar la inseguridad e impulsar la sociabilidad urbana.⁷⁶ Si bien no pudo realizarse la remodelación del zócalo por la guerra presupuestal con el gobierno federal y porque no se logró consensuar con diversos sectores⁷⁷ –el proyecto arquitectónico proponía volverlo a acondicionar con bancas y jardines–, el Instituto de Cultura de la ciudad de México (ICCM) lo transformó radicalmente al hacerlo sede privilegiada de su política cultural. Durante los primeros tres años de la gestión del PRD, volvió a atraer visitantes que pudieron disfrutar de una oferta cultural

⁷⁴ Para una discusión sobre el ambulante en el centro histórico y sus batallas por la apropiación del espacio, véase Reyes y Rosas, 1994.

⁷⁵ Resina que se utiliza como incienso.

⁷⁶ Para un análisis sobre la política cultural del primer gobierno electo de la ciudad de México, véase Nivón y Rosas, 2002.

⁷⁷ En el 2001 se anunció por parte de la Secretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda (SEDUVI), que para la remodelación de la Plaza de la Constitución se invertirían 110 millones de pesos, de los cuales 50% sería aportado por las autoridades capitalinas y una cantidad similar por el gobierno federal. Sin embargo, no hubo suficiente presupuesto, lo que provocó que esta obra fuera suspendida. En su comparecencia ante el pleno de la Asamblea Legislativa, el titular de la dependencia, Roberto Eibenschutz, aceptó que ha sido uno de los proyectos más cuestionados de la historia, no de la ciudad, sino del país. En:

http://www.2.eluniversal.com.mx/pls/impreso/noticia.html?id_nota=18248&tabla=ciudad

variada y gratuita, que convocó a todos los sectores sociales a la convivencia democrática, generando actos verdaderamente excepcionales en una ciudad crecientemente fragmentada (Nivón y Rosas, 2002).

No obstante el éxito en la recuperación de la plaza mayor, no todas las expresiones culturales han sido bienvenidas. Las contradicciones en el gobierno local fueron patentes en la realización del *Festival Tecnogeist* 2002 en la plancha del zócalo y el desfile *Love Parade* por el Paseo de la Reforma.⁷⁸ El festival había sido creado en el 2000 como un proyecto cultural binacional entre Alemania y México, cuyo propósito consistió en reunir a *disc jockeys*, artistas visuales, diseñadores, editores, organizadores y demás interesados en el arte electrónico, en conferencias gratuitas y fiestas en espacios privados. Para clausurar este ciclo de actividades, que se extendían a lo largo de diez días, se celebraba un concierto masivo gratuito con una duración aproximada de catorce horas continuas. La primera edición del *Festival Tecnogeist* atrajo 25,000 personas y la segunda –que se trasladó del zócalo al Monumento a la Revolución– alrededor de 100,000 jóvenes. En 2002 se había programado realizar por primera vez, dentro del ya esperado *Tecnogeist*, la emisión mexicana del *Love Parade*,⁷⁹ en un desfile del Ángel de la Independencia al zócalo, para efectuar ahí, hasta el amanecer, el acostumbrado concierto de música electrónica. A pesar de que en años pasados se había reportado saldo blanco –esto es, sin incidentes delictivos–, diez días antes de la tercera edición del festival se dio a conocer la decisión de las autoridades delegacionales de cancelar el permiso para efectuarlo aduciendo cuestiones de seguridad y vialidad. Finalmente, un día antes de su celebración, los organizadores avisaron que se efectuaría pero no como evento cultural, sino como manifestación política, para la cual no se requiere tramitar un permiso. Sólo en esos términos el Gobierno del Distrito Federal ofreció garantías al desfile y descartó la posibilidad de sancionar a las empresas que lo promovieron. El evento –al que acudieron 60,000 personas– se convirtió en una reivindicación por el derecho de los jóvenes a divertirse y expresarse culturalmente en los espacios públicos y por la defensa de la ley correspondiente que se promulgó para el Distrito Federal. Desde entonces el festival se realiza de manera independiente, sin apoyo gubernamental.⁸⁰

Si bien la actividad cultural del segundo gobierno perredista de la ciudad (2000-2006) fue notable, se desarrollaron algunos programas originales de gran vitalidad y el zócalo continuó siendo empleado como un gran foro cultural donde se presentaron espectáculos de todo tipo; los especialistas evaluaron críticamente su política cultural, entre otros aspectos, porque la gestión de los espectáculos públicos en esta plaza fue

⁷⁸ Para un análisis del desarrollo de ambos eventos, véase López Rangel, 2002.

⁷⁹ El festival musical *Love Parade* fue creado en 1989 por el músico alemán Matthias Roeingh, con la intención de brindar a los jóvenes la posibilidad de manifestarse en el espacio público.

⁸⁰ La Ley de Observancia de Administración Pública del GDF, en su capítulo VI Del derecho a la cultura, artículos 21, 22 y 23, dicta que «todas las y los jóvenes tienen derecho a espacios culturales y a expresar sus manifestaciones de acuerdo a sus propios intereses y expectativas. El Gobierno debe promover y garantizar, por todos los medios a su alcance, la promoción de las expresiones culturales de las y los jóvenes de la ciudad y el intercambio cultural a nivel nacional e internacional». En:

<http://busquedas.gruporeforma.com/utilerias/imdservicios3W.DLL?JSearchformatS&file=MEX/REFORM01/00670/00670868.htm&palabra=DFiesta&sitereforma>

encomendada o, cuando menos, compartida con la Secretaría de Turismo y ésta entabló acuerdos con la empresa Televisa para la organización de una parte de los eventos presentados,⁸¹ hecho que fue interpretado como un indicio de la incorporación de objetivos de carácter electoral a las acciones de gobierno, esto es, la subordinación del aparato cultural al fomento de la imagen política del Jefe de Gobierno. El actual gobierno de la ciudad (2006-2012), también perredista, ha intensificado el uso del zócalo como un espacio para el entretenimiento y la cultura, con conciertos masivos, roscas multitudinarias, circos y una colosal pista de patinaje, entre otras ofertas. La más reciente ha sido la instalación temporal del Museo Nómada, que muestra la exposición *Ashes and Snow*, del fotógrafo canadiense Gregory Colbert, la cual ha registrado en menos de tres meses una afluencia superior a los 4,600,000 visitantes.⁸²

COMENTARIOS FINALES

Ni la transformación de la ciudad de México en policéntrica, ni los reiterados esfuerzos gubernamentales de apropiación excluyente, han impedido que el zócalo siga siendo un espacio público de gran vitalidad, utilizado en formas desiguales por movimientos políticos y sociales, habitantes de la zona central, comerciantes ambulantes, visitantes locales y turistas, danzantes, autoridades eclesiásticas y artistas. Su relevancia como patrimonio proviene no sólo de sus valores arquitectónicos, históricos y políticos, sino también de su carácter de espacio *público*, construido de manera colectiva por la intervención permanente de los ciudadanos sobre él a lo largo de su historia. El zócalo es en este sentido una trinchera infranqueable en la defensa de la ciudadanía, entendida como el estatuto que permite ejercer un conjunto de derechos y deberes cívicos, políticos y sociales. Como ha señalado Jordi Borja, “el espacio público supone pues dominio público, uso social colectivo y multifuncionalidad... La calidad del espacio público podrá evaluarse sobre todo por la intensidad y la calidad de las relaciones sociales que facilita, por su fuerza mixturante de grupos y comportamientos y por su capacidad de estimular la identificación simbólica, la expresión y la integración culturales” (Borja, 1998: 39).

⁸¹ En su campaña como precandidato del PRD a la Jefatura de Gobierno, el senador Jesús Ortega se negó rotundamente a concesionar el zócalo. «Una política cultural no puede estar basada en espectáculos en el zócalo. No estoy en contra de que Bronco se presente en esta plaza, pero no podemos permitir que este sitio siga siendo concesionado para hacer comercio», dijo tajante. Se refería al programa “De Fiesta”, con el que el actual Gobierno del DF ha realizado conciertos masivos de artistas televisivos, en la Plaza de la Constitución (25 de noviembre 2005). En:

<http://busquedas.gruporeforma.com/utilerias/imdservicios3W.DLL?JSearchformatS&file=MEX/REFORM01/00670/00670868.htm&palabra=DFiesta&sitereforma>

⁸² La muestra ha tenido un creciente poder de atracción, incrementado por su difusión en televisión y por ser de acceso gratuito: durante los últimos 15 días de enero acudieron 259,586 personas, al mes siguiente 1,840,757 visitantes y en marzo asistieron 3,349,364. Patrocinada por el gobierno del Distrito Federal y las fundaciones de Telmex y Televisa, permanecerá abierta al público por cuatro meses en total. Véase *El Universal*, 1 de abril de 2008. En:

<http://www.eluniversal.com.mx/notas/494620.html>

El argumento patrimonial usado por el poder para segregar usos y personas en el zócalo pone en cuestionamiento lo público del espacio público, esto es, su carácter interactivo, significativo, multicultural y democrático. La puesta en marcha de este modelo de activación patrimonial gubernamental se vinculó con una forma de control político –la corporativización–, que fue rebasada por diversos procesos de democratización, como lo ejemplifica lo ocurrido con las conmemoraciones en torno al 1 de mayo. No obstante estos avances y sin negar la importancia de los pasos dados por los gobiernos de la ciudad para devolverlo a la ciudadanía, aún es parcial su recuperación como espacio para la sociabilidad y la inclusión de todos los sectores sociales. La monumentalización del patrimonio ha impuesto barreras para que la población pueda apropiárselo en su vida cotidiana y está en la base de procesos de exclusión social, como el que impidió el uso del zócalo y otros espacios monumentales para el *Tecnogeist*. Es ilustrativo que el reconocimiento oficial del “derecho de las y los jóvenes a expresar sus manifestaciones culturales” en poco o nada contribuyó para que, en la práctica, pudiera exigirse su realización, pues fue el derecho constitucional a manifestarse el que *de facto* lo hizo posible. Como ha señalado López Rangel, el reclamo por el “derecho a divertirse” tuvo por escenario las calles de la ciudad, que sólo pudieron ser tomadas en nombre de un acto político, evidenciando así el estrecho margen en el que los ciudadanos tenemos ocasión de disfrutar la ciudad y sus espacios.

La defensa de la multifuncionalidad de la plaza mayor es un elemento clave para favorecer sus funciones estructuradoras de la urbe y reconstructoras del tejido social, en fin, los valores propios del espacio público, que pierde tal carácter si no permite el ejercicio pleno de los derechos cívicos. Es finalmente en los espacios públicos donde se expresa la diversidad, se produce el intercambio y se aprende la tolerancia, todos ellos elementos que sientan las bases del desarrollo de la ciudadanía.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARANGO, Obed (2002). “El zócalo como texto cultural. Un caso de análisis etnográfico-semiótico: la entrada triunfal de la caravana zapatista”, *Cuicuilco*, México, mayo-agosto, año/vol. 9, núm. 25, pp. 1-29.
- AVILÉS FABILA, René (2004). “Para la memoria histórica”, *El Búho*, México, octubre, pp. i-viii. Suplemento cultural del periódico *Excelsior*.
- BORJA, Jordi (1998). “Ciudadanía y espacio público”, en SUBIRÓS, Pep (ed.), *Ciutat real, ciutat ideal. Significado y función en el espacio urbano moderno*, Barcelona: Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, pp. 27-48.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1987). “¿Quiénes usan el patrimonio? Políticas culturales y participación social”, *Antropología*, México, Boletín oficial del INAH, Nueva época, núm. 15-16, julio-octubre, pp. 11-24.
- GONZÁLEZ SOUZA, Luis (1998). “1968: ayer, hoy y mañana”, *La Jornada*, México, sábado 3 de octubre de 1998.
- LÓPEZ RANGEL, Norma Angélica (2002). “La calle es de todos. Derecho a la cultura y uso de espacios públicos: el Festival Tecnogeist 2002 en el zócalo capitalino”. Ponencia presentada en el VI Encuentro de Investigadores de Cultura y Ciudades Contemporáneas, Guadalajara, Jalisco.

- MONSIVÁIS, Carlos (2006). "Tú, joven, finge que crees en mis ofrecimientos y yo, Estado, fingiré que te ofrezco algo", *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, núm. 200, 127-140.
- NIVÓN, Eduardo y ROSAS MANTECÓN, Ana (2002). "México: la política cultural del gobierno del Distrito Federal 1997-2000. Notas para un balance", en LACARRIEU, Mónica y ÁLVAREZ, Marcelo (comp.), *La (indi)gestión cultural. Una cartografía de los procesos culturales contemporáneos*, Buenos Aires: Ediciones Ciccus-La Crujía, Colección Signo. Comunicación y Sociedad, pp. 141-171.
- PRATS, Llorenç (1997). *Antropología y patrimonio*, Barcelona: Ariel Antropología.
- REYES, Guadalupe y ROSAS MANTECÓN, Ana (1994). "Los usos del pasado: tres momentos en la lucha por el espacio en el Centro Histórico de la ciudad de México", en ESTRADA, Margarita (et al.) (comp.), *Antropología y ciudad*, México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social y Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, pp. 297-319.
- REYES MATURANO, Ivet (2005). "La ciudad en representaciones turísticas", *Diálogo Antropológico*, México, año 03, núm. 11, pp. 7-19.
- ROCA, Lourdes (2004). "La imagen como fuente: una construcción de la investigación social", *Razón y palabra*, México, núm. 37, febrero-marzo. En: <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n37/lroca.html>
- ROSAS MANTECÓN, Ana (1998). "La monumentalización del patrimonio: políticas de conservación y representaciones del espacio en el Centro Histórico" en GARCÍA CANCLINI, Néstor (coord.), *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, México: Grijalbo/UAM-Iztapalapa, pp. 182-203.
- ROSAS MANTECÓN, Ana (1999). "Museografía monumental y mitificación del mundo prehispánico: la apropiación del patrimonio mexicana dentro y fuera del Museo del Templo Mayor", en SUNKEL, Guillermo (coord.), *Consumo cultural en América Latina. Construcción teórica y líneas de investigación*, Santafé de Bogotá: Convenio Andrés Bello, pp. 234-256.
- TAMAYO, Sergio (2005). "Los límites de la desobediencia civil y la resistencia pacífica: experiencias distintas, discursos distintos", *El Cotidiano*, México, julio-agosto, año/vol. 20, núm. 132, UAM-Azcapotzalco, pp. 55-63.
- WILDNER, Kathrin (2005). *La plaza mayor, ¿centro de la metrópoli? Etnografía del zócalo de la ciudad de México*, México: Universidad Autónoma Metropolitana.

ESPACIOS PÚBLICOS: NECESARIOS, PERDIDOS Y RECUPERABLES
Salvador Díaz-Berrio Fernández

Desde hace ya bastantes años era motivo de preocupación y se buscaba cuidar y proteger ámbitos urbanos, calles, plazas, jardines y parques de reconocida importancia como espacios públicos de especial valor. Ahora, en años más recientes, y especialmente al iniciarse en 1978 la aplicación de la Convención de la UNESCO de 1972, con la conjunción del patrimonio cultural y el patrimonio natural, se abre –quizá literalmente– un campo de gran amplitud que abarca todo aquello que podría considerarse espacio público. Se manifiesta así un cambio importante (Díaz-Berrio, 2001).

¿Qué se puede decir y cómo se puede calificar el espacio en torno a la roca o montaña sagrada de Uluru-Kata Tjuta en Australia? Este sitio fue inscrito en la lista del Patrimonio Mundial en 1987, mismo año en el que se hicieron las primeras inscripciones de sitios mexicanos. Uluru es un enorme monolito rojizo, una roca arenisca redonda de 9,4 kilómetros de circunferencia que se eleva 340 metros sobre la llanura que la rodea y que, por su horizontalidad, permite que se acentúe y destaque más aún la masa de este gran volumen rocoso (fig. 1).



Fig. 1. Uluru, Australia. (Fuente: <http://www.grandpoohbah.net/Grandpoohbah/images/uluru.jpg>)

Sin embargo, Uluru no es sólo importante por su forma, ya que representa el cruce de los caminos del *Tiempo del Sueño* aborigen. Cada grieta, estría o saliente en la roca tiene significado y contiene además valiosos petroglifos prehistóricos. Cabe aplicar el carácter de *público*, no sólo a la roca sino a su entorno, al espacio y al paisaje que caracterizan a este sitio.

En otras palabras: todo el mundo tiene derecho a ver, conocer y apreciar monumentos, conjuntos y sitios, *con toda la riqueza de su autenticidad*, como se expresó en la Carta de Venecia. No podemos imaginar a Venecia sin canales ni al Mont Saint Michel (fig. 2) o –citando como sitios más “modestos”, según el espíritu de la Carta de Venecia– a las islas de Pátzcuaro o de Mexcaltitán, rodeadas de grandes edificios modernos... y en todos estos casos el espacio público comienza o se genera desde el agua... (fig. 3)



Fig. 2. Mont Saint Michel, Francia (foto del autor).



Fig. 3. Mexcaltitán, Nay., México. (Fuente: Cetenal-Unidad de Estudios de Zonas de Monumentos, INAH, 1974).

Como elemento más cercano, en la memoria y en el espacio, tenemos el recuerdo de los volcanes Iztaccíhuatl y Popocatepetl, elementos dominantes y característicos del valle de México que eran visibles prácticamente todos los días y desde la mayor parte de la ciudad. Ahora, muy raras veces pueden verse desde algunas zonas y no tanto por nuevas y voluminosas construcciones o por la sobreelevación de edificios ya existentes, sino por la densidad de la nube formada por la contaminación del aire... o del espacio del valle, aún calificado hace cincuenta años, como “la región más transparente” (Fuentes, 1958).

Contamos con una extensa variedad de asentamientos urbanos, desde grandes ciudades hasta pequeños pueblos –sin olvidar a la mayoría de los sitios arqueológicos– íntimamente asociados a sus entornos naturales, constituidos por terrenos de propiedad privada o pública pero, en definitiva, espacios de importancia pública que por ese carácter deben ser protegidos por los organismos públicos.

Dentro de una multitud de ejemplos –muchos de ellos ya inscritos en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO– recuerdo las casas colgadas de Cuenca, los conjuntos de Morella (Castellón) o de Mijas y de Ronda (Málaga), y las vistas de Segovia y su acueducto (García Fernández, 1975), todas ellas en España. En el caso de México, pienso en las ciudades mineras de Guanajuato y Zacatecas, o pueblos en sus marcos montañosos, como Tepoztlán y, en Palenque, Calakmul, Tulum o Xochicalco entre un gran número de sitios arqueológicos.

Como caso particularmente ilustrativo, creo útil mencionar el de Granada o, dicho más justamente, el de la Alhambra y el Generalife, uno de los primeros sitios de España inscritos en la Lista del Patrimonio Mundial (1984). Años después (1994), se entendió la conveniencia de ampliarlo para incluir, como parte de la misma inscripción, al Albaicín por razón de las relaciones visuales hacia y desde la Alhambra, incluyendo el curso del Darro y la ladera arbolada, del río hacia la fortaleza en la parte alta, además de los elementos particulares de valor histórico-artístico del propio Albaicín. Los callejones del barrio constituyen espacios públicos íntimamente asociados a, y caracterizados por, la presencia lejana pero dominante del *Palacio rojo*.

Creo que en estos casos se hace más evidente la necesaria relación entre planificación urbana y conservación patrimonial. Aparece así más evidente la necesidad de partir de esta visión y de esta amplitud territorial para entender fenómenos y plantear alternativas y posibles soluciones, tanto para el patrimonio existente como para nuevos desarrollos, con su respectivo valor y su posible futuro valor patrimonial, cultural y natural.

Al formular los criterios para definir las prioridades y la secuencia en el estudio de las *Zonas de Monumentos Históricos* de México, desde 1972 incluimos como uno de los cinco criterios que “los conjuntos urbanos situados en un marco natural de especial interés y en particular cuando este entorno estaba amenazado por proyectos de grandes obras”. En esta situación se encontraba un número importante de poblaciones del país y esto explica que: “entre las primeras zonas propuestas para ser declaradas además de Mexcaltitán y Xochimilco, por la importancia de sus entornos lacustres, estaban Taxco y Real de Catorce, por proyectos de nuevas instalaciones turísticas, Tepoztlán por el trazo de una nueva autopista y Guanajuato y Tlayacapan por un desarrollo urbano acelerado y desordenado” (Díaz-Berrio, 1973).

Es importante anotar que:

[...] la Convención del Patrimonio Mundial de la UNESCO, se dirige a la protección tanto de los bienes culturales como de los bienes naturales, pero esta separación en dos categorías distintas que aparece en el texto de la Convención, se vio pronto superada por una variedad de casos en los que se manifestaba una asociación inseparable de ambos componentes.

Durante una primera fase de veinte años se logró solamente la inscripción de algunos sitios mixtos y hasta 1998 se llegó a formalizar la categoría de paisajes culturales, entre los criterios de evaluación para incluir así una serie de sitios culturales (Díaz-Berrio, 2006).

Por consiguiente, los elementos del medio natural que forman conjuntos con sitios culturales se consideran patrimonio natural, o sitios mixtos y paisajes culturales que deben protegerse con la misma energía que el patrimonio cultural.

Sin embargo, encontramos un tipo de espacios públicos (en términos jurídicos) que son paisajes, situados muchas veces en marcos de gran interés estético o topográfico y con valiosas especies vegetales, frente a dos elementos naturales dominantes: el mar y la playa. Los problemas surgen cuando se establecen y se desarrollan las ciudades o nuevos asentamientos humanos para usar estas playas y apropiarse, visualmente por lo menos, del mar.

En síntesis, puede decirse que se privatiza lo que legalmente es público. Vemos que, como primer paso se establece una vialidad o bulevar paralelo a la costa, como en el caso de Acapulco, donde se planteó primero una carretera y un paseo “en forma similar a la *Promenade des Anglais* en Niza o las *ruas* costaneras de San Sebastián, Biarritz, Copacabana o Mar de Plata” (González Lobo, 2003) y después, ya como *Avenida Costera*, se dejó suficiente espacio entre la vialidad y las playas para permitir la edificación de una serie de hoteles que se fueron apropiando prácticamente de la mayor parte del espacio público de las playas.

Este mismo modelo de apropiación del espacio costero se da ya en forma más clara y completa en Cancún, mientras que hay también casos mixtos como Mazatlán, en donde el malecón o bulevar costero, se eleva unos metros, marca el límite con la playa en toda la extensión de la ciudad histórica y se prolonga así a lo largo de unos diez kilómetros del nuevo desarrollo turístico, antes de separarse de la costa, siguiendo después los modelos de Acapulco o Cancún. También en Puerto Vallarta el bulevar costero define el límite con la playa, con carácter de espacio público en algunos sectores cercanos al centro urbano, pero en los nuevos desarrollos se separa de la costa para permitir la edificación de más hoteles relacionados directamente con las playas (fig. 4).

Como uno de los casos más ilustrativos, creo útil recordar el de Santa Fe de los Boliches, barrio de Fuengirola, en Málaga, formado por cuatro hileras de largas manzanas rectangulares y una de estas hileras, con fachada directa a la extensa playa, con casas de una sola planta. Era un pueblo con mayoría de pescadores que en la playa varaban sus barcos, jalaban sus redes –copos, boliches o jábegas– y cosían estas redes y las de los sardinales.



Fig. 4. Cancún, México. Caso de apropiación de la playa por un hotel. (Foto del autor)

En la década de los cincuenta, el ayuntamiento de Fuengirola autorizó la formación de una nueva hilera de manzanas, de treinta metros de ancho, en el frente marítimo, que se utilizó para construir una nueva escuela y una lonja en los extremos y unos quince o veinte *chalets*, todos de un solo piso, en lotes de quince metros de frente. Se generó así una nueva fachada a la playa, ya no de viviendas de pescadores sino de residencias secundarias, cambiando la tipología arquitectónica, pero manteniendo la volumetría general, los colores y las cubiertas de teja.

En la década de los setenta, estos *chalets* fueron desapareciendo uno tras otro, para ser sustituidos por edificios de diez o doce pisos, formando así una elevada muralla entre el pueblo y “su” playa, a la que también se le restó una importante franja para construir una circulación vehicular, llamada “Paseo Marítimo” (fig. 5). En la playa restante aparecen series y grupos de sombrillas fijas y andadores de cierto tipo de alfombra para no quemarse los pies, siguiendo el mismo modelo de uso del espacio ya establecido tiempo atrás en la playa, toda ella dedicada a los turistas, de la cercana población de Torremolinos.



Fig. 5. Santa Fe de los Boliches, Málaga. Desaparición de los últimos *chalets* y construcción de edificios y paseo marítimo en la playa. (Foto del autor).

Este fenómeno de apropiación de espacios señalados como públicos en las legislaciones nacionales, como sucede con las playas, se ha hecho tan habitual que se acepta o parece ser normal, por los supuestos *beneficios que aporta el turismo*, y de preferencia cuando es extranjero, pero no sabemos bien que sucede con los habitantes originales, pescadores o no, de estos sitios.

Tenemos entonces que, como dice José Miguel Morales Folguera, “grandes pantallas de cemento que estorban las vistas hacia el mar de todas aquellas construcciones que se sitúan detrás”, y que la utilización de los espacios resulta “vedada a la mayoría de los nativos de la región, mientras que gozan del mismo o bien extranjeros o las clases mejor acomodadas del país” (Morales, 1982).

Por otra parte, en diferentes partes del mundo, una de las características quizá más valiosas de los desarrollos urbanos modernos ha sido la incorporación de una mayor proporción de áreas verdes, públicas y privadas, que las que había en el interior de las ciudades históricas. En ocasiones, se impuso un fuerte incremento de altura en los edificios de vivienda asociados a estas áreas verdes, ya existentes o nuevas pero, en México, durante la segunda mitad del siglo XX, fue frecuente el establecimiento de barrios, sectores urbanos o “colonias”, de nivel económico medio, con casas de dos pisos (en promedio) y amplias zonas de jardín común.

Sin embargo, en estos días vemos que muchas veces, por motivos de seguridad, las calles de acceso a los sectores del barrio colindantes con las zonas verdes, se cierran con rejas o barreras y casetas de vigilancia, convirtiendo así lo que eran espacios públicos colectivos en grandes zonas verdes que ya son prácticamente privadas, casi vacías o decorativas, de acceso restringido y que, por lo tanto, permanecen subutilizadas (fig. 6).



Fig. 6. México, DF. Calle privatizada o con acceso restringido. (Foto del autor).

Mientras esto sucede en áreas verdes de los sectores urbanos más modernos, en el interior de las zonas centrales históricas y en sus límites, vemos que se incrementan las amenazas sobre las pocas áreas verdes que se han podido ir salvando a lo largo del tiempo. En las ciudades mexicanas es habitual, desde el siglo XIX, la presencia de un extenso parque o jardín en la orilla de la zona histórica central, llamado generalmente *Alameda* y son ya varios los casos, como Veracruz y Puebla, en donde se ha planteado la

“utilidad y conveniencia” de excavar el subsuelo de una buena parte de estas zonas arboladas –o incluso en plazas centrales– para construir varios pisos de estacionamiento o aparcamiento de coches bajo estos espacios públicos.

Si mencionamos al coche, llegamos al tema del principal depredador de los espacios públicos urbanos, dicho en forma figurada, porque bien sabemos que los coches ni se fabrican ni se mueven solos, por ahora... Sin embargo representan el peor error de funcionamiento en el interior de las zonas urbanas, donde se debería resolver el transporte mediante sistemas colectivos públicos no contaminantes, de superficie o en el subsuelo, y, al mismo tiempo, impulsar el uso de coches sólo para taxis y otros servicios especiales, en lugar de facilitar el uso creciente del vehículo privado e individual, invasor de todos los espacios posibles de la ciudad, públicos y también privados.

Las calles y plazas mantienen sus dimensiones y poseen una capacidad de flujo vehicular que puede llegar a saturarse. En ocasiones se ha optado por ampliar anchos de calles, como sucedió en Guadalajara, Jalisco, perdiendo con eso importantes elementos del patrimonio histórico y encontrándose después de algunos años con el mismo problema de saturación por resolver. Crece con facilidad el número de coches, pero no es tan fácil hacer que crezcan las superficies de las vías públicas (Díaz-Berrio, 1970).

No se ha tratado sólo de invasión y saturación de espacios públicos en su superficie, sino que se ha pensado también en utilizar el espacio superior o *aéreo* y el posible espacio inferior o subterráneo, para ampliar la circulación o el estacionamiento de coches. Entre otros casos similares, recuerdo con especial tristeza la pérdida de un espacio público: el del bulevar central arbolado de la calle Velázquez en Madrid para convertirla en una especie de autopista urbana, sobre cuatro pisos de estacionamiento subterráneo, para los habitantes del barrio y visitantes a la zona comercial de las calles cercanas de Goya, Serrano y la misma Velázquez, fomentando más el uso de coches, en lugar de impulsar el uso de transporte colectivo (fig. 7).

Los usos anteriores que tenía el bulevar, principalmente para juegos y paseo de niños, descanso y paseo de adultos mayores, para algunas terrazas de cafeterías en épocas de buen clima, y como lugar de encuentro y convivencia, quedaron cancelados y supongo que se habrán tenido que trasladar hasta el Retiro, ya no tan cercano y en dirección contraria a la nueva circulación vehicular establecida ahora en un solo sentido (como también se hizo con el bulevar de Príncipe de Vergara, funcionando como par vial con Velázquez).

En México, hemos sufrido un número importante de operaciones similares y no sólo de áreas arboladas en bulevares, sino de reducción del ancho de aceras, desaparición de glorietas, desplazamientos de monumentos, esculturas o elementos urbanos de referencia y siempre por el mismo motivo: ampliar y favorecer el uso de los espacios públicos para los coches, con la desventaja del subsuelo de la capital del país, asentada sobre el antiguo fondo de un lago y en zona de fuerte riesgo sísmico, lo que encarece y dificulta las vialidades y estacionamientos subterráneos.

En la ciudad de México funciona ya un segundo piso, sobre una parte relativamente reducida, en el sector poniente del *Periférico*, una extensa vía rápida, que en algún momento rodeaba a una ciudad que ya lo rebasó. Esto provocó, hace algunos meses, el deseo de establecer una “solución” semejante en Zacatecas, ciudad mucho más pequeña, dominada por un importante macizo montañoso de gran interés históri-

co y paisajístico. No se tomaban en cuenta en este caso las afectaciones que se generarían en la apreciación del conjunto urbano y natural al eliminar un bulevar arbolado para edificar una pesada estructura vial elevada, separando física y visualmente a un sector urbano del centro histórico. Afortunadamente en la prensa del día 2 de octubre de 2007, la gobernadora de ese estado manifestó que había decidido no seguir adelante con dicho proyecto, aceptando el dictamen que ella misma había solicitado al ICOMOS y en el que se explicaba la inconveniencia de esta obra.⁸³



Fig. 7. Madrid. Transformación de la calle Velázquez: antes (arriba) y después (abajo). (Fotos del autor).

Volviendo al tema de la necesidad de humanizar al máximo los espacios públicos, solamente en ocasiones excepcionales, con motivo de algunas celebraciones tradicionales, se logra *peatonalizar* o cerrar el paso de los coches en ciertos sectores urbanos. Se trata casi siempre de plazas y calles vecinas, durante algunas horas y sólo pocos días, generalmente en barrios históricos ya incorporados al crecimiento moderno general de las ciudades. El mayor acceso de peatones en estas ocasiones trae consigo la presencia de puestos o vendedores en los espacios públicos que recobran entonces, durante un tiempo, este carácter para uso de las personas y no para los vehículos.

El problema se presenta cuando este tiempo se amplía y los vendedores ya no quieren retirar sus puestos de estos espacios. Autoridades, comerciantes ya estableci-

⁸³ *La Jornada*, México, 2 de octubre de 2007. "Cancelan construcción del segundo piso en Zacatecas" (p. 35)

dos en inmuebles de estas zonas y un porcentaje variable de vecinos, tratan de recuperar estos espacios para restablecer la circulación de vehículos y muchas veces lo logran, durante cierto tiempo, hasta que vuelve a presentarse la misma situación, allí o en otra zona urbana, porque generalmente no se establecen soluciones más integrales y de mayor visión social y territorial.

Hemos visto surgir distintas formas y manifestaciones tendientes a recuperar o reforzar espacios que fueron y pueden seguir siendo públicos, mediante actividades culturales o artísticas, desde conciertos, representaciones teatrales o exposiciones, pero son habitualmente actividades temporales, como las ferias o festivales. Sería necesario, partiendo de un buen diagnóstico y pronóstico en cada caso, impulsar las políticas que permitan alcanzar el objetivo de la recuperación y más adecuado uso de los espacios públicos, para las personas, en su mayor porcentaje y no para coches como ahora sucede.

Como principales políticas y estrategias deben citarse las de bienestar social, de vivienda y de reactivación económica, vinculadas con la reutilización del patrimonio cultural, además de las de equipamiento, infraestructura y servicios, lo que permitirá definir planes, proyectos y acciones que permitan favorecer el uso de los espacios públicos para tránsito de peatones y evitar la incidencia de vialidades y espacios para trayectos de vehículos que cruzan zonas urbanas históricas de manera innecesaria (Díaz-Berrio y González, 2006).

Por otra parte, al mencionar más arriba las “soluciones más integrales y de mayor visión social y territorial” se hace referencia a los factores que intervienen, tanto en el diagnóstico como en las políticas y estrategias para recuperar, conservar y mantener de forma adecuada los espacios públicos en su totalidad, considerando, como se señaló inicialmente, su interacción con el medio natural, con elementos del patrimonio natural asociado, así como las alteraciones que se puedan producir al medio ambiente, incluyendo el patrimonio intangible asociado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DÍAZ-BERRIO F., Salvador y GONZÁLEZ P., Alberto (2006). “Ciudades históricas en México: rehabilitación y desarrollo”, en CASTRILLO ROMÓN, María y GONZÁLEZ-ARAGÓN CASTELLANOS, Jorge (coords.), *Planificación territorial y urbana. Investigaciones recientes en México y España*. Valladolid y Ciudad de México: Universidad de Valladolid y Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, pp. 105 a 138.
- DÍAZ-BERRIO F., Salvador; EIBENSCHUTZ, H. Roberto; GONZÁLEZ POZO, Alberto, *et al.* (2006). *Políticas de atención a centros y barrios históricos patrimoniales de México*. México: Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL) y Universidad Autónoma Metropolitana.
- DÍAZ-BERRIO FERNÁNDEZ, Salvador (1970). “Guadalajara, ciudad crucificada”, *Revista de la Universidad de Guanajuato*, núm. 27.
- DÍAZ-BERRIO FERNÁNDEZ, Salvador (1973). “Bases para la rehabilitación de poblaciones y ciudades históricas en México”, *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, núm. 9.
- DÍAZ-BERRIO FERNÁNDEZ, Salvador (2001). *El Patrimonio Mundial Cultural y Natural. 25 años de aplicación de la Convención de la UNESCO*, México: Universidad Autónoma Metropolitana.

FUENTES, Carlos (1958). *La región más transparente*, México: Fondo de Cultura Económica.

GARCÍA FERNÁNDEZ, José Luis (1975). *Segovia en el paisaje*, Santander: Estvdio.

GONZÁLEZ LOBO, Carlos (2003). “Prólogo”, en FERNÁNDEZ, Justino, *Aportación a la monografía de Acapulco (1932)*, México: CONACULTA-INBA.

MORALES FOLGUERA, José Miguel (1982). *Arquitectura del ocio en la Costa del Sol*, Málaga: Universidad de Málaga.

EL RECONOCIMIENTO PATRIMONIAL COMO ESTRATEGIA VECINAL

María Patricia Pensado Leglise

Determinar cuál es la característica que debe tener una construcción para que sea considerada patrimonio no implica una respuesta unívoca, ya que los criterios variarían según el punto de vista institucional (atributos históricos o artísticos) o de quienes habitan esos espacios, entre los cuales pueden encontrarse quienes –los más informados o cultos– tratarían de encontrar en los inmuebles características definidas por los profesionales, mientras que otros recurrirían al sentido común o a sus propias vivencias y experiencia para buscar argumentos.

En este sentido, vale la pena tener presente que desde hace algunos años han sido los propios habitantes los que se han encargado de llamar la atención de autoridades y organismos internacionales para que consideren ciertos hábitats como patrimonio. Estas gestiones buscan principalmente conseguir financiamiento para preservar algunos lugares de la destrucción inducida por la voracidad de las compañías inmobiliarias y también por algunas autoridades que encuentran en las constructoras aliados para “sortear” la crisis económica, esgrimiendo argumentos tan polémicos como que la construcción incrementa el número de empleos. En estas condiciones, la ciudadanía ha optado por la vía de la demanda de patrimonialización para proteger sus bienes tanto individuales como colectivos.

Estos son los casos del Centro Urbano Presidente Alemán (CUPA) –conocido por los habitantes de la ciudad de México como Multifamiliar Alemán, y por sus vecinos como Multi– y el de la colonia San Pedro de los Pinos, también en ciudad de México, en donde algunos de sus residentes, al ser entrevistados,⁸⁴ encontraron argumentos para confrontar las acciones, en lo que afectan tanto al patrimonio en sí como al lugar donde éste se ubica, de las empresas privadas y de instituciones federales o del gobierno de la ciudad de México. Por ejemplo, en el caso del Multi, los habitantes denunciaban la exigencia del pago de adeudos millonarios por servicios públicos (luz y agua) con la amenaza de suspenderlos si no se efectuaban estos pagos en un lapso determinado, el

⁸⁴ Las entrevistas se hicieron en el marco de sendos proyectos de investigación auspiciados, en el caso del Multifamiliar Alemán, por el Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT) y la Facultad de Arquitectura de la UNAM; y, en el caso de San Pedro de los Pinos, por el mismo Instituto, el Consejo de la Crónica de la ciudad de México y la Delegación Benito Juárez.

apoyo a la propaganda negativa de los residentes del Multi que contribuía a estigmatizar el lugar y la falta de atención a las quejas y solicitudes en relación con mayores medidas de seguridad dentro y fuera de la unidad. En el segundo caso, los vecinos solicitaban apoyo para que la zona en donde se había detectado un asentamiento prehispánico se declarara obra monumental y, con ello, se impidiera la construcción de un edificio de varios pisos y un distribuidor vial.⁸⁵

Desde hace más de cincuenta años, se han construido en México y en otros países de América Latina edificios emblemáticos de la modernidad, propuestas arquitectónicas que han buscado, de cierta manera, legitimar la vía de desarrollo político-económico por el que han optado los gobiernos latinoamericanos para desarrollar el capitalismo. En el caso de México, se siguió el “desarrollo estabilizador” bajo el soporte de la sustitución de importaciones con la finalidad de fomentar las inversiones de los empresarios mexicanos en interacción con el Estado y de esa manera desarrollar el mercado interno y la creación de empleos.

Pese a las “bondades” del “desarrollo estabilizador” (que, básicamente, se expresaron en el incremento del producto interno bruto, la movilidad social y el crecimiento económico), no se crearon las condiciones que posibilitaran un crecimiento sostenido de la economía y una redistribución de la riqueza. En cambio, lo que sí se evidenció, y cada vez con mayor claridad, fue una política de prebendas (*clientelismo*) dirigida hacia ciertos sectores, buscando evitar el estallido de conflictos sociales. Esta política corporativa evitó el desbordamiento de los conflictos político-sociales pero sostuvo la inequidad en la aplicación de ciertos programas entre diversas organizaciones y contribuyó a que se fuera generalizando la idea de que era el mismo partido, el Revolucionario Institucional, la organización política que marcaba la pauta de la política social. Esto tuvo como consecuencia que las masas fueran “olvidando” que ésta, la política social, era una de las obligaciones centrales del Estado mexicano surgido de la Revolución.

En este contexto, la historia del Centro Urbano Presidente Alemán (CUPA)⁸⁶ no está exenta de prácticas sociales corporativas. Es un inmueble que

[...] simbolizó, como muchos otros proyectos de la época, el propósito de modernizar a México [...] La magnitud de la obra podía presumir el máximo aprovechamiento del espacio, y con ello cumplir con el fin explícito de ofrecer una mejor calidad de vida a quienes antes les era inaccesible por su condición económica. El diseño arquitectónico perseguía también crear un estilo de vida para la creciente clase media urbana. [...] La construcción del Multifamiliar sin duda no fue únicamente producto de intenciones altruistas. Existía un objetivo pragmático de asegurar la lealtad política de

⁸⁵ Vía rápida urbana (N. de las E.).

⁸⁶ Graciela de Garay coordinó de 1998 a 2001 el proyecto de investigación *Memorias de un lugar de la modernidad, historia oral del Centro Urbano Presidente Alemán (1949-1999)*, realizado a lo largo de tres años por el Área de Historia Oral del Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora, con el apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, y en el cual participamos investigadores del Instituto, de la Dirección de Estudios Históricos y de la Universidad Autónoma de Baja California Sur. La propuesta consistió en confrontar, después de 50 años, los postulados de la arquitectura moderna –en este caso, instrumentadas por el arquitecto Mario Pani– con el testimonio oral de la experiencia de los habitantes fundadores o descendientes de ellos. Se trataba, entre otros, de hacer un balance, de observar qué había funcionado y qué aspectos no fueron acogidos por los moradores del lugar ya desde el inicio, alterando su funcionamiento original.

los empleados federales a los gobiernos establecidos. La manera de hacerlo, siguiendo el juego político de intercambiar favores por lealtad, convirtió al Multifamiliar en pieza preciada de intermediarios o *brokers* políticos. Muchos de los inquilinos obtuvieron un departamento gracias a los oficios de estos intermediarios, ateniéndose más a la disposición personal que al dictado de las normas. (Necochea, 2004: 113-114).

En este sentido, investigar la historia de un lugar es también rastrear la vida de sus habitantes en esta compleja relación que se observa entre dentro y fuera, en y por, nosotros y los otros, los vecinos antiguos y los nuevos, en esa relación que expresan “las tensiones que se presentan en la construcción o reconstrucción de identidades, debido a que éstas, además de propiciar la cohesión social, fungen también como aglutinantes para separar al ‘otro’ o de encubrimiento para sacarlo” (Pensado, 2002: 159-160).

De esta manera, puede reconocerse también la relación que existe con la jurisdicción inmediata (en este caso, la delegación Benito Juárez) y con la ciudad de México, ya que, como todo entramado social, éste expresa, a su escala y desde sus particularidades, los problemas generales que asolan a la metrópoli.

Desde esta óptica, realicé el análisis sobre el tema de la identidad local,⁸⁷ que a la vez se vincula con la cuestión del significado del patrimonio para la gente común y la forma en que se apropia del discurso de las instituciones para defender a su comunidad. Este recurso discursivo apareció en los residentes del Multi después del sismo de 1985, cuando fue evidente para todos los habitantes de la ciudad que los problemas que ésta padecía, entre ellos la vivienda, habían adquirido dimensiones inconmesurables y que la corrupción de las instituciones públicas y privadas no sólo había llevado a la desatención del compromiso de mantenimiento de los edificios en óptimas condiciones: también había afectado a los peritajes oficiales, al empleo de materiales de baja calidad, a los malos manejos económicos y a la voracidad de muchas inmobiliarias privadas.

Ante esta situación, se generaron expectativas nuevas de participación y organización social por parte de varios colectivos urbanos de distintas zonas de la ciudad que demandaban la reconstrucción de viviendas afectadas por el sismo, construcción de aquellas que se habían desplomado, indemnizaciones, entre otras demandas.

Sin embargo, “las instituciones estatales buscaban deslindarse de las responsabilidades que tenían en todo lo acontecido, y después de hacer un peritaje de innumerables inmuebles, entre ellos el Multi, y de ordenar las reparaciones adecuadas, el Estado anunció que se retiraba, no fungiría más ni como administrador ni como rector o intermediario de los conflictos que en el futuro se pudieran suscitar al interior o exterior de éstos. Asimismo, no otorgaría más subsidios para el mantenimiento de los servicios” (Pensado, 2002: 161).

Comenzaban a sentirse los efectos de las primeras medidas de la política neoliberal y, en el caso particular del Multifamiliar, los rumores de la venta de la unidad o el cambio del uso del suelo.⁸⁸ Frente a esto, los vecinos, a quienes era imperativo organi-

⁸⁷ El referente inmediato de la identidad local es el área, por un lado, en lo territorial relativamente limitada y, por otro, delimitada por la propia definición de una comunidad, que podemos llamar espacio local, o como lo define Michel Maffesoli, el de la relación proxémica que une el lugar con el nosotros.

⁸⁸ Conocimos por las entrevistas con los vecinos los rumores que en esa época circularon por los pasillos del Multi acerca de construir en esos predios edificios de departamentos de lujo, un hospital privado, la ampliación del Hospital 20 de Noviembre o una plaza comercial.

zarse para enfrentar la administración condominal, se reunían también para emprender las primeras iniciativas para regularizar la situación de los servicios de adeudos colectivos del pago de la luz, el agua, etcétera.

Considero que éste fue el momento que hizo que la mayoría de los vecinos que habían vivido el proceso de habitar la unidad durante el medio siglo cobraran conciencia de la importancia del mismo, no sólo por estar ubicado en una de las zonas más codiciadas de la ciudad, sino también por la obra y su representación social ante los otros habitantes de la ciudad. De ahí que iniciaran la defensa de sus derechos y de su patrimonio frente a lo que para ellos significaba la privatización –que no se iba a dar en el sentido estricto de la palabra–. Reconocieron por primera vez el valor cultural de la obra arquitectónica, sobre todo por ser una construcción de interés social. En el caso de algunos vecinos, el reconocimiento patrimonial no fue completamente ajeno al desarrollo de la investigación mencionada, esto es, a la realización de entrevistas a aproximadamente 50 vecinos y a la presentación de sus resultados (tres libros y un video) ante la comunidad y en la propia unidad.

Quizá el ejemplo más representativo de este reconocimiento del valor cultural de la obra habitada, aunque simbólico, fue la organización de los vecinos para impedir que el ISSSTE (Instituto de Seguridad Social al Servicio de los Trabajadores del Estado) y el INBA (Instituto Nacional de Bellas Artes) trasladaran al vestíbulo del Hospital 20 de Noviembre lo que quedó en apuntes del mural que Orozco pintó para el Multi, bajo la argumentación de la falta de mantenimiento y el deterioro al que estaba expuesto por estar al aire libre y las acciones de los graffiteros.

LA HISTORIA PASA POR EL MULTI

Cuando a los entrevistados se les pregunta qué ha pasado con su hábitat, reconocen:

Pasó el pregón de la modernidad y las expectativas de una vida mejor, la rebeldía “sin causa” y “con causa”, el movimiento del 68 y Chiapas, las elecciones del 88 y el triunfo del PRD en la ciudad, las instituciones estatales y la privatización, el Estado benefactor y el neoliberalismo, la mentalidad corporativa y la posmoderna, el amor y el desamor, el conservadurismo y la revolución sexual, el mural de Orozco y los graffittis, el Café de la Parroquia y Sanborn's, el cine del domingo en la iglesia y los multicinemas de Plaza Universidad, los tranvías y los micros, los juegos al aire libre y los intramuros, los sismos del '57 y del '85. En suma, el multi y ellos cambiaron sin ser ellos los que decidieran o propiciaran los cambios (Pensado, 2002: 160).

Sin comprometerse nunca a hablar en primera persona, en algunos casos, los entrevistados mencionaban nombres de quienes habían participado en algunos de los hechos que encontraron importantes para explicar que “los tiempos están cambiando”. Con todo, el CUPA al paso del tiempo, como advierte Graciela de Garay Arellano, se le sigue reconociendo como

un lugar preponderante en la historia de la ciudad de México y, desde luego, de la arquitectura nacional, pues se trata del primer conjunto habitacional de renta moderada para los trabajadores del Estado de ingreso medio y derechohabientes de la Dirección de Pensiones, hoy Instituto de Seguridad Social al Servicio de los Trabajadores del Estado, de gran escala (1,080 departamentos para una población aproximada de 5,000 personas) construido en México y América Latina.

Todavía el Multi es escenario de diferentes tipos de producciones visuales, anuncios televisivos, video clips y telenovelas, además del buen número de películas y noticieros que se filmaron en décadas pasadas.

El constructor del Multifamiliar fue Mario Pani (1911-1993), uno de los intérpretes más importantes del arquitecto francés Le Corbusier (1887-1966) (Garay, 2004: 8).

Para Pani, no sólo se trataba de construir un conjunto habitacional que albergara a un gran número de familias (figs. 1 y 2) sino que contara con todos los servicios que ofrecía el tan anhelado confort de la modernidad (escuela, guardería, lavandería, dispensario médico, casino, salón de actos y espacios deportivos como canchas de fútbol, básquetbol, voleibol y alberca (piscina) semiolímpica con vestidores y baños individuales, oficinas de la administración, correo y telégrafo); esto sin olvidar el “toque artístico” para darle prestigio al inmueble que, en este caso, se trataba de la creación de dos murales, uno de José Clemente Orozco pensado para el área de jardines y otro, de Carlos Mérida, para las instalaciones de la guardería. El primero (fig. 3) quedó inconcluso debido al fallecimiento de su autor, aunque actualmente todavía es posible ver su boceto; el segundo se perdió debido a la falta del mantenimiento.



Fig. 1. Centro Urbano Presidente Alemán (más conocido como Multifamiliar Alemán), ciudad de México. Vista de conjunto. (Foto: Acervo Lab. Audiovisual, Inst. Mora)



Fig. 2. Centro Urbano Presidente Alemán, ciudad de México. Vista actual de uno de los corredores que dan acceso a los apartamentos. (Foto: Acervo Lab. Audiovisual, Inst. Mora)



Fig. 3. Centro Urbano Presidente Alemán (más conocido como Multifamiliar Alemán), ciudad de México. Vista parcial del mural inacabado de Orozco. (Foto: Acervo Lab. Audiovisual, Instituto Mora)

ÁREAS COMUNES A LA PROXEMIA

Resulta interesante descubrir que durante los primeros treinta años de este inmueble, los espacios abiertos propiciaron relaciones sociales entre la comunidad que extendía sus actividades cotidianas en las áreas comunes donde estaba la escuela primaria, el casino o el salón de fiestas. Con excepción de los conflictos entre los individuos que generan las relaciones proxémicas, no se registraban mayores tensiones entre los vecinos, ni los problemas cotidianos que surgen como resultado del abuso del que se piensa más fuerte o de la falta de cultura que hoy llamaríamos condominal. Quizá esto haya obedecido a que, en la primera etapa, que va de 1949 a 1988, existió el arbitraje del todopoderoso Estado mexicano.

En el caso de la organización y funcionamiento del CUPA, existía un reglamento que era entregado al responsable del departamento quien se comprometía a cumplir, documento al que apelaba el administrador cuando se presentaba algún problema entre los vecinos; la administración, por su parte, se responsabilizaba de los servicios (agua, luz, gas, jardinería y basura) y de las reparaciones, tanto los departamentos como de las áreas comunes.

Sin embargo, el Multifamiliar no quedó exento de los estragos que la crisis económica de los años ochenta tuvo. Fue en esa etapa, a partir de la aplicación de las políticas neoliberales y del proyecto de modernización económica que la política social comenzó a abandonar proyectos y compromisos establecidos con distintos grupos sociales. Uno de ellos fue con los empleados federales (o sus familias) quienes mantenían la copropiedad de sus inmuebles mediante el ISSSTE. En esa época el Estado buscaba “sanear” sus finanzas y empezó a dejar “en manos del mercado” varios renglones, entre éstos empresas y servicios, de tal suerte que el ISSSTE vendió los departamentos.

Ese momento significó para los habitantes del Multifamiliar concluir una etapa que coincidía con el agotamiento del modelo económico del desarrollo modernizador. Según algunos testimonios recabados, la situación ya se vislumbraba, no sólo porque la decisión estuvo precedida por campañas de desprestigio hacia los vecinos del Multi, sino porque cada vez era más notorio el deterioro de la unidad habitacional (tanto de los edificios como de las áreas comunes).

ACCIONES EN DETRIMENTO DEL PATRIMONIO

Como ha sucedido en otras unidades habitacionales que se edificaron bajo el principio de interés social, los primeros espacios que han resultado afectados por decisiones no sólo económicas sino también culturales y sociales han sido los públicos. En el caso del Multifamiliar, los 30,000 m² destinados para jardines, áreas deportivas y juegos infantiles, se han estado reduciendo para dar paso a comercios (como fue el caso de la tienda del ISSSTE que ahora la ocupan como bodega así como la tortería “Don Polo”). Asimismo, tanto la escuela como el casino y el salón de fiestas –fuera del Multi pero espacios próximos a sus habitantes– cambiaron su idea original: la primera ya no era sólo para los niños del Multi, ni se les daba prioridad; y el casino se lo apropió el ISSSTE y lo utilizaba como taller de confección. Sin embargo, no sólo fueron los comerciantes, sino también algunos vecinos, quienes empezaron a realizar trabajos particulares ocupando áreas comunes deteriorando cada vez más el entorno y la convivencia.

BÚSQUEDA DE UNA SOLUCIÓN

Desde 1975, como uno de los resultados de la Conferencia General de la UNESCO, la obra arquitectónica es considerada como parte del patrimonio cultural de la humanidad siempre y cuando reúna las siguientes características indicadas en su artículo primero: “Los conjuntos, grupos de construcciones, aisladas o reunidas, cuya arquitectura, unidad e integración en el paisaje les dé un valor excepcional desde el punto de vista de la historia, del arte o de la ciencia”.⁸⁹

Si esto es así, bien vale la pena impulsar gestiones para que espacios arquitectónicos (como el Multifamiliar y otros más que en su momento fueron obras emblemáticas de una época, de un país que se disponía a entrar a la modernidad) recobren el esplendor no sólo en términos arquitectónicos sino también como obras urbanísticas en donde la conservación y la protección del patrimonio colectivo deviene en la defensa del patrimonio individual.



Fig. 4. Habitantes entrevistados en su apartamento del Centro Urbano Presidente Alemán, ciudad de México. (Foto: Acervo Lab. Audiovisual, Inst. Mora)

⁸⁹ Actas de la Conferencia General, 17^a reunión, París, 17 de octubre-21 de noviembre de 1975, vol. Y, “Resoluciones y Recomendaciones de la UNESCO”, p. 141 (López Zamarripa, 2001: 44).

A continuación algunos testimonios de los residentes antiguos del CUPA:

“Sí hay una identidad cultural, social y hasta política. Se empieza a constituir y, bueno, es natural: se trata de trabajadores al servicio del Estado con una forma particular de ver la vida, con un mismo nivel de vida, con niveles de formación profesional o culturales que no son muy contrastados, son más o menos homogéneos, una misma cultura [...] Hay un pasado también y una forma de ver el futuro que también es similar. Si usted habla con cualquiera de los habitantes, va a percibir que existe más o menos la misma visión respecto a la vida, las mismas actitudes socialmente difundidas con respecto a los problemas. Entonces, sí hay una identidad ‘cupense’. Por eso muchos de los vecinos dicen que son orgullosamente ‘cupenses’”.⁹⁰

“Se hacían las fiestas de quince años, graduaciones... vamos, un salón de fiestas. Y, desgraciadamente o afortunadamente –no sabría decirle a usted–, cuando se construyó el ‘20 de Noviembre’ [...] cuando terminaron el Hospital 20 de Noviembre agarraron el... Bueno, estaba el casino ahí, a un lado, entonces, después empezaron a hacer talleres de costura, donde hacían todas las sábanas, colchas...”⁹¹

“Quitaron las canchas que eran el doble de lo que está y pusieron la tienda del ISSSTE, que mucha gente venía de todos lados y estaba la tienda del ISSSTE, ahí. A mucha gente le gustó, a mí me gustaba más la cancha porque había mucho niño. La cancha era lo doble, entonces. Después queda el administrador de la tienda del ISSSTE desfalcado, no sé porque motivo se incendia [...] Entonces, ahí, donde está un montón de coches, ésa era la tienda, pues ahora es estacionamiento [...] Era una cosa bella, decir ‘vivo en el Multifamiliar’. Y ahora dicen ‘¿dónde vives?’ Pues ‘por ahí’, pero ya no dice uno ‘en el Multifamiliar’.”⁹²

“(Un) muchacho que tiene un taller mecánico fuera del elevador del F, que ahí en el coche, en un coche viejo, mete herramienta, mete todo, y es su taller mecánico... Bueno, ya nadie lo ha quitado ¿verdad?, él sigue ahí y, entonces, eso ¿qué se hizo?... Bueno, se hizo un basurero común, porque ahí se juntan los muchachos que llegan a tomar, los muchachos que llegan a drogarse ahora en la actualidad, y se hace una porquería ¿verdad? Eso está lleno que, a veces, no puedes pasar porque te resbalas con el aceite y con la gasolina que existe de ese taller ¿verdad? Entonces, yo luché mucho contra ese muchacho”.⁹³

“Poco a poco se fue perdiendo el casino, se fue perdiendo espacios de la escuela, se fue perdiendo una serie de cosas más. La ciudad se empezó a volver angustiante”.⁹⁴

“La reunión del ISSSTE con los condóminos se llevó a cabo el 21 de julio de 94 en la Sala de Eventos del edificio E. Ahí se llevó una reunión ya formal. El subdirector de Obras y Mantenimiento, arquitecto Ernesto Velasco León, hizo una exposición de lo que significaba o significa el Hospital 20 de Noviembre y cómo pues el Instituto quería reubicar este mural [de Orozco] en el antepecho, primeramente, del ‘20 de noviembre’ y, después, se decidió que a un costado [...] Cuando tomaron la palabra los condóminos, no hubo un diálogo. No sé... nosotros incluso estábamos dispuestos quizá a negociar, pero ninguna palabra se dijo al respecto, simplemente dijeron: no [...] que no iban a permitir que se lo llevaran [...] Entiendo la posición de los condóminos [...] pero también es cierto que las situaciones cambian, los contextos cambian y las obras... pues, a veces, para preservarlas, para salvarlas, tienen que ser reubicadas, como el David de Miguel Ángel.”⁹⁵

⁹⁰ Entrevista a Raúl Villegas Dávalos, realizada por Graciela de Garay y Concepción Martínez, ciudad de México, 11 de mayo 1999, PHO 13-44 (1).

⁹¹ Entrevista a Asdrúbal Trujillo, realizada por Graciela de Garay y Gerardo Necoechea, ciudad de México, 19 de octubre de 1997, PHO 13-4 (1).

⁹² Entrevista a Rosa Zaragoza, realizada por Graciela de Garay, ciudad de México, 3 de febrero de 1998, PHO 13-20 (1).

⁹³ Entrevista a Imelda Sánchez, Beatriz Chelala y Alejandra Dorantes, realizada por Graciela de Garay, L. Roca y C. Martínez, ciudad de México, 25 de junio de 1999, PHO 13-42 (2) (3) (4).

⁹⁴ Entrevista a Roberto López Zaragoza, realizada por Graciela de Garay y Lourdes Roca, ciudad de México, 20 de agosto de 1998, PHO 13-32 (2).

⁹⁵ Entrevista a Emilio Hernández realizada por Graciela de Garay, Concepción Martínez y Blanca Álvarez, ciudad de México, 8 de agosto de 1998, Instituto Mora, PHO 13-29 (1).

“Esta cosa cambió mucho a raíz de que nos vendieron los departamentos [...] y, en realidad, ha venido mucha gente nueva ya a vivir aquí, a alquilar ya sea un departamento o a comprarlo; y es gente, pues, que no le tiene amor aquí. Entonces, ya ha cambiado mucho la situación...”⁹⁶

“Yo digo que para una comunidad como la nuestra debemos de ver más, primero, por nuestra comunidad; segundo, hacer labor para que haya más solidaridad fraternal comunitaria, para que ya no haya confrontaciones que se dan. Ir haciendo conciencia poco a poco es difícil porque esto nos lo soltaron, así no más, sin hacer conciencia ni darnos cultura condominal; o sea que por eso hemos tropezado mucho [...] volvamos a conformar nuestra propia asociación condominal, somos once asociaciones.”⁹⁷

“El problema que, como están dadas las circunstancias, se necesita una administración central. Habría que organizar que los administradores no toquen dinero, que hagan las cosas y que por otro lado se maneje el dinero, que se maneje fideicomiso, no se qué. Aquí el problema es de que... por eso es desconfiada la gente, porque donde hay lana... y con lo que... y como se han... gente que se ha llevado mucho, ¿no? [...] porque aquí hay tanto recoveco, tanta historia [...] aquí también hay mucho de conciliación, se mueve uno para acá y ya fastidió al vecino [...] Ahora esto ya está en manos de nosotros, igual se puede volver un emporio, como todo, hay que meterle y sobre todo mucha organización, mucha creatividad, que no dejaron nada de eso, ni el ISSSTE, ni nos hemos podido organizar [...] Todo eso tiene que ser un proceso de planeación que así es cuando ya lo debería de haber dado el ISSSTE. Que desde un año antes hubiera platicado todo esto, él tenía una autoridad moral. En ese momento, si todo lo hubiera informado (porque ellos tenían capacidad –que ahora nos cuesta– de pasar hojas y léanlas), se hubiera manejado mucho mejor el Multifamiliar [...] Los primeros años fueron nefastos. Esto era un basurero, basurero. La gente empezó a vender”.⁹⁸

SAN PEDRO DE LOS PINOS

Otro caso interesante al objeto de este texto, es el de la colonia de San Pedro de los Pinos, también ubicada en la delegación Benito Juárez de la ciudad de México, donde algunos de los vecinos entrevistados participaron en acciones encaminadas a salvaguardar su patrimonio ante los embates del *Bando 299* emitido por el Gobierno de México, DF, el 7 de diciembre de 2000 y ante el proyecto de construcción de un distribuidor vial. Para la investigación, fue interesante ver cómo deseaban hurgar en su historia local y encontrar elementos que sirvieran, primero, para convencer a las autoridades de la delegación y, después, para llegar a la Asamblea local y a las autoridades del gobierno del DF, a fin de que desistieran de la obra del distribuidor vial y de la construcción indiscriminada de edificios en la zona.

Datos oficiales indican que, en la delegación Benito Juárez, desde 2001 hasta la fecha,¹⁰⁰ se han construido 2,200 edificios nuevos conteniendo 45,000 departamentos,

⁹⁶ Entrevista a Roberto Luján realizada por Patricia Pensado Leglise, ciudad de México, 25 de mayo de 1999, PHO 13-46 (1).

⁹⁷ Entrevista a Guillermo Albelais, realizada por Patricia Pensado Leglise, ciudad de México, 25 de mayo de 1999, PHO 13-46 (1).

⁹⁸ Entrevista a Roberto López Zaragoza, entrevista citada, PHO13-32 (3).

⁹⁹ Este bando asume que la conducción de la planeación del desarrollo urbano es responsabilidad del gobierno de la ciudad de México y establece que se restringirá el crecimiento de la mancha urbana hacia las delegaciones Álvaro Obregón, Coyoacán, Cuajimalpa de Morelos, Iztapalapa, Magdalena Contreras, Milpa Alta, Tláhuac, Tlalpan y Xochimilco, y que se promoverá el crecimiento poblacional hacia las delegaciones Benito Juárez, Cuauhtémoc, Miguel Hidalgo y Venustiano Carranza so pretexto de aprovechar infraestructuras y servicios que actualmente se encontrarían subutilizados.

¹⁰⁰ El manuscrito original de este capítulo está fechado en mayo de 2008 (N. de las E.).

lo que conservadoramente significa unos 200,000 nuevos habitantes... utilizando los mismos servicios y la misma vieja infraestructura.

La idea que posee el ciudadano común sobre la historia es quizá la aprendida en la formación básica, la más elemental, la utilizada por la retórica del discurso oficial, asociada al conocimiento de la cultura y del patrimonio que es posesión colectiva e identitaria. De ahí la comprensión de las inquietudes de los vecinos residentes de la colonia San Pedro de los Pinos con respecto al conocimiento de su historia local, así como también ciertas prácticas comunes que encontramos en este grupo, relacionadas con experiencias en acciones cívicas y promoviendo la participación vecinal.

En este tipo de movilizaciones ciudadanas se constatan algunas características comunes. Por ejemplo, es por la iniciativa personal de alguien que cobra conciencia de los problemas que se realizan acciones, como la de buscar las instancias institucionales o no, donde planteen los problemas para encontrar posibles soluciones o acceder a los ámbitos de negociación o concertación de los mismos, a la vez que organizar a los vecinos, manteniéndolos informados y en algunos de los casos distribuyendo algunas tareas entre ellos (Pensado y Real, 2003: 87).

Los testimonios que se retoman de los vecinos de San Pedro de los Pinos corresponden a tres mujeres, Alejandra Roma, Laura Santos y Victoria Velasco, quienes en la actualidad participan junto con otros vecinos de la colonia en la defensa de su patrimonio en el sentido de vigilar que las compañías inmobiliarias y de construcción cumplan con las normas y reglamentos establecidos para esta zona residencial.

“Bueno, este grupo está integrado exclusivamente por vecinos de San Pedro de los Pinos. Se está integrando a partir de que, hace algunos meses, nos hemos visto verdaderamente invadidos por constructoras que con un ánimo –desde nuestro punto de vista– especulativo y muy voraces, nos están invadiendo con construcciones multifamiliares en espacios que pertenecieron a una o dos familias cuando mucho [...] preocupados por esta situación hemos tratado de aprender los cauces, primero los legales, los administrativos... y de ahí que hayamos tenido que recurrir a nuestros representantes elegidos [...]. Hay algo más que nos lastima muchísimo, que es el no haber sido consultados. Pero, además, vemos cómo están destruyendo el patrimonio histórico, pues, prácticamente en términos culturales y de identidad con nuestro espacio, con nuestra colonia. Y están construyendo unas edificaciones que no tienen nada que ver con el paisaje –o no sé cómo se llame esto– y son feas [...]. Mantener una calidad de vida que creo que nos merecemos no sólo por ser moradores de hace muchos años aquí, sino porque nos preocupa cuidar nuestra colonia. Pagamos nuestros impuestos y sentimos que tenemos derecho a ello, ¿no? Entonces no hay equilibrio, estamos muy desprovistos de.... del nivel suficiente de servicios. Por ejemplo de agua, drenaje de vialidades, de estacionamientos porque las construcciones no tienen espacios suficientes para estacionarnos”.¹⁰¹

“La delegación se declara incompetente para parar estas cosas; de momento, nos está deteniendo la firma última de la... de los permisos de construcción a instancias de nuestro movimiento [...]. La ayuda que hemos recibido es de parte de nuestro diputado de la Asamblea Legislativa Alejandro Díez Barroso, que llevó a tribuna nuestra petición, que es que se haga para nosotros un programa parcial de desarrollo urbano que limitaría así, o ya para siempre o por muchos años, o por varios años, el uso del suelo. Los habitantes de la colonia se unen y elaboran juntos con las autoridades –que, en este caso, serían las de la delegación, eh– los usos del suelo que quieren para su colonia. Pero éste es un trámite muy largo [...]. Entonces, bueno, pues ahora nuestra tarea es hablar con las autoridades

¹⁰¹ Video-entrevista a Alejandra Roma realizada por Patricia Pensado Leglise y Paris García, en San Pedro de los Pinos, ciudad de México, 4 de mayo de 2002, PHO 14-13(1).

para que sí nos hagan caso, e ir a la SEDUVI y tal vez hablar con Andrés Manuel¹⁰² para que sepa que las cosas que dieron fundamento a su idea de repoblar las cuatro delegaciones y dar habitación a la gente pobre no se están cumpliendo, porque están construyendo lo que sea, pero aprovechando la norma 26 para dar seis niveles.

Entonces, bueno, pues así, en concreto, no tenemos nada más que nuestra fuerza como ciudadanos”.¹⁰³

“Bueno, pues lo que yo quisiera agregar es pedir a las autoridades que, antes de que inicien todo este tipo de programas, el cual nosotros no rechazamos porque no estamos en contra de que construyan, yo siento que sí deberían de hacer consultas por colonia. Consultas donde... donde nos pregunten a todos, eh, qué estamos dispuesto a ceder y qué no estamos dispuestos a ceder. Ahora definitivamente, sabemos que la ciudad de México está creciendo agigantadamente, sabemos que se debe de construir, porque también el otro tiene derecho a, sí, a los espacios y a tener una vivienda, y a tener un coche, y a tener una mejor calidad de vida, pero eso no quiere decir que en aras de mejorar a unos, nos perjudiquen a otros”.¹⁰⁴

EN BUSCA DE UNA DEFINICIÓN

En los últimos años, referirnos a la participación ciudadana no resulta sencillo. Es difícil comprender ésta cuando se evidencia la ausencia de una cultura democrática, ausencia que, desde finales del siglo XX, en el caso de ciudad de México, derivó hacia un fuerte proceso de fragmentación socio-espacial. En este proceso, en ocasiones, se han perdido los referentes colectivos y espaciales que permitían una cierta identificación con el conjunto urbano y, con ello, en algunos casos, ha llegado a prevalecer un cierto estado de anomia en relación con la urbe. Pero también se da el caso contrario: algunos recurren a encapsularse en la localidad de origen, donde continúan desarrollando formas comunitarias de vida.

Darse a la tarea de crear una cultura democrática donde los ciudadanos participen en la toma de decisiones urbanísticas será la única manera de recuperar o formar una ciudadanía más comprometida y activa en busca de las múltiples soluciones que requiere la cada vez más compleja ciudad de México. Dicha cultura podría definirse como el reconocimiento o el impulso de las prácticas sociales y culturales que puedan intervenir en las decisiones para solucionar los problemas urbanísticos y que, a la vez, fortalezcan el sentido de pertenencia a la localidad y la identificación de su comunidad con el entorno urbano: algo que va mucho más allá de la pretensión de acogerse a las leyes del patrimonio para salvar o revitalizar determinados lugares públicos.

¹⁰² Se refiere a Andrés Manuel López Obrador, quien fungió como jefe de Gobierno del Distrito Federal en el periodo de 2003 a 2006 y que pidió permiso meses antes de concluir su mandato para representar al Partido de la Revolución Democrática en la contienda electoral del año de 2006.

¹⁰³ Video-entrevista a Laura Santos, realizada por Patricia Pensado Leglise y Paris García, en San Pedro de los Pinos, ciudad de México, 4 de mayo de 2002, PHO 14-13 (1).

¹⁰⁴ Video-entrevista a Victoria Velasco Baca, realizada por Patricia Pensado Leglise y Paris García, en San Pedro de los Pinos, ciudad de México, 4 de mayo de 2002, PHO 14-13 (1).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DE GARAY, Graciela (coord.) (2004). *Modernidad habitada: Multifamiliar Miguel Alemán, ciudad de México, 1949-1999*, México: Instituto Mora.
- LÓPEZ ZAMARRIPA, Norka (2001). *Los monumentos históricos arqueológicos. Patrimonio de la Humanidad en el Derecho Internacional*, México: Porrúa.
- NECOECHEA GRACIA, Gerardo (2004). “Puerto del favor, isla del derecho: la experiencia de dos generaciones”, en DE GARAY, Graciela (coord.), *Modernidad habitada: Multifamiliar Miguel Alemán, ciudad de México, 1949-1999*, México: Instituto Mora.
- PENSADO LEGLISE, María Patricia (2002). “Aspectos de identidad local en el Multi”, en DE GARAY, Graciela (coord.), *Rumores y retratos de un lugar de la modernidad. Historia oral del Multifamiliar Miguel Alemán, 1949-1999*, México: Instituto Mora.
- PENSADO LEGLISE, Patricia y REAL GARCÍA-FIGUEROA, María de Jesús (coords.) (2003). *Historia oral de San Pedro de los Pinos: conformación y transformación del espacio urbano en el siglo XX*, México: Instituto Mora, Delegación Benito Juárez y Consejo de la Crónica de la ciudad de México.



PROSPECTIVA





EL ESPACIO PÚBLICO Y LO URBANO COTIDIANO:
IDEAS PARA UN PROYECTO RENOVADO

Juan Luis de las Rivas Sanz

PRESENTACIÓN

El presente artículo esboza una aproximación teórica al espacio público desde dos vectores de interés: el espacio urbano cotidiano y la atención en el diseño del espacio público que las ciudades y sus periferias ya tienen. En cierto sentido, esta aproximación es incompleta, ya que no desarrolla con profundidad todas las ideas. Sin embargo, sugiero un camino. La recomposición de lo público en la ciudad contemporánea es una tarea permanente que no necesita de un discurso grandilocuente, sino la reapropiación continua de los espacios existentes por los ciudadanos desde el amplio espectro que proponen sus intereses cotidianos. El diseño del espacio ha de facilitar esta reapropiación. En mi opinión, el encuentro con la naturaleza y la orientación sistémica de los espacios libres públicos en la ciudad ofrecen una gran oportunidad que ha de resolverse en cada caso.

¿ESPACIOS PÚBLICOS EXCEPCIONALES?

Explicar el éxito colectivo, el éxito de una ciudad, a través del éxito de su espacio urbano significa vincular sociedad y espacio en sentido equívoco. Incluso cuando se trata de casos muy conocidos y donde parece haber una relación casi directa, como en la Barcelona de fin del siglo XX o en el Bilbao del “efecto Guggenheim”. Los contextos sociales y culturales no pueden ser aislados ni siquiera en estos casos, más allá de la propaganda, de las relaciones y oportunidades que cada espacio urbano genera. En realidad, *¿qué es un espacio urbano de éxito...?* Hay muchos lugares urbanos excepcionales, espacios públicos en ciudades notables, donde no es sencillo establecer perfiles generalizables que trasciendan lo estrictamente local o lo cultural específico. No me refiero al espacio icónico del turista, el que puede ser parcialmente recogido por su cámara, ni siquiera al espacio –casi siempre histórico– que facilita la identificación de la gente porque son espacios capaces de acoger parte de su propia identidad. Sin duda, estos espacios son relevantes pero no son problemáticos, y habitualmente son apenas unos pocos en cada ciudad.

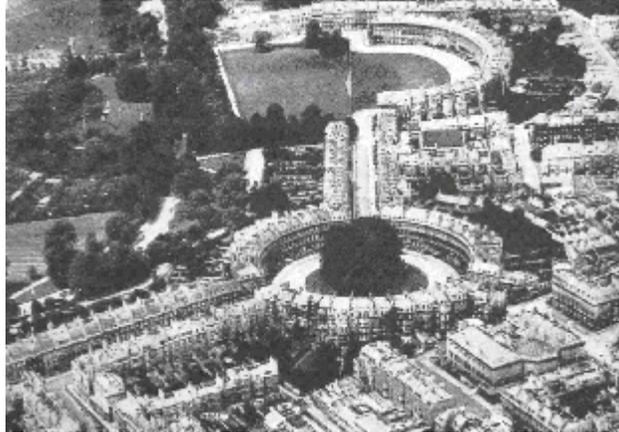


Fig. 1. Crear un espacio urbano público significativo es un reto permanente del urbanismo contemporáneo, ¿cómo cumplirlo? Circus y Crescent en Bath, Reino Unido.

El espacio público que me interesa no es el espacio público escaparate, sino el espacio colectivo ordinario que, a escala de barrio o de ciudad, acoge la vida urbana en su complejidad: ¿cómo afecta dicho espacio a quien lo habita?, ¿qué duración tiene este efecto?, ¿qué es un espacio público bien proyectado capaz de enriquecer la vida urbana, ayudar a la gente que lo habita...?

No hay respuestas claras. Kevin Lynch en *The image of the City*, Gordon Cullen en *Townscapes*, Christian Norberg Schulz en *Genius Loci*, Jan Ghel en *Life Between Buildings* se lo han preguntado de maneras diferentes. La pregunta sobre el espacio público trasciende el interés por los espacios históricos, aquellos que han sido resultado de acontecimientos singulares o del lento hacerse en el tiempo, y desplaza su inquietud por los nuevos espacios asociados con la vida cotidiana. ¿Qué ofrecen hoy los espacios públicos?, ¿cómo deben ser proyectados? No es fácil articular respuestas objetivas aunque sabemos que la ciudad necesita de un vigoroso sistema de espacios públicos que asociamos a la vitalidad, diversidad y riqueza de la vida urbana. De hecho, los espacios públicos son la puerta desde la que cualquier observador se acerca a las condiciones de dicha vida urbana en cada caso.

En primer lugar, no deberíamos pensar sólo en espacios singulares aislados: “No se reduce la sociedad a piezas sueltas sin perder algo: el ‘todo’, lo que queda de él o lo que permite a dicha sociedad funcionar como un todo sin caer hecha pedazos” (Lefebvre, 1972). La trabazón entre espacio público y vida urbana no puede descansar sólo en un espacio singular, aunque éste sea excepcional, sino en un sistema articulado de espacios (véase figura 1). Así ha ocurrido en las ciudades donde el espacio público se ha convertido en un argumento central de trabajo (Birmingham, Burdeos, Londres en torno al Támesis, Lyon, Munich, etcétera).

Esto nos lleva a pensar que es en lo cotidiano, y no ya en lo monumental, donde encontramos una verdadera interacción entre espacio y vida urbana, es aquí donde se hace posible “pensar” una y otra vez el espacio público.

Michel de Certeau en su *The Practice of Everyday Life* (1984) hizo accesible una po-

derosa reflexión desde lo cotidiano¹⁰⁵ sobre la crisis en la percepción de lo urbano, de erosión y degeneración de lo singular y de lo extraordinario en las grandes urbes, temas que habían detectado antes dos vieneses ilustres, Musil en su *Hombre sin atributos* y Freud en *La civilización y sus descontentos* y en *El futuro de una ilusión*, con los que el propio Certeau introduce su texto. El trabajo de Certeau devuelve el interés por la “filosofía del espacio cotidiano” cercana a la interpretación del uso de los espacios urbanos que hace Henri Lefebvre en *La producción de l'espace*: “el mundo que habitamos y que percibimos está configurado por decisiones de las que sabemos muy poco” (Lefebvre, 1974).¹⁰⁶

LO URBANO Y SUS RUTINAS: UN TEATRO DE LO COTIDIANO DE DIMENSIONES HUMANAS

La ciudad ofrece a los grupos sociales y al individuo tanto un espacio de encuentro como un espacio de manifestación. Es verdad que el “espacio público urbano” es cada vez más un espacio intermedio de tránsito desde el que se accede a lugares más o menos cerrados. Es también un espacio de ocio y servicio para diferentes personas y grupos que encuentran en el espacio público oportunidades de disfrute de su tiempo libre. Por esto, la vida urbana en su función básica de intercambio “tiene lugar” o necesita del espacio público, incluso encuentra en él su medida.

Sin embargo, este intercambio ha ido adquiriendo a lo largo del siglo XX un perfil estrictamente funcional, dominado por las exigencias de la ciudad especializada. Pensemos también en los sistemas de transporte público: allí convergen multitud de personas sin apenas interacción entre ellas. No hay encuentro.

A ese perfil funcional, contribuye sobremanera una de las características fundamentales del espacio contemporáneo: su *discontinuidad*. No se trata sólo de discontinuidad de los espacios, en una ciudad cada vez más extensa y menos densa, sino la discontinuidad que surge de la propia percepción del espacio. Eso es resultado de que la mayoría de los movimientos se realizan “dentro” de vehículos de transporte. Como alguien ha dicho, nos movemos en la ciudad “encápsulados”. Y desde estas cápsulas – autobuses, taxis, coches, incluso ferrocarriles urbanos – la percepción del espacio urbano está distorsionada por los trayectos, por la velocidad y por lo poco que se puede observar “desde” las ventanas de cada cápsula. Hay un sinfín de espacios urbanos “apenas transitados”. Gran parte de la ciudad es invisible. Los americanos hablaron en los setenta de las *by-passed areas*, enfatizando la invisibilidad de las coronas urbanas de pobreza. En cierta medida, sólo desde la percepción del peatón es posible cierta conciencia y “atención” por el espacio urbano.

La ausencia de encuentro y el incremento de la percepción distraída caracterizan la comprensión del espacio urbano contemporáneo. Además, se trata de un espacio caracterizado por la acumulación de significados dispares. Efectivamente, en nuestra

¹⁰⁵ El antecedente de *The Practice of Everyday Life* es *L'invention du quotidien* (De Certeau, 1980), pero fue su trabajo en América el que alcanzó mayor difusión.

¹⁰⁶ *La producción de l'espace*, texto de gran intuición aunque difícil, propone una interpretación general del espacio urbano contemporáneo. Las aportaciones de Lefebvre hoy se recuperan con intensidad.

sociedad urbana compleja y competitiva, y también conformista en muchos sentidos, el individuo vive inmerso en rutinas cotidianas, en estilos de vida y modelos de comportamiento que son condicionantes pero que también están abiertos y sometidos a cambios en entornos cada vez más cosmopolitas.

Algunos autores han insistido en la fragilidad del espacio público cuando éste queda sometido a los ritmos indiferenciados de lo social colectivo o estructurados exclusivamente por los intereses del consumo (fig. 2).



Fig. 2. El espacio público es un espacio de flujos y de encuentros imprevistos. No es un espacio de control. Las Ramblas, Barcelona. (Foto del autor)

La analogía con el teatro y la propuesta de una “reapropiación de lo urbano” pueden, sin embargo, establecer un marco diferente de reflexión. El individuo, el grupo y lo público entrañan una compleja y conflictiva confluencia de intereses. Aunque no quepan perfiles absolutamente abiertos, cuando el espacio público deja de ser un “teatro” solvente para la vida cotidiana, cuando lo urbano se aleja de lo “humano” y de sus dimensiones, sólo cabe el refugio en lo privado.

El individuo debe presentarse a sí mismo y presentar su actividad ante otros en un contexto social concreto. En éste, procura guiar y controlar la impresión que los otros se forman de él, y decidir lo que puede o no puede hacer ante ellos. Estamos ante una interferencia entre la educación individual y la cultura colectiva que caracteriza la grandeza de la vida común de una sociedad. Ervin Goffman introdujo una explicación desde la perspectiva de la actuación, aunque su “representación teatral” estaba centrada en el espacio de trabajo. Pero puede ser útil la analogía con la vida urbana en general. La colaboración laboral basada en la lealtad y en la disciplina, se apoya en lo que se espera de uno, en la “puesta en escena”.

Goffman afirma:

[...] el individuo tiende a tratar a las otras personas presentes sobre la base de la impresión que dan –ahora– acerca del pasado y el futuro. Es aquí donde los actos comunicativos se transforman en actos morales (Goffman, 2004: 266).

En su calidad de actuantes, los individuos se preocuparán de mantener la impresión de que actúan de conformidad con las numerosas normas por las cuales son juzgados ellos y sus productos (Goffman, 2004: 277).

Conceptos como el de fachada, mistificación, tergiversación, le sirven a este autor para aproximarse al comportamiento individual y concluir que entre el modo espontáneo de actuar y el modo ideado o artificial hay mayor distancia que entre la naturalidad del honesto y el artificio del embaucador. Aunque el hombre está destinado a la interacción social y a la colaboración, su capacidad de interacción es limitada, el individuo tiende a no asumir riesgos: nos especializamos en medios estables y prima por protección una vida social de “puertas adentro”.

Si trasladamos esta idea a la vida urbana, el refugio privado sólo se abandona si hay un interés que lo justifica, allí donde el individuo puede encontrar afinidades que facilitan sus decisiones de acercamiento a lo colectivo. ¿Cómo el espacio público favorece o crea posibilidades de colaboración e interacción? En la vida cotidiana hay interferencias entre lo privado y lo público –el trabajo, la escuela, el transporte, el abastecimiento, el ocio...–, pero, para activarse como colaboración e interacción, es imprescindible un encuentro que facilite la detección de una comunidad de intereses, algo que sólo parece ocurrir hoy en los periodos de “fiestas” populares, momentos en los que la gente se “vuelca” a la calle.

A esa primera condición del comportamiento, del individuo que se encuentra con su grupo y representa un rol ante él, podemos añadir su tensión por pertenecer a su entorno de una manera significativa.

Henri Lefebvre plantea la “irrupción de lo cotidiano” al preguntarse sobre cómo va a ser la vida urbana en la sociedad actual que sucede a la sociedad industrial (Lefebvre, 1972). Por esto, en su crítica de la vida cotidiana, se mezclan temas urbanísticos de siempre –como el transporte, la vivienda, el trabajo...– con otros temas –el ocio, la vida sexual, el vestido, la publicidad...– y se da importancia central al lenguaje. Este pensador francés capturado por las reivindicaciones del 68 llega al panfleto, como él mismo destaca, para desenmascarar los resortes de una “sociedad burocrática de consumo dirigido” que reprime al individuo precisamente en lo cotidiano. Al denunciar una concepción dominante de la cultura como “ideología del Estado”, discute su pretendida unidad y pone en cuestión lo que concierne a lo cotidiano porque es grave, “inquietante”... Es necesario fomentar una “apropiación” por el ser humano de su ser urbano natural y social. Para “transformar lo cotidiano” se necesita un lenguaje nuevo porque el paso del *homo faber* y del *homo ludens* al *homo quotidianus* (un ser humano que reivindica su autonomía) no es evidente.

Es quizá este camino hacia una sociedad más “humana” el que permita liberar lo creativo de la perspectiva de lo excepcional, el que haga que el conjunto de los ciudadanos pueda tener mejor acceso al complejo de interacciones propias de un rico espacio urbano. La imaginación individual exige un contexto formativo más vasto que el que resulta del genio individual y un escenario social menos dirigido. En el espacio

público urbano, concebido como un “teatro abierto”, una cotidianeidad “reapropiada” podría facilitar la modificación de la actual rigidez de los usos y ritmos urbanos, su sometimiento a la necesidad. La recomposición del espacio público no exige sólo un espacio de aparición o manifestación, sino un espacio para la acción, plural y diversa, polémica y tensa. Porque modos diferentes de colaboración han de convivir más allá de, o precisamente entre, las dificultades en el espacio público, superando su confusión/disolución hoy existente:

- con el espacio institucional o espacio oficial de los entes públicos
- con el espacio social del trabajo y del consumo

Ya Lefebvre había detectado que “el fenómeno y el espacio urbanos no son solamente proyección de las relaciones sociales, sino también lugar y terreno donde se enfrentan las estrategias”. Lo urbano conduce a una “complejificación” porque los fenómenos sociales tienden a favorecer una mayor diversidad de situaciones que, a su vez, producen una mayor fragmentación. Las relaciones espacio-temporales quedan modificadas y el espacio adquiere la invisibilidad de un campo diferencial: “Los *campos ciegos* se producen entre los campos, los cuales, lejos de ser apacibles, son campos de guerra y de conflictos [...] El ojo no se ve y tiene que recurrir a un espejo [...] ¿No se produce un *campo* no visible, ayer entre lo rural y lo industrial, hoy entre lo industrial y lo urbano?” (Lefebvre, 1970: 35).

Hay paisajes urbanos que son “campos invisibles”, a los que no prestamos atención.

Insisto en que en lo urbano no todo está a la vista, ni siquiera lo están la desigualdad y el conflicto.

Por esto, la idealización de los conceptos clásicos de *civitas* y de *urbs* no sólo es ineficaz: a la vez marchita la posible recomposición del ideario complejo de una ciudad de ciudadanos, un espacio plural en la que sus habitantes sean los reactiven su responsabilidad con el futuro de su ciudad ¿Qué modelo de ciudadanía podría hoy levantarse encima del modelo social masificado, fragmentado y a la vez indiferenciado vigente? El pasado y el futuro hoy están activados por la hegemonía del “urbanismo operacional”, dirigido a acciones concretas y dirigido desde arriba. Esto exigiría el contraste de una participación ciudadana capaz de interferir y de colaborar con el poder establecido –la administración pública y los partidos–, asignando a las ciudades –a sus ciudadanos– el papel que les corresponde, una República de ciudades fundada en la gestión participada de lo urbano. Pero en ciudades heterogéneas, sin *pater familiae* ni patricios, ¿cómo se hace posible y viable la participación?, ¿participación de quién? La respuesta suele ser que han de participar todos aquellos que se manifiesten interesados –los *stakeholders*–, algo muy frágil de cara a legitimar sus decisiones.¹⁰⁷

Insisto en que el espacio público es un espacio de “representación” en tres sentidos, al menos: *espacio de representación del poder*, de sus instituciones y símbolos; *espacio de representación social de los ciudadanos*, de su historia común y de sus intereses ordina-

¹⁰⁷ Jordi Borja en *La ciudad conquistada* (Borja, 2003) ejemplifica esta tendencia articulando su texto en torno a tres conceptos: ciudad, espacio público y ciudadanía, que al considerarse redundantes pierden significado.

rios; y **espacio de representación de la vida urbana**, teatro de las actividades cotidianas y de sus interferencias. El espacio público es por ello y a la vez imagen de la ciudad y puerta de sus barrios.

Pero, en la práctica, nunca se ha abandonado la ideología funcionalista y su urgencia remedial. Lefebvre afirmaba: “Dos grupos de cuestiones han enmascarado los problemas de la ciudad y de la sociedad urbana, dos órdenes de urgencia, las cuestiones del alojamiento y del “hábitat”, las cuestiones de la organización industrial y la planificación global” (Lefebvre, 1969: 165).

E insistía: “en la ciudad moderna se produce una segregación espontánea, voluntaria, programada. El Estado y la Empresa, por arriba y por abajo se empeñan en absorber la ciudad y pretenden acaparar las funciones urbanas” (Lefebvre, 1969: 165).

Se trata del urbanismo sometido por la solución de “necesidades básicas”, ya sean infraestructuras, viviendas o el espacio para la actividad industrial, pero que simplifica la vida urbana, que elude la crítica cuando fracasa y que minimiza el espacio de representación social, eliminando la espontaneidad de grupos comprometidos y responsables.

Por esto, hoy hay que insistir en que la ciudad es un espacio de símbolos reconocidos y/o reconocibles día a día. Habitar la ciudad exige leer estos símbolos, lo que, como también plantea Michel de Certeau, conduce a su apropiación como espacio de vida, espacio doméstico y espacio de aprovisionamiento, pero no sólo de bienes, sino de ideas... (De Certeau, 1980). Se abre así el camino hacia la visión “más natural” del espacio público, adecuada a una sociedad compleja y heterogénea, y también a un espacio público más dinámico y “fuera de control”. Decir aquí espacio simbólico es atender a algo intensamente arraigado en lo cotidiano, pero sometido al azar, al juego de los que participan en la vida urbana.

Lefebvre acuñaba para acercarse a ello el concepto de “tercer espacio”: no es el **espacio material** que experimentamos con nuestros sentidos, ni **la representación de ese espacio**, característica en el trabajo de arquitectos e ingenieros, el espacio que es proyectado y gobernado, sino que es **un espacio de representación**, relacionado con los anteriores donde se mezcla el imaginario personal y el colectivo –acogiéndolos tres conceptos de representación enunciados–. El tercer espacio es un espacio abierto a significados diversos, activado por la acción y la imaginación social, variada y atractiva, que interactúa con el espacio de la vida cotidiana y con sus expectativas.¹⁰⁸ Sólo en el tercer espacio, profundamente social y antropológico, espacio de las mentalidades y de las motivaciones, encontramos una oportunidad de explicación de la **forma urbana**, abierta a la vez al individuo y a los grupos sociales, objeto de estudio de disciplinas diversas que reivindican la posibilidad de esclarecer sus lógicas configuradoras.¹⁰⁹ Apenas hemos indagado en esto.

¹⁰⁸ “Defino el tercer-espacio como una manera de entender y de actuar dirigida a cambiar la especialidad de la vida humana... la exploración del tercer-espacio puede estar guiada por ciertas formas de praxis potencialmente emancipatorias, por la traducción del conocimiento en acción dentro de un esfuerzo consciente –y conscientemente espacial– para conducir el mundo hacia una vía significativa” (Soja, 1996).

¹⁰⁹ Como han señalado Ash Amin y Nigel Thrift, podemos mantener “la posibilidad de reconocer la ciudad como estructura espacial que ofrece un objeto legítimo de análisis. Sin embargo, ¿cómo debemos considerarla para conseguir dar un sentido a su extraordinaria variedad y complejidad?” (Amin y Thrift, 2005).

Es verdad que la sociedad contemporánea organizada por el consumo y el interés oficial –no confundir con el interés público– plantea sistemáticamente “el control” del espacio público, al servicio del mercado o del poder dominante. El espacio público dirigido por la publicidad-propaganda. Esto facilita que el espacio público permanezca sujeto a disputas y lógicas segregativas que se reconducen por estrategias de aislamiento y de autoprotección. Sabemos que el poder autoritario fomenta la privatización del espacio, disminuyendo su potencial articulador de idearios colectivos. Sin embargo, y frente al ideal de control y privatizador, justificados por razones de “seguridad”, existen en las ciudades estrategias colectivas eficientes de autoregulación, fundadas en la colaboración y no en la exclusión, tal y como se esforzó en mostrar Richard Sennet hace ya tiempo: en la ciudad, y al lado de las estrategias del orden, se levantan las del desorden, las lógicas de agrupamiento y de convivencia social espontáneas que se hacen habituales. Son éstos los fundamentos de un espacio público en el que lo oficial –necesario– interfiera con lo no oficial, permitiendo fenómenos de reapropiación colectiva del espacio.

Los adalides del orden deberían tener en cuenta que sus excesos pueden ser terriblemente reductivos (Sennet, 1970).¹¹⁰

EL ESPACIO PÚBLICO EN LA SOCIEDAD DE CONSUMO, DESORDEN Y “APROPIACIÓN” DEL ESPACIO URBANO

Pensar lo cotidiano exige, por lo tanto, una aproximación crítica a la realidad, poner en crisis el *statu quo*, no tanto –o no sólo– para saltarse las “reglas vigentes”, sino también para dar cuenta de ellas, de cómo se manifiestan el comportamiento individual y colectivo, un comportamiento que no es sólo libre porque está profundamente arraigado en su propio entorno social. Incluso la rebeldía se manifiesta estandarizada.

En una sociedad cada vez más compleja y “avanzada”, donde la capacidad de elección del lugar donde vivir y trabajar de una minoría aumenta mientras una mayoría queda sometida a muy pocas oportunidades, la calidad de los espacios urbanos y de sus servicios desempeña papeles y urgencias diferentes, resuelve necesidades diferentes. El primer escalón, el de un espacio dotado de un nivel justo de equipamientos e infraestructuras accesibles para todos, es imprescindible pero no es suficiente. Sin embargo, hay una respuesta sencilla: desde el espacio urbano se puede catalizar mejoras sociales, ya que en la medida en que lo público tenga en la ciudad mayor calidad se beneficiará al conjunto de los ciudadanos. Cada ciudad condiciona de modo particular las respuestas. Pero este condicionamiento cultural está hoy sometido a una gran tensión homogeneizadora.

Me gusta citar una idea de Virilio que resume por contraste esta tensión homogeneizadora: “Existen dos leyes en el urbanismo: la primera es la persistencia del sitio. Una ciudad no se reconstruye jamás afuera. La segunda es que cuanto más se extiende el lugar de habitación, más se deshace la unidad de población” (Virilio, 1997).

¹¹⁰ Los textos de Sennet son en mi opinión muy útiles para renovar las ideas en arquitectura desde una mejor comprensión de la sociedad contemporánea.

Rehacer la ciudad existente y fomentar estructuras urbanas más densas son, en mi opinión, dos *leitmotiv* del futuro urbanístico.

Efectivamente, estamos cada vez más ante una “ciudad extensa”:

Lejos de la imagen unitaria que proponían las perspectivas de las ciudades ideales del Renacimiento, los territorios urbanos de hoy se manifiestan como una yuxtaposición de entidades sin lazos directos entre sí, barrios residenciales, centros comerciales, estaciones y aeropuertos, zonas industriales, servidas por infraestructuras ferroviarias, carreteras y autopistas entrecruzándose... Todo ello no es simple ‘desorden’, sino el resultado dinámico del ajuste a unas condiciones sociales y económicas cambiantes, donde se configuran espacios adheridos a una cotidianeidad diferente: sólo los ojos de un híbrido, hombre-máquina o *cyborg* pueden comprender... (Picon, 1998).

Estemos de acuerdo o no con esta idea, la realidad es que no es fácil trascender lo fragmentario, recomponer la propia experiencia urbana con cierta unidad. Por eso sigue teniendo actualidad la “deriva” situacionista, su propuesta de reconocimiento del espacio a partir de un orden arbitrario establecido como simple itinerario.

Se comienza a tomar conciencia de los importantes cambios sociales, económicos y culturales que están en el sustrato de la transformación de los asentamientos urbanos y de sus implicaciones en el desarrollo del territorio en su conjunto: desaparecen los límites de lo urbano incluso en áreas poco pobladas, se incrementan las relaciones de intercambio y las ciudades conocen un proceso expansivo desconocido desde la posguerra, con un crecimiento espacial dinámico y disperso sin correspondencia con crecimientos de población relevantes, la misma gente ocupando mucho más espacio consumido en actividades diversas. Los espacios para el ocio y el consumo “regulan” los cambios y lo urbano ocupa parajes que antes se identificaban con el campo o el monte.

Al lado del extraordinario crecimiento de las ciudades, de su transformación interior y dispersión en el territorio, es posible reconocer nuevas formas de organización, una realidad urbana comprendida y habitada de manera diferente por sus habitantes. El *sprawl*, el centro comercial, la disolución paisajística de la ciudad en la región, las grandes estructuras del transporte facilitan una interpretación dominante de pérdida del espacio público a la par que un debilitamiento de las relaciones sociales. Surge la nostalgia hacia “lo urbano perdido”.

Arquitectos relevantes como Rem Koolhaas insisten: la ciudad es cada vez más una realidad “genérica” (Koolhaas, 1995). La ciudad contemporánea, multiforme y compleja tiende, sin embargo, a presentarse como un universal, dotada de una regularidad sorprendente. ¿Son o pueden ser estas ciudades como aeropuertos? Detrás de esta maliciosa pregunta permanece la evidencia de las semejanzas, de que hay aspectos visibles de las ciudades contemporáneas muy parecidos, ya estemos en París o en Atlanta: la semejanza de lo edificado en los nuevos suburbios, el culto a la velocidad y al artefacto, la hiper-presencia de las infraestructuras y la fuerza de una realidad urbana dinámica y cambiante. Semejanzas que quizás no puedan sostenerse más allá de una “percepción genérica” e imprecisa. Koolhaas mezcla provocativamente sus impresiones con las de otros autores en un delirio por el caos urbano, entendiendo la arquitectura misma como una caótica aventura, aunque ahora liberada del compromiso crítico de interpretaciones como la “deriva” situacionista.

Es cómodo renunciar, en cierta medida, a la explicación porque, como Jean Rémy expresa, la ciudad se ha convertido a la vez en categoría descriptiva e interpretativa,

sometida a la atomización funcional de los poderes que la organizan y a su control social (Rémy y Voyé, 1992). Bajo el pretexto de organización, el organismo desaparece. Insisto: la ciudad son autopistas, viviendas, parques, residuos, aguas, etc..., y cada una de las oficinas que las controla. Con la industrialización, se materializaron formas de racionalidad económica y productiva que tienden ser estáticas y burocráticas. Se olvida la relación entre vida social y lugar habitado. En realidad, la ciudad como “institución” social corre el riesgo de ser un espectro (fig. 3).



Fig. 3. Algunos planos históricos muestran un tipo de ciudad hoy imposible: el mito funcional exige eliminar una complejidad que hoy se añora en las partes nuevas de la ciudad. Plano de Nolli, Roma siglo XVIII.

Pero la ciudad es también una mediación entre mediaciones, una obra de agentes históricos y sociales, espacio de relevancia de las instituciones, de los actos individuales y de los acontecimientos colectivos. El fenómeno urbano es polifónico, no hay una única voz capaz de narrarlo, de dar cuenta de ello.

La contradicción es que el resultado de la diversidad potencial de intereses y de perspectivas se apaga, sin embargo, ante la atonía de una vida urbana dirigida desde el consumo –consumo también de ideas y de política–. Lefebvre anticipaba el concepto, que más tarde Débord desarrolla, de la sociedad del espectáculo: “ante nosotros se extienden como un espectáculo... los elementos de la vida social y de lo urbano: disociados, inertes” (Lefebvre, 1969: 118),¹¹¹ espectáculo que se construye sobre los cimientos de una sociedad ociosa, desarraigada en gran medida del trabajo: la sociedad urbanizada tiene una relación extraña con la realidad; es ociosa, no está atenta, se fía de la publicidad/propaganda. Lefebvre se pregunta, como ya lo había hecho Daniel Bell, ¿será *el disfrutelo* que corresponde a la nueva sociedad urbana? Lefebvre, con Castoriadis o Virilio, concluye el ascenso de lo *insignificante* como nueva categoría. La sociedad espectáculo es una respuesta que califica el concepto de espacio público moderno, teatral y ambiguo, preparado para el despliegue de los poderes dominantes: la adminis-

¹¹¹ Dice Guy Debord en *La société du spectacle* (1967): “Toute la vie des sociétés dans lesquelles règnent les conditions modernes de production s’annonce comme une immense accumulation de spectacles”.

tración pública, dirigiendo la cultura, con su “efecto Beaubourg”, y el mercado, reinventando el espacio comercial, ya sea en el centro tradicional o en el nuevo *mall* comercial.

La estructura de las ciudades se modifica incluso en elementos antes tan estables como la centralidad urbana: “La centralidad constituye para nosotros lo esencial del fenómeno urbano, pero una centralidad considerada junto con el movimiento dialéctico que la constituye y la destruye, que la crea y que la extingue” (Lefebvre, 1970: 122).

El urbanista que trata de controlar la ciudad es un cegador cegado, un planificador en un limbo de papel. El suyo es un urbanismo de la pasividad que se caracteriza por la ausencia de participación de los interesados, el plan sin el usuario, el habitante como el tercero excluido en el diálogo urbanista-arquitecto.

Sólo dando prioridad a lo histórico y a la vida que deriva de lo singular en cada caso, frente a lo inerte funcional, se puede encontrar salida a esa atonía, al aislamiento individualista de la sociedad moderna. Aquí surge el “derecho a la ciudad”. Como un derecho a participar y disfrutar de la vida urbana, en un marco lúdico, es una restitución del derecho a la obra, al habitar participativamente, a la apropiación: “Restituir el sentido de la obra que el arte y la filosofía aportaron; conceder prioridad al tiempo sobre el espacio, sin olvidar que el tiempo se inscribe y escribe en el espacio, poner la apropiación por encima de la dominación” (Lefebvre, 1970: 156).

Asumir el control de esta temporalidad de la vida urbana, sometida a tiranías y a regularidades, es clave.

Rémy, discípulo de Lefebvre sin perfil revolucionario, interpreta las lógicas de apropiación como *dinámicas de integración en el modelo dominante*. El espacio, explica Rémy, es a la vez inductor e inducido de las formas sociales. La lógica que explica la producción de un espacio no explica necesariamente las formas de apropiación. La apropiación del espacio pertenece al ámbito de lo individual, de lo cultural y de lo social. Jean Rémy caracteriza la apropiación del espacio en un contexto urbanizado donde algunos factores condicionan el proceso: la descomposición del centro, la prioridad del signo frente al símbolo, una vida social fuerte y una vida colectiva débil. Aquí también pueden actuar lo que hemos denominado “estructuras del desorden”, porque *el espacio es un recurso utilizado y valorado de forma diferente por los actores de cara a hacer valer sus prioridades en la transacción social*. Por ejemplo, un gueto puede ser hoy tanto instrumento de exclusión como de promoción social. Los modos espaciales de la vida social, la estructuración formal o informal de las relaciones y de las actividades, los regímenes de intercambios, los códigos de representación y su legitimidad –lo que está permitido, el control de la intimidad, los roles...– son fenómenos sociales vistos desde un ángulo específico.

Así, a pesar de que las dificultades de la vida cotidiana, la violencia o la pérdida de sentido que impone la necesidad, somos muy sensibles a la condición desestructurante de algunas transformaciones urbanas pero también a la aparición de nuevas coherencias: la ciudad es el lugar donde grupos diversos, permaneciendo diferentes los unos de los otros, encuentran posibilidades múltiples de coexistencia y de intercambio, compartiendo legítimamente un mismo territorio. Esto no sólo facilita contactos programados sino, sobre todo, multiplica las oportunidades de encuentros aleatorios y favorece el juego de las estimulaciones recíprocas. La solidaridad global puede ser

sustituida por una multiplicidad de solidaridades. Por lo cual, intervenir en el espacio público es sustantivo.

La relación casi directa que existía entre lugar, forma y función social en el espacio urbano tradicional ya no tiene lugar en lo urbano contemporáneo. Pero a pesar de su fragmentación y discontinuidad, el espacio público sigue desempeñando un rol clave. La tarea pendiente es la adecuación de las formas, la superación del funcionalismo a partir de un renovado interés por la complejidad de la vida urbana y la construcción social del espacio. Cualquier nueva racionalización de lo urbano ha de plantearse en constante formación, desarrollar un interés específico por lo cotidiano, y ser capaz de detectar los espacios concretos del habitar, incluso en sus ambigüedades, yendo más allá de la necesidad. Como una *ecología específica* –como *oikos/logos*, ecología es el saber sobre la casa, el espacio que habitamos–, el urbanismo ha de ser más perspicaz. Permanece la duda sobre las cualidades del espacio urbano que deberíamos fomentar, aunque probablemente el espacio urbano tradicional en Europa, por su unidad y diversidad, siga siendo ejemplar, pero sin “la nostalgia del espacio perdido” porque ese espacio preindustrial, agrario y preurbano ya no existe y cuando existía era un espacio de privilegios sometido al *imperio de la necesidad*.

PAISAJES URBANOS, RELACIONES DE PROXIMIDAD

Autores como George Baird intentaron trasladar al campo de la arquitectura ideas para salir de “la crisis del espacio público”, del problema cultural de una sociedad deficitaria en su *public realm*, tal y como pensadores como Hanna Arendt y Richard Sennet habían anticipado. Baird planteaba abiertamente la necesidad de construir un espacio público como *espacio de manifestación*, donde la arquitectura contribuya a la creación de lugares donde *mostrarse y encontrarse con los otros* (Baird, 1995). Escibía Arendt: “Para los hombres la realidad del mundo está garantizada por la presencia de otros, por su aparición ante todos, ‘porque lo que aparece a todos, lo llamamos ser, y cualquier cosa que carece de esta aparición viene y pasa como un sueño, íntima y exclusivamente nuestro pero sin realidad’”.¹¹²

El espacio público ha de estar dotado de esta realidad. Sin embargo, ¿cómo hacerlo?

Desde la *Instant City* de Archigram al espacio neo-tradicional del *New Urbanism*, la arquitectura sigue planteándose este empeño. Incluso en los últimos veinte años se ha invertido con euforia en los espacios urbanos tradicionales de toda Europa, un *revival* urbano que, sin embargo, ha penetrado con lentitud en nuestras inmensas periferias: ¿dónde están los nuevos espacios significativos? ¿Ha triunfado definitivamente el complejo comercial en las periferias? ¿Esto es malo?... Quizá no se trate de hacer mucho.

Otro clásico acude en nuestra ayuda como primera fuente. En *Muerte y vida en las grandes ciudades*, ya en 1961, Jane Jacobs proponía estar más atentos a lo que se construye, en apariencia, espontáneamente. Pero a la vez que hablaba de “*the need for mixed primary uses*” y defendía los valores de la densidad y de la diversidad urbana –temas

¹¹² Cita de *La condición humana* (1958), de Hannah Arendt, hecha en Baird, 1995.

hoy convertidos en “dogmas” del urbanismo sostenible– Jacobs insistía en su interés por el “paisaje urbano” a partir de una idea que ella denominaba “*visual order*” y de la que destacaba tanto sus limitaciones como sus posibilidades. Es posible fomentar este orden visual con pequeñas acciones. El diseño urbano tiene ante sí una interesante tarea: transformar lo urbano actual. No podemos prescindir de la lectura de la forma del espacio urbano propuesta por Kevin Lynch. Su concepto de “legibilidad” sigue vigente, como ocurre con el concepto secuencial o seriado de *townscape*, de Gordon Cullen: habría que comenzar pensando en la posibilidad de crear espacios más agradables y en reeditar las pocas reglas que dan sentido a “los paisajes urbanos”.

El diseño del espacio público tiene que ver con este orden visual. El proyecto urbano converge aquí con el proyecto paisajístico. Se trata de “componer” un paisaje urbano, en gran medida de “recomponerlo”.

Decir paisaje significa acudir a una lógica narrativa, abordar la comprensión de un espacio concreto a través de la lectura articulada de sus componentes. Aquí la cultura arquitectónica tiene una oportunidad extraordinaria: una arquitectura que está participando en la construcción del espacio social y en el respeto inteligente de la Naturaleza que todavía es posible reconocer en cada territorio urbano. No se trata tanto de introducir una “nueva teoría explicativa” como de proponer una narración capaz de recoger el proceso de racionalización de los fenómenos urbanos analizados, lectura de “indicios” que permitan acceder al “puzzle” y, probablemente, mostrarlo estructuralmente, recomponerlo sin que sea necesario “descifrarlo”.

La revalorización del paisaje como orden visual es también la búsqueda de una relación diferente entre ciudad y Naturaleza. En el nuevo contexto de lo urbano extenso la ciudad no puede ya ser un todo artificial. Fortaleciendo los principios del desarrollo sostenible, hay que superar la variable “patrimonial” y activar la vía creativa. La reflexión sobre los rasgos específicos del paisaje (sus dimensiones natural, rural y urbano-arquitectónica, su condición de “forma del territorio”) tiene ante sí el desafío de convertirse en algo útil para el proyecto urbano.

Brevemente recuerdo lo que sucede a finales del siglo XX en los espacios que algunos denominaron “territorios abandonados” –espacios ferroviarios, industriales, portuarios– y que más tarde se denominaron *brownfields*, ya con una perspectiva ecológica. Estos espacios van a ser claves en un periodo económico expansivo para la reforma interior de las ciudades –en las grandes ciudades como Londres, Rotterdam, Lyon, Barcelona o Berlín, siempre con sus singularidades, pero también en ciudades medias como Nantes, Bilbao o Manchester–. El sector público anima el mercado inmobiliario y se apoya en programas corporativos de amplio alcance en los que “la imagen de la ciudad” se introduce como argumento central de las lógicas de competencia internacionales, al amparo de grandes programas de desarrollo urbano. Se produce así una transición “sin dudas” del conservacionismo al *urban renewal* de los *waterfronts* cuyo antecedente estuvo al otro lado del Atlántico, en Baltimore, San Francisco o Nueva York. Hoy se olvidan en muchos casos las crisis desencadenantes, como fue, en el caso de Bilbao, la reacción tras las inundaciones de 1983. Más allá de las grandes diferencias, la transformación de las ciudades en pocos años es sorprendente y, en España, ha estado acompañada de un ciclo de crecimiento de la construcción sin precedentes.

El espacio público adquiere un papel a la vez de bálsamo y justificación de las acciones y se transforma en el espacio de la propaganda, en un argumento para ganar elecciones. En la ciudad se actúa “por partes”, en el centro y en la periferia, y se confía a las grandes infraestructuras y a las áreas verdes la posible unidad del conjunto.

Sin embargo, la interpretación desde la “cultura del paisaje”, de la estructura y arquitectura urbana, del paisaje urbano –de la ciudad y de su región– con herramientas nuevas o ya conocidas, puede ser mucho más ambiciosa y dar cuenta de lo que apenas se ve en nuestros territorios. El dinamismo fragmentado y desordenado –caótico– de la forma urbana puede encontrar aquí “un contexto explicativo”, un sentido no lineal para el *visual order*.

En la práctica, el parque y el jardín urbano, o los espacios útiles como los paseos, se han mostrado mucho más eficaces que otros espacios públicos. De hecho las “plazas contemporáneas” más relevantes no son sino plazas históricas revisitadas (fig. 4). Se habla sin parar de ciudadanía y de espacio público, pero en la realidad comprobamos –en particular sobre espacios antes abandonados– que no hemos creado un nuevo espacio público, sino sólo rehecho el espacio público de las ciudades históricas y de sus bordes a la vez que ha renacido en Europa el arte de los parques y jardines, incorporando muchos lugares antes en desuso o inadecuados al sistema de espacios libres públicos.



Fig. 4. Plaza en Rotterdam central, diseño de West 8. Muchos espacios públicos se rehacen hoy con lógicas de escenario, de teatro abierto. (Foto del autor)

Aquí no sólo influye el auge de lo ecológico. Lo que está en juego es lo que valora la gente, llamémoslo “relaciones de proximidad”. En parques y jardines, la Naturaleza ofrece a los usuarios una utilidad directa y, a la vez, la comprensión de espacio no es difícil, ya que al mensaje inmediato de salud se le añaden los derivados del servicio prestado.

Se abre así una puerta interpretativa donde cobra sentido una mayor investigación sobre el paisaje urbanizado y su *relación tanto con el paisaje preexistente como con “la*

Naturaleza”, en sentido amplio, clave de acceso a una lectura de la forma del territorio mucho más eficiente en la ciudad-región. La dimensión de la ciudad-región –o metropolitana– permite con ello un cambio de escala en el concepto de espacio público y una percepción diversa de los espacios abiertos o “vacíos”.

Se puede aprender de la comparación entre las ciudades de ambos bordes del Atlántico en doble sentido. De hecho la obsesión por entender el espacio público a la europea, imitar sus secuencias de espacios públicos tradicionales –calles y plazas, jardines– ha inducido mimesis desastrosas en nuevos espacios y ha facilitado una comprensión negativa del potencial urbano de las ciudades americanas: sus parques y sus entornos naturales. Desde F. L. Olmsted es posible abordar el paisaje urbano en diálogo con el paisaje natural preexistente, tal y como reconocía el artista Robert Smithson al reflexionar sobre Central Park. Los parques y paseos ajardinados, con actividades urbanas en sus bordes, están también en el origen de lo que algunos especialistas americanos comenzaron a plantear en los 70 del pasado siglo, con mucha más intensidad que sus contemporáneos europeos: la promoción de una *pedestrian revolution*, dando nuevo valor a los espacios urbanos (Breines y Dean, 1974).

El acierto de la reactivación del parque urbano y, sobre todo, del sistema de parques y espacios públicos no es sólo atractivo, sino que da nuevo sentido al espacio público porque renueva la vida urbana.

Recordemos *La ciudad no es un árbol*, donde, en 1965, Christopher Alexander afirmaba: “para la mente humana el árbol es el vehículo más fácil para los pensamientos complejos [...] pero la ciudad no es un árbol [...] es un receptáculo para la vida” (Alexander, 1965). En el árbol lógico, configurado como un fractal elemental, la estructura matemática impide que las piezas se relacionen si no lo es a través del tronco común: “En la estructura de árbol ninguna pieza o unidad está conectado a otra unidad si no lo es a través del medio que unifica el todo”... por ello, Alexander propone pensar en *estructuras en entramado o celosía*, hechas de discontinuidades, entrelazamientos y yuxtaposiciones, frente a las arbóreas, donde no hay interferencias o superposiciones, simplificación que sólo beneficia a proyectistas, planificadores, administradores y promotores. La mente humana tiende a ver en el árbol el vehículo más fácil para los pensamientos complejos, pero la ciudad no es un árbol, su complejidad es mayor.

Alexander utiliza la referencia a las construcciones arbóreas de la matemática y a sus replicantes para aventurar un camino diferente. En la ciudad hay interferencias. Es un espacio donde unas realidades entrelazan con otras. El proyecto espacial no puede ser ajeno a ello. Frente a la lógica del artefacto mecánico, la ciudad se presenta como una compleja y multiforme construcción social.

Es allí donde los recursos que la Naturaleza nos ofrece ayudan a comprender, en su profunda imbricación con cada lugar o territorio. Hablar de paisaje en temas urbanos es hacer referencia a lo anterior, comenzando a describir la complejidad observada. Tiene aquí sentido un *concepto bien fundado de espacio público*, en el que lo nuevo y lo existente dialogan con un horizonte temporal amplio, y sobre un concepto renovado del espacio urbano asistido por la tensión paisajística.

La arquitectura y el urbanismo mantienen como una de sus preocupaciones más dramáticas la de recuperar y/o crear “espacio público”. La ciudad americana y la ciudad europea la comparten, aunque en Europa se serene gracias a lo que aporta la ciudad histórica.

Es algo que viene de lejos. Lo había percibido Charles W. Moore al escribir, en 1965, *You have to pay for the public life* (Moore, 1965),¹¹³ un escrito incisivo sobre la desaparición del espacio urbano de encuentro o su privatización en el *mall* comercial. El texto finaliza admirando las calles y plazas de Guanajuato, la ciudad minera mexicana hoy reconocida por la UNESCO como Patrimonio Mundial. Gran parte de sus preocupaciones permanecen en unas ciudades donde lo nuevo tiende a plantearse con estructuras dominadas por los espacios privados o un microcosmos de espacios públicos irrelevantes. No puedo desarrollar su perspectiva aquí, aunque fomento el contraste con el *¡Nos vemos en Disneyland!* de Michael Sorkin.

En cualquier caso, no creo que hoy sea acertado interpretar nuestra sociedad urbana como un modelo social masificado e indiferenciado, como si estuviéramos todavía inmersos en la *rebelión de las masas*. Los habitantes de la ciudad tienen en las sociedades avanzadas oportunidades para remover su atonía y recuperar, frente a un gobierno local burocratizado, su responsabilidad y su capacidad para enfrentar el futuro y tomar las decisiones. La complejidad institucional es hoy extraordinaria y un ciudadano puede participar en decisiones urbanas de maneras diversas, no sólo en función de su trabajo sino también de sus intereses. Reconocerlo sería la primera calidad de lo público.

La arquitectura tiende a reducir lo urbano a los mecanismos de su forma física. Pero hay que tener en cuenta lo que la gente hace. La ciudad y el territorio –su arquitectura– son los espacios en los que una sociedad se manifiesta, donde se levanta un complejo social heterogéneo en sus condiciones contemporáneas de diversidad y pluralidad. Incluso allí donde se produce un declive urbano, en medio de sociedades con problemas graves, las estrategias espontáneas de convivencia muestran cómo podemos encontrar no sólo muchos casos de vida urbana atractivos, sino una fuente para recorrer otros caminos. Al lado del derecho a agruparse en la ciudad está el derecho a pasar inadvertido. Lo primero es recuperar la ciudad para el paseo. Lo segundo es garantizar espacios públicos abiertos y seguros, y dotarlos de actividades, de densidad en sus entornos para garantizar la vitalidad urbana.

Pensemos en el simple hecho de pasear por la ciudad. Me refiero al que camina porque no tiene prisa, al paseo del *flâneur*, paseante vagabundo, al *dolce fare niente* del viajero aventajado, que como un *stroller*, simplemente deambula por la ciudad y a la vez trata de comprenderla, de reconocer en ella sus significados. Pasea para vivir la ciudad y quizás para recomponer su experiencia como en la deriva situacionista. La creación de grandes avenidas para el paseo colectivo, donde conviven el escaparate y

¹¹³ Este título es el elegido para la edición de *Selected Essays of Charles W. Moore* (Cambridge: MIT Press, 2001).

el café con el ruidoso ajeteo de los tranvías y de las masas de gente, ha sido una de las primeras características modernas de la ciudad. Me gusta recordar que la modernidad, en sus ideales ha sido siempre contradictoria, incluso ha estado desamparada frente a la modernización y sus mitos de progreso. M. Berman mostró con acierto cómo el hombre moderno arrojado a la ciudad es un ser expuesto –a la actividad, a los otros, al caos urbano– y, si no existe una incorporación consciente de la complejidad, de sus condiciones de fragmentación y discontinuidad, su incomodidad le conducirá a refugiarse en algún “lugar seguro”. Le obligará a abandonar su paseo.

Las calles son también el lugar de la rebelión popular, de las barricadas y de la reconstrucción de la identidad colectiva. Las calles no son lugares tranquilos, son espacios dionisiacos porque allí están siempre “los otros”, son un lugar público donde la sociedad se expresa y se confunde. Donde el paseante se siente inseguro. Una sociedad que no sabe resolver la incertidumbre, el desplazamiento y la pérdida de dominio que la calle implica, que tiende a imaginarlas como espacios apolíneos o a domesticarlas, al final huye. La sociedad se escapa de las calles y se refugia en contenedores, en espacios seguros. No en vano la primera percepción de la gran ciudad fue inquietante, leamos a Simmel, Weber, Veblen u Ortega y Gasset, acudamos a los pintores... (De las Rivas, 2001).

La ciudad es un complejo social de extraordinaria diversidad. Así vemos grupos muy cohesionados entre sí, casi tribalmente, y por lógicas protectivas en el caso de los emigrantes, y vemos el modelo opuesto en el habitante urbano cosmopolita e individualista, ligado a una familia nuclear, vulnerable a pesar de su posición y riqueza. Algunos autores han afirmado que la ciudad europea oscila entre dos polos, la *polis*, la ciudad estado y fortaleza, y la *civitas*, ciudad de ciudadanos. Los burgueses, habitantes de la *polis*, serían sobre todo los motores del crecimiento económico, y los ciudadanos, habitantes de la *civitas*, serían sobre todo los defensores de la igualdad social (Cacciari, 1987; Dahrendorf, 1991). Es evidente que en el desarrollo de la sociedad urbana se mezclan poblaciones diversas y, a veces, el hombre económico y el trabajador parecen llevar una vida totalmente distinta de la del hombre político. Son los habitantes de la *urbs*, la ciudad cosmopolita y compleja de la antigüedad romana, pero ¿los que viven en la *urbs* son habitantes o ciudadanos? Más allá de la fácil respuesta, necesitamos toda la energía de la *civitas* y de la *urbs*, de sus interferencias y de los espacios urbanizados que estén hoy lejos de ambas.

Para el urbanista, cada vez más, es importante la *analogía con el juego*. En el juego las reglas están claras pero el resultado es indeterminado. En todos los juegos de equipo hay momentos caóticos y no por ello se incumplen reglas. Incluso se puede pensar en el juego no sólo como estrategia explicativa, sino proyectual: proponer un nuevo espacio público es hacer algo divertido, como hizo Koolhaas en su propuesta para La Villette en París, como ya propusieron Archigram, como plantea abiertamente el retorno contemporáneo al jardín, incluso como propone el parque temático y sus críticos. ¿Acaso defender lo público tiene que ver con acabar con el ocio, con el consumo responsable, con el azar que exige el tiempo libre...? Si el objeto es el de facilitar una apropiación significativa del espacio urbano y construir desde ella el espacio público, consumo y ocio han de ser incorporados.

El intento por recomponer el imaginario colectivo se enfrenta con problemas de significado. La mayor parte de lo que se edifica no tiene que ver con algo realizado

para permanecer. Si no sirve, puede ser rehecho o eliminado. Los que aceptan que “el carácter del paisaje refleja los valores de una cultura” desearían reconocer en el territorio la proyección de los ideales y principios de la sociedad actual, pero sólo encuentran las prioridades y vaivenes de las lógicas tecnológica y económica que se despliegan en el paisaje.

En este sentido, recupero lo ya dicho: el proyecto prioritario va a estar en rehacer la ciudad existente mejorándola y, al lado, está el de recuperar la Naturaleza en la ciudad.

Hay cambios sociales que favorecen esta perspectiva, compatible con una interpretación mas abierta del espacio. Como afirma Mitchell:

En el siglo XXI la condición de la urbanidad civilizada se puede basar menos en la acumulación de objetos y más en el flujo de información, menos en la centralidad geográfica y más en la conectividad electrónica, menos en el aumento del consumo de los recursos escasos y más en su gestión inteligente. Descubriremos cada vez más que podemos adaptar los lugares existentes a las nuevas necesidades conectando de nuevo el equipamiento, modificando la informática y reorganizando las conexiones red, sin necesidad de demoler las estructuras físicas y construir otras nuevas (Mitchell, 1999).

Es este potencial transformador el que interesa, capaz de arraigar en las geografías locales. La geografía es imprescindible si ese proceso de adaptación espacial busca vías significativas de vinculación de lo urbano con la Naturaleza. El árbol lógico permanece como amenaza frente al programa abierto adaptado en un lugar con sentido, más allá de la quimera de la flexibilidad del espacio. Los edificios antiguos rehabilitados una y otra vez dan cuenta de esta flexibilidad. Mitchell proponía como idea programática una “*recombinant architecture*” como capacidad de hacer posible el lugar digital fortaleciendo la idea misma de lugar. Se trataría de rehacer espacios y no sólo de inventar nuevos espacios. Para ello, los edificios han de recomponer su sistema nervioso, pero los nuevos dispositivos estarán al servicio de la habitabilidad y de la adaptación al entorno. Para Mitchell es posible un *programa rizómico* –idea prestada de Deleuze y Guatari– que, ante el infinito potencial de conectarse, ofrece la oportunidad de cumplir una aspiración: la de vincularse a la identidad de determinados espacios. *El programa sería el nuevo genio del lugar.*

En consecuencia, si se da por sentado que los espacios públicos favorecen una vida colectiva creativa, con independencia de qué espacios públicos tratemos, podemos no equivocarnos si aprendemos a reprogramarlos. Gran parte de los espacios públicos contemporáneos son semipúblicos o incluso espacios cerrados pero otra gran parte no son todavía espacios públicos. Son espacios vacíos, intersticios urbanos, espacios de borde, espacios semi-abandonados, espacios inútiles o mal pensados, abiertos o cerrados. Es aquí donde cabe un programa diferente, arraigado en una concepción sistémica y articuladora de dichos espacios

Una actitud prudente evitaría las grandes preguntas. El diseño del espacio público debe desempeñar un papel concreto si queremos en cada caso remover los obstáculos que la calidad de vida y la equidad social encuentran. Se plantean nuevos objetivos en los que “un espacio público bien concebido” no puede estar ausente:

–valorar los paisajes más frágiles, los espacios menos prósperos o más difíciles de la ciudad, donde se manifiesta la complejidad y riqueza de la vida urbana con sus mestizajes;

-replantear lo que ocurre en la nueva *exópolis*, fuera de los límites de lo que parece la *ciudad normal*.

Son los espacios donde los ciudadanos ponen en crisis su ideario, donde *lo sólido se mezcla en el aire*.



Fig. 5. Para acoger la vida urbana el espacio público necesita versatilidad, capacidad de adaptarse: la arquitectura suele sin embargo actuar con una dureza excesiva. Nueva plaza-paseo en Madrid.

Desde el programa y desde la forma, el concepto de espacio público no puede replantearse aislado, ya que está imbricado con otros temas urbanos, al menos con tres de los temas que se han ido consolidando al lado de una repropuesta de lo urbano cotidiano:

-*mixticidad*, un programa urbano fundado en la mezcla de usos/actividades en un marco de respuesta a programas abiertos, flexibles;

-*tipologías híbridas*, respuesta espacial con formas urbanas y arquitectónicas adaptables, destinadas a hacer efectiva esta mezcla articulando espacios centrales y espacios de servicio;

-*espacios públicos como sistema*, interacción en el soporte físico de la vida urbana colectiva, diversidad en la estructura funcional cotidiana de la ciudad y mayor intensidad de su estructura simbólica.

Son temas que facilitan una reconsideración estructurada del espacio público, aunque la dificultad está en que su diseño va a exigir el arraigo de algunos factores transversales:

-en la *ciudad sin densidad*, que fomentemos acontecimientos de densidad (como ocurre en algunos centros históricos);

-en la *ciudad fragmentada*, que construyamos lugares de continuidad (como los corredores comerciales o sistemas de parques);

—en la *ciudad segregada*, que seamos capaces de crear estructuras de conectividad (herramientas para la interacción recombinando espacio, allí donde surge un espacio público que no es sólo un espacio abierto).

No estamos ante el proyecto de una “ciudad nueva” sino, sobre todo, en el desafío de transformar “todo” lo que ya tiene lugar en la existente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALEXANDER, Christopher (1965). “A City is Not a Tree”, *Architectural Forum*, vol. 122, núm. 1, april.
- AMIN, Ash y THRIFT, Nigel (2005). *Città. Ripensare la dimensione urbana*, Bologna: Il Mulino (ed. orig.: *Cities. Reimagining the Urban*, 2001).
- BAIRD, George (1995). *The Space of Appearance*, Cambridge, Mass.: MIT Press.
- BORJA, Jordi (2003). *La ciudad conquistada*, Madrid: Alianza Editorial.
- BREINES, S. y DEAN, W. (1974). *The Pedestrian Revolution*, New York: Vintage Books.
- CACCIARI, Maximo (1987). “Aut civitas aut polis?”, *Casabella*, núm. 526.
- DAHRENDORF, R. (1991). *El conflicto social moderno*, Barcelona: Mondadori.
- DE CERTEAU, Michel (1980). *L'invention du quotidien*, Paris: Union Générale d'Éditions.
- DE CERTEAU, Michel (1984). *The Practice of Everyday Life*, Berkeley: University of California Press.
- DE LAS RIVAS, Juan Luis (2001). “El espacio urbano de la Puebla de Zaragoza, su origen polinuclear y su cuadrícula como rutina”, en VILADEVALL, Mireia (ed.), *Ciudad, patrimonio y gestión*, Puebla (México): Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y Secretaría de Cultura del Estado de Puebla.
- GOFFMAN, Ervin (2004). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires: Amorrortu (edición orig: 1959).
- KOOLHAAS, Rem (1995). “The Generic City”, en O.M.A.; KOOLHAAS, R. y MAU, B., *S,M,L,XL*, Rotterdam: 010 Publishers.
- LEFEBVRE, Henri (1969). *El derecho a la ciudad*, Barcelona: Península.
- LEFEBVRE, Henri (1970). *La revolución urbana*, Madrid: Alianza Editorial.
- LEFEBVRE, Henri (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Madrid: Alianza Editorial (edición original: 1968).
- LEFEBVRE, Henri (1974). *La production de l'espace*, Paris: Anthropos.
- MITCHELL, William J. (1999). *E-topia. Urban life, Jim-but not as we know it*, Cambridge: MIT Press (edición española: Barcelona: Gustavo Gili, 2001).
- MOORE, Charles W. (1965). “You have to pay for the public life”, *Perspecta: The Yale Architectural Journal*, núm. 9/10.
- PICON, Antoine (1998). *La Ville, territoire des cyborgs*, Besançon: Les éditions de l'imprimeur.
- RÉMY, Jean y VOYÉ, Liliane (1992). *La Ville: vers une nouvelle définition?*, Paris: L'Harmattan.
- SENNET, Richard (1970). *The Uses of Disorder: Personal Identity and City Life*, Nueva York: A.A. Knopff (edición española: *Vida urbana e identidad personal*, Barcelona: Península, 1975).
- SOJA, Edward (1996). *Thirdspace: Expanding the Geographical Imagination*, Oxford: Blackwell.
- VIRILIO, Paul (1997). *El Cíbermundo. La política de lo peor*, Madrid: Cátedra.

DE LA NECESIDAD DE LA INCERTIDUMBRE, LA LENTITUD
Y LA GRATUIDAD*
Alessia De Biase

En la concepción de la ciudad contemporánea, hay tres ideas que parecen finiquitadas: la incertidumbre, la lentitud y la gratuidad. Estos tres sentimientos¹¹⁴ caracterizaban las ciudades hasta la llegada del pensamiento funcionalista y su herramienta primordial: la zonificación. Estas tres artes de estar en el espacio público han formado generaciones enteras de escritores que han tomado la ciudad moderna como escenario privilegiado de sus narraciones. Estas tres maneras de estar en el espacio público, que se fundan en el principio de *habitar* un espacio, eran también tres economías que aprovechaban plenamente el hecho de *estar en un espacio* (sea calle o plaza). Se trata, en definitiva, de tres posturas que generaron concepciones arquitectónicas y urbanas que produjeron (¡y que aún pueden producir!) un espacio apropiable y habitable.

En el enunciado precedente, no hay ninguna nostalgia –sentimiento típicamente europeo– de la ciudad premoderna (ni modernista), a pesar de que la utilización del pretérito pueda inducir a pensarlo. Entre nuestros contemporáneos, nadie con un mínimo de honestidad intelectual y un sentimiento nostálgico por esa ciudad ya desaparecida podría vivir en ella ni soportarla más de un día, el tiempo de una escapada del tipo *Regreso al futuro*: la pestilencia, la suciedad, el ruido, la contaminación de las primeras industrias urbanas, etc., nunca podrían ser toleradas por un individuo nacido y crecido en el ambiente urbano de nuestros días, cada vez más aséptico.

Por el contrario, aquellos tres aspectos nos interpelan paradójicamente por su contemporaneidad, por su manera de cuestionarnos sobre el valor que debería tener el espacio público, tanto en su sentido político como socio-espacial (Joseph, 1995), en la sociedad y en la ciudad que vivimos. En la visión de los posmodernistas de la Escuela de Los Ángeles, que se pueden encontrar todos reunidos en el célebre *Variations on a Theme Parc* (Sorkin, 1992), la ciudad y el espacio público americanos han pasado definitivamente al registro de ficción baudrillardiano (Baudrillard, 1985). Si se les puede dar la razón, en cierto sentido, a la vista de la creación cada vez más frecuente de simula-

* Este texto, en versión francesa, ha servido parcialmente de base para la introducción realizada en colaboración con Monica Coralli al libro *Espaces en commun* (De Biase y Coralli, 2009).

¹¹⁴ Por su valor en el espacio público, incorporamos la gratuidad, esto es, la cualidad de lo que no hace sentirse en el deber de hacer o de pagar algo, en el registro de los sentimientos.

cros de espacios públicos en lugares completamente privados (desde los *shopping centers* hasta las *gated communities*), la cuestión que hay que plantearse es si todo modelo americano es exportable y, si la respuesta es sí, cuáles son sus declinaciones y matices cuando se aplica en Europa o en otros lugares. La investigación nos muestra un avance progresivo de esta ciudad americana exportada,¹¹⁵ pero en su versión europea. El trabajo de Eric Charmes (2005) no es más que un ejemplo entre los posibles; otros autores dirigen su mirada hacia la evolución europea “al aire libre” del *shopping mall (outlet)*, etc.

Sin embargo, a menudo, la indignación al ver la transformación de los *shopping centers* en nuevas “plazas”¹¹⁶ nos hace plantearnos algunas cuestiones. Nos parece completamente legítima la comparación de los *shopping centers* actuales con los pasajes parisinos tan glorificados por Walter Benjamin como lugares mayores de la *flanêrie* urbana, donde la presencia del ciudadano es necesaria para transformar un espacio abierto (incluso privado) en espacio público. De hecho, lo que nos falta hoy es un autor de la grandeza de Benjamin para poderlos interpretar de manera diferente.

El problema real de los *malls* que debería hacernos pensar no está tanto en el ámbito de las prácticas, puesto que no son sino la traducción contemporánea de aquellas del siglo XIX, sino, antes que nada, la asepsia del espacio y del fingimiento de ciudad. Los pasajes parisinos no buscan en ningún caso imitar la ciudad: son plenamente “ciudad”, forman parte de lo que de urbano hemos heredado del siglo XIX. Sin embargo, ¿por qué somos incapaces hoy de hacer ciudad sin rozar lo “nostálgico” (De Biase, 2008)? ¿Por qué necesitamos imitar una forma urbana para inducir una práctica y una sensación de urbanidad? Hay que admitir que los nuevos centros comerciales, al menos en Europa, están todos fuera de la ciudad, salvo casos muy raros como la Cour Saint-Emilion de París. Ciertamente, ya no pertenecen a una trama urbana histórica y están inmersos en la ciudad dispersa. Pero, en Europa, ¿podemos persistir todavía en la idea de que la urbanidad reside exclusivamente intramuros? Gracias a las aportaciones de algunos geógrafos,¹¹⁷ sabemos hoy que, para hablar de la ciudad contemporánea, es necesario hablar de extramuros: los concursos internacionales lanzados con el fin de reflexionar sobre el crecimiento progresivo de ciudades como París, todavía hoy completa y anacrónicamente replegadas sobre sí mismas, son portada de periódico. Entonces, ¿por qué, después de los primeros experimentos modernistas, hemos dejado que un sentimiento peligroso como es la nostalgia se apropie de nuestro imaginario? El Movimiento Moderno creó “pequeños monstruos” de los que habrá que ocuparse en serio, despojándose de discursos inútilmente retóricos y manipuladores como el de la demolición. Pero, por otro lado, supuso uno de los últimos momentos en los que se llevó a

¹¹⁵ Sería interesante comparar los procesos anteriores de exportación al mundo entero de modelos urbanos europeos de los siglos XIX y XX (Robin, 1992) con los de hoy en día.

¹¹⁶ Agradezco a María Castrillo dos observaciones que me han parecido interesantes relativas a las transformaciones semánticas del vocablo “plaza”: en España, dos generaciones atrás, “ir a la plaza” podía significar tanto ir a un determinado espacio público (plaza como forma urbana) como ir al mercado a hacer la compra cotidiana (plaza como mercado); en México, en la actualidad, “plaza” designa el espacio público pero también se utiliza comúnmente para denominar los *shopping centers*.

¹¹⁷ Cfr. el número monográfico de la revista *Esprit*, “La ville à trois vitesses”, núm. 3-4, marzo-abril 2004, dirigido por Jacques Donzelot y Olivier Mongin.

cabo una experimentación real de otras maneras de estar en el espacio público. Esto no puede negarlo ni el más antimodernista. Más allá de opiniones personales y de ataques inútiles (que ciertamente no hacen progresar la manera de pensar la ciudad), hoy estamos huérfanos de una actitud crítica que conducía a una cierta experimentación y no sólo a posiciones teóricas estériles. ¡Ya no tenemos un padre que matar! Los miembros del Team X se liberaron, a su manera, de la tutela modernista, como también hicieron los posmodernistas, particularmente en Estados Unidos. Nos han convencido, en Europa, de que estamos en paz con nuestro sentido de culpabilidad. Pero, en realidad, en nuestro caso, como el posmodernismo no ha tenido muchas experimentaciones concretas, nos encontramos todavía frente a los mismos dinosaurios, los gigantes modernistas que, encima, envejecen muy mal. ¿Cómo es posible, en 2008, ser todavía anti-modernista? ¡Deberíamos ser ya anti-posmodernistas! Estar contra el Movimiento Moderno no es hoy sinceramente una postura real. Es una manera de escapar y de esquivar nuestro verdadero problema: ¿qué idea de espacio público proyectamos hoy? ¿Somos capaces de tener un nuevo proyecto social y urbanístico para la ciudad de mañana? Podemos leer y releer las utopías de Le Corbusier sobre la ciudad pero el tiempo ha pasado, el mundo ha cambiado y nosotros hemos sobrevivido a ese peligro. ¿Cuáles son nuestras utopías hoy? ¿No estaremos siendo cada vez menos capaces de contar una nueva idea de ciudad? Dubai, tomada a menudo como un laboratorio urbano contemporáneo, no es más que un receptáculo de ideas “a la carta” importadas de Europa y de América (De Biase, 2008) que han encontrado allí un terreno fértil gracias, sin duda, al espacio disponible y al dinero de los diferentes emiratos, pero también y sobre todo, gracias a sus ambiciones para el periodo pospetróleo. *Choose your home, choose your dream.*

En este mundo, parece que ya no hay lugar para la lentitud, la gratuidad y la incertidumbre. En el registro de los imprevistos (que a menudo, por desgracia, son asociados a un sentimiento de peligrosa incertidumbre), la gratuidad, paradójicamente, da miedo: hoy es imposible concebir un intercambio, cualquiera que sea, sin recurrir al dinero. Con frecuencia, el trueque es sospechoso de ser un mal negocio. Cada vez más, las plazas más bellas de nuestras ciudades europeas van siendo ocupadas por soberbias terrazas de cafés erigidos en única posibilidad para sentarse al aire libre cuando hace un día primaveral. Pagamos para estar en el espacio que nos pertenece. Pero, ¿por qué, para disfrutar del espacio público, preferimos sentarnos y consumir antes que disfrutarlo sentados en un banco público (cuando los hay...)? Y fijémonos en esos bancos: impiden estar en grupo sin que alguien tenga que retorcerse o sentarse en el suelo. Las célebres sillas del Luxemburgo y de las Tullerías son, en este sentido, un buen ejemplo de gestión del espacio pero, desgraciadamente, están en jardines públicos que, como todos los parisinos, se cierran al anochecer.¹¹⁸ Al repensar la manera de estar gratuitamente en el espacio público, debería considerarse que es como un “trueque” entre la ciudad y nosotros: cuantas más personas estén cómodamente sentadas en esta plaza, más será percibida como segura. Recordemos que una plaza se vuelve “bonita”

¹¹⁸ Se refiere a unas sillas de hierro pintado puestas a disposición del público de forma gratuita, de suerte que pueden ser desplazarlas y reubicadas a voluntad (dentro de las limitaciones que su peso impone y siempre fuera del césped y a cierta distancia de los estanques) dentro de ambos jardines parisinos (N. de la T.).

y segura cuando la gente está allí, no sólo por su forma o por el número de cámaras de vigilancia instaladas.

Poder detenerse, hacer una pausa, no es para nada una temporalidad anti-económica o ligada a un mundo acomodado. Poder darse el gusto, a lo largo de la jornada, de una lentitud que no sea sólo en casa sino también al exterior –y gratuitamente– debería invitarnos a repensar las temporalidades urbanas que rigen nuestras ciudades. La concepción arquitectónica y urbana se orienta cada vez más hacia lugares de paso donde el paisaje es visto en movimiento y nunca a lo largo del tiempo. Con la jornada laboral de 35 horas,¹¹⁹ hemos asistido a una carrera atropellada para rellenar las jornadas libres al mismo ritmo que en el trabajo. Sin embargo, nuestras plazas no han sido más frecuentadas aunque los cafés, probablemente, sí. Así se ha vuelto una tarea ardua detenerse a mirar la gente que pasa sin que pase nada. Los bancos son intencionadamente incómodos para impedir paradas prolongadas que se juzgan como sospechosas para nuestra seguridad.

La seguridad (*sûreté*),¹²⁰ como su contrario, el miedo, son datos difícilmente objetivables: un mismo acontecimiento (espacial o social), al ser observado por personas diferentes, puede ser interpretado de manera opuesta. A nuestros ojos, esto parecería muy banal si una uniformización del miedo y, por reacción, de la seguridad no estuviese produciéndose, sobre todo desde los acontecimientos de noviembre de 2005 en la periferia de París. De hecho, un proceso de “privatización” generalizada está llevando a considerar el espacio urbano de proximidad como la prolongación de la casa (*du chez soi*) y esto es debido a la fuerza con la que se están imponiendo los discursos ideológicos. A menudo, la privatización de las calles no habla más que de esto: la construcción de un “entre sí”¹²¹ cada vez más cerrado, endogámico, que lleva a los habitantes a reivindicar su poder de decisión sobre este espacio que debe representarles en su imaginario urbano y perder su rol espacial, social y político. En esta tendencia

¹¹⁹ Semana laboral de referencia en Francia (marzo 2008). Puede contabilizarse sobre la totalidad del año laboral, lo que en la práctica supone que los trabajadores pueden tener semanas de más de 35 horas siempre que tengan otras en las que no trabajen o trabajen menos, todo esto sin detrimento de las vacaciones anuales (N. de la T.).

¹²⁰ Retomamos aquí la diferencia entre *sécurité* y *sûreté* (la traducción al castellano es única: seguridad, N. de la T.) propuesta por una convocatoria de proyectos de investigación sobre “Territorios urbanos y seguridad” de 2007 del PUCA (Plan Urbanismo Construction Architecture, entidad dependiente del Ministère de l'Équipement, N. de la T.): “Ya parece estar admitido que la palabra *sûreté* permite distinguir, dentro del campo de la seguridad de bienes y personas, todo lo que guarda relación con el disfrute tranquilo y con compartir los espacios colectivos. Se puede así confrontarlo con los temas que, desde hace tiempo, son objeto de reglamentación y de normas incontestadas (seguridad contra incendios, defensa de algunos riesgos naturales, por ejemplo). Lo que caracteriza la *sûreté* es que no puede ser tratada eficazmente como un objeto en sí. Establece un vínculo entre culturas y competencias profesionales diversas. En este sentido, para tener en cuenta la dimensión urbana de la *sûreté* deben sintetizarse conocimientos hoy repartidos entre lógicas todavía compartimentadas”. (A lo largo del texto que sigue la palabra “seguridad” debe entenderse siempre en el sentido de *sûreté*. N. de la T.).

¹²¹ “*Entre-soi*” en el original. Se refiere a la formación de espacios homogéneos desde el punto de vista social como efecto del deseo de rodearse de quienes se consideran como iguales, esto es, de estar “entre sí mismos” (N. de la T.).

a la privatización, todo miedo es esquivado y sometido, a través de la comunicación, a una seguridad conquistada y establecida gracias a la utilización de una tecnología potente y de estrategias socio-espaciales fruto de experiencias anglosajonas.¹²²

Desgraciadamente, algunos imperativos, como la seguridad, aherrojan y reglan completamente el proyecto. Sin embargo, sería preciso preguntarse si estas reglas impiden realmente nuestra manera de concebir el espacio. “Hacer con y hacer mejor” debería conducirnos a una reflexión de proyecto en que la reglamentación no puede ser el centro de nuestra acción.

La sociedad moderna se ha agarrado al cuerpo humano: ha pacificado el cuerpo. Lo ha desconectado de los espacios a través de los que él evoluciona. Su saber visual es represivo: teme el contacto con cuerpos diferentes de él. Vivir en “espacios muertos”, tal es la manera en la que la gente rinde cuentas a la vez de la falta de estímulos ofrecidos por su entorno y de la sensación de estar pacificados. No obstante, la razón por la que las ciudades están minadas de este espacio muerto va mucho más allá del fracaso de los arquitectos y de los planificadores en el reto de hacer planos vivos. El espacio muerto está en nuestros cuerpos (Sennett, 1995: 136).

¿Todavía somos capaces de poner nuestro cuerpo en un espacio fuera de nuestra casa? Trabajar esta dimensión debería conducir a una reflexión interdisciplinar sobre lo que es una pausa en el espacio y lo que es un cuerpo en un espacio en pausa. Desintensificar el espacio: una acción proyectual absolutamente paradójica hoy cara a una política del todo lleno espacial y temporal en la que la ciudad se pretende como un espectáculo continuo (Augé, 1994).

En esta ciudad-espectáculo todo está normado como en un guión de teatro, nada se deja a la improvisación. Es cierto que las personas improvisan en este espacio, pasan, se encuentran, se enamoran, se abandonan, juegan, se detienen cuando pueden, se manifiestan, pero todo está en dentro de una comedia interpretada sobre un *canevas*.¹²³ “Lo imprevisto en la ciudad es antes que nada la posibilidad de ponerse en relación con aquello que no se espera pero que a menudo se desea. Ser *de* la ciudad [...] es probablemente correlativo al hecho de conocer en ella a otros ciudadanos y, por tanto, de reconocerse (y de ser reconocido) en ella, pero también es tener la posibilidad de tener otros encuentros, amorosos, amistosos o profesionales, pero en cualquier caso inéditos” (Gervais-Lambony y Dorier-Apprill, 2007: 138).

La incertidumbre y el imprevisto rigen lo cotidiano de un proyecto participativo... y el habitante se sitúa a menudo en el territorio de las cuestiones inesperadas que meten en problemas a los arquitectos y urbanistas. Descartarlas, juzgarlas como imposibles a la vista de la reglamentación o valorarlas como no cultas o folclóricas, no es más

¹²² Especialmente las de *Space Syntax*, grupo londinense que, desde hace tiempo, trabaja como socio de grandes proyectos internacionales de ordenación urbana en materia de accesibilidad del espacio público y de museos. Este grupo se ha especializado igualmente en el análisis de seguridad (*sûreté*) (Cfr. HILLIER, Hill, *Can streets be made safe?*, 2004). La naturaleza de sus análisis cartográficos se funda en una aproximación esencialmente cuantitativa basada en una modelización informática de la ciudad (Cfr: <http://www.spacesyntax.com>)

¹²³ Plan de comedia detallado sobre el que los actores de la *Commedia dell'Arte* improvisaban para la representación.

que huir de la belleza del oficio y encastillarse detrás de una fortaleza de certidumbres alejada de la vida y de la práctica urbana. Por el contrario, saber considerar lo incierto y tratarlo con los habitantes pone, tanto al arquitecto como al urbanista o al antropólogo, en condiciones de apertura y de acogida frente al imprevisto.

En esos encuentros imprevisibles se puede construir juntos la ciudad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AUGÉ, M. (1994). *Pour une anthropologie des mondes contemporains*, Paris: Aubier.
- BAUDRILLARD, J. (1985). *Simulacres et simulation*, Paris: Galilée.
- BENJAMIN, W. (1986). *Paris, capitale du XIXe siècle. Le livre des passages*, Paris: Éditions du Cerf. (edición original: 1939).
- CHARMES, E. (2005). *La vie périurbaine face à la menace des gated communities*, Paris: L'Harmattan, coll. "Villes et entreprises".
- DE BIASE, A. (2007). "A comme Architecture globale", en DE BIASE, A. y BONNIN, Ph., (dir.), "L'espace anthropologique", número temático, *Cahiers de la recherche urbaine, architecturale et paysagère*, núm. 21-22.
- DE BIASE, A. (2008). "Habiter la nostalgie", en BERQUE, A.; DE BIASE, A.; y BONNIN, Ph. (dir.), *L'habiter dans sa poésie première*, Paris: Editions donner lieu, 2008.
- DE BIASE, Alessia y CORALLI, Monica (dir.) (2009). *Espaces en commun*. Paris: L'Harmattan, coll. "Villes et entreprise", 2009.
- GERVAIS-LAMBONY, P. y DORIER-APPRILL, E. (dir.) (2007). *Vies citadines*, Paris: Belin.
- GUEZ, A. (2007). "T comme Temps", en DE BIASE, A. y BONNIN, Ph. (dir.), "L'espace anthropologique", número temático, *Cahiers de la recherche urbaine, architecturale et paysagère*, núm. 20-21.
- GUEZ, A. (2008). "Pour une poésie de l'entre-temps en architecture", en BERQUE, A.; DE BIASE, A.; y BONNIN, Ph. (dir.), *L'habiter dans sa poésie première*, Paris: Editions donner lieu, 2008.
- JOSEPH, I. (1995). "Reprendre la rue", en JOSEPH, I. (dir.), *Prendre place. Espace public et culture dramatique*. Colloque de Cerisy, Paris: Editions Recherche/Plan Urbain, pp. 11-35.
- PEREC, G. (1975). *Tentative d'épuisement d'un lieu parisien*, Paris: Christian Bourgois.
- ROBIN, Ch. (1992). *La ville européenne exportée*, vols. I y II, Paris: Editions de La Villette.
- SENNETT, R. (1995). "Espaces pacifiants" en JOSEPH, I. (dir.), *Prendre place. Espace public et culture dramatique*. Colloque de Cerisy, Paris: Editions Recherche/Plan Urbain, pp. 129-136.
- SORKIN, M. (1992). *Variations on a Theme Park*, New York: Hill and Wang.

RESISTENCIA URBANA: INTERPRETACIONES ALTERNATIVAS
DEL ESPACIO PÚBLICO

Silvano Adrián de la Llata González

INTRODUCCIÓN

El espacio realiza su condición de público cuando alguien lo camina. La razón de la labor del diseño urbano se concreta en el momento de la praxis social del espacio. Sin embargo, las interpretaciones que el transeúnte hace del espacio público pueden ser muy diversas y pueden o no coincidir con los usos planteados por el arquitecto.

El presente artículo aborda el tema de las lecturas que son ajenas al programa de funciones de un proyecto de espacio público. La “resistencia urbana” que centra este texto está constituida por esos casos de lecturas alternativas que perviven en el espacio a pesar de la historia.

Se analizarán dos tipos de resistencia urbana. En el primero, prevalece en los usuarios la interpretación tradicional del espacio público, conservando sus prácticas tradicionales a pesar de los esfuerzos de la modernidad arquitectónica por erradicarlas (“resistencia por tradición”). Se ilustrará aquí con el estudio del caso de un hospital del Seguro Social en la ciudad de Tampico. El segundo tipo, parte de una interpretación del espacio público motivada por las carencias y condiciones adversas (o simplemente ajenas) al habitante de la ciudad (“resistencia por adaptación”). Se utilizarán como ejemplos las prácticas del *graffiti*, el *skateboard* y el *free-running*.

Finalmente, se hará una aproximación al proyecto contemporáneo del espacio público vinculado con una mala interpretación de la “arquitectura de paisaje” y se concluirá con algunas consideraciones sobre la posibilidad de un diseño de espacios públicos más atento a las contradicciones que expresan esas “resistencias urbanas”.

CREAR FORMAS, CREAR FUNCIONES: BREVE GENEALOGÍA DEL ESPACIO PÚBLICO MODERNO

Dos fueron los paradigmas de los arquitectos y urbanistas modernos. El primero es patente en edificios y discursos: producir espacios que respondieran a las funciones que en ellos se realizaran. Una nueva visión de clasicismo declaraba que “la forma sigue a la función” y por tanto aquellas obras que pudieran encarnar un justo equilibrio entre estos conceptos representarían la cristalización del espíritu de una civiliza-

ción y su época. El segundo es menos obvio y consiste, no en la creación de formas y espacios, sino justamente en la creación de nuevas funciones.

El proyecto de la modernidad consistió precisamente en la creación de nuevas funciones. David Harvey en *The Condition of Postmodernity* (1991) define la modernización como un largo y continuo proceso de dualidad entre “destrucción creativa” y “creación destructiva”. Desde el siglo XVII, en el mundo gobernado por la Razón, vislumbrado por los filósofos de la Ilustración, ya se adivina la vocación de dismantelar todo el andamiaje de pensamiento de la sociedad tradicional para producir una civilización enteramente nueva (Harvey, 1991).

El pensamiento moderno afecta todas las esferas de cultura y sus efectos pueden medirse en la política, el arte, la literatura y, sobre todo, en la concepción de la ciudad. La modernidad se consolida con una firme convicción de destruir toda la cosmogonía que la precede y crear la suya propia. Cuando Rimbaud dice “*Il faut être absolument moderne*” (hay que ser absolutamente modernos) (Rimbaud, 2001: 108), convoca a concebir una estética nueva y una visión de la vida totalmente nueva y, para ello, provoca a destruir todo vestigio de los cánones precedentes.

El diseño y la planeación urbana moderna no está exento de esta visión. Para poner en marcha la construcción de la llamada “ciudad ordenada, bella y confortable”, los urbanistas del siglo XIX habrán de demoler, reubicar, ampliar y crear barrios y distritos completos. La urgencia de Haussmann por destruir aquellos sectores empobrecidos de París que constituyeron la resistencia más importante durante la Revolución de 1848 evidencia lo implacable de su proyecto modernizador (Foucault, 2001). La destrucción física de los inmuebles va encaminada a la erradicación de conceptos, funciones y modos de vida considerados obsoletos para el nuevo esquema de ciudad.

Una de las prioridades de esta agenda urbana modernizadora era precisamente la recuperación del “espacio público de las plazas, invadido por todo tipo de actividades, invocando las ideas de ciudad limpia, cómoda y bella” (Montero, 2002: 48). Su histórica vinculación con la insalubridad y las enfermedades ponen al espacio público entre las principales urgencias del urbanismo. Desde mediados del siglo XIX y a lo largo de gran parte del siglo XX, comienza en Europa y América la instauración de las llamadas “políticas de higiene urbana” (Cuenya Mateos, 2003) que contemplaban, entre otras cosas, la regulación sobre la basura y los desechos animales (o humanos) en las calles, la prohibición de establecimientos considerados insalubres en el espacio público del centro de la ciudad (panteones, tocinerías, ladrilleras...) y la erradicación de grupos sociales y prácticas urbanas consideradas indeseables para la naciente modernidad.

En el espacio público tradicional de la plaza y la calle, “tenían lugar acontecimientos importantes, como, por poner sólo algunos ejemplos, coronaciones, procesiones, fiestas y festivales, reuniones ciudadanas, [...] ejecuciones” (Gehl y Gemzoe, 2002: 11), comercio ambulante, manifestaciones sociales, etc. La destrucción de estas costumbres y tradiciones en el espacio público adquiriría una importancia vital para instauración de la modernidad urbana.

En la primera etapa de la modernidad, la erradicación de aquello “indeseable” para la ciudad será llevada a cabo por medio del diseño de nuevos espacios urbanos que propicien dinámicas sociales distintas (o que disuadan aquellas consideradas como antiguas) y se apuntalará con la vigilancia (o eventual castigo) policial para aquellos

que osen violentar el nuevo orden (Foucault, 2001). Esto queda de manifiesto en los emblemáticos espacios decimonónicos de plazas, paseos y alamedas en ciudades como París, Barcelona y México.

Ya en el siglo XX, se impulsa a un primer plano la necesidad de eliminar los espacios de las periferias. Le Corbusier llamó “tugurios” a esos espacios donde prevalecían todo tipo de actividades vinculadas con la pobreza, la enfermedad y la ignorancia, y a los que podía referirse implícitamente cuando, en *Vers une architecture*, afirma que, si la sociedad no interioriza las propuestas del racionalismo a nivel cotidiano y si no adquiere una verdadera conciencia de la producción en serie y de la zonificación de funciones, la transformación de la ciudad nunca acabará por cristalizar (Le Corbusier, 1999). En la descripción de su *Plan para una ciudad de tres millones de habitantes* (1925), Le Corbusier manifiesta por primera vez la importancia de despejar grandes extensiones de espacio urbano y densificar la vivienda en edificaciones de solución vertical (Boesiger y Girsberger, 1971), lo que se convertirá en uno de los pilares programáticos del urbanismo funcionalista. Estos espacios liberados estarían destinados principalmente a mejorar la ventilación e iluminación de los edificios, por lo que el arquitecto suizo los llama simplemente “espacios plantados” y, aunque no se menciona su importancia como espacios de encuentro, sí plantea posteriormente la posibilidad de relacionarlos con comercios tales como cafés y tiendas lujosas en las primeras y segundas plantas de los edificios, con vistas hacia estos espacios verdes (Boesiger y Girsberger, 1971).

En México, dentro de esta lógica del urbanismo funcionalista, Mario Pani importa las ideas corbusianas y tiene ciertamente la oportunidad de aplicarlas (aunque tardíamente) a una escala que el mismo Le Corbusier jamás sospechó. En su obra, el espacio verde para recreación se vuelve de importancia vital para la ciudad, por ejemplo, en los multifamiliares Presidente Alemán y el mítico Nonoalco-Tlatelolco (Adriá, 2005). Las explanadas monumentales que conectan torres de oficinas o departamentos se repetirán incesantemente en muchos ejemplos del urbanismo moderno mexicano, desde mediados de siglo –caso de la Ciudad Universitaria– hasta bien entrada la década de los ochenta –caso de los hospitales del Seguro Social proyectados por Enrique Yáñez. En estos espacios, tanto como en plazoletas y atrios frente a los accesos de escuelas, hospitales, centrales de autobuses y oficinas gubernamentales, se dan características bien identificables propias de los entornos ideados para la aproximación a edificios (Ching, 1997). Se trata de espacios monumentales que sirven de basamento, esto es, que tienen la apariencia de grandes zócalos de sus edificios de referencia. Su suelo está formado por planchas de piedra o concreto y organizado en terrazas que se escalonan a medida que se aproximan al edificio en cuestión, lo que proporciona al peatón una experiencia con un cierto carácter dramático. En la mayoría de los casos, está ausente cualquier tipo de obstáculo a la movilidad (árboles, bancas, jardineras, etc.), lo que evidencia su vocación fundamental de espacios de circulación. La ausencia de estos elementos en algunos sitios de y su presencia en otros atestiguan las funciones previstas para este tipo de espacios. Por ejemplo, en el caso de las escuelas, las bancas se encuentran en los pasillos, como necesarios lugares de descanso a los costados de las largas circulaciones que las caracterizan. El acto de circular es sacralizado en la obra de los racionalistas al exponer los pasillos techados como elementos fundamentales del conjunto arquitectónico, después de todo circular es una de las cuatro funciones archi-

tectónicas de la “maquina de habitar” de Le Corbusier (1999). Por otro lado, en los hospitales y centrales de autobuses, los asientos se encuentran solamente en el interior de los edificios, manifestando la vocación de las explanadas como espacios destinados sólo al acceso y circulación de los usuarios y negando así la posibilidad de pleno encuentro o descanso en dicho espacio.

Manuel Delgado (2001) lo describe así: “1) asegurar la buena fluidez de lo que por él circula; 2) servir como soporte para las proclamaciones de la memoria oficial –monumentos, actos, nombres...–, y 3) últimamente, ser sometido a todo tipo de monitorizaciones que hacen sus usuarios figurantes de las puestas en escena autolaudatorias del poder político o que los convierten en consumidores de ese mismo espacio que usan” (Delgado, 2001: 131).

No obstante, la versión mexicana de la modernidad es particularmente *sui generis*. Si bien la arquitectura y el urbanismo heredan los principios funcionalismo europeo, se pretende permearlos de las ideas de igualdad y justicia social emanadas de la Revolución de 1910. En ese contexto posrevolucionario, se construirán los edificios de las instituciones que dieron rostro a las ciudades mexicanas del siglo XX. El lenguaje de arquitectura mexicana moderna se conformará de una mezcla de elementos del estilo internacional y alusiones al pasado prehispánico y es en las explanadas de acceso a los edificios donde estas se vuelven más presentes. Las terrazas, las alfardas y escalinatas de piedra, los basamentos que recuerdan a edificios teotihuacanos (y en menor medida a los atrios de las iglesias coloniales) y la incorporación de los murales monumentales a las fachadas revelan una filiación evidentemente nacionalista.

Por otro lado, a pesar de las constantes citas a un pasado precolombino idealizado en los espacios de aproximación, la vocación moderna de destrucción de antiguas funciones urbanas prevalece. Son justamente las prácticas tradicionales de raíz colonial y prehispánica aquellas que han de ser evitadas en los programas urbanísticos modernos. El *esprit nouveau* posrevolucionario no contempla en su agenda otra propuesta de usos para el espacio público que no sea la que plantea el orden “oficial”. Frente a ello, el propio Juan O’Gorman manifestará su inconformidad –y una admirable capacidad autocrítica– cuando se refirió a la biblioteca central de Ciudad Universitaria (proyectada por él y reconocida como el edificio más característico de la arquitectura moderna mexicana) como “una gringa vestida de China poblana” (Hijar, 1994), admitiendo que la arquitectura y el urbanismo mexicano sólo calcaron un ideario estético ajeno, sin incluir la dinámica histórica como verdadero actor en el espacio (fig.1), y cuando despotricó contra su propia obra y la de sus contemporáneos, tachándola de “funcionalismo sin función” (Hijar, 1994).

RESISTENCIA EN EL ESPACIO PÚBLICO

El verbo *resistir*, referido a seres vivos, es sinónimo, según el Diccionario de la Real Academia Española, de *pervivir*, esto es, de “seguir viviendo [de la misma manera] a pesar del tiempo y las dificultades”. El sustantivo resistencia tiene, entre otras acepciones, la de “conjunto de las personas que [...] se oponen con distintos métodos a los invasores de un territorio o a una dictadura.” Tratándose del espacio público, lugar

habitado y lugar político por excelencia, ambas connotaciones de “resistencia” (la de pervivencia y la de oposición a un poder autoproclamado), no sólo tienen cabida sino que alcanzan una expresión continua y palpable. Por lo tanto, la resistencia, en relación con la práctica del espacio público, se puede definir como el acto consciente o inconsciente de utilizar un espacio público de manera y con fines distintos de aquellos para los que fue proyectado y producido. Tan contundente como fue la intención moderna de “limpiar” el espacio público de todo vestigio tradicional, fue también la pervivencia o “resistencia” de algunas costumbres y prácticas espaciales ligadas con los modos de vida presuntamente en declive.



Fig. 1. La explanada de acceso a la Biblioteca Central de Ciudad Universitaria, de Juan O'Gorman, es, sin duda, un punto de referencia para el diseño de espacios públicos en la arquitectura y el urbanismo de la modernidad posrevolucionaria mexicana. (Foto: Francisco Nettel Rueda)

En los espacios públicos, la disparidad entre el “uso proyectado” (esto es, las funciones deseadas y previstas en programas y proyectos formales emanados de los poderes públicos) y el “uso real” (esto es, las funciones que efectivamente acogen) tiene una posible explicación en la clasificación que hace Cassirer, donde distingue tres formas de interpretación del espacio: “el *espacio orgánico*, se refiere al tipo de experiencia espacial que al parecer es transmitida genéricamente y, en consecuencia, está biológicamente determinada [...] el *espacio perceptual* [...] comprende la síntesis neurológica de todo tipo de experiencias sensitivas: ópticas, táctiles, acústicas y cenestésicas [...] el *espacio simbólico*. En este caso, experimentamos el espacio, no directamente, sino a través de la interpretación de representaciones simbólicas que no tienen dimensión espacial” (Harvey, 1985: 21-22).

El diseño urbano se vale de abstracciones geométricas y conceptuales cuyo lenguaje de representación son planos, modelos, maquetas, etc., por lo que se tiene una visión limitada de los flujos perceptuales y biológicos que en éste se dan, así como de la mediación simbólica que hace el hombre del espacio y de su apropiación histórico-

cultural. Es moneda corriente que los proyectistas ignoren estas deficiencias de su método y, con esto, obvian la dinámica social que afecta a los espacios sometidos a proyecto. Así, la debilidad de los métodos de diseño de espacios públicos contribuye al desequilibrio de la relación espacio proyectado-espacio usado, siendo habitual que los paradigmas planteados para el espacio proyectado sean rebasados en la praxis cotidiana.

Henri Lefebvre en *La vida cotidiana en el mundo moderno* (1972) refiere genialmente que existe una “historia” paralela (una no-historia) a las corrientes filosóficas, los proyectos y las idealizaciones oficiales. Esta “historia” se da en la cotidianidad de la gente más anónima de la sociedad y la mayoría de las veces actúa de manera independiente (incluso opuesta) a las funciones que les son impuestas. Pero podría irse aún más lejos: la “resistencia” de esta “historia” frente a la Historia se da cita con mayor fuerza precisamente en el espacio público.

RESISTENCIA POR TRADICIÓN

Para ejemplificar la que llamaremos “resistencia por tradición” en el espacio público, se analizará aquí el caso particular de la explanada de acceso del Hospital General Regional (HGR) del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) núm. 6 en la ciudad de Tampico, México. Se puede considerar que es un buen caso ilustrativo, pues es un espacio cargado de elementos característicos de la arquitectura mexicana moderna y que además es un espacio que forma un continuum con el acceso del edificio contiguo, diseñado por Enrique Yáñez, uno de los arquitectos predilectos de la modernidad posrevolucionaria, lanzado a la celebridad después de su precoz participación en el mítico proyecto de Ciudad Universitaria en los años cincuenta. Yáñez diseñó gran parte de los hospitales del IMSS hasta finales de la década de los ochenta y en ellos aplicó sistemáticamente los principios de la arquitectura funcionalista.

Desde su puesta en funcionamiento a finales de los sesenta, el Hospital núm. 6 de Tampico ha dado servicio a pacientes provenientes de los estados de Veracruz, San Luis Potosí, Hidalgo, Puebla y Tamaulipas. Como en todos los hospitales mexicanos de su género, la explanada de acceso está constituida por escalinatas y terrazas de cantera, en su mayoría libres de cualquier obstáculo (fig. 2). El diseño de espacios de este tipo guarda reminiscencias del principio de “integración plástica” que dominó el funcionalismo mexicano de mediados del siglo XX (de la que O’Gorman, Del Moral y el mismo Yáñez fueron defensores) y que pretendía “lograr la innovación plástica a partir del enlace con la historia artística de México” (De Anda, 2006: 198). Esta pretensión de aunar innovación e historia artísticas se manifiesta indudablemente en las explanadas y plazoletas de Ciudad Universitaria, que remiten al mismo tiempo a la arquitectura internacional que a las calzadas teotihuacanas. Pero en ambos casos, la resistencia a las funciones para las que fueron proyectadas se ve cotidianamente de formas muy diversas.

El espacio circundante al hospital ha sido rampa para taxis, campamento para los que esperan turno para visitar a sus familiares convalecientes y escenario para el comercio ambulante. Durante años, la mayor parte de este espacio recibió vendedores de comida rápida, golosinas, botanas, etc. Como en otros espacios públicos, los vendedores ambulantes se establecen con lonas, sillas plegables, hieleras o con carretones

rodantes que empujan al lugar cada día y que luego se llevan al finalizar de la jornada. En el caso de este hospital, los vendedores no se encuentran solamente en la plazoleta sino hasta tres o cuatro cuadras fuera del hospital, disminuyendo su presencia a medida que se alejan del mismo. Por otro lado, también existen establecimientos regulares de comida y café en las inmediaciones del lugar. La disposición de los puestos de comida está dada en la forma de una línea que a simple vista podría parecer arbitraria pero que describe con exactitud la trayectoria que una persona hace para acceder al edificio, desde la parada de autobús hasta la puerta de entrada a la plaza y desde este sitio hasta la entrada del complejo y la puerta del edificio de cuartos. La interpretación que los vendedores hacen del espacio se da, siguiendo la clasificación de Cassirer, a nivel perceptual y se afina por el método de prueba y error. Los vendedores ambulantes se van acomodando según la intensidad del flujo humano a través del espacio. También se da a nivel de *espacio orgánico*, pues la procuración de sombra, por ejemplo, obedece totalmente a una función biológica. De este modo, el usuario elige, basado en sus propias percepciones, el camino menos expuesto al ruido, al sol, a los malos olores, etc. En resumen, las abstracciones hechas para proyectar un espacio simbólico con un programa de funciones bien definido por el arquitecto son rebasadas por la interpretación que el usuario final del complejo da al espacio (fig. 3).



Fig. 2. Vista de la explanada de acceso del Hospital núm. 6 del IMSS en Tampico un domingo. Como las de otros edificios públicos modernos, está concebida como un espacio de aproximación. Desde 2007 los vendedores ambulantes fueron removidos de la explanada, pero recientemente se han vuelto a establecer cerca de la entrada. (Foto del autor)



Fig. 3. Espacios de aproximación al Hospital núm. 6. Aquí puede verse cómo la gente espera bajo la sombra noticias de sus familiares. Algunos de los que vienen de comunidades lejanas comen y duermen en estos escalones. (Foto del autor)

En la praxis, la explanada tiene un programa de funciones totalmente distinto al del que proyecta y su uso cotidiano revela rasgos claramente identificables con las prácticas en las plazas de la ciudad tradicional, desde la actividad comercial ambulante hasta las escenas de gente durmiendo en los bordes de las jardineras.

Esta interpretación popular del espacio puede someterse a una hipótesis de explicación funcional (relacionada con los requerimientos del comercio ambulante, que será referida más adelante), pero no debe obviarse otra de corte cultural que remitiría a la representación de la función comercial del espacio público forjada, por un lado, por la tradición de la plaza del mercado de origen medieval reinterpretada en la plaza novohispana como un espacio para el comercio y, por otro lado, por el *tianguis* de origen prehispánico, una de las tradiciones mejor consolidadas en las ciudades mexicanas y cuya continuidad trascendió la colonia y la modernidad. De ahí resultaría que la memoria colectiva relacionaría la plaza pública con el comercio antes que con las funciones previstas por los urbanistas modernos. Esta memoria es simbólica y práctica, pues el usuario vincula formas y espacios actuales con funciones ancestrales al tiempo que deliberadamente ignora el propósito previsto en el proyecto urbano-arquitectónico.

Bajo el esquema de la modernidad, cuando el proyecto no es suficiente para enviar un mensaje poderoso al usuario acerca de las funciones previstas para el nuevo espacio, es necesario aplicar la vigilancia y la fuerza policial para que estas sean respetadas. Por eso, para el caso del Hospital núm. 6, igual que para muchos casos similares, se consideró durante más de diez años el desalojo de los vendedores ambulantes de los alrededores de la plazoleta de acceso. Este hecho se concretó a mediados del año 2007,

sin impedir que los vendedores regresaran a las afueras de la explanada, repitiendo la ruta peatonal desde la parada de autobús hasta la puerta.

El desalojo y la reubicación son, con la demolición de edificios, uno de los instrumentos más recurridos de esa “destrucción creativa” que caracteriza a la modernidad. Donde quiera que existan reminiscencias de usos “premodernos” en el espacio público, existirá un plan de reubicación por parte de las instituciones de planeación urbanística. De algún modo las agendas de los gobiernos municipales mexicanos están formadas por largas listas de reubicaciones, desalojos y demoliciones. La persistencia hoy de hábitos tradicionales en el espacio público es posible porque su lenguaje tardó cientos de años en construirse, mientras que los esfuerzos por redefinirlo se dieron en un lapso proporcionalmente muy corto. El caso del comercio ambulante es el mejor ejemplo de esto.

Lo que hoy llamamos comercio ambulante fue, hasta el siglo XIX, la única forma de comercio en el espacio público. La venta de productos agrícolas, herramientas, ropa, alimento, etc., se daba en espacios abiertos de la ciudad de modo muy similar a como se hace en los tianguis actuales de la ciudad de México. La razones de las municipalidades para la erradicación en la ciudad moderna del comercio ahora llamado indistintamente ambulante o informal son múltiples: la insalubridad y potencial riesgo de enfermedades que constituyen los puestos, el entorpecimiento del flujo humano a través del espacio, la contaminación físico-visual y la imposibilidad de una importante captación de impuestos, por decir sólo lo más obvio. No obstante hay que observar que todos estos problemas e inconvenientes vienen dados, en buena medida, por el carácter ilegal decretado para estas actividades, ya que el riesgo constante del desalojo conduce a la necesidad de puestos rápidamente desmantelables y esto redundando en su precariedad.

En la mayoría de los casos, el desalojo es un recurso infructuoso por constituir una solución vaga, puesto que no se plantea una alternativa de reubicación a los vendedores y se deja abierta la posibilidad de que se instale de nuevo en cualquier otro lugar. La reubicación es un instrumento que aplaza el problema, pero es, a la larga, igualmente ineficiente. La mayoría de las veces existe un descontento importante en la reubicación y siempre se cierne la posibilidad del regreso al lugar de origen.

Pero, ¿por qué eligen los ambulantes esos lugares para establecerse y por qué son renuentes a abandonarlo? Los requerimientos funcionales del comercio ambulante, antes aludidos, son claros. El comerciante va a buscar siempre el lugar con mayor afluencia de público, ya que, finalmente, como cualquier tipo de pequeño comercio, éste también se nutre del tránsito humano. La elección y defensa del espacio se da con mayor intensidad donde mayor es la afluencia de potenciales compradores. Las plazas como elementos conectores entre edificios públicos cuentan con una huella peatonal muy densa. Existe la posibilidad de divisar y toparse con el puesto comercial con mayor facilidad que en otros lugares, incluidas muchas calles. Por esto forman parte de los espacios predilectos del ambulante.

El caso del Hospital del IMSS núm. 6 es típico de la resistencia de conductas tradicionales en el recipiente del espacio moderno. Setha Low describe la dicotomía que existe entre el espacio edificado, de carácter estático, pasivo, y el espacio social dinámico:

La producción social del espacio incluye todos esos factores –social, económico, ideológico y tecnológico– que resultan, o pretenden resultar, en la creación física del establecimiento material. El énfasis materialista del término *producción social* es útil para definir la aparición histórica y la conformación política/económica del espacio urbano. El término *construcción social* puede ser convenientemente reservado para la experiencia espacial simbólica y fenomenológica al ser mediada por los procesos sociales tales como intercambio, conflicto y control. Así, la *construcción social del espacio* es la transformación real del espacio –a través de los intercambios, recuerdos, imágenes y el uso diario de los objetos materiales por la gente– hacia escenas y acciones que conllevan significado. Ambos son procesos sociales, en ambos producción y construcción del espacio se libra una disputa y defensa de razones económicas e ideológicas y comprenderlos puede ayudarnos a ver cómo los conflictos locales por el espacio pueden ser usados para descubrir e iluminar problemas sociales más grandes. (Low y Lawrence- Zunigais, 2003: 127).¹²⁴

La producción del espacio se concibe en el proyecto urbano y se concreta por medio de su ejecución física. Toda la carga funcional que esta producción conlleva puede ser ignorada deliberadamente en la utilización final del espacio. La construcción social es cotidiana y puede o no obedecer a las funciones urbano-arquitectónicas. En este sentido, el éxito del proyecto urbano podría medirse por la coincidencia de estos dos conceptos.

RESISTENCIA POR ADAPTACIÓN

En el siguiente apartado se analizarán ejemplos de resistencia por adaptación que pueden encontrarse en plazas y edificios públicos como escuelas, centrales de autobuses y, por supuesto, en hospitales como el que se analiza en este texto. Veremos cómo la diferencia de niveles en las explanadas que presentan este tipo de edificios, las rampas para minusválidos, los barandales y jardineras representan para los usuarios una invitación para la reinterpretación del espacio proyectado.

En *La imagen de la ciudad*, Kevin Lynch (1965) afirma que el espacio urbano es un texto y como tal puede ser leído. Esta legibilidad indica “la facilidad con que [la ciudad] puede reconocerse y organizar sus partes en una pauta coherente [...] que puede ser aprehendida visualmente como una pauta conexa de símbolos reconocibles...” (Lynch, 1998: 11). Igual que cualquier texto, éste puede recibir distintas interpretaciones. El *espacio simbólico* vislumbrado por los urbanistas no es el mismo que experimenta el ciudadano, del mismo modo que la lectura de este texto no es la misma para el niño que para el adulto o el anciano, ni se vive de igual modo a pie que desde auto, la bicicleta o la silla de ruedas. Así, la calle es un paso vehicular lo mismo que es pista para el *waltz* de la quinceañera del barrio; en el mismo sentido, el límite de ese barrio puede ser la calle 7 (por decir cualquier cosa) o la pinta de la pandilla en la barda, según quien lo vea.

Hemos hablado de ejemplos de “resistencia urbana” cuando las prácticas tradicionales, tales como el comercio ambulante, perviven a pesar de una producción espacial distinta. Existen muchos ejemplos de la permanencia de prácticas antiguas en espacios

¹²⁴ La traducción y las cursivas son del autor.

modernos, pero también existe la posibilidad de resistir al espacio proponiendo nuevas formas de uso del espacio y tal es el caso del arte y los deportes urbanos. El grafiti y los deportes como el *skateboard* o el *free-running* (también llamado *parkour*) son formas nuevas de interpretación del espacio. Mientras que el comercio ambulante constituye una manifestación del pasado tradicional establecida sobre el espacio moderno; estas prácticas novedosas expresan, a su vez, una lectura nueva de quienes habitan ese espacio.

En buena medida, estas manifestaciones de resistencia se vienen produciendo por la necesidad no satisfecha de espacios apropiados para ciertas funciones, pero no sólo por eso. En un sentido existencial, el estado de carencia produce un vacío en todos los ámbitos vitales (Lefebvre, 1972). Así, por ejemplo, la carencia de espacios de representación artística redundan finalmente la interpretación de las bardas y muros de contención como lienzos pero, más allá de esto, los grafitis en cornisas cada vez más altas o incluso sobre paneles publicitarios espectaculares manifiesta que la ausencia de identidad y reconocimiento social es creciente. Dicho en otras palabras, la firma de grafiti “Mike 202”, cuya identidad corresponde al estudiante anónimo que asiste a la enésima escuela federal de secundaria de cualquier ciudad, pretende hacer patente que su existencia en la ciudad es tan real como lo son la “Gran Barata” (las rebajas) de los grandes almacenes Liverpool, el *wonder bra* o el candidato a diputado sobre cuyos paneles publicitarios gigantes él ha plantado sus grafitis.

En el caso del *skateboard*, es bien sabido que los adolescentes acuden los estacionamientos y las explanadas de los centros comerciales después que han cerrado para hacer sus suertes sobre los barandales, rampas de acceso y jardineras. Todos estos elementos son interpretados como algo distinto de lo que son durante el día.

El *free-running* es un caso aún más fascinante. El deporte consiste en recorrer la ciudad linealmente sorteando los obstáculos que puedan presentarse. Los *free-runners* trepan cornisas, saltan de un techo a otro, brincan cercas, se deslizan por rampas y barandales de edificios, atraviesan edificios de apartamentos u oficinas, etc. Su razón de existir puede relacionarse con carencia de lugares para el deporte pero hay más que eso. Los *free-runners* hacen una interpretación del espacio que trasciende cualquier programa arquitectónico. Su fundador y líder espiritual, Sebastien Foucan, dice que sus rutinas se nutren de una mezcla entre el arte marcial de Bruce Lee y Jackie Chan, la filosofía de la película *The Matrix* y los *jedis* de *Star wars*. Se considera a sí mismo un taoísta, pues se adapta a su realidad urbana en la forma que se presente. El “*free-running* –dice– trata de cómo ser libre en una ciudad diseñada para que no lo seas”.¹²⁵ Este deporte denota una forma alternativa de lectura del espacio, una evolución adaptativa en la percepción que el usuario tiene de la ciudad. Esta suerte de *homo urbanus* puro que es un *free-runner* ha evolucionado en las condiciones extremas de la ciudad. “La naturaleza del hombre es ahora el espacio urbano. Una naturaleza artificial” (Castro, 2007).

Todas estas prácticas (*grafitis*, *skateboarding*, *free-running*)¹²⁶ tienen lugar en espa-

¹²⁵ www.foucan.com

¹²⁶ Cabría también hacer referencia a la señalización urbana, que constituyen un claro indicador de ambigüedad posible en la lectura de ese texto que es el espacio público. Si no existiera tal ambigüedad, la señalización saldría sobrando: no hacen falta letreros que digan “favor de sentarse” sobre bancas que

cios similares al de la explanada del hospital y, al igual que sucede con el comercio ambulante, quienes practican estas “artes” urbanas figuran en la interminable lista de los desalojados y reubicados de la agenda modernizadora urbana. La única diferencia es que, en estos casos de prácticas nuevas, el desalojo se da cotidianamente al colocar un vigilante que expulsa a los jóvenes un día sí y otro también.

Pasar la noche en la banca de la plaza, jugar un partido de fútbol en la calle, tumbarse con la novia en el pasto a la sombra de un letrero de “no pise el pasto”, usar el puente peatonal para colgar la manta para declararse a la chica o para la consigna política, improvisar una alberca (piscina) en la fuente de un parque, representar un mural en la barda de un vecino, usar el estacionamiento del centro comercial como *skate park*, etc., pueden entenderse, por tanto, como actos de resistencia a las funciones comúnmente programadas en los espacios públicos.

VISIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO POSMODERNO

En la actualidad, ha habido un cierto giro en la concepción del diseño de espacios públicos pero su visión, en relación con la complejización que éstos han experimentado, no es más alentadora. Con el paso a la posmodernidad, los diseñadores urbanos han renunciado al ideario utópico de sus predecesores pero, con esto, volvieron también la cara a la pericia y la maestría técnica que pudieron acumular los modernistas.

En épocas recientes, el diseño del espacio público ha redundado en una interpretación equivocada de la arquitectura de paisaje, esto es, como incorporación en el proyecto de la consideración del paisaje en calidad de accesorio o escenario de la arquitectura. La vocación del espacio público como espacio vivencial se ve –una vez más– disminuida en beneficio, en este caso, por la idea de un espacio “de paisaje”.

El “paisaje” así entendido tiene un carácter netamente pasivo: se observa, se contempla, se fotografía... y esta concepción afecta a la interpretación proyectual del espacio público, que se pretende participado de ese mismo carácter y se idea como ajeno a la dinámica funcional de los edificios.¹²⁷ Con esto, paradójicamente, se menoscaba o niega el carácter arquitectónico del espacio público. Al ser concebido fundamentalmente como un “objeto visual”, como “sólo forma”, se le separa de sus funciones comunes como espacio de circulación, de descanso, de esparcimiento, de encuentro... y queda convertido, desde el punto de vista funcional, en un espacio residual.

Se puede asimismo observar que la irrupción masiva en la escena profesional de la figura del “arquitecto del paisaje” ha venido a coincidir en el tiempo con la generalización de la tendencia a la “privatización” efectiva de los espacios urbanos. Anteriormente, la labor del diseño de los espacios públicos se comisionaba a arquitectos y urbanistas de las municipalidades o subcontratados por ellas. Ahora, la restricción

parecen bancas. Su lectura es clara. Por el contrario, en México es común que haya letreros de “no pise el pasto” justo ahí donde se antoja pisar. Y en Estados Unidos y Canadá, en los centros comerciales, es muy común ver letreros “*no skating*” (prohibido patinar) que anticipan la lectura que los jóvenes dan al espacio. Con todo, el caso mas ridículo, sin duda, es el de “*no loitering*” (prohibido merodear).

¹²⁷ Este fenómeno se acentúa con la agudización de la diferenciación entre el espacio público y privado.

(material o virtual) del acceso a muchos espacios –incluidos los de circulación, encuentro y ocio– permite realizar la trilogía de la ciudad decimonónica ordenada, bella y confortable... pero siempre bajo control privado. Y aquí es donde parece emerger el “arquitecto del paisaje”, en el proyecto de estos espacios “colectivos” donde la sensación de orden y limpieza es tan permanente como artificial, espacios que no son espacios ni limpios ni pacíficos, sino limpiados y pacificados.

En su visión moralizante, los urbanistas modernos proyectaron espacios para situaciones “idílicas”. Y, aunque una gran parte de los usuarios interpretaron el lenguaje arquitectónico “correctamente”, las interpretaciones de “resistencia” abundaron. La experiencia del siglo XX está llena de evidencias. Los casos de comercio ambulante y, más recientemente, el arte y deportes urbanos son ejemplo de ello. Pero también lo serían los carnavales, las fiestas callejeras y las manifestaciones sociales. Podría decirse que estas últimas son consideradas por el Estado como el riesgo máximo del espacio público. En menos de un siglo, París tuvo cuatro revoluciones cuyo escenario principal fue el espacio público. El movimiento del 68, comúnmente reconocido como umbral de la posmodernidad (Harvey, 1991), es un evento fundamentalmente ligado al espacio público. En México, el momento más doloroso de este movimiento se produjo precisamente en el espacio público que constituyó el último estandarte de la modernidad: la Plaza de las Tres Culturas (Adriá, 2005).

En cierto modo, una consecuencia de lo anterior sería el temor patente en el programa urbano posmoderno a las interpretaciones “equivocadas” del espacio. El comercio ambulante, las manifestaciones sociales, el arte y deportes urbanos parecen confirmarse como inaceptables para la planeación urbana y esto podría contarse entre los diversos factores que están determinando la virtual privatización del espacio público. La profundización de la línea entre espacio público y privado denota no sólo la claudicación del programa del espacio moderno sino la progresiva imposibilidad en el contexto imperante de crear nuevos espacios públicos que reconcilien las prácticas tradicionales con la cultura contemporánea de cada pueblo.

La idea simplona de privatizar ha sido la respuesta al complejo problema de la construcción social del espacio. Si puedo controlar la entrada al espacio, puedo escoger las situaciones que en él se han de dar. Ante las experiencias de Tlatelolco y Tienanmen, los tanques se han sustituido por una proclama simple: “nos reservamos el derecho de admisión”.

A MODO DE EPÍLOGO

La visión utópica de la modernidad interpretó el lenguaje de la ciudad tradicional como enemigo de su proyecto y trató de sustituirlo por esquemas urbanos ajenos. Por el contrario, la alternativa de una interpretación “optimista” del espacio contempla un universo más plural y plantea la posibilidad de construir una civilización que incorpore todo el bagaje cultural e histórico:

[...] el optimismo reconoce una inherente propensión o tendencia a cualquier disposición de hechos históricos (incluso de los “fragmentos” poshistóricos o la deriva pasiva del “plancton” cultural al

que alude Koolhaas), una dirección o propensión que puede estirarse y seguirse, mientras que el utopismo continúa atrapado en el universo moral de lo que “debería” ser y, por lo tanto, no puede reivindicar ninguna materialidad allá donde tenga que imprimir su forma quimérica. Es simple: optimismo y peligro son afirmaciones del estado salvaje de la vida –de esa vida que reside incluso en lugares y cosas–, mientras que el utopismo sigue siendo una afirmación del universo abortado de la idea del metafísico: trascendente, fijo y quijotesca e indiferente a las vívidas provocaciones de un mundo histórico (Kwinter, 2002: 67-68).

La visión utópica de los espacios modernos impidió que la dinámica social vislumbrada para ellos alguna vez se materializara por completo. Foucault define a las utopías como “lugares sin espacio real. Son los espacios que entablan con el espacio real una relación general de analogía directa o inversa. Se trata de la misma sociedad en su perfección máxima o la negación de la sociedad, pero, de todas suertes, las utopías son espacios que son fundamental y esencialmente irreales” (Foucault, 1997: 86).

Ante los “riesgos” de malinterpretación del lenguaje de la modernidad utópica, se ha optado por privatizar el espacio urbano –con su respectiva dosis de “paisajismo”– y no existe una voluntad extensa de proponer espacios que puedan asumir las prácticas tradicionales (comercio ambulante, fiesta callejera, manifestación social, etc.) y las surgidas de las carencias producidas por la claudicación del ideal moderno y de los cambios en la cultura contemporánea (grafitis, deportes urbanos...).

Para Koolhaas (1997), la utopía del movimiento moderno radica en la intención más que en la puesta en práctica, pues para todos es obvio que su concreción física se llevó a cabo extendidamente. Para él, el “optimismo” consiste en la recuperación de las energías urbanas para que sean encauzadas y focalizadas en un nuevo proyecto. En este sentido, se dan casos de incorporación al proyecto del espacio público de prácticas que antaño hubiesen sido consideradas inaceptables. Un ejemplo de una determinada manera de entender la reconciliación de producción y construcción social del espacio lo constituyen los grafitis en el Estadio Azteca (ciudad de México).

Durante toda una generación, las bardas y muros de concreto de este “templo” del fútbol mexicano fueron pintadas con la destreza y premura que demanda esa actividad considerada ilegal hasta que la Unidad Antigraffiti de la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal propuso, precisamente, convocar un concurso de grafitis para una serie de elementos arquitectónicos del estadio previamente seleccionados y con un tema igualmente preestablecido: las personalidades que hasta la fecha habían visitado el edificio. La convocatoria tuvo una enorme respuesta y sus resultados tuvieron una fabulosa acogida pública. Con esto, la incorporación a la composición arquitectónica de un antiguo “enemigo” ha podido ser valorada como un caso excepcional y exitoso de integración de interpretaciones “alternativas” del espacio (obviando, eso sí, que, por el mero hecho de armonizar con los intereses de la “seguridad pública”, pierden su componente subversivo y, por tanto, una parte esencial de su carácter alternativo) (fig. 4).

La adaptación de espacios públicos existentes para la realización de festivales, ferias, carnavales y foros puede constituir otro ejemplo frecuente de aprovechamiento de las prácticas populares en el diseño y planeación del espacio urbano. David Harvey (1990) observa que el fenómeno de las ferias mundiales se difundió con mayor éxito en las ciudades donde las manifestaciones y disturbios de los años sesenta fueron más intensos. En estos casos, la utilización del espacio público se vuelve “plena”, aunque

sólo sea por un lapso de tiempo. En algunos estos eventos, coexisten la fiesta pública, el comercio ambulante y muchas manifestaciones artísticas. En la transitoriedad de estos actos surge la perspectiva del diseño y la interpretación del espacio características de la arquitectura efímera. Los elementos desmontables que proliferan en estas ocasiones (desde bancas, *stands* y parasoles hasta estructuras arquitectónicas completas) en las que se crean espacios por periodos cortos de tiempo son muy interesantes, entre otras razones, por su capacidad de aumentar la maleabilidad del espacio público frente a la diversidad de dinámicas sociales posibles. Este tipo estructuras efímeras pueden servir de soporte para animar espacios abiertos abandonados o subutilizados y es importante observar que su existencia y su éxito se apoyan en una larguísima experimentación social.



Fig. 4. Aplicaciones de grafitis sobre la fachada del Estadio Azteca. La iniciativa del concurso de grafitis canalizó las “resistencias” que ya se encontraban presentes en el espacio público.

(Foto: Germán Romero Pérez/www.flickr.com/photos/germanromero11/)

Para el caso del Hospital núm. 6 de Tampico, sabemos que los familiares de los pacientes pasan largas horas esperando en los espacios que rodean a los edificios y que los adultos se acomodan en escalones y jardineras donde duermen y comen mientras cuidan de que los niños no se alejen mucho para jugar. Esta dinámica se repite diariamente en este hospital y en la mayoría de hospitales de este tipo en México. El esquema de un espacio de aproximación mitificado por los ideales del funcionalismo y la modernidad mexicana no es solamente insuficiente para sus usuarios finales, sino también fútil. Mejorarlo, siquiera en la perspectiva “optimista” antedicha, pasaría por rediseñar el programa funcional de este espacio, quizá: i) incorporando un espacio adecuado a los requerimientos del comercio ambulante y una zona de mesas y sillas para que los familiares de los pacientes puedan sentarse a comer cómodamente mientras esperan (esto aprovecharía y encauzaría, dentro del marco legal de higiene y orden, la energía social y económica que revela el comercio que hoy se desarrolla en la plaza); y ii) convirtiendo las jardineras frente al hospital en un espacio de entretenimiento para quie-

nes deben esperar, por ejemplo, haciendo de eso un graderío desde donde observar proyecciones y películas.

El desafío, en definitiva, podría sintetizarse en la concepción de espacios públicos más flexibles y adaptativos frente a las dinámicas sociales y necesidades de quienes los usan. No se trata de coaccionar para encauzar estas actividades dentro de un espacio específico ni de dar continuidad al dispositivo disciplinario (tan querido de la modernidad) de “cada cosa en un lugar y un lugar para cada cosa”, sino de abrir posibilidades y oportunidades para que las prácticas espaciales de “resistencia” puedan “tener lugar”, en todos los sentidos de la expresión.

No existe un diseño que por sí solo pueda prever y dar respuesta positiva a los usos de un espacio público, como tampoco existe un espacio cuya dinámica social coincida con el esquema planteado en su proyecto. Sin embargo, en la medida en que asuma la cultura popular, integre en su programa la mayor cantidad viable de interpretaciones posibles y entienda el espacio como esencialmente cambiante, el proyecto arquitectónico podrá aproximarse a la construcción social del espacio público y, con esto, a la realización más plena de su condición pública.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADRIÁ, Miquel (2005). *Mario Pani: la construcción de la modernidad*, México, DF: Gustavo Gili-CONACULTA.
- BOESIGER, W. y GIRSBERGER, H. (1971). *Le Corbusier 1910-1965*, Barcelona: Gustavo Gili.
- CASTRO, Selim (2007). “Ética y estética de la arquitectura posmoderna”, en *Memorias del Congreso ASINEA 2008*, Tampico (México): FADU.
- CHING, Francis D. K. (1997). *Arquitectura: forma, espacio y orden*, Barcelona: Gustavo Gili.
- LE CORBUSIER [JEANNERET, Charles-Edouard] (1999). *Hacia una arquitectura*, Barcelona: Apóstrofe.
- CUENYA MATEOS, Miguel Ángel (2003). “Ayuntamiento, contaminación, salubridad y política sanitaria en la Puebla de los Ángeles 1531-1833”, en CUENYA MATEOS, Miguel Ángel (coord.), *Cabildo, sociedad y política sanitaria en la ciudad de Puebla*, Puebla: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología e Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades y Dirección de Fomento Editorial de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP).
- DE ANDA, Enrique X. (2006). *Historia de la arquitectura mexicana*, Barcelona: Gustavo Gili.
- DELGADO, Manuel (2001). “La cultura de las calles. El espacio público como escenario dramático”, en VILADEVALLI GAUSCH, Mireia (coord.), *Ciudad, patrimonio y gestión*, Puebla: Secretaría de Cultura y Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- FOUCAULT, Michel (1997). “Los espacios otros”, *Astrágalo*, núm. 7, “Ciudad pública-ciudad privada”.
- FOUCAULT, Michel (2001). *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión*, México, DF: Siglo XXI.
- GEHL, Jan y GEMZOE, Lars (2002). *Nuevos espacios urbanos*, Barcelona: Gustavo Gili.
- HARVEY, David (1990). *The Condition of Postmodernity*, Malden: Blackwell.
- HARVEY, David (1985). *Urbanismo y desigualdad social*, Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores.

- KOOLHAAS, Rem (1997). *Conversaciones con estudiantes*. Barcelona: Gustavo Gili.
- KWINTER, Sanford (2002). "Volar con la bala o ¿cuándo empezó el futuro?", en KOOLHAAS, Rem, *Conversaciones con estudiantes*, Barcelona: Gustavo Gili.
- LEFEBVRE, Henri (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Madrid: Alianza.
- LOW, Setha M. y LAWRENCE-ZUNIGAS, Denise (2003). *The Anthropology of Space and Place: Locating Culture*, Malden: Blackwell.
- LYNCH, Kevin (1998). *La imagen de la ciudad*, Barcelona: Gustavo Gili.
- MONTERO PANTOJA, Carlos (2002). *La renovación urbana. Puebla y Guadalajara: un estudio comparado*, Puebla: Instituto de Ciencias Sociales de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- RIMBAUD, Arthur (2001). *Poesía completa* (edición bilingüe), Barcelona: Ediciones 29.



**URBS, CIVITAS Y POLIS:
¿CÓMO IMAGINAR EL MAÑANA?
Carlos Francisco Valverde Díaz de León**

Cuando pensamos en el futuro de las grandes metrópolis de hoy se nos vienen a la memoria diversas imágenes, desde las impuestas por las series americanas en la televisión o la de las películas *hollywoodenses*, en las que pareciera que las edificaciones flotan en la inmensidad del espacio. En otra caracterización, la ciudad del caos, la delincuencia y destrucción controladas por unos cuantos (países o individuos) y defendidas, a su vez, por los poderes de los superhéroes.

Para los estudiosos del fenómeno, se ha escrito, propuesto, hecho y deshecho mucho. Desde el trazado urbanístico del Pireo por Hipodamo de Mileto, Biagio Rossetti, la utopía de Tomás Moro, Haussmann y la transformación de París, Daniel Burnham en Chicago, la propuesta de Ebenezer Howard, o la postura de Toynbee. Últimamente, la planificación ecológica de Ian McHarg y, finalmente, la ciudad digital y la fractura de la globalización.

Desde la perspectiva latinoamericana, es inevitable valorar el ordenamiento de las ciudades mexicanas, previo a la llegada de los europeos. Es obligado mencionar aquella que se integraba a las condiciones ecológicas de la zona, a través del privilegio y adaptación a las condiciones naturales: lacustre, en Tenochtitlan (González-Aragón, 1993); topográfica en Monte Albán; astronómica en Uxmal. Ordenamientos que fueron descalificados y abandonados para establecer un recio control militar territorial, objetivado en la apropiación de la tierra y la sujeción de los naturales. Todo ello, bajo el argumento que describe a aquel urbanismo como una de las manifestaciones más avanzadas en el ámbito mundial y con carácter humanista. Lo contradictorio es que la población indígena se transformó en marginal, se encontraba al servicio de la ciudad española –humanista– y había sido desplazada a la periferia viviendo en condiciones infrahumanas.

Ahora parece que esta condición prevalece en las ciudades mexicanas. El modelo de ciudad expansivo, sostenido a lo largo del siglo XX y los primeros años del presente, hacen suponer que, de no apuntar hacia un desarrollo alternativo, una urbanización desigual del planeta, a partir de la expansión y de la extensión hasta el horizonte de los filamentos urbanos, será el paisaje que testaremos.

Con toda esta experiencia profundamente humana, ¿es posible construir un proyecto de ciudad del mañana en la que haya opciones ante la injusticia, la desigualdad y la exclusión?

Durante el Foro “Universidad y cambio de época: ética y estética de la ciudad”, celebrado en la Universidad Iberoamericana Puebla en octubre del 2007, uno de los temas que desató mayor polémica fue el de la ciudad como promesa. A pesar de la falta de planeación, de la especulación, de la pobreza y marginación (o quizá precisamente por eso), la ciudad sigue siendo una promesa, especialmente si atendemos a los millones de migrantes que nutren las ciudades, a los más desvalidos, los olvidados de las tasas de crecimiento anual y de los satisfactores básicos para la sobrevivencia del sujeto humano. En este sentido, apunto fundamentalmente, por su carácter básico, a dos indicadores: salud y educación. Me centraré en ambas problemáticas para el planteamiento del problema que, de ninguna manera, se desvincula de otras que conforman la complejidad de la vida urbana y de su comprensión desde la perspectiva del habitante de la ciudad.

Salud: ¿se refiere solamente a la capacidad de la ciudad en relación con su dotación de hospitales, clínicas, médicos y fármacos para atender las enfermedades y padecimientos de la población?

Educación: ¿son el número de aulas, estudiantes y maestros registrados en el sistema nacional o estatal?

¿Existe la posibilidad de anticiparse para proveer condiciones materiales adecuadas para el desarrollo de la vida en la ciudad desde la perspectiva urbano-espacial ante la problemática de la salud pública? ¿Podemos hablar de construcción de ciudadanía como intencionalidad en la tarea educativa? ¿Hay una orientación ética en el planteamiento de estas acciones, estadísticas y proyectos?

Iniciaré por referirme a algunos indicadores que nos permiten ubicarnos en este tema. Uno, obligado, es el concepto de desarrollo humano, por su comprensión universal, opuesto al crecimiento económico con el que se ha pretendido justificar la mayoría de las acciones del Estado para la rendición de cuentas.

Desarrollo humano se refiere a lo que una persona puede ser o hacer para establecer su calidad de vida propia como ser humano. La *libertad* que gozan las personas para elegir formas de vida alternativas en función de objetivos establecidos por ellas es indicativa del desempeño de una sociedad que respeta y promueve el valor de sus miembros. El objetivo básico del desarrollo es ampliar las oportunidades abiertas a la gente para vivir una vida saludable, creativa y con los medios adecuados para participar en su entorno social. Si bien el crecimiento económico es una condición necesaria para mejorar de manera sostenida el bienestar social, debe reiterarse que el desarrollo humano se enfoca en la libertad de las personas y no en la acumulación de recursos.¹²⁸

En el Informe de México de 2007, la ONU señala que el país ha alcanzado un nivel de alto desarrollo humano. Este logro contrasta con la considerable desigualdad en los niveles de desarrollo entre las entidades federativas.

¹²⁸ Informe sobre desarrollo humano. México 2002. www.saul.nueve.com.mx/informes/index.html. Consultado: abril de 2008.

El estado de Puebla ocupa el cuarto lugar en desigualdad entre todas las entidades federativas. Por su parte, el municipio que ocupa la ciudad capital, es el único que rebasa, ligeramente, el Índice de Desarrollo Humano (IDH) aceptable para las Naciones Unidas (0,8269/ 0,80).¹²⁹

Relacionando las variables de salud y educación, aunados a una alta tasa de migración, Puebla ocupa el cuarto lugar en rezago educativo del país, medido en términos de analfabetismo (454,500 analfabetos en una población total de 5,360,178 hab.) Mientras, en índice de salud, entre el año 2000 y el 2004, el estado de Puebla se ha mantenido entre los tres estados con menor rango (le anteceden Chiapas y Veracruz).¹³⁰

¿Por qué los ciudadanos de Puebla viven en promedio 1,77 años menos que los habitantes del Distrito Federal o 1,97 años menos que los de Baja California? Si nos referimos a estados colindantes, la esperanza de vida es superior en Hidalgo, 0,61 años, y Tlaxcala, 1,07 años más que en Puebla.

¿Qué es lo que hace que una persona pueda vivir más? ¿Tiene relación con las condiciones materiales en las que se desenvuelve, en particular con la calidad del espacio urbano?

LA INMENSIDAD DEL ESPACIO

La ciudad de Puebla ha venido expandiendo su espacio edificado sobre el territorio de manera sostenida. Si bien ha habido esfuerzos de ordenamiento territorial, planes municipales de desarrollo urbano o en el ámbito regional, impulsado con el proyecto Angelópolis (1999), se mantiene la ciudad de las periferias marginadas, la del abandono del espacio central como lugar de habitación, la de la ciudad fraccionamiento, la del asentamiento insalubre, la del agotamiento de los recursos naturales y del abandono de lo público.

Los esfuerzos se han centrado a partir de un concepto de planeación definido por la Ley de Planificación y Zonificación del Estado elaborada en 1945 que, aunque parezca difícil de creer, prevaleció hasta finales de la década de 1990.¹³¹

En el año 2000, se publicó el Programa Estatal de Desarrollo Urbano Social y Sustentable del Estado de Puebla y abrió la posibilidad de un planeamiento diferente. Si bien su objetivación en la ciudad de Puebla se manifestó hasta en el 2007, con el Progra-

¹²⁹ www.ciepuebla.com.mx/iniciaunaempresa/Ecolnd001.pdf. Consultado: abril 2008.

¹³⁰ El índice de salud mide el logro relativo de un país o estado con respecto del valor mínimo de 25 años de esperanza de vida al nacer y el valor máximo de 85 definidos por el PNUD. Para Puebla, cuya esperanza de vida en 2004 era de 73,64 años y el índice de salud es de 0,8106. Índice del salud = $(73,64 - 25) / (85 - 25)$. *Informe sobre desarrollo humano*. México 2002. www.saul.nueve.com.mx/informes/index.html. Consultado: abril de 2008.

¹³¹ Se entendía por planificación la apertura, mejoramiento y coordinación de las vías públicas, construcción de plazas, jardines, campos deportivos, estadios, escuelas, mercados, rastros, etc., así como la localización, construcción y acondicionamiento de edificios públicos y creación de zonas industriales. El término *zonificación* hacía referencia a la normatividad para el uso de la propiedad pública y privada, altura y volumen de construcción, espacios libres, zonas para servicios públicos y lotificación de terrenos.

ma de Desarrollo Urbano Sustentable del Municipio de Puebla, el periodo de tiempo de las administraciones municipales acotadas a tres años, sin posibilidad de reelección, además de la carencia de organismos ciudadanos con poder para garantizar continuidad en los proyectos y actuaciones, hacen pensar que dicho plan será reformulado, a partir de criterios que, seguramente, variarán para prolongar el único continuo de la planeación urbana municipal: la extensión del espacio edificado.

Por otra parte, la inversión pública, municipal y estatal, referida a escuelas y hospitales en la capital del estado ha sido rebasada, en mucho, por este proceso de creación de nuevas colonias, fraccionamientos y asentamientos periféricos, legales e ilegales.

En este sentido, la inversión pública del municipio en los últimos tres años (2005-2008) se centró en obras para el viario de la ciudad. Tal es el caso de pasos vehiculares: Atlixco-Zavaleta; el del río Atoyac; Juan Salmerón (Blvd. 18 de noviembre y Av. Xonacatepec); Hernando de Saavedra (Blvd. Valsequillo y Av. 14 sur); Netzahualcóyotl (Netzahualcóyotl y Municipio Libre); el distribuidor vial 475 (Circuito Interior y Atlixcáyotl), Cúmulo de Virgo y, finalmente el puente Tlaltepango. Una inversión total de 541,670,746 pesos.¹³² Además, obras de repavimentación de calles principales por alrededor de 763,396 m².

El esfuerzo de organización y gestión para aplicar estos recursos, reconociendo las limitaciones de la administración municipal, reducen las opciones para el desarrollo de una alternativa ante la contundente fuerza de la expansión sobre el territorio y sus exigencias infraestructurales básicas: accesibilidad, energía eléctrica, agua potable y alcantarillado.

En otro ámbito, el del equipamiento urbano, concretamente en el abasto, hay una evidente evasión, por parte del estado y el municipio, en la tarea de planeación y construcción de mercados de barrio para abastecer las amplias zonas habitacionales creadas en los últimos años. Esto ha estimulado la multiplicación del problema del comercio ambulante que, entre otros, ejerce una presión sobre la zona central de la ciudad.

Este tema es central en el fortalecimiento del espacio público. El intercambio de bienes, la actividad comercial, es una de las funciones matriciales de la ciudad, aquella que le ha dado origen y continuidad. Recordemos la genealogía de la ciudad de Puebla y su desarrollo. Lo que ha prevalecido sobre cualquier otra actividad económica ha sido el comercio y, salvo en los últimos 25 años, sucedía en edificaciones y espacios públicos, las plazas.

Después han proliferado los comercios privados de grandes superficies en el proceso de ocupación territorial. Este fenómeno responde a la imposición de hábitos de consumo dominantes que regulan la vida cotidiana y que tienen como consecuencia, entre otros, la uniformidad y el mimetismo social: idénticas modas, marcas comerciales, tipos de establecimientos.

A diferencia de los pseudo-espacios públicos que configuran los modernos *malls* y “centros comerciales” –reconstrucción paródica de los clásicos ejes y zonas comerciales urbanas–, la utilización del espacio público no está sometida a otras reglas ni cón-

¹³² El presupuesto aprobado para el municipio de Puebla en el año 2008 fue de 2,261,937.000 pesos, de los cuales 71% fue para gasto social y 29% para administrativo. En: www.laquintacolumna.com.mx/2007/octubre

gos de comportamiento que los derivados del derecho civil general. No existe el “derecho de admisión” ni los más o menos sutiles filtros que imponen aquéllos. Las actividades sociales lúdicas o políticas están permitidas (dentro de ciertos límites) sin que deban someterse a los imperativos del consumo. En este sentido el espacio público es el espacio de las libertades y también de la responsabilidad; la amplitud de actividades y comportamientos que permite sólo está condicionada por un ejercicio activo de la tolerancia y por una asunción libre de un cierto nivel de riesgo. Como dice Lofland (1993), la ciudad, en especial si es grande, es una escuela de cosmopolitismo y de aprendizaje de valores cívicos (López de Lucio, 2000).

Abordando las relaciones espacio-sociedad en la complejísima problemática de la educación en México, es imposible soslayar el tema de civilidad (“urbanidad”, diría Jérôme Monnet) y espacio urbano. Por esto, es obligado mencionar sobre lo que ha sucedido con la infraestructura educativa: se ha reducido al mínimo la aplicación de recursos para la construcción de escuelas públicas en los paupérrimos asentamientos irregulares en el espacio de la ciudad extendida. Aún más, las que existen, tienen la urgente necesidad de una renovación programática y hasta restauración edilicia. Por otro parte, observamos la proliferación de escuelas y universidades privadas sin una regulación exigente para su emplazamiento y con evidentes carencias que garanticen la calidad educativa.

Los espacios educativos tienen su extensión en la calle, la plaza o el jardín urbano. Los horarios de llegada y salida de los estudiantes al colegio o a la universidad son parte de la agenda cotidiana de la ciudad. Esta actividad vitaliza la ciudad, la embellece y le exige renovarse generación tras generación para los necesarios mínimos de urbanidad social. Sin embargo, ha llegado a ser vista únicamente como una dificultad para la movilidad vehicular. Evidentemente, esto no es causado por la actividad educativa, sino atribuible a la desarticulación de espacios públicos y de transporte para la mayoría de la población, particularmente para la estudiantil de todos los niveles.

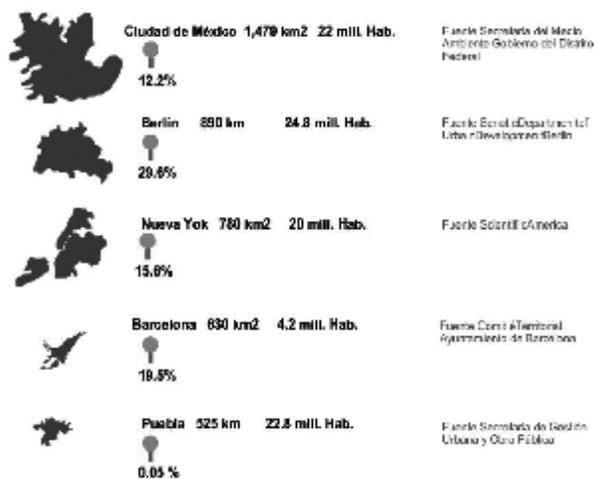


Fig. 1. Comparativo de superficies verdes entre las ciudades más importantes de Norteamérica y Europa. Aparece la ciudad de México y Puebla en dramático contraste de estas concentraciones humanas. (Fuente: Colectivo Metropolitano www.colectivometropolitano.org.mx)

En el caso de la ciudad de Puebla, hay un potencial importante para el incremento de los espacios públicos y las áreas verdes en la atención a este tema, dado que la zona metropolitana es calificada como la segunda ciudad en importancia en el país por el número de instituciones de educación superior asentadas en su territorio.¹³³ Se está a tiempo para esto ya que la mayoría de estas instituciones se ha establecido en los últimos 20 años y estamos hablando de una población joven, dinámica y dispuesta a los cambios.

LA CIUDAD DEL CAOS

En el año 2000, la Universidad Iberoamericana Puebla entregó al Ayuntamiento de la capital un estudio sobre el estado de la cuestión y propuesta de las áreas verdes del municipio; las conclusiones del diagnóstico fueron dramáticas. La población cuenta con 1,3 m² de áreas verdes por habitante frente a los 9 m² que la Organización Mundial de la Salud recomienda como mínimo.

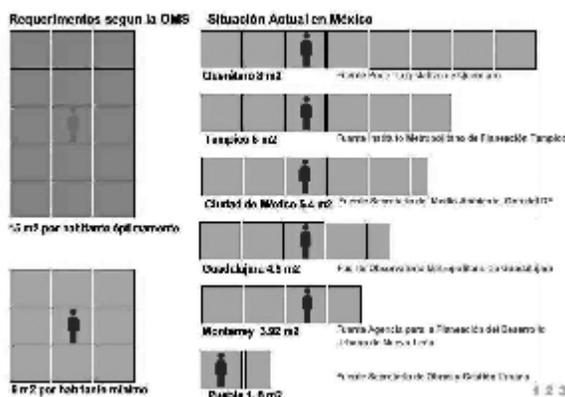


Fig. 2. Esquemización de los metros cuadrados de áreas verdes disponibles para los habitantes de algunas de las ciudades mexicanas más importantes. La ciudad de Puebla es de las más bajas. (Fuente: Colectivo Metropolitano www.colectivometropolitano.org.mx)

Se contabilizaron parques, jardines, camellones o medianas ajardinadas, reservas territoriales ¡y hasta espacios militares! La recomendación era el rescate de todos los espacios residuales para la incorporación de superficies y masas de vegetación, propias del lugar, así como la articulación de los espacios públicos, particularmente plazas, para

¹³³ El número de estudiantes inscritos en el nivel de educación superior en el estado de Puebla es de 146,635, lo que representa 5,8% del territorio nacional. La mayoría de esos alumnos están inscritos en más de 145 instituciones de educación superior (universidades, centros, clínicas, colegios, escuelas, fundaciones, institutos y unidades regionales) registradas en la capital poblana. Esta cifra es superada por el Distrito Federal con 413,181 estudiantes (16,3%), por el Estado de México con 256,161 estudiantes (10,1%), y por Jalisco con 164,626 (6,5%). Fuente: ANUIES. *Anuarios estadísticos 2006-2007*. www.anuies.mx (Consultado en abril de 2007).

desarrollar una cultura de apropiación de lo público entre los habitantes del municipio. Se hacía énfasis en el cuidado que se debería tener en el manejo de las reservas territoriales, específicamente con la Atlixcáyotl y la Quetzalcóatl, creadas *ex profeso* para la dotación de áreas verdes para la ciudad.

En este sentido, la acción del gobierno deja mucho que desear, tanto por la mayor debilidad inversora de las distintas administraciones, en particular de la local, y por unos esquemas de reparto de la renta más desequilibrados, con sus secuelas de marginalidad, exclusión social, inseguridad y violencia. El centro histórico se degrada y empobrece. En el mejor de los casos, como el sector de San Francisco, ha sido segregado del conjunto del barrio indígena del cual formaba parte, y ahora el sector rehabilitado es parte del megaequipamiento conformado por el conjunto del Centro de Convenciones con la Plaza Comercial San Francisco, el Centro de Operaciones del proyecto Puebla-Panamá (aún vigente). Se avanza en la venta de antiguas casas o lotes baldíos, expropiados en su momento, para la ocupación de oficinas corporativas y departamentos de carácter residencial (*lofts*). Ni una acción en dirección a la construcción de vivienda en renta o, al menos, de interés social y mucho menos a la creación de un sistema que articule los espacios públicos o incremente las áreas verdes para los habitantes que fueron expropiados.

Al mismo tiempo, podemos verificar que los grandes desarrollos reticulares del siglo XX, puestos en práctica en ciudades como Puebla, carecen con frecuencia de la densidad que hace posible las relaciones de proximidad. La extensión de los crecimientos irregulares representa una forma de crisis total, al menos, con respecto a la ausencia de espacios públicos, los sistemas de transporte colectivo –insuficientes y caóticos– y la ya descrita insuficiencia de equipamientos educativos y también de salud.

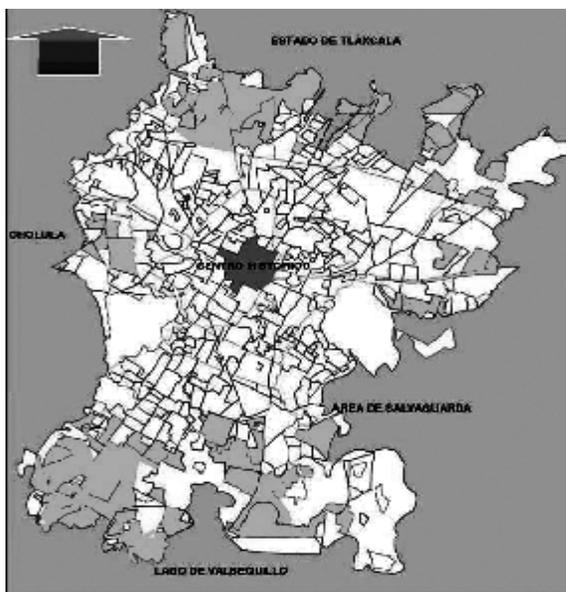


Fig. 3. Asentamientos irregulares en la ciudad de Puebla, detectados entre 1990-2000.
(Fuente: Flores Lucero, 2004)

Las soluciones clásicas del liberalismo económico preconizan la “modernización” de las áreas urbanas/metropolitanas, lo que ha implicado la aplicación de los escasos recursos públicos hacia la construcción de redes arteriales y de megaequipamientos, como lo hemos detallado. Esto induce las tendencias hacia la dispersión de actividades, la construcción de enclaves residenciales privatizados (fraccionamientos exclusivos) y de nuevos subcentros comerciales y de ocio en la periferia que agravan la crisis de la ciudad central.

El mismo fenómeno ha mermado dramáticamente las reservas territoriales y los espacios destinados a áreas verdes. El más reciente se refiere a una solicitud a la Secretaría de Desarrollo Social federal por parte del gobierno del estado de Puebla para modificar el uso de alrededor de 60 hectáreas, localizadas en la Reserva Territorial Atlixcáyotl, destinadas a áreas verdes, con el objetivo de que puedan llegar a ser fraccionamientos de clase media y centros comerciales. Este proceso deja sin opción de acceso a estos equipamientos e infraestructuras vitales para el sostenimiento de una vida con calidad a miles de sus pobladores, especialmente a los más pobres.

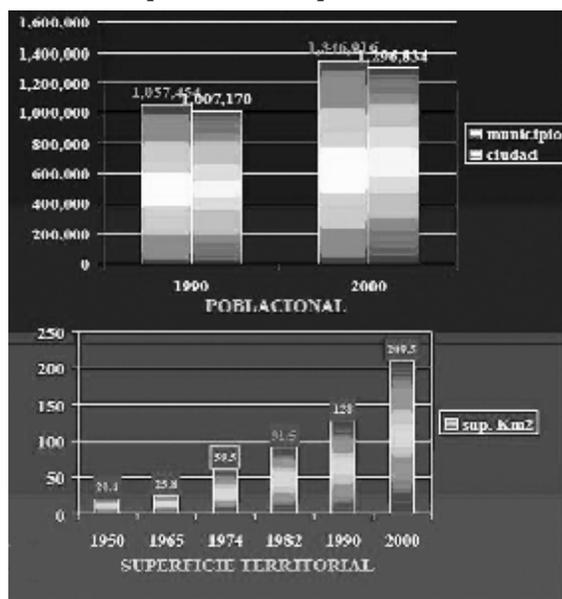


Fig. 4. Tabla explicativa del incremento poblacional en relación con la ocupación de superficie edificada en territorio municipal. (Fuente: Flores Lucero, 2004)

El resultado es la imagen de un océano de marginación en el que emergen algunos segmentos de ciudad, segregados, que gozan de los privilegios que cualquier ciudadano tiene derecho de ejercer.

Algunas cifras nos indican que, de 245 asentamientos irregulares registrados en el municipio de Puebla, 53% está sobre zonas ejidales y 152 en zonas de riesgo (zonas inundables, ductos de PEMEX o bajo líneas de alta tensión de la Comisión Federal de Electricidad). Aun con eso, las políticas de planeación y ejecución de obras para la ciudad, se ha venido manteniendo inamovible.

En este juego perverso de expansión y abandono, hay pocos que obtienen todos los beneficios y muchos que pagan su condición marginal.

Volviendo a nuestra pregunta original: ¿cómo imaginar la ciudad de mañana? Podemos generar ahora nuestras propias imágenes, rebasadas por la fantasía *hollywoodense*: aquella, precisamente, que nos denota la realidad observada y, ahora, acotada. Otra opción es desde la ética, que orienta no sólo a la conservación planetaria, sino a la preservación de la colectividad humana.

Un primer principio está insinuado en la propuesta de Ian McHarg, que se sintetiza en algo bastante concreto: la colaboración. Colaborar, entre los vecinos, familias y ciudadanos. Colaborar, con la Naturaleza para dejar de devolverle sólo despojos humanos. Dejar de segregar, en miles de trozos de propiedad, el territorio y voltear más a la conformación de espacios comunes de carácter público.

Por un lado, el espacio público es un concepto jurídico instrumental que permite, precisamente, acceder a distintas propiedades privadas. Esta concepción carece de cualquier valor agregado: estético, social o político. Su utilidad se limita a la función de proporcionar accesibilidad a los distintos usos privados del territorio. Es lamentable que este carácter instrumental sea el único realmente valorado para la estructuración de los territorios urbanizados en la ciudad de Puebla, donde el único espacio público reconocible es la red de calles, avenidas y carreteras. Todas para el automotor.

Frente a esto, vale la pena rescatar otras dos conceptualizaciones históricas, relevantes, para la comprensión de la evolución del espacio público (Weintraub, 1995). Por un lado, la que viene de la tradición clásica: el espacio de la comunidad política basada en la conformación de *ciudadanía*, cuya expresión básica se muestra en la activa participación en la toma de decisiones colectiva. Esta función se encarnaba en un espacio singular y especialmente significativo: el ágora. Espacio de discusión y confrontación en el que prevalecen las ideas mejor fundamentadas y argumentadas, no las más votada por electores pasivos, como en el caso de nuestra incipiente y frágil democracia mexicana.

La otra es el concepto moderno del espacio público. En este sentido, la calle es el espacio de la sociabilidad difusa,¹³⁴ más que el marco de la actividad o participación política, la cual está definida en edificios con especializaciones funcionales, precisas,

¹³⁴ "Ahí afuera, en las calles, lo que encontramos es una vida colectiva que sólo puede ser observada en el instante preciso en que emerge, puesto que está destinada a disolverse de inmediato. En los exteriores urbanos no hay objetos sino relaciones diagramáticas entre objetos, bucles, nexos sometidos a excitación permanente. No es un esquema de puntos, ni un marco vacío, ni un envoltorio, ni tampoco una forma que se le impone a los hechos, como pretenderían los urbanistas. Es una mera actividad, una acción interminable cuyos protagonistas son esos transeúntes que reinterpretan la forma urbana a partir de los estilos con que se apropian de ella. La calle es así una forma radical de espacio social, que no es un lugar, sino un tener lugar de los cuerpos y las miradas que lo ocupan. Comarca rediseñada una y otra vez por las migraciones que la recorren y que dan pie a una armonía confusa, sus habitantes son viandantes que tejen una amalgama inmensa e inmensamente variada de movimientos y colonizaciones transitorias, muchas de ellas imprevisibles o insolentes. Sociabilidad difusa, escenario predilecto para el conflicto, hilvanamiento de formas mínimas e inconclusas de interconocimiento, ámbito en que se expresan las formas al tiempo más complejas, más abiertas y más fugaces de convivencia: lo urbano, entendido como todo lo que en la ciudad no puede detenerse ni cuajar. Lo viscoso, filtrándose entre los intersticios de lo sólido y desmintiéndolo" (Delgado, 2007).

Congreso y Cabildo, y hasta profesionalizadas por políticos y líderes. Pero la norma es que la calle y la plaza se configuren como la red de espacios donde tiene lugar la convivencia colectiva cotidiana. Convivencia que está marcada por la coexistencia inmediata de individuos y actividades heterogéneas, por la realidad complementaria de la proximidad física y la distancia social, por las permanentes tensiones entre anonimato y tolerancia, entre libertad y responsabilidad. Sobre este tipo de espacio público se basa la conformación de la *ciudadanía moderna*, la que todavía es posible construir en nuestra ciudad. Así, el espacio público se puede valorar por “la intensidad y la calidad de las relaciones sociales que facilita, por su capacidad de mezclar grupos y comportamientos, de estimular la identificación simbólica, la expresión y la integración cultural”.¹³⁵

SUPERHÉROES Y PODERES

La ciudad ha enfrentado tres quiebres tecnológicos fundamentales, implicando una profunda transformación en funciones, morfología y significados. El primero se refiere a la introducción del ferrocarril, durante el siglo XIX y principios del XX; el segundo, a la irrupción del vehículo automotor, a partir de la segunda década del siglo XX; el tercero, se refiere a la revolución de las nuevas tecnologías de información, en particular la Internet.

La llegada del ferrocarril tiene relación con un fenómeno de movilidad colectiva, masiva, que otorgó una nueva estructura a los territorios nacionales e incluso de modificación de políticas para el desarrollo. Modificó la traza y el valor de la ciudad; una estación de ferrocarril fue motivo de prestigio, en particular, para los barrios de la periferia donde se localizaron. En el caso de Puebla, la estación del Ferrocarril Mexicano se estableció sobre lo que eran los tiraderos de basura, anexos al barrio de Santa Anita. El emplazamiento de la estación tuvo como consecuencia la revaloración de una plaza pública, la de San Pablo de los Naturales, que se transformó en el Señor de los Trabajos, dedicada, desde ese momento, a los viajeros y operarios del ferrocarril.¹³⁶

Con esto se habilitó un espacio público en la periferia segregada de la ciudad, con cualidades para el reencuentro de la diferenciación social. Por otra parte, fue el principio de una enorme revolución en el terreno de las comunicaciones. También para la movilidad y un pretexto para la creación de espacio público.

La irrupción del automotor en la ciudad tiene un carácter individualizante, propio del desarrollo de la cultura moderna: “donde quiero, cuando quiero, como quiero” (Asher, 2004). Ha venido estimulando el proceso de expansión de las ciudades, al po-

¹³⁵ Jordi Borja, «Ciudadanía i espai públic», en Borja, Nel-lo y Vallès, *La Ciutat del futur, el futur de las ciutats*, Barcelona, 1998.

¹³⁶ El templo de San Pablo de los Naturales se transforma en el Señor de los Trabajos desde 1840, a raíz del traslado de un cuadro de esa advocación al retablo principal, que desde el pasado colonial estaba dedicado al culto con ofrendas de agradecimiento a la salud de los enfermos, presentando figuras de plata, cera o las pequeñas pinturas populares denominadas “milagros”. Aun con eso, el gremio ferrocarrilero y los oficios que se van creando alrededor de ellos, lo adoptan como lugar de oración antes de la salida o a la llegada del ferrocarril, transformando durante ese tiempo la advocación anterior (Valverde, 2005: 172).

ner en valor superficies distantes e inaccesibles para el mercado inmobiliario; es una condicionante para las actuaciones en la ciudad, dejando a un lado las opciones propuestas por lo mejor del saber urbanístico y, finalmente, tiene una connotación de poder y estatus indudable.

En el caso mexicano, el proyecto carretero iniciado en la década de 1920, fue una alternativa para impulsar el desarrollo del país después de más de diez años de guerra revolucionaria y ante el fracaso del proyecto ferrocarrilero. La expansión de la red carretera sobre el territorio nacional ha sido una constante, con distintos momentos de brillantez y opacidad, proyectando una estructura territorial claramente orientada del sur a norte, dada la dependencia económica con Estados Unidos de América.

A escala de la ciudad, la pavimentación de calles y avenidas, ha sido un instrumento ideal para el modelo de ciudad expansión, que responde al desarrollo del capitalismo, ahora, globalizado. En este sentido, el territorio es un producto más del mercado, con altas tasas de rendimiento y del que tienen control y acceso los más poderosos –desde la imagen “hollywoodense”–: ¿los villanos de la sociedad?

Hay una tercer quiebre, aún difícil de estimar sus implicaciones de largo plazo, especialmente en la conformación del espacio público: las innovaciones en el terreno de las comunicaciones. Por ahora, tienen un dramático cambio tecnológico con la moderna revolución cibernética. Están trastocando de manera significativa algunos de los parámetros básicos del modelo clásico de sociabilidad difusa y, por tanto, la eficacia y el sentido de su contenedor espacial, la red de espacios públicos urbanos. Contribuyen a lo que A. Bourdin denomina la civilización de los individuos: “no es un modelo de organización política, social o económica. Es la forma que confiere a la experiencia individual de este mundo [...]. Un movimiento permanente, sin fronteras precisas, ella misma se elabora y transforma en la gran ciudad conectada al mundo –cruce de flujos de toda índole, y no al hecho de que controle un territorio” (Bourdin, 2007).

En esta metrópoli de los flujos se cristalizan las figuras sociales (posiciones, grupos, personalidades, sociologías, figuras morales y relaciones), pero también se cosifican desequilibrios económicos, sociales, culturales y morales. Uno de los temas relativos al espacio público, que plantea la interrogante de esta metrópoli, es la relativa a las costumbres como lugar de construcción social. De ahí que el espacio público vuelve a recuperar su carácter instrumental neutro, desprovisto no ya sólo de contenidos políticos sino también de interacción social.

El ascenso de los ámbitos de privacidad socava la vitalidad del espacio público, ya que la existencia de éste “es indisociable de la existencia de prácticas sociales colectivas”. Frente a los espacios públicos cotidianos, asociados con la identidad de las personas que los frecuentan periódicamente, surgen los «no lugares» descritos por Augé: las autopistas y las vías de circulación rápida, los aeropuertos y las terminales de autobuses, las superficies comerciales de la periferia. Son los espacios de la velocidad, el tránsito y la soledad compartida por millones de individuos.

En estas condiciones, el espacio público se contrae a la vivienda familiar o al tiempo extra de la oficina. El antiguo paseo por la ciudad y sus plazas ya no es necesario: todo se puede tener, contemplar, oír y disfrutar sin traspasar la puerta de la casa de cada uno, facilitado por la tecnología de la sociedad del confort, ayudado por el control remoto de la televisión. La Internet va mucho más allá: permite la “interactividad”,

el *chat* alrededor del mundo. En resumen, las perspectivas del espacio público apuntan en un doble sentido: hacia su contracción virtual dentro del ámbito de una privacidad amueblada por televisión y PC y hacia su concepción instrumental, vaciada de contenidos sociales y degradada hasta su conceptualización como “no lugares” (López de Lucio, 2000).

La ciudad del mañana está en construcción. El futuro promisorio de ésta dependerá de las perspectivas desde una ética planetaria y de la cooperación humana. También podremos optar por el corto plazo, la voracidad, el individualismo y la soledad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ASCHER, Françoise (2004). *Los nuevos principios del urbanismo*. Madrid: Alianza.
- BOURDIN, Alain (2007). *La metrópoli de los individuos*. Puebla: Universidad Iberoamericana Puebla.
- DELGADO, Manuel (2007). *Sociedades movedizas: pasos hacia una antropología de las calles*, Barcelona: Anagrama.
- FLORES LUCERO, María de Lourdes (2004). *La gestión urbana en la periferia de la ciudad de Puebla, México, 1990-2000. Los asentamientos irregulares ubicados en las zonas ejidales de las colonias populares*, tesis doctoral inédita, Universidad Politécnica de Cataluña, www.cpsv.upc.es/tesis/presentacio_flores.pdf (consultado: abril de 2008).
- GONZÁLEZ-ARAGÓN, Jorge (1993). *La urbanización indígena de la ciudad de México. El caso del plano en papel maguey*, México: Biblioteca Memoria mexicana y Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- LOFLAND, Lyn H. (1993). “Urbanity, tolerance and public space. The creation of cosmopolitans”, en DEBEN, L. (et al.) (eds.), *Understanding Amsterdam*. Amsterdam: Het Spinhuis.
- LÓPEZ DE LUCIO, Ramón (2000). “El espacio público en la ciudad europea: entre la crisis y las iniciativas de recuperación. Implicaciones para Latinoamérica”, *Revista de Occidente*, núm. 230-232, Madrid, julio-agosto.
- VALVERDE DÍAZ DE LEÓN, C. Francisco (2005). *Puebla, calle 11: de borde urbano a referencia espacial de centralidad. Su construcción en el contexto de la formación de Puebla como ciudad moderna*, tesis doctoral inédita, Universidad de Valladolid.
- WEINTRAUB, Jeff (1995). “Varieties and vicisitudes of public space”, en KASINITZ, Ph. (ed.), *Metropolis: Centre and Symbol of our Times*, London: MacMillan Press.

LOS HABITANTES EN LA RECONSTRUCCIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO.
REFLEXIONES SOBRE LA REGENERACIÓN DE BARRIOS
PERIFÉRICOS EN ESPAÑA*
María A. Castrillo Romón

LA REGENERACIÓN DE BARRIOS EN EL CONTEXTO DE LA GLOBALIZACIÓN EN EUROPA

La inmersión del capitalismo en su fase globalizadora ha tenido en Europa importantísimos efectos territoriales, entre ellos, una larga estela de espacios “abandonados” como residuos del modelo económico precedente. La desindustrialización europea ligada con la nueva división internacional del trabajo ha producido masivamente áreas industriales “abandonadas”, esto es, terrenos antes ocupados por las fábricas e instalaciones de empresas que hoy están deslocalizadas, desaparecidas o en franco declive. La globalización de los mercados y los cambios en el volumen y la tecnología del transporte a ella asociados han sentenciado grandes áreas infraestructurales portuarias y ferroviarias que han resultado igualmente “abandonadas”. Y otro tanto podría decirse de áreas urbanas ligadas con determinados sectores relegados por el modelo emergente, entre ellas, los barrios “abandonados”: territorios y gente dejados al margen por el modelo económico en auge, barrios que constituyen hoy la expresión física y social de la pobreza y exclusión consustanciales a la globalización económica.

En 1997, un documento oficial de la Unión Europea (en adelante, UE) retrataba la situación con las siguientes palabras: “La actual aparición de nuevas oportunidades económicas está contribuyendo en muchas ciudades a agrandar las disparidades sociales y económicas. [...] La situación de penuria de las ciudades se refleja en el aumento

* Este texto fue inicialmente redactado en 2008; pero ha sido revisado y actualizado con fecha enero de 2009. Parte de la información empleada en su elaboración proviene del trabajo de investigación “Necesidades y oportunidades de rehabilitación urbana en las primeras periferias residenciales de las ciudades de Castilla y León: definición de un método de evaluación a partir del estudio de dos casos (Burgos y Valladolid)” financiado por el Programa de Ayudas a proyectos de investigación de la Junta de Castilla y León y realizado en 2006 y 2007 por un equipo del Instituto Universitario de Urbanística de Valladolid dirigido por María A. Castrillo Romón. También se recogen aquí algunas ideas difundidas por la misma autora en “Reciclar los barrios periféricos tradicionales: una oportunidad para la ciudad en Castilla y León”, comunicación al XII Congreso iberoamericano de urbanismo “Ecología y ciudad” (Salamanca, 16-18 de octubre de 2006) y en la conferencia “Valladolid en remodelación: ¿qué proyecto de ciudad?” (Valladolid, 22 de febrero de 2007).

de la pobreza, el incremento de las personas sin techo, el aislamiento social, las ínfimas condiciones de alojamiento, el abuso de estupefacientes y las conductas delictivas. En muchas ciudades europeas, el fenómeno de exclusión ha conducido a la segregación física de determinados grupos sociales a los barrios peor equipados” (UE, 1997).

Y el “fenómeno”, desde 1997, no ha hecho otra cosa que aumentar. Los barrios “abandonados” se han venido multiplicando en número, forma e importancia hasta el punto de haberse convertido, bajo diversas apelaciones que analizaremos más adelante (barrios “vulnerables”, “desfavorecidos”, “sensibles”, “en crisis”, “problemáticos”, “difíciles”), en uno de los protagonistas de la actual literatura oficial sobre desarrollo urbano emanada de la UE.

En términos generales, la reacción gubernamental frente al “abandono” de áreas urbanas ha sido el fomento de intervenciones urbanísticas de “regeneración”, operaciones que, en muchos casos, han sido acompañadas de poderosas orquestaciones publicitarias, de marketing urbano y de propaganda de medidas y estrategias. A este efecto, resultan emblemáticos los ejemplos de la Ría de Bilbao –en particular, el paradigmático proyecto para Abandoibarra y su carísimo y celeberrimo Museo Guggenheim Bilbao– y del área ferroviaria de Paris-Tolbiac, devenida Paris-Rive Gauche, con su también carísima y no menos celeberrima Bibliothéque François Mitterrand.

En este sentido, cabe traer a colación lo que la Comisión Europea plantea sobre la regeneración: “El concepto de regeneración evita una definición precisa y deja un espacio amplio para las ambigüedades y diversas interpretaciones. La regeneración señala normalmente un proceso de renovación, es decir, una cierta forma de reparación o mejora. En el contexto de las políticas públicas, el término se utiliza para describir líneas de acción para transformar un cierto sistema de variables físicas y socioeconómicas” (European Comission, 2006).

La “regeneración” así concebida, propugnada por la UE desde el *Marco de actuación para el desarrollo urbano sostenible en la Unión Europea* (UE, 1998) hasta la *Carta de Leipzig sobre Ciudades Europeas Sostenibles* (2007), se hace extensa también a los barrios “abandonados” (en el sentido antes aludido), que comienza a ser moneda corriente (y cada vez más publicitada) en muchos países europeos –ya sea bajo un enfoque sectorial orientado a lo edificatorio (mejora física) o “integrado” (mejora física, social y económica, como pretende impulsar la UE).¹³⁷

En España, el vigente *Plan estatal de vivienda y rehabilitación (2009-2013)* declara asumir la citada *Carta de Leipzig* (2007) y la Resolución del Parlamento Europeo “El seguimiento de la Agenda Territorial de la UE y de la Carta de Leipzig. Hacia un programa de acción europea para el desarrollo espacial y la cohesión territorial” (2008).

¹³⁷ Cabe recordar que, en la noción de “desarrollo urbano sostenible” propugnada por la UNCHS, se reconocen convencionalmente tres componentes (económica, medioambiental y social) con pesos efectivos muy distintos. Jean-Pierre Garnier se refiere a ella como una “versión ecologizada del futuro radiante” que tiende a disolver la política en una gestión pragmática generalizada de la vida social que obvia el sentido del desarrollo (capitalista) y relega la consideración de sus límites sociales (Garnier, 2006: 71-81). En el discurso comunitario sobre el desarrollo urbano sostenible, la regeneración de barrios queda referida fundamentalmente a esa componente relegada.

Este plan expresa también un objetivo hasta ahora prácticamente inédito en las políticas de vivienda: “prestar especial atención a los barrios vulnerables o desfavorecidos dentro del contexto global de la ciudad”.¹³⁸

Así, tras el “tsunami urbanizador” (Fernández Durán, 2006), la política española de vivienda parece tornar hacia la ciudad existente. Desde los años ochenta, la práctica de la rehabilitación urbana ha venido centrándose en áreas históricas con el objetivo genérico de salvaguardar el patrimonio edificado que atesoraban. Con esto, ha registrado efectos sensibles en la elitización social de los entornos “recuperados”. Ahora, por vía del discurso europeo sobre “barrios vulnerables”, y con bastante retraso en relación con otros Estados miembros, se comienza a perfilar la institucionalización de la regeneración de áreas urbanas sin valores patrimoniales reconocidos y caracterizadas, contrariamente, por su precariedad física y social.

Con ocasión de esta incipiente reorientación, y a la vista de las particularidades del contexto español, parece oportuno reflexionar sobre los términos del creciente discurso político comunitario sobre regeneración de barrios y sobre los límites y alcances posibles de su traslación a España (y quizá, por extensión, a otros países en circunstancias similares). En particular, puede resultar interesante preguntarse por la coherencia interna del discurso y por sus especificidades en relación con el principal elemento diferenciador de la práctica regeneradora de este tipo de áreas “abandonadas”: los habitantes.

“Tanto la implicación activa de los residentes como un diálogo mejorado entre los representantes políticos, los residentes y los agentes económicos constituyen elementos esenciales para encontrar la mejor solución en cada área desfavorecida” (Carta de Leipzig, 2007).

La ideología participacionista subyacente en este discurso ha sido objeto de aceras críticas por su carácter legitimatorio puesto al servicio de los intereses económicos dominantes (Garnier, 2006). No se trata aquí de invalidar esta apreciación sino de preguntarse sobre la posible influencia, en la práctica de regeneración de barrios, de las diferentes modalidades de actuación asumidas por los habitantes en tanto que agentes urbanísticos.

Muchas de las experiencias que conforman el contexto originario del discurso europeo sobre la regeneración de barrios “vulnerables” se han desarrollado sobre áreas urbanas nutridas fundamentalmente por vivienda social en alquiler. Los criterios básicos de regeneración recomendados por la UE se apoyan en un acervo de experiencias cuyos contextos propios de desarrollo (países de economías muy potentes, con un gran parque de vivienda social, etc.) pueden ser muy distintos de los contextos de recepción posibles en la UE 27 o, vía *good practices*, en otras regiones del mundo. De hecho, algunas de las circunstancias nacionales podrían tener, en cada caso, diversas influencias en la resignificación de los procesos de regeneración y, en particular, en la defini-

¹³⁸ Preámbulo del Real Decreto 2066/2008, de 12 de diciembre, por el que se regula el Plan estatal de vivienda y rehabilitación 2009-2012 (BOE 309 de 24 de diciembre de 2008). En rigor, la “recuperación de zonas o barrios en proceso de degradación” no apareció en la legislación española hasta 1993 (Real Decreto 726/1993, de 14 de mayo, por el que se regula la financiación de actuaciones protegibles en materia de rehabilitación de inmuebles).

ción del papel de los habitantes. Por ejemplo, donde la mayor parte de los habitantes no son propietarios inmobiliarios, su “participación” tendrá muy probablemente connotaciones distintas de las que adquiriría allí donde la propiedad domina la ocupación de la vivienda¹³⁹ y los habitantes, en tanto que propietarios inmobiliarios en un contexto de economía liberal, asumirían en alguna medida un rol como agentes económicos.

En definitiva, ante la perspectiva probable de la extensión de las prácticas de “regeneración” de barrios en España (y en otros países europeos de características similares), el texto que sigue intenta apuntar algunas reflexiones sobre la posible resignificación de la regeneración urbana en España en virtud de determinadas especificidades económicas y sociales de nuestro país. En este sentido, se presta especial atención al papel de ciertas organizaciones civiles (asociaciones de vecinos y comunidades de propietarios) en la práctica de la regeneración de áreas residenciales.

Para tal fin, se analizarán algunas experiencias poco conocidas desarrolladas en dos ciudades medias españolas, con lo que también se pretende, en ausencia de un estudio de ámbito nacional sobre la regeneración de barrios en España, contribuir a la ampliación del universo de casos de estudio de regeneración urbana divulgados hasta la fecha.

El interés central de este análisis no radica ni en la aportación de datos ni en la comparación de resultados, sino en la identificación y valoración del papel directo de los habitantes en la recuperación física de los espacios urbanos –incluidos los espacios públicos– en la ciudad contemporánea, poniendo de relieve ciertas peculiaridades y potencialidades del contexto español actual en lo tocante a la regeneración de barrios periféricos.¹⁴⁰ Para esto, en concreto, se presentarán dos intervenciones recientes de rehabilitación de barrios construidos entre 1950 y 1980, una en Valladolid y otra en Burgos.

¿QUÉ BARRIOS? ¿QUÉ REGENERACIÓN?

Los documentos oficiales vinculados con las políticas de regeneración de barrios se refieren a éstos con diferentes calificativos (“barrios en crisis”, “zonas urbanas sensibles”, “barrios vulnerables”, “barrios desfavorecidos”, etc.). De manera más o menos explícita, todos estos términos aluden a áreas residenciales donde se concentran poblaciones con un perfil socioeconómico bajo (pobreza, paro, analfabetismo...) ¹⁴¹ lo que, en la lógica de la distribución de la vivienda en sociedades capitalistas, viene a coincidir

¹³⁹ Es el caso de España que, según una encuesta del CECODHAS-USH de 2007, es el único país no ex-socialista de la UE 27 donde la tenencia de la vivienda en propiedad sobrepasa 80% (CECODHAS, 2007).

¹⁴⁰ Aprovecho para defender la necesidad y urgencia de un amplio debate social (y académico) sobre la regeneración de barrios en España. La tarea que se encara es ingente e inminente, y la creación de instrumentos *ad hoc* debería basarse en una profunda reflexión sobre el análisis de las necesidades sociales, las especificidades de las ciudades españolas y las experiencias de regeneración habidas hasta la fecha.

¹⁴¹ Véase, por ejemplo, Arias (2000). No obstante, en general, podría decirse que estos barrios no son interpretados de manera generalizada como espacios problemáticos desde el punto de vista social por sus bajos indicadores socioeconómicos, sino por el significado global que se les viene asignando en el imaginario social (y político) actual, donde la pobreza se amalgama con la falta de expectativas, el desarraigo y la exclusión, la marginalidad, la delincuencia y, desde hace más de una década, la violencia urbana.

con una baja valoración social del espacio. Son los “malos barrios” que pueblan las representaciones sociales de todas las ciudades: barrios donde, a menudo, la calidad de las viviendas y del espacio urbano fue baja desde el principio y donde, con frecuencia, su representación como espacios de mala calidad ha contribuido a la aceleración y agudización de su degradación física y social.

Las políticas públicas específicas para barrios “vulnerables” o “desfavorecidos” que han sido puestas en marcha en diversos países europeos traducen una progresiva identificación de problemas sociales con espacios urbanos concretos. Son políticas que se dirigen a problemas de raíz claramente social y económica, pero que no se aplican a grupos sociales definidos como tales sino definidos en función de un perímetro territorial. Esto se acompaña de una grave confusión: las características del espacio en el que se expresan los problemas sociales han pasado a ser consideradas causa (y no efecto) de éstos. Este deslizamiento, que encubre una implacable lógica de clase (Garnier, 1999; Garnier, 2006), está justificando que la acción pública sobre “barrios desfavorecidos” se materialice, de manera cada vez más dominante, en intervenciones edificatorias.

A la vista de lo anterior, parece necesario recentrar los elementos de la reflexión urbanística, retomando la complejidad físico-social del espacio urbano. El objeto de estas políticas públicas no debería ser los “barrios desfavorecidos” sino los que, en el contexto español, podríamos denominar “barrios periféricos”, un calificativo que, estando ligado con la historia urbanística española, tiene un significado que incorpora a la vez contenidos geográficos-urbanos y socioeconómicos. Los barrios periféricos (sin escala ni delimitación prefijadas) constituyen una unidad en la percepción de la vida urbana y se definen en razón de su carácter socio-urbano y de ciertas especificidades frente a otras áreas urbanas nacidas en el contexto del capitalismo global. Estos “barrios periféricos” se localizan en la ciudad continua, pero fuera del ámbito de la ciudad reconocida como “histórica” (o “patrimonial”), y constituyeron en origen entornos residenciales esencialmente obreros o populares, “realidades urbanas suburbanas” (Álvarez Mora, 2005).

En España, haciendo salvedad de muchas especificidades locales y regionales, estos barrios se podrían aglutinar genéricamente en torno a dos categorías: i) barrios con origen en procesos de urbanización marginal (en origen, constituidos por tipologías edificatorias populares de una o dos plantas) y ii) barrios constituidos mayoritariamente por vivienda social, generalmente en tipologías multifamiliares, y construidos entre las décadas de 1950 y 1980. Mientras el primer grupo corresponde a una forma de producción (precaria) de nuevo suelo urbano, el segundo puede reunir barrios de nueva planta o erigidos sobre la traza y los restos de un barrio histórico o de una urbanización marginal.¹⁴²

Frente a los “barrios desfavorecidos”, concebidos como objeto de intervención física (o física y social) so pretexto de su carácter socialmente problemático, el concepto de “barrios periféricos” pretende introducir coherencia en la definición abierta de la “regeneración urbana”. Esta categoría de intervención tiene como componente fija la intervención sobre el espacio y, por tanto, su aplicación sólo se justifica en entornos aquejados de deficiencias físicas, como son la mayor parte de los “barrios periféricos”

¹⁴² Oriol Nel-lo apunta una taxonomía similar en relación con la concentración de rentas más bajas en el territorio metropolitano de Barcelona (Nel-lo, 2008: 240).

que, por las condiciones de producción que les son características, se enfrentan hoy a diferentes grados de declive en términos edificatorios (aunque también puedan ser poblacionales, económicos, sociales, etc.). La regeneración urbana queda así enmarcada en una perspectiva más coherente, descentrada del concepto de “vulnerabilidad” y recentrada sobre los “barrios periféricos” (que, además, son una parte sustancial de las ciudades españolas).

Por razón de sus peculiaridades (¿y mayores dificultades?) en relación con la intervención urbanística, nos ocuparemos principalmente aquí de los barrios de vivienda social en edificios multifamiliares. La justificación del interés de este objeto se puede tomar prestada del proyecto RESTATE (*Restructuring Large Housing Estates in European Cities: Good Practices and New Visions for Sustainable Neighborhoods and Cities*),¹⁴³ cuyo objeto son los grandes conjuntos de vivienda social construidos en 1950-1980: “En muchas ciudades de toda Europa, los grandes conjuntos de viviendas construidos en las tres o cuatro décadas posteriores a la segunda guerra mundial son vistos a menudo como áreas problemáticas. En ellas, el declive económico va de la mano del declive físico y social... Un gran número de personas vive en estos grandes conjuntos de vivienda de posguerra. Éstos han sido [en muchos casos] cuidadosamente planificados pero ahora, con frecuencia, manifiestan multitud de problemas” (Murie, Knorr-Siedow y Van Kempen, 2003: 11).

La intervención física, que es componente fija en todas las configuraciones de la regeneración urbana, es muy variable: puede ir desde la *rehabilitación urbana* (entendida como un proceso o conjunto de acciones sobre el espacio edificado, público y privado, encaminado a introducir en el barrio una mejora de carácter extraordinario consistente, en la actualización de su funcionalidad para alcanzar los niveles institucionalizados como estándar)¹⁴⁴ a la *renovación urbana* entendida como demolición-sustitución.¹⁴⁵

¹⁴³ Proyecto de investigación financiado por la Acción 4, “Ciudad del mañana y patrimonio cultural”, del programa “Energía, medio ambiente y desarrollo sostenible”, dentro Quinto Programa Marco de la Unión Europea. <http://www.restate.geog.uu.nl/>. Este proyecto ha analizado, para una serie de casos seleccionados en diez países europeos, el marco teórico sobre los orígenes y evolución de los grandes conjuntos de vivienda construidos en la segunda posguerra mundial, las políticas urbanísticas y sociales llevadas a cabo en los últimos años sobre los mismos, y la valoración de los habitantes afectados por éstas. De todo esto se ha extraído una serie de recomendaciones prácticas recogidas en una guía para la regeneración de este tipo de áreas urbanas y entre las que se señalan medidas y soluciones relacionadas con la mejora del entorno edificado, de los espacios públicos y de la cohesión social, la seguridad, la mezcla residencial, los servicios y la gestión del parque residencial.

¹⁴⁴ La rehabilitación urbana no es mantenimiento (que tiene un carácter ordinario) ni conservación o restauración (que priorizan la permanencia o restitución de la forma original de lo edificado). En España, el Plan estatal de vivienda y rehabilitación 2009-2012 incluye, como sus precedentes, un programa de “Áreas de Rehabilitación Integrada” (ARI) (art. 21.3) orientado a “actuaciones de mejora de tejidos residenciales en el medio urbano y rural, recuperando funcionalmente conjuntos históricos, centros urbanos, barrios degradados y municipios rurales, que precisen la rehabilitación de sus edificios y viviendas, la superación de situaciones de infravivienda, y de intervenciones de urbanización o reurbanización de sus espacios públicos” (art. 45.1). La demolición no está contemplada entre los supuestos de actuación financiados.

¹⁴⁵ La renovación urbana puede definirse como un conjunto de acciones sobre el espacio edificado, público y privado, encaminado a la transformación de un barrio por demolición sistemática de todas o de una parte significativa de sus viviendas y edificación posterior, con cambio de uso o sin él. Desde un punto de vista estrictamente lexicológico, “renovación” es un término poco preciso para referirse a la “demolición-sustitución”. No obstante, lo he adoptado porque, pese a su carácter eufemístico, esta es la acepción empleada de forma más frecuente en los documentos emanados de las administraciones públicas.

Dejaremos al margen las operaciones de demolición-sustitución por varias razones. La demolición presupone la negación del valor (económico y simbólico) del espacio que se pretende transformar y trastoca profundamente la vida cotidiana de los habitantes. De hecho, RESTATE indica que la demolición, incluso parcial, debe ser considerada como “último recurso” (RESTATE, 2006: 102-104). Además, en España, hasta fecha reciente, no existían medidas de fomento de derribo y sustitución de barrios y conjuntos de viviendas, con lo que la experiencia contemporánea habida en este tipo de prácticas es aun más restringida que la de rehabilitación urbana.¹⁴⁶

RASGOS GENERALES DEL CONTEXTO DE LA REHABILITACIÓN URBANA DE BARRIOS PERIFÉRICOS EN ESPAÑA

Antes de proceder al análisis de casos que apoyará la discusión ya esbozada, conviene apuntar, siquiera someramente, una serie de rasgos característicos o peculiaridades del contexto español que, con carácter general, pueden condicionar la práctica de regeneración urbana de barrios.

La tenencia de la vivienda en propiedad es dominante en España y alcanza también al parque social. En términos operativos para la regeneración urbana de barrios, esto significa que los habitantes afectados son, con enorme frecuencia, propietarios inmobiliarios de sus viviendas y, en consecuencia, potenciales agentes económicos en la mejora del barrio.

La producción, la forma urbana y la evolución de las áreas o los conjuntos de vivienda social edificados en el periodo de su esplendor (aproximadamente 1950-1980) ha sido muy dispar y, por tanto, las causas de regeneración pueden ser muy diversas. Las experiencias desarrolladas en la última década han afectado a barrios destacados por sus problemas sociales (barrios “vulnerables”), pero también a barrios cuyo perfil socioeconómico, aun siendo bajo, no era particularmente extremo o difícil.

La regeneración de conjuntos de vivienda social es una práctica creciente en España pero aun poco sistematizada. En materia de intervención integrada (social y espacial), la financiación de experiencias de regeneración de barrios periféricos se viene desarrollando en marcos que no son específicos: para el conjunto de España, en la Iniciativa Comunitaria Urban y, en Cataluña, en el Programa de Barrios (Ley de Barrios de Cataluña, 2004; Nel-lo, 2008). A esto hay que añadir los planes, programas o proyectos pilotados por municipios y de los que el catálogo de Buenas prácticas auspiciado por el Comité Hábitat España recoge una nutrida muestra.¹⁴⁷ En cuanto a la intervención estrictamente edificatoria, el marco de referencia actual es de rango estatal pero igualmente inespecífico.¹⁴⁸

¹⁴⁶ Esto puede cambiar en breve. La Ley estatal de vivienda y rehabilitación 2009-2012 ha creado las “Áreas de renovación urbana” (ARU), cuya actuación característica es, precisamente, la demolición, que, junto con el realojo temporal de residentes, adquiere por vez primera la condición de actuación protegida (art. 49).

¹⁴⁷ <http://habitat.aq.upm.es/>

¹⁴⁸ El plan estatal de vivienda vigente prevé dos ejes fundamentales de financiación de operaciones de regeneración de áreas residenciales: una existente desde 1992, las áreas de rehabilitación urbana (ARI), y otra creada *ex-novo*: las áreas de renovación urbana (ARU). Ambos son dispositivos de financiamiento

Las competencias en urbanismo y ordenación del territorio son autonómicas, pero los planes de ordenación urbana son un instrumento muy potente de regulación de la transformación urbana cuya aprobación es, básicamente, en la práctica, una competencia municipal.

Por su lado, las asociaciones vecinales han tenido un desarrollo y una historia desigual de unas ciudades a otras. No obstante, podría decirse que, en general, la contribución de las asociaciones de vecinos como agentes de la transición política y de las transformaciones urbanísticas de los años 1970 y 1980 fue relevante. En la actualidad, el movimiento vecinal parece atravesar un momento de crisis pero, en muchos casos, se evidencia que su capacidad de organización aún es significativa y que, en materia de urbanismo, son agentes sociales con un conocimiento especialmente solvente (Pérez Quintana y Sánchez León, 2008; Castrillo y Santos, 2008).

EXPERIENCIAS RECIENTES DE REHABILITACIÓN DE BARRIOS PERIFÉRICOS EN VALLADOLID Y BURGOS.
LOS HABITANTES COMO AGENTES DE LA INCIPIENTE EXPERIENCIA ESPAÑOLA:
ALCANCE Y SOLVENCIA DE LA GESTIÓN VECINAL

Valladolid y Burgos son dos de las mayores ciudades de la Comunidad Autónoma de Castilla y León, una región escasamente poblada (27 hab/km² en 2004: un tercio de la densidad media de España) y con un nivel de urbanización relativamente bajo y un sistema urbano bastante polarizado. Los municipios de Valladolid y Burgos tienen, respectivamente, según el padrón municipal (1 de enero de 2008), 318,461 y 177,879 habitantes, y forman parte del primer nivel de jerarquía en la estructura urbana de la región (Castrillo, Álvarez, Rivas y Santos, 2008). No obstante, en el conjunto de España, tienen el carácter de ciudades medias.

En Valladolid, en la última década, sobre barrios periféricos, se han venido desarrollando algunas prácticas públicas de intervención de recuperación residencial poco difundidas, con orientaciones y modos de intervención diversos. Cabe citar un programa de mejora de la edificación residencial en un conjunto de vivienda social con un perfil de “vulnerabilidad” o “desfavorecimiento” (Polígono “Aramburu-Las Viudas”) y una incipiente Área de rehabilitación integrada (ARI) sobre dos conjuntos de vivienda social (ARI de la Rondilla, que afecta a los polígonos “18 de Julio” y “XXV Años de Paz”). Esta última se confrontará aquí a una experiencia similar, ya finalizada pero igualmente poco conocida, desarrollada en Burgos: el ARI “Río Vena”.¹⁴⁹

regidos por los principios de subsidiariedad y complementariedad. Un tercer eje de ayudas ligadas a la rehabilitación está legislado: el programa “Renove”, que está dirigido a “mejorar la eficiencia energética, la higiene, salud y protección del medio ambiente en los edificios y viviendas, utilizar energías renovables [...] garantizar la seguridad y la estanqueidad de los edificios [...] mejorar la accesibilidad al edificio y/o a sus viviendas” (Art 58).

¹⁴⁹Otra operación interesante es la que se desarrolla en Valladolid bajo la denominación de “Remodelación integral del polígono 29 de octubre” (570 viv.), prevista como una operación de demolición y construcción sobre una de las áreas socialmente más degradadas de la ciudad. Su escaso desarrollo hasta la fecha no hace posible incorporarla como caso de estudio en este trabajo, aunque cabe anotar que, ajustada a la perspectiva de renovación urbana más extendida en Europa, guarda cierta similitud con una operación de

No se trata aquí de hacer una valoración general sobre las operaciones recientes de rehabilitación urbano-residencial en estas dos ciudades,¹⁵⁰ sino tan sólo hacer una aproximación a cada proyecto y al papel desempeñado por los habitantes directamente afectados, para así poder apuntar algunas hipótesis sobre las posibilidades y la solvencia de la gestión vecinal, no sólo en las operaciones de rehabilitación urbana sino, como se ha avanzado, en la reconstrucción multidimensional del espacio público de las ciudades en España.

Área de Rehabilitación Integrada (ARI) del barrio de La Rondilla (Valladolid)

Dos son los polígonos de vivienda pública insertos en el barrio de La Rondilla, en el sector norte de la corona periférica de Valladolid: “18 de julio” y “25 Años de Paz”. El polígono “18 de Julio” fue edificado entre 1955 y 1959 por el Instituto Nacional de la Vivienda junto a La Rondilla de Santa Teresa, aledaño al convento de carmelitas, en el borde norte del casco histórico de Valladolid. El conjunto está formado por 550 viviendas reunidas en 44 bloques. De estos, la mayor parte están organizados en planta baja más cinco plantas (sin ascensor) y dos viviendas por planta. Hay además seis torres de nueve plantas. Los bloques se agrupan en manzanas cerradas e hileras, pero también aparecen exentos para articularse con las torres y dar lugar a un sistema de pequeñas plazoletas que, junto a un exiguo viario, constituyen la dotación de espacios libres de uso público del conjunto. Completaban el polígono las escuelas de niñas y de niños limítrofes con el Convento de Santa Teresa (Font Arellano, 1976; Fernández Sánchez, 1991; Gigosos y Saravia, 1997; García Cuesta, 2000), hoy abandonadas.

Desde el punto de vista edificatorio, tres de los problemas más marcados del polígono son: la deficiente accesibilidad a las viviendas en planta alta, la grave carencia de garajes en relación con el índice de motorización registrado en el polígono y su entorno, y la baja eficiencia térmica de las viviendas (COTESA-IUU, 2005).

En cuanto a la demografía, el polígono se caracteriza por dos procesos muy acentuados: disminución de efectivos (el censo de 1981 arrojaba 2,155 habitantes y el pa-

renovación desarrollada en el País Vasco y bastante publicitada en el conjunto de España: Beurko (Baracaldo, Vizcaya). La diferencia básica es que, en este caso vizcaíno (750 viviendas), la demolición no fue decidida en función de criterios sociales sino puramente edificatorios. Sin embargo, en el “Nuevo barrio de Beurko”, el modelo de financiación aplicado se basó, como se pretende para Valladolid, en la construcción de un número de viviendas (1240 viv.) igual a las necesarias para el realojo de los afectados más un excedente que, puesto a la venta, permitiese cubrir los costes totales de la operación (Saldaña Fernández, 2005): una “solución” interesante para el promotor inmobiliario (por su margen de negocio en lo que puede estarse perfilando como un nuevo “nicho de mercado”) y para las administraciones públicas competentes (que evitan destinar fondos públicos a la renovación) pero dudosa desde un punto de vista urbanístico, al menos por lo que supone de sobredensificación de lo que es ya un denso entorno urbano (más en el caso de Baracaldo, es cierto, que en el de Valladolid). No parece baladí señalar que la empresa gestonaria en ambos casos, Valladolid y Baracaldo, es la misma.

¹⁵⁰ Una tarea así sería de enorme interés en la perspectiva de una política de rehabilitación local o regional y debería integrar, cuando menos, consideraciones técnicas, económicas (monetarias y no) y sociales. Evidentemente, esto escapa claramente a los objetivos (y a las posibilidades) de este texto.

drón de 1999 contabilizaba 1,103) y envejecimiento (la población mayor de 65 años era del 14% en 1981 y 31% en 1999), así como por un bajo nivel de estudios. La merma de la población del polígono ha sido detenida en cierta medida por la recepción de inmigrantes de la provincia y del extranjero, pero estos nuevos contingentes (de los que, en general, dan mala cuenta las estadísticas oficiales) parecen haber influido poco en el bajo perfil del nivel de estudios y de nivel de renta.

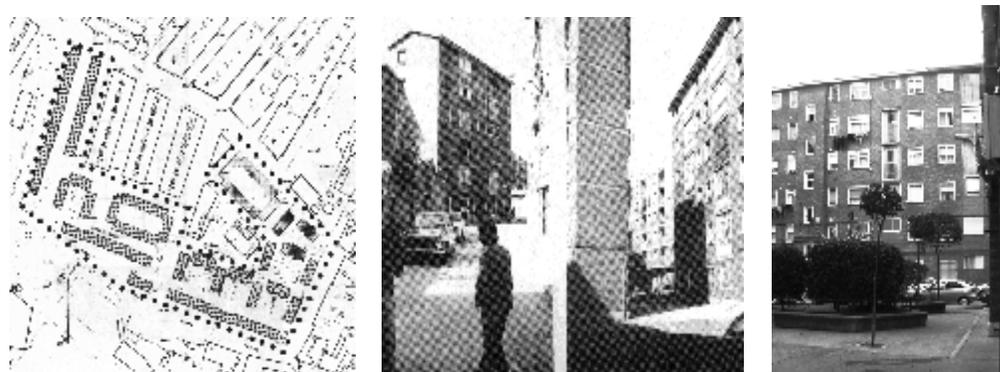


Fig. 1. Polígono "18 de julio" (Valladolid). De izquierda a derecha: plano, imágenes del polígono hacia 1975 e imagen reciente (octubre 2006). (Fuentes: Font Arellano, 1976 y foto de la autora)

El **polígono público** "XXV Años de Paz" fue edificado entre 1962 y 1967 por la Obra Sindical del Hogar en unos terrenos al norte del barrio de La Rondilla, limítrofes con la Avenida de Palencia y el río Esgueva. En conjunto, reúne 512 viviendas repartidas en cuatro torres de ocho plantas y 42 bloques de cinco plantas (sin ascensor), con dos viviendas por planta. La edificación se agrupa en el perímetro de tres manzanas liberando amplios patios que alojan, uno, un parque, y los otros dos, sendos edificios escolares (de los que actualmente sólo uno queda en uso: el Colegio Público "José Zorrilla"). El conjunto se completaba con una guardería, un centro social, dos pequeños garajes, un consultorio social, una escuela sindical, un cine y 30 locales comerciales (Font Arellano, 1976; Fernández Sánchez, 1991; Gigosos y Saravia, 1997; García Cuesta, 2000).

Los problemas edificatorios son, en este caso, muy similares a los que sufre el polígono "18 de julio". Por el contrario, las características del espacio urbano en relación con la rehabilitación son distintas, ya que, en "XXV Años de Paz", a diferencia de "18 de julio", existen amplias superficies libres con una gran potencialidad para la mejora de dotaciones públicas.

El perfil demográfico del polígono "XXV Años de Paz" también es similar al del polígono "18 de julio", aunque en este caso la disminución de población está muy atenuada desde 1999 y el nivel de estudios registra una leve mejora en los niveles de graduado escolar y superiores. Su conflictividad social es considerada, al igual que en el otro polígono, baja.

Antes de las elecciones municipales de 1995, la Asociación familiar Rondilla, asociación de vecinos con varias décadas de existencia y una larga experiencia urbanística, había venido reclamando la rehabilitación del barrio de La Rondilla por medio de la

declaración de un Área de Rehabilitación Integrada (ARI, instrumento para la rehabilitación residencial y la reurbanización de los espacios públicos). La reivindicación fue asumida por el partido que resultó ganador de los comicios y, para dar respuesta a su compromiso, contrató la elaboración de un Estudio para la remodelación de los barrios de Pajarillos y Rondilla de Valladolid (2000-2002) (Castrillo y Domingo, 2001; Castrillo y Domingo, 2004; Ciudades, 2004). Las conclusiones de dicho estudio condujeron a que, finalmente, el ARI reclamado por la asociación de vecinos se concretase sobre los dos polígonos públicos y se incorporase al Plan Municipal de Suelo y Vivienda de Valladolid (2004-2007).



Fig. 2. Polígono "XXV Años de Paz" (Valladolid): planta de conjunto e imagen reciente (octubre 2006).
(Fuentes: Fernández Sánchez, 1991 y foto de la autora)

Los objetivos fijados por el Plan Municipal de Suelo y Vivienda 2004-2007 para el ARI eran, en "18 de julio": la rehabilitación de 550 viviendas y el espacio público a ellas ligado, la reurbanización de la Avenida de Rondilla de Santa Teresa y la intervención sobre el colegio "San Juan de la Cruz", donde se preveía una nueva plaza pública que, engarzada en una estrategia más general, intentaba recuperar el eje de Cardenal Torquemada como núcleo de actividad del barrio. El presupuesto de todo esto se situaba en más de 10,200,000 euros que deberían ser aportados por la Junta de Castilla y León, el Ayuntamiento y "agentes privados". Para "XXV Años de Paz", se hacía referencia a "un proyecto específico de intervención en el que se resuelva la ordenación del espacio de uso público, se establezcan las mejoras necesarias de las condiciones de habitabilidad y confort de las viviendas" y se preveía la rehabilitación integral de las viviendas y la reurbanización del espacio público ligado con ellas. El presupuesto total ascendía a algo más de 9,200,000 € que serían aportados por la Junta de Castilla y León, el Ayuntamiento de Valladolid y por los propietarios.

Por Acuerdo 164/2006, de 23 de noviembre, de la Junta de Castilla y León, se declaró un ARI discontinua que englobaba los dos polígonos públicos y cuya gestión era encomendada a la sociedad Municipal de Suelo y Vivienda de Valladolid (VIVA).¹⁵¹

En la rehabilitación de los edificios de viviendas, se ha primado la intervención en las fachadas y, en particular, se ha hecho hincapié en la homogeneización del cerramiento de tendedores y terrazas, condición establecida como *sine quae non* para la percepción de subvenciones para cualquier otra actuación protegible. También se ha priorizado la concesión de subvenciones a las actuaciones que permitan la intervención sobre la totalidad o mayoría de la manzana (en un intento de velar por la “salvaguarda de la unidad de cada uno de los dos polígonos”¹⁵² calificados como “conjunto con proyecto” por el Plan General de Ordenación Urbana de Valladolid) y a las actuaciones que contemplen el programa de mejoras más amplio.

Las subvenciones máximas previstas por vivienda oscilan entre 15,000 y 5,000 euros, y la aportación mínima de los promotores de la rehabilitación (propietarios, usufructuarios o inquilinos) se fijaba, para todos los casos, en 29% de la subvención máxima prevista.¹⁵³

Finalmente, las ayudas concedidas¹⁵⁴ han sido 526 y permitirán, en el polígono “18 de julio”, la rehabilitación de 29 edificios (en un total de 6 grupos o “manzanas”) de los 43 edificios recogidos en el perímetro del ARI. En el polígono “XXV Años de Paz”, los resultados de la convocatoria han sido relativamente menores (se rehabilitarán 16 de 46 edificios y ninguna manzana resultará intervenida en su totalidad).

Los promotores de la rehabilitación a efectos de la percepción de las subvenciones (propietarios o inquilinos) no pueden acometer la rehabilitación sino solidariamente, en el seno de la comunidad de propietarios y bajo el acuerdo de la misma. Tratándose en su mayoría de ocupantes-propietarios de las viviendas que se rehabilitarán y organizándose necesariamente por causa de la propiedad horizontal, los vecinos financian la rehabilitación en un particular *partnership* público/privado. No obstante, su margen de participación en la toma de decisiones es reducido: aportan en torno a 30% del coste de la rehabilitación residencial pero su decisión sobre la operación se limita a escoger, dentro de la tipificación de actuaciones enteramente predefinida por los actores públicos, una configuración de obras de mejora para su edificio.

Por otro lado, la asociación de vecinos cuya iniciativa estuvo en el origen de la propuesta de un ARI para el barrio, la Asociación Familiar Rondilla, se ha visto despla-

¹⁵¹ La gestión del ARI se organiza en base a dos documentos: *Bases reguladoras para la concesión de las subvenciones relativas a actuaciones protegidas dentro del Área de Rehabilitación Integral de los Polígonos “18 de julio” y “25 Años de Paz” en el barrio de La Rondilla de Valladolid*, aprobado por el Pleno del Excmo. Ayuntamiento de Valladolid de 4 de diciembre de 2007 (Boletín Oficial de la Provincia núm. 292, de 20 de diciembre de 2007) y *Convocatoria para la concesión de subvenciones destinadas al ARI del barrio de La Rondilla en Valladolid* (Boletín Oficial de la Provincia núm. 288, de 15 de diciembre de 2007).

¹⁵² *Prescripciones técnicas de intervención para los polígonos “18 de julio” y “XXV años de paz” en el barrio de La Rondilla de la ciudad de Valladolid*. <http://www.smviva.com/Ficheros/0/Documentos/CRITERIOS%20T%20C9CNICOS%20ESPECIFICOS.pdf>

¹⁵³ <http://www.smviva.com/Ficheros/0/Documentos/CONVOCATORIA%20ARI%2025-10-07.pdf>

¹⁵⁴ Decreto de Alcaldía 9376, de 1 de octubre de 2008. <http://www.smviva.com/Ficheros/0/Documentos/decreto%20ari.pdf>

zada del proceso, no sólo formalmente, sino también en los hechos. Siguiendo el compromiso electoral del gobierno municipal, el Estudio para la remodelación de los barrios de Pajarillos y Rondilla de Valladolid, canalizó las reivindicaciones vecinales en una serie de opciones de desarrollo urbanístico para el barrio y el ARI fue declarado. Pero, de ahí en adelante, todas las propuestas lanzadas por la asociación han sido sistemáticamente desoídas (por ejemplo, la ubicación in situ de una oficina de información y gestión del ARI, o la articulación de medidas para facilitar a los propietarios insolventes el desembolso que les correspondiese para financiar la rehabilitación).

El desarrollo hasta la fecha del ARI de La Rondilla no permite valorar los resultados finales de esta iniciativa, pero sí permite –como queda consignado más adelante– hacer algunas observaciones sobre el papel de los habitantes en la rehabilitación urbana, especialmente si se hace desde una perspectiva comparada con el ARI “Río Vena” (Burgos).

Área de Rehabilitación Integrada (ARI) del del Polígono “Río Vena” (Burgos)

El polígono “Río Vena” (Burgos) es un conjunto de viviendas de promoción oficial del INV edificado entre 1974 y 1978. Tiene unos 2,500 habitantes y 706 viviendas que suman en total aproximadamente 100,000 m² más un garaje comunitario en sótano y 89 locales comerciales en planta baja. La morfología urbana del conjunto es abierta y todos los edificios tienen más de 4 plantas y ascensor. Dos tercios de las viviendas tienen un programa de tres dormitorios y un tercio, de cuatro. El garaje reúne una plaza de estacionamiento por vivienda pero, en origen, la adquisición de ambos bienes no estuvo vinculada, por lo que su distribución actual no es unívoca y se produce un cierto mercado de plazas en alquiler y en venta independiente de las transacciones que puedan afectar a las viviendas. Por otro lado, el nivel de equipamientos y espacios libres en el barrio y su entorno es, a juicio de los residentes, bueno.

La edificación es de estructura de hormigón y cerramiento de muro de doble capa con cámara pero sin aislante, lo que causaba importantes deficiencias de aislamiento y diversas patologías entre las que destacaban los puentes térmicos. Otro importante problema edificatorio del conjunto estaba relacionado con la cubierta del garaje (planta sótano). Éste forjado de hormigón, que conforma el suelo artificial de los espacios libres del polígono, presentaba importantes defectos de impermeabilización y el estado de conservación de la superficie exterior y del mobiliario urbano no era bueno.

La población actual del polígono tiene un perfil económico bajo marcado por las pensiones de jubilación (60% de los hogares). No obstante, la tenencia en propiedad es mayoritaria y los propietarios están organizados desde 1983 en tres comunidades, más una “comunidad general” de propietarios que agrupa todas ellas. De hecho, la iniciativa de rehabilitación integrada partió de esta organización, que la formalizó como una solicitud presentada al Ayuntamiento de Burgos el 19 de abril de 2002.¹⁵⁵ Un año des-

¹⁵⁵ Expte. 98/2002. La Comisión de Gobierno del Ayuntamiento de Burgos aprobó el inicio del expediente de declaración del ARI el 27 de febrero de 2003.

pués, el ARI “Río Vena” era declarado oficialmente por la Junta de Castilla y León (BOCyL de 28 de mayo de 2003).

El objetivo de la intervención era, según sus impulsores, “rescatar” al barrio de su declive físico. Desde un punto de vista operativo, el elemento clave de la gestión ha sido la creación de una comisión de seguimiento o “ente gestor” formado por tres representantes del Ayuntamiento, tres de la Junta de Castilla y León y otros tres de las comunidades de propietarios. De esta manera, los vecinos, además de ser portadores de la iniciativa de rehabilitación urbana, han asumido también un papel de gestores directos del proceso: toda una novedad que se ha convertido en la principal peculiaridad de esta experiencia en el ámbito regional.

Ha habido un único proyecto de rehabilitación para todo el conjunto y las obras de rehabilitación han durado dos años. El presupuesto protegible ha alcanzado a la mejora de las fachadas con un sistema de “pared fría” o “muro-abrigo” y la reparación de la cubierta del garaje en sótano con reurbanización de los espacios públicos sobre la misma y reparación de instalaciones. No se ha abordado ni la reparación de cubiertas, ni las carpinterías exteriores ni la instalación colectiva de calefacción. El montante total ha sido de 12 millones de euros y la subvención asignada ha sido de 82%, con lo que la aportación realizada por cada propietario de las viviendas ha rondado los 3,000 euros.

El resultado de la rehabilitación ha sido valorado muy satisfactoriamente por vecinos y técnicos, quienes acuerdan en destacar que: las mejoras se han notado inmediatamente, que la imagen del barrio ha cambiado enormemente y que el estrecho seguimiento técnico de la operación (apoyado por la colaboración vecinal) se ha saldado con buenos resultados materiales y también en términos de seguridad en el trabajo (sin siniestros laborales).¹⁵⁶

REFLEXIÓN COMPARADA SOBRE LAS ARI DE VALLADOLID Y BURGOS

Las dos experiencias de ARI hasta aquí referidas son interesantes por lo que suponen con respecto a la incorporación de barrios periféricos a los procesos formales y sistematizados de rehabilitación urbana. Es oportuno señalar que, hasta la fecha, los ARI habían sido instrumentos aplicados mayoritariamente sobre tejidos antiguos (Dobarco Lorente, 1998). De hecho, tanto en Valladolid como en Burgos, existía la experiencia anterior de sendas áreas de rehabilitación desarrolladas sobre áreas históricas (ARI “Platerías-Catedral” en Valladolid y Área de Rehabilitación del centro histórico de Burgos) donde las condiciones de partida son notablemente diferentes de las de Rondilla y Río Vena, tanto desde el punto de vista político, de gestión, técnico, social y urbano-arquitectónico.

La reciente “traslación” del instrumento ARI de los centros históricos a los barrios periféricos de Valladolid y Burgos se ha acometido sin cambios en la legislación de referencia. Sin embargo, en los hechos, se aprecian cambios o adaptaciones que bien

¹⁵⁶ Entrevista con Saturnino Saldaña, presidente de comunidad de propietarios, y Agustín Herrero, arquitecto responsable de la rehabilitación (19 de junio de 2007).

merecen una reflexión. De hecho, la adaptación más relevante, cuando menos a lo que interesa a los objetivos de este texto, es que la iniciativa de rehabilitación de los barrios periféricos ha partido, en ambos casos, de las estructuras vecinales (que además han mostrado una notable capacidad de autogestión) mientras que, en los ARI de cascos históricos, provino del gobierno municipal. La mayor densidad de ocupación de la vivienda en propiedad, la consolidación de una cierta cultura de asociacionismo civil y un alto grado de compromiso de algunos militantes vecinales son algunas de las características que podrían explicar cómo el trabajo de gestión, es decir, de formación de acuerdos entre los vecinos y su reivindicación delante de los poderes públicos, puede contribuir a la mejora de un barrio.

No obstante esta similitud básica entre los dos ejemplos estudiados, también se perciben diferencias. En Valladolid, la iniciativa de rehabilitación correspondió a la asociación de vecinos pero, una vez concretada una propuesta general para el barrio en un proceso desigualmente participativo, la asociación vecinal fue marginada de la gestión del ARI. Su vinculación con el proceso formal de mejora del barrio no estaba institucionalizada y era fruto de acuerdos informales sujetos a intereses coyunturales. Una vez liquidados éstos, el gobierno municipal pudo dejar a la Asociación al margen de las decisiones y del seguimiento de la principal acción acordada: el ARI. De esta manera, podría atribuirse por entero su probable éxito social. La Asociación reaccionó en la medida de sus posibilidades: organizó su propio seguimiento y crítica externa de la operación y la difundió entre los vecinos del barrio.¹⁵⁷ El poder público asumió la gestión directa del ARI y, en el marco del modelo de cofinanciación que de él se derivaba, redefinió el papel de los vecinos en el proceso rehabilitador: los actores se redujeron básicamente a los propietarios de las viviendas rehabilitadas (agregados en comunidades de propietarios) y su “participación” adquirió la forma del singular “partenariado” antes mencionado.

En “Río Vena”, la iniciativa vecinal de rehabilitación partió también de una organización civil (comunidad de propietarios) que, a diferencia de la Asociación familiar Rondilla, mantenía un vínculo de propiedad con el objeto de la rehabilitación. Y también a diferencia del caso anterior, el modelo de gestión no se confió en exclusiva a los poderes públicos, sino que se constituyó un ente gestor tripartito (comunidad autónoma-municipio-propietarios) con el que se reconocía una cierta cuota de autogestión vecinal en el proceso de rehabilitación. De esta manera, la organización de propietarios-vecinos pudo participar de la toma de decisiones de rehabilitación en pie de igualdad con los agentes públicos, desde la iniciativa hasta la financiación pasando por todas las fases del proceso.

Una de las enseñanzas que se puede extraer de estas experiencias es que, en la rehabilitación de los polígonos y, por extensión de los barrios periféricos, el dominio del régimen de propiedad horizontal no sólo no ha comportado problemas de gestión particulares sino que ha pautado en buena medida los procesos, vinculándolos con la capacidad de organización y financiación de las comunidades de propietarios. El caso de Burgos

¹⁵⁷ Cfr. Sitio web de la Asociación familiar Rondilla (<http://www.nodo50.org/rondilla/>) y, en particular: <http://www.nodo50.org/rondilla/PDF/BOLETIN%20ARI%20RONDILLA%20dic.pdf> <http://www.nodo50.org/rondilla/PDF/informa%20ARI%208%20abril%202008.pdf>

puede ilustrar bien la optimización de este modo de gestión que podría denominarse de “concertación con los propietarios”, pero también muestra algunas claras limitaciones como la negación de facto a todos aquellos que no son propietarios inmobiliarios del área rehabilitada del derecho a la participación en la toma de decisiones urbanísticas.

Los polígonos públicos de vivienda son conjuntos muy homogéneos y unitarios. Esta es una de sus características arquitectónicas más distintivas (y diferenciadora frente a los tejidos históricos) al tiempo que constituyen una oportunidad evidente para la racionalización de la intervención edificatoria. Sin embargo, por lo general ni los polígonos, ni los bloques que los componen son unidades a efectos propiedad. Lo más habitual es que la estructura de la propiedad sea autónoma de la forma urbana y se organice conforme a los espacios privados de uso colectivo (generalmente, la caja de escaleras).

La prioridad dada al fomento de la iniciativa privada en el diseño contemporáneo de las políticas públicas puede tener varias consecuencias previsibles en el caso concreto de la rehabilitación urbana de estos conjuntos unitarios que jurídicamente no lo son (o no lo son necesariamente). La más evidente es que, en el proceso de rehabilitación, cada porción de un edificio que conforma una propiedad puede evolucionar de manera relativamente independiente del resto. Así, la gestión por predios (por “portales”) pone en cuestión la unidad original de los polígonos públicos y puede entrar en contradicción con ciertas interpretaciones institucionales de los mismos, incluidas las “patrimonializantes”.¹⁵⁸ Este ha sido el caso del ARI de Valladolid, mientras que en el caso burgalés, por el contrario, se ha dado una circunstancia que ha resultado decisiva para preservar el carácter unitario del conjunto. Un garaje en régimen de propiedad horizontal participada virtualmente por todos los vecinos del polígono justificaba la existencia de una entidad jurídica que agrupaba las comunidades de propietarios de todos los edificios y que forzaba el comportamiento solidario la propiedad, a pesar de su fragmentación. En el extremo opuesto, el desarrollo del ARI del barrio de La Rondilla en el polígono “XXV Años de Paz” revelará las contradicciones de la gestión fragmentaria: no habiendo alcanzado a afectar a ninguna manzana completa, y a pesar del esfuerzo realizado por los técnicos para conservar la imagen de conjunto, las discontinuidades de la intervención podrán apreciarse a simple vista sobre las fachadas.

Pero, desde un punto de vista urbanístico, el desajuste entre la unidad morfotológica de los polígonos públicos y la fragmentación en la gestión de su rehabilitación puede tener otras consecuencias que, de momento, pueden resultar menos patentes y que, sin embargo, pueden ser más preocupantes por su mayor alcance, dado que

¹⁵⁸ Me refiero especialmente a las interpretaciones institucionales normativamente validadas, por ejemplo, a la calificación de “conjuntos con proyecto” del Plan General de Ordenación Urbana de Valladolid. Para armonizar, en la medida de lo (escasamente) posible, esta determinación del planeamiento con el modelo de gestión previsto ha sido preciso redactar el documento Prescripciones técnicas de intervención para los polígonos “18 de julio” y “XXV Años de Paz” en el barrio de La Rondilla de la ciudad de Valladolid (<http://www.smviva.com/Ficheros/0/Documentos/CRITERIOS%20T%C9CNICOS%20ESPECIFICOS.pdf>) que tipifica las actuaciones de rehabilitación y antepone la homogeneización de las fachadas y cuya efectividad en términos de conservación de la imagen unitaria de los dos polígonos es muy débil. Por otro lado, cabe referirse también a las interpretaciones institucionales de los polígonos de viviendas culturalmente validadas y, concretamente, a la progresiva patrimonialización de la arquitectura moderna que ilustran, sin ir más lejos, varios capítulos de este libro.

desborda tipo de áreas y toca al espacio público en general. Me refiero a las implicaciones y exigencias directas que, a menudo, la rehabilitación de las viviendas proyecta sobre el espacio público, como en el caso de la instalación de ascensores exteriores.

Esta reivindicación ya común en áreas de edificación en altura y población envejecida, como el polígono “18 de julio” de Valladolid, es una innegable mejora en las condiciones de accesibilidad de muchas viviendas pero pasa, con frecuencia, por la ocupación de la vía pública, constituyendo una privatización de hecho del uso de ésta. Esto, que entraña una complejidad jurídica nada desdeñable, conlleva también varios efectos urbanísticos: i) se reduce puntualmente la sección de la calle y, con esto, se afecta generalmente a la movilidad urbana y al aparcamiento en la vía pública (cosa que, dado el déficit de aparcamiento en los barrios periféricos, resulta especialmente preocupante); ii) la calidad del espacio público y del paisaje urbano resultante es incierta en la medida en que una gestión de tipo fragmentario difícilmente puede garantizar la coherencia global de la transformación; y iii) abre necesariamente el abanico de los agentes directamente implicados al conjunto de la ciudadanía, ya que, afectando la calle, los residentes afectados son todos los de la ciudad.

Como en muchos barrios de las décadas de 1950-1980, el problema del aparcamiento es acuciante en el barrio de La Rondilla, incluidos sus dos polígonos públicos. Sin embargo, y a pesar de las previsiones de la instalación de ascensores exteriores (insisto: sin duda pertinentes), el ARI no prevé ninguna medida paliativa de un déficit a cuyo acrecentamiento contribuirá. Es más, el esfuerzo municipal se ha centrado claramente en la rehabilitación de viviendas, posponiendo no sólo la consideración de las consecuencias sobre el espacio público que de ella se derivarán necesariamente sino, además, todas las previsiones hechas en el Plan municipal de vivienda 2004-2007 relativas a reurbanización y equipamientos. La posición expresada públicamente por la responsable política en el Ayuntamiento de Valladolid es clara a este respecto: no se hará otra cosa que repavimentar las calles y sólo en la medida en que lo permita el presupuesto sobrante tras las subvenciones a la rehabilitación de viviendas.¹⁵⁹ Se obvia así el vínculo entre la rehabilitación de las viviendas y la reconstrucción de los espacios públicos, y se sacrifica la coherencia de la intervención urbanística en aras de una gestión pretendidamente simple y eficaz.

En el ARI de “Río Vena”, el funcionamiento necesariamente solidario de la propiedad condujo a un proyecto unitario en el que, por un lado, la integración de las actuaciones sobre los espacios privados y públicos era prácticamente insoslayable (los últimos se ubican sobre el garaje comunitario afectado de patologías constructivas), y, por otro, la coherencia del proyecto estaba preservada desde el momento en que la volumetría edificada y la funcionalidad de los espacios no iban a ser modificadas.¹⁶⁰

¹⁵⁹ “La Rondilla recibirá casi siete millones para rehabilitar 89 edificios de viviendas”, *El Norte de Castilla*, 22 de enero de 2009.

¹⁶⁰ De hecho, las únicas transformaciones materiales inducidas sobre los espacios públicos han sido las relacionadas con el paisaje urbano: cambios en las vistas en el interior y en los alrededores del polígono, y cambios en las vistas generales de Burgos. Debo añadir también que los espacios y dotaciones públicas alrededor de “Río Vena” han sido objeto de diversas mejoras a lo largo de las últimas décadas, por lo que el estado general de su entorno urbano no parece presentar deficiencias importantes que justificasen sobrepasar los límites del polígono público.

Más allá de todo ello, las condiciones para el cambio social comienzan a darse: el precio de venta de las viviendas sociales de “Río Vena”, que ya no están afectadas por el régimen de protección oficial, rondaba en junio de 2007 los 160,000 euros, esto es, más o menos 25% más que antes de ser rehabilitadas. El ARI podría haber influido en la valoración inmobiliaria, como sugiere la prensa local, y lo mismo podría pasar en La Rondilla.



Fig. 3. Vistas del polígono “Río Vena” (Burgos) antes y después del ARI.
(Fuente: *Áreas de rehabilitación*. Folleto publicado por la Junta de Castilla y León)

Esto constituiría una de las lagunas sociales del modelo de gestión de las rehabilitaciones analizadas: la laxitud del compromiso adquirido en ambos ARI por los propietarios en relación con el disfrute y transmisión de los bienes sobre los que se ha aplicado subvención pública. Esto constituye un claro factor para la apropiación privada de unas plusvalías que están generadas, en gran parte, por la inversión pública dentro de un marco que se pretende de política social. Esta consideración introduce un cambio de escala en el debate sobre la rehabilitación urbana en España: no sólo afecta materialmente al espacio público en su acepción urbanística, sino que remite también (¡una vez más!) a lo público en términos claramente políticos y económicos

EPÍLOGO

Los barrios periféricos tradicionales reúnen aún, pese al crecimiento urbano de las últimas décadas, un porcentaje muy alto de la población y de la superficie urbanizada de ciudades españolas medias como son Valladolid y Burgos. La rehabilitación de estos barrios se perfila como una vía posible para atajar los procesos conjugados de declive urbano y segregación socio-espacial que comienzan a serles característicos.

El desarrollo de las políticas europeas de “regeneración urbana” y de “desarrollo urbano sostenible” forma parte de las justificaciones del *Plan estatal de vivienda y rehabilitación 2009-2012* recientemente aprobado. Este documento insiste en “la participación y concertación social y ciudadana para la determinación de los objetivos y de acciones estratégicas, así como en el seguimiento y la gestión de las mismas”, pero este

deseo contrasta con la realidad de las experiencias de rehabilitación de polígonos públicos de vivienda arriba analizada.

Como ilustran los casos estudiados, la “participación” de los vecinos en las decisiones de rehabilitación de sus barrios podría ser reinterpretada en España como concertación con los propietarios inmobiliarios, mientras la autogestión vecinal parece encontrar más dificultades para tener cabida en los procesos formales de gestión de la rehabilitación, a pesar del potencial que ha demostrado en la regeneración de algunos barrios periféricos, como la célebre de Trinitat Nova (Barcelona).

El estrecho marco conceptual de una “participación” ciudadana pautada por la financiación y circunscrita a los propietarios inmobiliarios puede tener validez en la rehabilitación privada, pero pierde pertinencia en la intervención sobre espacios de uso y dominio públicos. En todos los casos, pero especialmente en aquellos de rehabilitación en los que pueden generarse tensiones entre la intervención en el espacio privado y la optimización formal y funcional de los espacios públicos, la participación no puede ser sino, como indica el plan de vivienda, social. Y en esto, el actual contexto español presenta algunas ventajas, ya que la capacidad de organización y gestión demostrada por numerosas asociaciones vecinales en torno a los problemas urbanísticos de los barrios periféricos reviste un potencial enorme que puede ser muy fecundo y que debería ser reconocido en la acción de los poderes públicos.

Algunas experiencias exitosas atestiguan que la gestión vecinal de la rehabilitación (y no sólo la concertación con los propietarios) constituye un factor de primer orden para una intervención más solvente del espacio urbano existente y, además, se perfila como una verdadera oportunidad de reconstrucción del espacio público en un sentido amplio: puede contribuir a redefinir los espacios públicos de la ciudad de manera más eficaz (adaptada a las necesidades sociales expresadas), puede intensificar la construcción y reconstrucción social de los valores (materiales y simbólicos) de los barrios, y puede alentar el debate político de la ciudadanía, reproduciendo con ello el valor patrimonial de la ciudad en tanto que hecho político.

En este contexto posible, los vecinos –y no sólo los propietarios– tendrían capacidad de decisión sobre el espacio público y el papel de la administración pública sobrepasaría el fomento (financiero) del proceso rector para alcanzar el fomento de una gestión más democrática de la ciudad. Para esto, la imprescindible voluntad de los poderes públicos debería implementarse con algunas adaptaciones instrumentales en orden, cuando menos, a intensificar la componente procesual e incorporar a los habitantes como agentes urbanos de pleno derecho en los modelos de planificación urbanística en las diversas escalas del espacio urbano, y a optimizar la gestión de los recursos públicos comprometidos en la regeneración urbana en términos de garantía de su destino social a medio y largo plazo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ÁLVAREZ MORA, Alfonso (2005). *La construcción histórica de Valladolid: proyecto de ciudad y lógica de clase*. Valladolid: Universidad de Valladolid.

- ARIAS GOYTRE, Félix (dir.) (2000). *La desigualdad urbana en España*. Madrid: Ministerio de Fomento.
- AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID (2004). *Plan municipal de vivienda y suelo 2004-2007*.
- BASTERRA OTERO, Luis Alfonso (dir.) (2001). *Asistencia técnica para el estudio del polígono "Jesús Aramburu-Las viudas" en el barrio de las Delicias de Valladolid. Resumen*. http://www.smviva.com/Ficheros/0/Documentos/INFORME%20_ARAMBURU.pdf
- CASTRILLO ROMÓN, M. y SANTOS GANGES, L. (2008). "Urbanisme et militantisme de quartier dans les quartiers populaires de Valladolid (Espagne)", *Espaces et sociétés*, 2008/3, 134, septembre, pp. 53-66.
- CASTRILLO, M. y DOMINGO, M. (2001). "Patrimonio y accesibilidad. El problema de los espacios públicos, su diseño y gestión", en VILADEVALL, Mireia (coord.), *Ciudad, patrimonio y gestión*. Puebla, México: BUAP, pp. 97-127.
- CASTRILLO, M. y DOMINGO, M. (2004). "La necesidad de reciclar la periferias. Estudio sobre el barrio de La Rondilla en Valladolid", en ÁLVAREZ MORA, A. y VALVERDE DÍAZ DE LEÓN, C. F. (coord.), *Ciudad, territorio y patrimonio. Materiales de investigación II*, Puebla (México): Universidad Iberoamericana e Instituto Universitario de Urbanística, pp. 173-192.
- CASTRILLO, M., ÁLVAREZ, A., RIVAS, J. L. de las, y SANTOS, L. (2008): "Vivienda y desarrollo urbano en las ciudades de Castilla y León", en VAZ, Domingos (coord.). *Cidade e território. Identidades, urbanismos y dinâmicas transfronteiriças*. Lisboa: Celta.
- CIUDADES (2004). *Ciudades*, revista del IUU, núm. 8 (2004), monográfico "Reciclar la ciudad".
- COTESA-IUU (2005). *Memoria-programa para declaración de ARI de los polígonos públicos "18 de julio" y "XXV Años de Paz"*. Documento inédito.
- DOBARCO LORENTE, D. (1998). *Rehabilitación y regeneración urbana sistemática en centros históricos: áreas de rehabilitación integrada y programas Urban*. Documento inédito.
- EUROPEAN COMMISSION (2006). *State Aid Control and Regeneration of Deprived Urban Areas*. <http://www.eukn.org/binaries/eukn/eukn/research/2006/3/state-aid-and-urban-regeneration.pdf> (consultado: 30 enero 2009)
- FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón (2006). *El tsunami urbanizador español y mundial. Sobre sus causas y repercusiones devastadoras, y la necesidad de prepararse para el posible estallido de la burbuja inmobiliaria*. Barcelona: Virus.
- FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, José Antonio (1991). *Promoción oficial de viviendas y crecimiento urbano en Valladolid*. Valladolid, Universidad de Valladolid.
- FONT ARELLANO, Antonio (dir.) (1976). *Valladolid: procesos y formas del crecimiento urbano* (dos tomos). Madrid: Colegio Oficial de Arquitectos-delegación de Valladolid.
- GARCÍA CUESTA, José Luis (2000). *De la urgencia social al negocio inmobiliario: promoción de viviendas y desarrollo urbano en Valladolid*. Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid y Universidad de Valladolid.
- GARNIER, Jean Pierre (1999). *Le nouvel ordre local*. Paris: L'Harmattan.
- GARNIER, Jean Pierre (2006). *Contra los territorios del poder. Por un espacio público de debates y... de combates*. Barcelona: Virus.
- GIGOSOS, Pablo y SARAVIA, Manuel (1997). *Arquitectura y urbanismo de Valladolid en el siglo XX*, Valladolid: Ateneo de Valladolid.

- MURIE, A.; KNORR-SIEDOW, Th. y VAN KEMPEN, R. (2003). *Large Housing Estates in Europe. General Developments and Theoretical Backgrounds*. Utrech: University.
- NEL-LO, Oriol (2008). “Contra la segregación urbana y por la cohesión social: la Ley de barrios de Cataluña”, en *Ciudades en (re) construcción: necesidades sociales, transformación y mejora de barrios*. Barcelona: Diputación de Barcelona.
- CECODHAS (2007). *Housing Europe 2007. Rapport sur le logement social, le logement public et le logement en coopérative dans les 27 États membres de l’UE*. Bruxelles: Observatoire du logement social européen du CECODHAS.
- PAREJA EASTAWAY, Montserrat y SIMÓ SOLSONA, Montse (sf). *La renovación de la periferia urbana en España: un planteamiento desde los barrios*, <http://www.restate.geog.uu.nl/results/renovacion.doc> (consultado: 30 de enero de 2009)
- PÉREZ QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo (eds.) (2008). *Memoria ciudadana y movimiento vecinal. Madrid, 1968-2008*. Madrid: Los libros de la catarata.
- PLAN (2004). *Plan municipal de vivienda y suelo de Valladolid (2004-2007)*. <http://www.smviva.com/Ficheros/0/Documentos/Plan%20Municipal%20de%20Vivienda%20y%20Suelo.pdf> (consultado: enero de 2007).
- SALDAÑA FERNÁNDEZ, Ana (2005). “Modelos de gestión de la rehabilitación”, en MORÓN BÉCQUER, Pedro (ed.). *La política de vivienda en los albores del siglo XXI. Experiencias y posibilidades*. Madrid: DM, pp. 187-196.
- UE (1997). *Hacia una política urbana para la Unión Europea*. Comunicación de la Comisión de las Comunidades Europeas –COM (97) 197 final. 6 de mayo de 1997.
- UE (1998). *Marco de actuación para el desarrollo urbano sostenible en la Unión Europea*. COM (1998) 605 final. 28 de octubre de 1998.
- UE (2006a). *Directrices estratégicas comunitarias en materia de cohesión*. Decisión del Consejo de 6 de octubre de 2006 (2006/702/CE).
- UE (2006b). *Estrategia temática para el medio ambiente urbano*. Comunicación de la Comisión de 11 de enero de 2006, COM (2005) 718 final.



MONTBAU, UN POLÍGONO MODELO
¿PATRIMONIO URBANO MODERNO? *
Isabel Bargalló Sánchez

En la tarde de ayer tuvo lugar, en la ciudad satélite de Mombau, la bendición de viviendas propiedad del Patronato Municipal de la Vivienda y construidas por la Cooperativa Gracience, para sus socios beneficiarios.¹⁶¹

CONSIDERACIONES PREVIAS

Durante los años 50 y 60 del siglo pasado, Barcelona y su periferia experimentaron un importante crecimiento cuantitativo que modificó de manera irreversible la morfología y la estructura urbanas, no sólo de la ciudad sino de la mayor parte de poblaciones del primero y segundo cinturón metropolitanos.¹⁶² Esto provocó también cambios cualitativos de una gran trascendencia que, debidos tanto a la iniciativa privada (promoción y autoconstrucción) como a la planificación pública, son en parte responsables de la Barcelona actual.

A pesar de que la promoción pública no fue mayoritaria,¹⁶³ es muy importante desde el punto de vista conceptual, puesto que en general proyectaba y construía barrios de carácter unitario en zonas des pobladas.¹⁶⁴

* El nombre del barrio que constituye el caso de estudio puede aparecer escrito como Monbau, Mombau o Montbau, siendo este último el que ha quedado como definitivo. Este texto corresponde a una pequeña parte del trabajo presentado en la Universidad de Barcelona para la obtención del reconocimiento de suficiencia investigadora.

¹⁶¹ Así se explicaba la noticia en los periódicos del día la inauguración de las primeras edificaciones de Montbau: en una ciudad y un área metropolitanas con un importante déficit de viviendas, la entrega de 56 unidades es todo un acontecimiento al que asisten las más altas autoridades de la ciudad.

¹⁶² Entre 1950 y 1975, Barcelona multiplica por 1,5 su población.

¹⁶³ Solamente 10% de las viviendas que se construyeron en Barcelona entre 1960 y 1970 lo fueron por iniciativa pública. Según algunas fuentes, en el año 1959 el déficit de vivienda en Barcelona era de unas 80,000. La vivienda protegida era todavía deficitaria en el año 1991 y lo sigue siendo en el año 2007.

¹⁶⁴ “La construcción de los polígonos de viviendas, especialmente a partir de la creación del Ministerio de la Vivienda en 1957, hizo posible edificar centenares de miles de viviendas en pocos años, con los principios del urbanismo racionalista. Aunque la calidad dejara qué desear, esos polígonos contribuyeron a alojar a las clases populares en condiciones dignas” (Capel, 1999: 10).

Un caso paradigmático de estas actuaciones públicas es el barrio de Montbau, una intervención de prestigio que el Patronato Municipal de la Vivienda de Barcelona¹⁶⁵ llevó a cabo en momentos de apertura del régimen y que, como veremos a lo largo del presente artículo, paseó orgullosamente como modelo de modernidad y eficacia por toda Europa (fig. 1).



Fig. 1. Anuncio de viviendas de la 1ª fase de Montbau. (Fuente: "Anuncio de viviendas", 1959)

El origen, la evolución urbana, arquitectónica y social de este barrio singular de Barcelona es el tema del estudio que les presento. Y lo hago por dos motivos. El primero, el gran cambio en los usos de los espacios públicos y semipúblicos que ha experimentado la ciudad en los últimos 30 años.¹⁶⁶ El segundo, la necesidad de discernir si realmente aquellas intervenciones urbano-arquitectónicas singulares que se han producido en un pasado no excesivamente lejano –de carácter social y sin significación monumental– son susceptibles de ser consideradas patrimonio.

En la actualidad, creemos que el valor del patrimonio urbano va más allá de la importancia de cada uno de los edificios que componen un conjunto y sabemos que la alteración del entorno conduce a veces a la pérdida de valor de los edificios que se pretende preservar y, asimismo, la alteración de los edificios puede conducir a la pérdida del valor del conjunto urbano. Y esto nos ha permitido evolucionar en la conservación del espacio urbano que podríamos denominar "histórico".

¹⁶⁵ Creado el año 1945, con el nombre de Instituto Municipal de la Vivienda, es un órgano autónomo del Ayuntamiento de Barcelona.

¹⁶⁶ Las floristas de las Ramblas han hecho una llamada a los barceloneses para que recuperen para sí, como lo era hace escasos 20 años, esta emblemática vía de la ciudad, ahora convertida en una especie de parque temático para turistas.

No podemos negar el avance respecto del concepto puramente monumental. Sin embargo, considero necesario ir más allá y realizar un planteamiento global que incluya como patrimonio conjuntos urbanos más “modernos” y sin significación monumental (de carácter doméstico, para entendernos) o de lo contrario corremos el riesgo de dejar fuera de lo patrimonial una parte importante de la arquitectura y el urbanismo contemporáneos.

En efecto, prácticamente en todo el mundo, la mayor parte del patrimonio protegido ha sido construido con anterioridad a los años 20 del pasado siglo y Barcelona no es una excepción a pesar de que el catálogo de arquitectura contemporánea que recoge el COAC¹⁶⁷ es muy importante. Y, en dicho catálogo se incluyen obras urbanas homogéneas, entre las que se encuentra Montbau y, como iremos viendo, su inclusión no es gratuita.

CONTEXTO URBANO Y SITUACIÓN DE PARTIDA

Antes de entrar en el tema que nos ocupa, permítanme presentarles, aunque someramente, el estado de la cuestión en el momento en que se proyecta y construye Montbau. Como es sabido, el déficit de vivienda en Barcelona en 1960 se venía arrasando desde la década de 1930, a pesar de algunas actuaciones llevadas a cabo bajo la dictadura de Primo de Rivera, conocidas popularmente como “Casas Baratas” y que podemos considerar como polígonos¹⁶⁸ habitacionales.

La situación de la vivienda no mejoró durante la Segunda República, puesto que los arquitectos que formaban parte del GATCPAC¹⁶⁹ sólo tuvieron tiempo de proyectar y construir prototipos y edificios aislados, entre los que destacan el dispensario antituberculoso (1934-1938) y la Casa Bloc¹⁷⁰ (1932-1936), ambas obras de Josep Lluís Sert.

En consecuencia, la ciudad que el régimen franquista heredó no había resuelto el problema de vivienda, disponía de suficiente suelo urbanizable y había sufrido una considerable pérdida de población autóctona debida al exilio y a otros componentes. Por otra parte, también se dio un fuerte proceso de migraciones exteriores, incrementado entre 1950 y 1970. El alud migratorio en este periodo fue impresionante y su influencia sobre la ciudad y la zona metropolitana, de gran magnitud.¹⁷¹

Así, durante la posguerra, Barcelona se convirtió en una ciudad gris en la que no se dieron intervenciones urbanas importantes¹⁷² y que vivió un gran aumento del

¹⁶⁷ *Col·legi Oficial d'Arquitectes de Catalunya*.

¹⁶⁸ Entenderemos el término polígono como una forma de crecimiento urbano unitario de los tres procesos de construcción de la ciudad: parcelación, urbanización y edificación. La gestión de las diferentes actuaciones suele realizarla un gestor único, habitualmente público. Y el polígono ha sido históricamente la forma que la administración pública ha utilizado para gestionar la vivienda obrera.

¹⁶⁹ *Grup d'Artistes i Tècnics Catalans per al Progrés de l'Arquitectura Contemporània*.

¹⁷⁰ La Casa Bloc es un conjunto concebido inicialmente como prototipo de vivienda para obreros y en él se aplican los principios de Le Corbusier para los inmuebles-villas.

¹⁷¹ Pensemos que entre los años 1950 y 1970 la ciudad pasó de 1,280,179 habitantes a 1,745,142, de los cuales casi 40% habían nacido fuera de Cataluña.

¹⁷² Además, la “reconstrucción” y, en consecuencia las intervenciones urbanísticas, se llevaron a cabo a partir de un programa de “regiones devastadas” en el que Cataluña no estaba incluida.

barraquismo¹⁷³ y una degradación importante de los barrios obreros. Y todo esto a pesar de que en los años 40, todavía bajo el nombre de Instituto Municipal de la Vivienda, se realizaron algunas intervenciones públicas que no consiguieron enjugar el déficit endémico de viviendas. La ampliación de algunos conjuntos de “Casas Baratas” construidos durante la dictadura de Primo de Rivera y la promoción de polígonos como Torre Llovera, el Polvorí, Verneda vella o Trinitat, son algunos ejemplos. Por otro lado, pensemos que en esa época la iniciativa privada construía poco, entre otras cosas, a causa de la falta de materiales.

Por consiguiente, a principios de los años 50, la ciudad había visto agravado el problema, estaba rodeada de un cinturón de barracas y la actividad urbanística oficial se redujo a un solo proyecto: el Plan Comarcal de 1953, dio paso al Plan General Metropolitano en 1974. Este plan se basaba en los criterios urbanísticos de la Carta de Atenas, que los técnicos del GATCPAC siempre defendieron, y en la que se enmarcan los polígonos habitacionales. Muchos de ellos proyectados en planes parciales¹⁷⁴ y sustentados en la Ley del Suelo de 1956,¹⁷⁵ que consagra el proceso de estatalización del urbanismo en cuanto a competencia legislativa y superpone el control del estado sobre el de la administración local.

Estos cambios legales, que coinciden con el momento en que Barcelona descubre sus propios “suburbios”, permiten construir en la ciudad un total de 72,000 viviendas en ocho polígonos, entre los que se encuentra Montbau.

Este tipo de actuaciones urbanísticas, tanto del Patronato como de iniciativa privada, fueron sistemáticamente desacreditados por los opositores al régimen. Eran instrumentos de gestión municipal y, por tanto, terreno abonado para la crítica. Y hay que reconocer que en algunos casos la crítica era fácil: construcciones deficientes, materiales baratos, retrasos en la urbanización, equipamientos escasos. A pesar de esto, en Barcelona existen proyectos de calidad entre los que destacan Congrés, Sud-Oest del Besòs y Montbau.

Como hemos visto, a causa de la guerra, el movimiento moderno se había experimentado poco en Barcelona y estos polígonos representaron una nueva concepción de la viviendas (luz, ventilación, baños...) y unas condiciones urbanas (jardines, espacios libres, áreas de juegos...) que no se habían dado con anterioridad. En definitiva, un cambio cuantitativo y cualitativo en la construcción de la vivienda obrera.

Desgraciadamente, estas pocas intervenciones vinieron seguidas por una gran cantidad de proyectos de muy baja calidad urbana y arquitectónica, muchos de ellos de iniciativa privada. Y, en los casos en que había calidad conceptual, ésta iba muy pocas veces acompañada de calidad material.

¹⁷³ En 1960, el Ayuntamiento cifraba oficialmente en 10,000 el número de chabolas y el año 1972, en 3,000.

¹⁷⁴ De los 41 planes parciales que fueron aprobados hasta el año 1971, 25% legalizaba operaciones urbanísticas realizadas con anterioridad al Plan Comarcal, 60% para incrementar el volumen edificable (la mitad de promoción privada), el resto no son más que urbanización de calles. El número de inmobiliarias aumentó de 216 en 1951 a 1,288 en 1968.

¹⁷⁵ La Diputación de Barcelona, aprovechando que esta ley le da competencias, elabora su Plan Provincial. También al amparo de esta ley, se crea en 1957 el Ministerio de la Vivienda, de clara influencia falangista dado su fuerte carácter social. La reforma que sufre la ley en 1975 cambia la filosofía de la de 1956, dando una mayor importancia a la iniciativa privada.

PROYECTO Y REALIDAD

Però també parlaria d'altres coses: els plans parcials de la Diagonal, que van reduir l'edificació a la meitat; de Montbau. I del Besòs, que els nois, que avui ho critiquen tot, encara me'l lloen. (SUBIAS, 1993: 8)

En este contexto, el proyecto social por excelencia del Patronato Municipal de la Vivienda en la década de los 60 es la “unidad de vecindad de Monbau”, concebida como un todo en sí misma, como un elemento capaz de autoabastecerse, en parte, y de yuxtaponerse a la ciudad. Un texto de presentación del barrio nos lo explica claramente: “Desde el comienzo de su construcción, la unidad de vecindad de Monbau ha sido visitada frecuentemente para conocer las características de un nuevo barrio barcelonés de arquitectura moderna, proyectado como prototipo para posteriores realizaciones..” (Patronato Municipal de la Vivienda, 1963: 4).

Se localiza en la ladera de la serra de Collserola a una distancia considerable del centro de la ciudad y en un territorio escasamente urbanizado, mal comunicado y sin apenas edificaciones; a un lado del actual Hospital de la Vall d'Hebron, que en aquellos años recibía el nombre de Residencia Francisco Franco, y de los Hogares Ana Gironella de Mundet, lugar al que se trasladaron las instalaciones de la antigua Casa de la Caritat.

El proyecto está tan cuidado que incluso se le da una significación “moderna” al nombre del barrio. Algunos piensan que éste se debe a que en el año 1955 técnicos del Ayuntamiento de Barcelona visitaron Interbau¹⁷⁶ en Berlín y que bautizaron al barrio a partir de la palabra catalana *mont* (monte, montaña) y del vocablo alemán *bau* (casa, construcción). Sin embargo, lo cierto es que uno de los torrentes que desciende de la Serra de Collserola hacia el *Pla de Barcelona* en la zona donde se construyó el barrio respondía a este topónimo (Montbau) mucho antes de la construcción del barrio.

Continuando con la toponimia, las calles del nuevo barrio reciben nombres de artistas catalanes famosos (Vayreda, Clarà, Domènech i Montaner, Benlliure...) y de las diferentes artes (Mímica, Muses, Arquitectura, Lírica, Harmonía...). Finalmente, se instala una escultura de bronce de Marcel Martí sobre un espejo de agua que preside la plaza cívica, murales en los tabiques pluviales de algunos edificios y un mosaico de cerámica con el plano del polígono en una de las plazas (figs. 2 y 3).

El polígono es, en suma, uno de los planes parciales insignia del Patronato Municipal de la Vivienda de Barcelona y consta de dos etapas. La primera, aprobada el 13 de diciembre de 1957 y redactada por los arquitectos P. López Iñigo, G. Giráldez Dávila¹⁷⁷ y J. Subias Fargas,¹⁷⁸ se inspira claramente en los principios del CIAM. Tanto es así que,

¹⁷⁶ Recordemos que entre 1945 y 1955, el déficit de viviendas en Europa lleva a la idea y construcción de grandes conjuntos de vivienda social en muchos países europeos.

¹⁷⁷ Ingresa en el Grup R el año 1953. El grupo aparece en 1951 y lo forman Bohigas, Coderch, Gili, Martorell, Moragas, Pratmarsó, Sostres y Valls. Introduce una modernización técnica y estética en la construcción de edificios.

¹⁷⁸ De ellos se dice: “En la brecha se encuentra actualmente una promoción audaz y brillante de arquitectos de vanguardia: García Giráldez, López Iñigo y Subias –autores de la bella Facultad de Derecho de Barcelona...” (Seco, 1974).

el por entonces gerente del patronato, aprovechando una visita de Le Corbusier a Barcelona le propuso proyectar la iglesia del polígono.¹⁷⁹



Fig. 2. Montbau: calle Poesía. Tabique pluvial con mural. Autor desconocido. Proyecto de rehabilitación del Arq. Josep Olivé Saperas. (Foto de la autora)



Fig. 3. Montbau: Jardines Muñoz Seca. Mosaico de cerámica con plano del barrio. (Foto de la autora)

¹⁷⁹ “[...] como gerente que era entonces del Patronato Municipal de la Vivienda de nuestra ciudad, la visita (de Le Corbusier) tuvo como motivo tantear las posibilidades de que Le Corbusier proyectara una iglesia parroquial en el barrio de Montbau, entonces en construcción (1962). El arquitecto declinó la oferta, alegándome su avanzada edad (75 años) y la prohibición de sus médicos de que viajara. El templo se construyó luego en concurso público entre arquitectos, redactado por Minguió y Vayreda” (*La Vanguardia*, 16 de octubre de 1987).

En la etapa constructiva de la primera fase, lo único que varió con respecto al proyecto inicial fue el incremento de una planta en todos los edificios, lo cual aumentó la densidad de población. Se trata de un plan lleno de aciertos sobre el que el Patronato organizó una exposición con el fin de revalorizar la imagen del organismo, muy desacreditada a causa de anteriores intervenciones no tan afortunadas.

Una vez aprobado el plan, el Patronato de la Vivienda vendió los terrenos a diferentes cooperativas para que construyeran según el proyecto: La Puntual, del Taxi, dels Lluïsos de Gràcia, La Esperanza, La Graciense de Viviendas, la de la Guardia Urbana, la de funcionarios del INP. También cedió dos hectáreas al Patronato de Casas Militares del Ministerio del Aire.

En 1961, el Patronato pone en marcha la segunda etapa del polígono, modificando sustancialmente el proyecto e incrementando la densidad al doble de la planeada originalmente. Sin embargo, el sistema de plazas rodeadas de edificios disimula este aumento. El nuevo plan parcial, aprobado el 2 de julio de 1962, no respetó el proyecto original y fue elaborado por los arquitectos Josep Soteras Mauri,¹⁸⁰ Manuel Baldrich y Antoni Bonet Castellana, este último, antiguo miembro del GATCPAC.

Podemos decir que el polígono es claramente deudor de los principios urbanísticos del CIAM y que ha estado bien valorado por aquellos que son partidarios de estos principios y aunque la calle como elemento generador sigue existiendo, se da una clara diferenciación entre circulación rodada y peatonal y, en la mayor parte de los casos, los edificios de viviendas no se relacionan directamente con ella sino con los pequeños jardines que los envuelven y con las plazas que genera su morfología. Y esta es, sin duda, una idea corbusiana por excelencia: las edificaciones no bordean la manzana, si no que forman pequeñas plazas, dejando delante de cada una un espacio para el arbolado.

Más tarde, en el año 1965, se emprendió en la parte más alta del barrio la construcción de 57 viviendas unifamiliares diseñadas por Joan Bosch para personas de nivel socioeconómico diferente al de los vecinos del resto del barrio. Con posterioridad se construyeron otros edificios de viviendas situados en los solares todavía no ocupados pero que no respetaron el estilo arquitectónico de la primera fase de edificación.

En otro orden de concreción, y desde un punto de vista formal, la estructura de los edificios de viviendas se ajusta bastante a la idea de planta libre (pilares o paredes de carga perpendiculares a la fachada), fachada libre que se organiza en partes abiertas y partes ciegas creando cuadros y composiciones geométricas a partir de módulos de dimensiones humanas.

Sala-comedor, cocina, baño, lavadero y tres habitaciones en 60 metros cuadrados: así podríamos resumir el programa arquitectónico de la mayor parte de pisos del barrio: ni más ni menos que la idea de vivienda mínima de los años 20 y 30.¹⁸¹

¹⁸⁰ En la Barcelona del momento se decía: "Si quieres edificar hoy, pregúntale a Bordoy. Si quieres edificar sobre las aceras, pregúntale a Soteras. Si quieres edificar sobre los viales, pregúntale a Briaies", con clara referencia a los arquitectos Emili Bordoy Alcántara (jefe de la unidad de Planificación Urbana del Ayuntamiento de Barcelona), Josep Soteras Mauri (jefe de la unidad operativa) y a Alfredo Briaies Velasco, uno de los yernos del alcalde.

¹⁸¹ En 1929, el GATEPAC consideraba como necesidades básicas a cubrir las cinco siguientes: renovación de agua y luz, higiene, planta "orgánica" que facilite la vida, mobiliario a "escala humana", aislamiento de los agentes exteriores, como ruidos, temperaturas o habitaciones contiguas.

El Patronato entregó a cada nuevo ocupante de la primera fase un librito de nombre *Consejos para el uso de la vivienda*. En él se asesoraba a los nuevos ocupantes para evitar “el contraste entre el estilo moderno de la arquitectura y el anacrónico del mobiliario”, eso sí, reconociendo que había habitaciones de “dimensiones reducidas”, puesto que “las viviendas han sido concebidas por los arquitectos como unidades funcionales de acusado estilo moderno”. Toda una declaración ideológica de origen corbusiano: la vivienda como objeto útil.

En resumen, un barrio planificado magistralmente con unos espacios de uso perfectamente definidos.

¿AIRES DE SUBURBIO?

Els fets, doncs, sembla que vagin coincidint cap aquest suïcidi. Les entitats públiques construeixen lluny del centre en unes zones on els serveis amb prou feines arriben, on la gent se sent deslligada del fet cultural i social de la ciutat, on per força, tot adquireix un aire irredimible de suburbi (BOHIGAS, 1964: 24).

Hasta aquí la concepción y el proyecto. Pero, ¿cuál es la realidad? No se puede negar que los primeros años los nuevos vecinos enfrentaron más de un problema. El Patronato Municipal de la Vivienda aprovechó para elaborar en 1963 un documento de presentación del barrio, en el que explicaba los principios urbanos en que se basaba y la composición social de sus habitantes. Pero de los equipamientos que se habían previsto (una unidad parroquial, dos zonas deportivas, una sala de usos comunitarios, guardería, servicios comerciales, garage y cine), algunos tardaron en llegar y otros no llegaron nunca.

Veamos dos casos paradigmáticos. En primer lugar, de los dos colegios previstos sólo se construyó uno; y la demanda de plazas escolares se cubrió, en parte, a través de academias particulares o de centros docentes más o menos cercanos al barrio al que los niños debían desplazarse en autobús urbano o escolar. En segundo lugar, la accesibilidad durante los primeros años también fue del todo deficitaria; al barrio sólo llegaba un autobús, por eso la prolongación de la línea 27 fue todo un acontecimiento. La línea 3 del metro no llegó hasta 1981 y fue estación terminal hasta 2001.

También cabe señalar que la baja calidad de los materiales constructivos y las patologías de la puesta en obra provocaron ya desde el principio la necesidad de efectuar reparaciones de emergencia totales o parciales en alguno de los edificios.

Todo esto implicó que los primeros ocupantes del polígono se vieran a sí mismos como pioneros. Se trataba mayoritariamente de matrimonios recién casados con hijos pequeños que iniciaban así una nueva vida. Los “cabezas de familia” provenían de distintos lugares de España y de Cataluña y las categorías profesionales variaban: obreros no calificados, obreros calificados, artesanos, funcionarios. La vida social se estructuró en torno al centro social creado por el Patronato en los que una persona delegada por la entidad actuó como responsable.

A lo largo de los años, los conflictos con el Patronato, primero, y con las administraciones públicas (Ajuntament y Generalitat), se han ido sucediendo con mayor o menor fuerza. También en este caso quisiera destacar dos casos significativos.

El primero, relacionado con la gestión de las basuras en la ciudad, que en los años 60 y principios de los 70 era tan sencilla como verterlas. Trescientos camiones las recogían diariamente y las trasladaban a vertederos, más o menos controlados. En diciembre de 1971, una parte de esta basura se desbordó sobre el barrio de Can Clos en Monjuïc a causa del derrumbamiento de la muralla natural que los separaba. Esto llevó al Ayuntamiento a clausurarlo y a recalificar fincas en Collserola, consideradas hasta el momento como parque urbano; convirtiendo el barranco de la Font de la Llet, justo sobre el barrio de Montbau, en un vertedero de basuras.

Este caso ha sido probablemente la movilización más grande de vecinos del barrio. El rechazo que provocó el proyecto municipal fue tal que incluso el párroco, a través de la revista *Flama*, se posicionaba claramente contra el vertedero:

Montbau: una pubilla¹⁸² maltratada. De la noche a la mañana, un dogal de suciedad amenaza (¡Quién iba a esperar semejante cosa!) con ahogar el cariz risueño de la primera muestra de un barrio de trabajadores elevado, por designio de este Ayuntamiento a través del Patronato de la Vivienda, por designio personal de V., y por la tenaz voluntad de los vecinos, a la categoría de “barrio residencial”. Era una ilusión, en el ambivalente sentido de la palabra; tal vez, estos humildes trabajadores, mis feligreses, habían soñado demasiado alto, al querer compararse con los barrios que son “señores” “de verdad”: la decisión municipal viene ahora a despertarles, inopinada y bruscamente, de su sueño dorado (Palau, 1971).¹⁸³

Entre noviembre de 1971 y febrero de 1972 los vecinos dejaron de pagar los recibos municipales correspondientes a la tasa de recogida de basuras y obligaron a “clausurar” el vertedero impidiendo reiteradamente el paso de camiones. En esta campaña de movilización y protesta participaron activamente las asociaciones de vecinos de la Vall d’Hebron, Montbau, Sant Genís, Guineueta, Verdum y Roquetes.

El segundo caso está relacionado con el periférico que envuelve la ciudad, conocido en los años 60 como el “II cinturón” y actualmente como las *Rondes*. En 1962, Laureano López Rodó, ministro tecnócrata de Franco y principal artífice de los famosos planes de desarrollo, dijo: “Muchas veces pienso que la ciudad se halla otra vez prisionera de sus murallas; de unas murallas que no tienen ni siquiera el atractivo de su antigüedad ni valor artístico ni histórico alguno; de unas murallas de suburbios, de edificaciones que taponan la entrada y la salida de la población” (López Rodó, 1962: 27-28).

La solución que proponía pasaba por los periféricos. El proyecto de estos periféricos se ideó durante la Alcaldía de Porcioles pero se construyó, con cambios mínimos, para los Juegos Olímpicos de 1992. A pesar de que en 1983, el arquitecto Oriol Bohigas, delegado de servicios de Urbanismo del Ajuntament de Barcelona, parecía considerar necesario un cambio de concepto:

La primera consideració a fer és que el segon Cinturó no es pot seguir considerant autènticament com una autopista-cinturó ni com una via ràpida segregada per a travessar la Ciutat. Contràriament, ha de ser com una gran línia horitzontal cívica i circulatoria de la qual pengi tota la permeabilitat

¹⁸² Palabra catalana que se refiere a la mujer heredera única de una casa, nombre con el que podemos dirigirnos a una chica y, por extensión, la ciudad de Barcelona.

¹⁸³ Carta enviada por Mossèn Palau a José María de Porcioles a raíz del intento del intento de instalación del vertedero en Collserola y publicada en el número 84 de la revista de la parroquia, *Flama*.

vertical de la Ciutat. Per tant, és fonamental que la secció establerta en cada tram s'integri a les condicions de l'entorn, sigui creuable a nivell i s'aparti del caràcter d'autopista tot apropant-se al passeig urbà de gran capacitat. És també fonamental que hi hagi sortides molt freqüents cap a la trama urbana, facilitant la dispersió i evitant la singularització de poques vies verticals, que serien greus talls circulatoris al centre de la Ciutat (Bohigas, 1983: 20).

Y en 1992, en un artículo en la revista *Ciudad y territorio*, Manuel Ribas dice: “También se ha de hablar más arriba de la novedad –extremo mundial– del viario urbano de gran capacidad. En Barcelona hemos aprendido y después enseñado cómo se hacen ‘calles grandes’ en lugar de autovías urbanas. Aquéllas no pueden olvidar nunca que son parte de la ciudad que las acoge y utiliza, éstas son por definición segregadas, barreras que disgregan impuestas en nombre de la funcionalidad, a la manera de los ferrocarriles que pasan como extraños por medio de casas y calles” (Ribas Piera, 1992: 168).

Pero a pesar de la declaración de principios de Bohigas y de la interpretación de Ribas, la realidad de las *Rondes* es otra: sin duda, segregan. La conectividad entre los barrios que atraviesan no está bien resuelta y la de cada uno de los barrios con la red viaria urbana tampoco. Y tampoco existe ninguna duda de que rompen la coherencia formal de la ciudad que ya sufría discontinuidades importantes a causa justamente de la proliferación de estos polígonos periféricos.

Así, en Montbau, si la primera de las luchas importantes, la de las basuras, se ganó; esta última, la de la autopista urbana, se perdió. Todo parece indicar que las administraciones estaban y están más preocupadas por mostrar a los turistas del '92 y a los actuales un vestido limpio y una ciudad de “diseño” que por mejorar las condiciones de vida de los barceloneses.

“MI BARRIO ES MI PUEBLO”

Así definía la señora Antonia Marzo su relación con Montbau. Nacida en Barcelona, en el popular barrio de Hostafranchs, se identificaba con el lugar en el que vivía dentro de la ciudad. Para ella, Montbau era un espacio lleno de sentidos, significados, redes sociales y vida cotidiana colectiva. Como ella, muchos de los vecinos que habían sido miembros de las cooperativas de viviendas, que con 25 o 30 años habían comenzado su vida de casados en el barrio, consideraban y consideran Montbau como su pueblo. Valoran sus ventajas con respecto a otras zonas de la ciudad (zonas verdes, tranquilidad, viviendas exteriores...) y luchan por mantener la dignidad urbana del barrio. De este modo, una parte importante de los montbauences se siente orgullosa de vivir en el barrio y de vivirlo. Podemos añadir que, además, los primeros (los que ocuparon los pisos de la primera fase de construcción) se sienten no sólo los pioneros sino incluso los más montbauences.

Sin embargo, otro grupo importante abandonó el barrio en cuanto pudo. Vivir en Montbau significaba para ellos pertenecer a un estrato económico-social bajo y se fueron trasladando a otras zonas de la ciudad “mejor consideradas”, de mayor nivel socioeconómico. El barrio no era suficiente para ellos.

En contrapartida, muchos de los jóvenes nacidos y crecidos en Montbau intentaron quedarse a vivir en él cuando se emanciparon de la familia. Unos lo consiguieron y

otros, no. El barrio ya no permitía demasiado crecimiento puesto que casi se habían agotado los solares libres. Al envejecimiento de los primeros vecinos se ha unido el éxodo de sus hijos hacia otras zonas de la ciudad o hacia la periferia urbana.

Pero, ¿cómo se piensa Montbau desde el resto de la ciudad? Cuando se construyó y durante años, muchos barceloneses eran incapaces de localizarlo, y los que sabían donde estaba lo consideraban como algo ajeno a la ciudad: extramuros en definitiva. Desde la llegada del metro, esto ha cambiado e incluso se puede afirmar que muchos ciudadanos consideran esta zona de Barcelona como un área privilegiada: al pie del Tibidabo, con vistas sobre el mar, con un nivel de contaminación menor que el del centro de la ciudad, a 15 minutos en metro de la plaza de Catalunya, tranquila...

UNIDAD URBANA Y UNIDAD SOCIAL: ¿PATRIMONIO?

És cultural, és clar, com construïm les nostres ciutats i com decidim viure-hi. (MASCARELL, 2007: 8)

En el título primero de la **Llei 9/1993 del patrimoni cultural** se definen y clasifican los bienes culturales de interés nacional, entre ellos el conjunto histórico: “agrupament de béns immobles, continu o dispers, que constitueix una unitat coherent i delimitable amb entitat pròpia, encara que cadascun individualment no tingui valors rellevants” (artº 7).

Pues bien, los polígonos de viviendas de los años 60 (o al menos, algunos de ellos) responden a uno o varios de los valores necesarios para ser considerados patrimonio puesto que el concepto va más allá de estimaciones técnicas y artísticas. Aspectos culturales, históricos, sociales, urbanísticos e incluso “sentimentales” son también de vital trascendencia. Pero además, “la mayor importancia que, desde el punto de vista urbanístico, puede atribuirse a los “polígonos” como marco de la construcción de viviendas, radica en el hecho que constituyen la única forma urbana “ortodoxa” y referida a un cuerpo teórico, la única forma que, de manera expresa y aceptada, proponía el crecimiento –como expansión física– de las ciudades” (Ferrer i Aixalà, 1985: 51).

No hace falta indicar que esta forma de crecimiento ha tenido y tiene sus detractores, entre los que se encuentra Margarit: “Avui pren més la forma de parcel·lacions i no la de carrers amb cases en filera, que era el teixit antic. Un tal aspecte dels desenvolupament de les ciutats per parcel·lacions i polígons planteja problemes d’estructura, d’acomodament i d’estètica molt difícils i, en l’actualitat, encara no resolts” (Margarit, 1962: 17).

Y tampoco se puede negar, tal y como explican Borja y Castells, las diferencias entre la ciudad y su periferia: “El món suburbà de les ciutats europees és altament diferenciat. S’hi exclouen, en particular, les perifèries de classe obrera i treballadors de serveis al voltant dels polígons d’habitatges públics o subvencionats durant el període àlgid de l’Estat del Benestar urbà” (Borja y Castells, 2000: 9-10).

En resumen, en el caso concreto que nos ocupa, creo que queda claro que nos encontramos frente al paradigma de polígono, tanto para aquellos que defienden la validez del modelo como para sus detractores: una concepción unitaria de proyecto; una construcción, actuación y gestión también unitarias que implican un crecimiento urbano con sentido propio; separación de los tránsitos rodado y peatonal; esquema

geométrico para los planes de ordenamiento; priorización de los aspectos higiénicos; separación de funciones; márgenes discontinuos; monotonía interior; falta de equipamientos; minimización de los costes por vivienda.

Para terminar me gustaría plantear algunas reflexiones en torno a la gestión privada y pública de este patrimonio, entendido como un bien cultural, como un testimonio significativo de la actividad urbanística de la década de 1960 en Barcelona.

En primer lugar, es evidente que la declaración de bien patrimonial del barrio de Montbau o de cualquier otro de sus mismas características implicaría impedir también ciertas intervenciones que son impensables en las zonas que consideramos ciudad histórica. Pero no podemos olvidar que la ciudad histórica es generadora de ingresos por turismo y los polígonos como Montbau, no. En segundo lugar, hemos de ser conscientes de que el aumento del valor del suelo juega también en contra de una declaración de este tipo.

Pero, por otra parte, si consideramos los edificios y la traza urbana de Montbau como simples objetos de uso serán modificables o, incluso, destruibles; y acabarán sobreviviendo sin protección o con las mínimas protecciones.

Hasta ahora, hemos asistido a reformas y rehabilitaciones privadas y públicas que podemos considerar modélicas y a muchas otras que, como mínimo, podemos definir como desafortunadas. Y todo esto porque no existe un plan marco de actuación que sería del todo imprescindible para impedir intervenciones poco respetuosas con el conjunto tanto por parte de las comunidades de propietarios de los edificios como por parte de las brigadas municipales.

Creo que, sin necesidad de declaraciones grandilocuentes, una buena gestión municipal pasaría por definir los niveles de modificación que pueden sufrir un edificio concreto o el barrio sin que sus características queden desvirtuadas, consiguiendo así que las intervenciones materiales y funcionales aumenten la calidad de vida de los vecinos y no comprometan la unidad del polígono. En resumen, la rehabilitación debe basarse en una evaluación adecuada de la situación de los inmuebles y del paisaje urbano.

Para terminar, creo que debemos ir más allá en la definición de bien cultural y de bien patrimonial, puesto que la arquitectura y el urbanismo contemporáneos, aun en aquellos casos no “monumentales”, contribuyen significativamente a dar valor a una ciudad y su cuidado y mantenimiento a incrementar la calidad de vida de los ciudadanos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOHIGAS, Oriol (1964). “La vigència d’un nou pla per a Barcelona”, *Serra d’Or*, núm. 7, pp. 23-25.
- BOHIGAS, Oriol (1983). *Reconstrucció de Barcelona*. Barcelona: Edicions 62.
- BORJA, Jordi y CASTELLS, Manuel (2000). “L’articulació d’antigues i noves formes urbanes en les ciutats europees”, *Quaderns d’Arquitectura i Urbanisme*, núm. 227, pp. 9-11, Barcelona: COAC.
- CAPEL, Horacio (1999). “Cien años en la construcción de la ciudad”, *La Veu del Carrer*, núm. 60, novembre-diciembre, p. 10, Barcelona: Federació d’Associacions de Veïns de Barcelona.

- FERRER I AIXALÀ, Amador (1985). "Gestió pública de l'habitatge: els "polígons" a Barcelona", *Serra d'Or*, núm. 189, 15 de junio, pp. 67-69.
- La Vanguardia*, 16 de octubre de 1987
- LÓPEZ RODÓ, Laureano *et al.* (1962). *Tres actitudes de hoy, ante la Barcelona del mañana*. Barcelona: Gráficas Central.
- MARGARIT, Joan (1962). "De l'urbanisme a l'aglomeració. Unes notes prèvies referents a Barcelona i a la seva regió urbana", *Serra d'Or*, núm. 6, pp. 15-18.
- MASCARELL, Ferran (2007). "La ciutat com a projecte cultural". *Avui*, suplement cultural.
- PALAU, Ferran (1971). "Carta a José María de Porcioles", *Flama*, núm. 84.
- PATRONATO MUNICIPAL DE LA VIVIENDA (1963). *Texto de presentación de la unidad de vecindad de Montbau*. Barcelona: Patronato Municipal de la Vivienda. "Anuncio de viviendas" (1959). *Radar Social*, núm. 19, febrero.
- RIBAS PIERA, Manuel (1992). "Urbanismo y administración municipal. El caso de Barcelona entre 1842 y 1992", *Ciudad y territorio*, núm. 94, pp. 161-168.
- SECO, Carlos *et al.* (1974). *Introducción a la historia de España*. Barcelona: Editorial Teide.
- SUBÍAS (1993) en VOLTES, Eduard y SERRA, Montse. Mesa redonda sobre el porciolismo "Clar-obscur d'un alcalde franquista". *El Temps*, núm. 483, pp.8-14.



LA AUTOGESTIÓN VECINAL EN EL FUTURO DEL PATRIMONIO CONSTRUIDO:
REFLEXIONES AL HILO DE FERROL VELLO Y EL BARRIO MODERNO
DE RECIMIL (FERROL, ESPAÑA)
Olga Fra Gálvez y Miguel Ángel Reimúndez González

INTRODUCCIÓN

Frente al concepto de patrimonio construido “clásico”, basado en valores históricos, singulares, monumentales, de paisaje urbano o centralidad de la vida social, variedad y concentración de usos... los valores patrimoniales de la ciudad contemporánea deben explorarse en torno a otros factores. Uno de ellos es el modo en que la sociedad civil responde a la defensa activa de dichos valores, reinventándolos públicamente. A lo largo y ancho de la península ibérica, abundan los casos de barrios históricos que, frente a la amenaza que la acción de la administración supone para la calidad de vida de sus habitantes, éstos se rebelan organizadamente, con amplia formación ciudadana, presencia de alternativas y repercusión mediática. Cabanyal en Valencia, el Raval en Barcelona y el Casco Histórico de Sevilla son quizás los ejemplos más sonados. El caso de Ferrol permite analizar dos ejemplos: las acciones de un colectivo de vecinos en defensa de Ferrol Vello, el único barrio de origen medieval de la ciudad, y el debate público en torno a la conservación del barrio de Recimil, conjunto de vivienda social del inicio del franquismo.

El primer caso es uno de tantos barrios históricos de las ciudades de la península ibérica que sufrió en las últimas décadas del siglo XX el común proceso de marginación social y abandono por parte de la administración y las propias lógicas del mercado de la vivienda, el exilio de sus habitantes y la posterior concentración de la propiedad con un propósito puramente especulativo. Por la falta de una acción decidida de la administración, ha llegado a nuestros días con un altísimo grado de abandono, tanto social como físico. Más de la mitad de las viviendas están vacías, el comercio prácticamente no existe y los incendios y la ruina frenan los intentos de recuperación de la mano de una tímida política de rehabilitación urbana.

El segundo es un barrio planificado y unitario, lo que sin duda le otorga valores raros en la ciudad contemporánea. Posee una ventaja diferenciada con respecto al resto de la ciudad cuando se abordan políticas de recuperación urbana, puesto que en su caso, primero, es posible estandarizar racionalmente hasta cierto punto las soluciones, y, segundo, porque su carácter de “barrio isla”, esto es, su ordenación como área am-

biental, consecuencia de su situación geográfica en la ciudad y de su definición como pieza autónoma, le permite conservar una dimensión doméstica del uso del espacio público, una dimensión “tranquila” del espacio que no es común en la ciudad contemporánea y que aporta otro valor, real pero intangible, al patrimonio construido de estos barrios: el espacio público mantiene su carácter de elemento socializador de primer orden. Este aspecto “isla”, común a buena parte de las periferias planificadas, que es una ventaja para la calidad de vida de sus habitantes, es una desventaja en la opinión pública cuando, como sucede en la actualidad, estos barrios se ven amenazados por procesos inmobiliarios especulativos: la falta de conocimiento del resto de la ciudadanía es también falta de reconocimiento de sus valores patrimoniales y, por tanto, un elemento de vulnerabilidad frente a esa presión orientada a “rentabilizar” el derribo de estos barrios (ese disparate despilfarrador) y sustituirlos con un mayor aprovechamiento, esto es, desfigurando la escala y definición de su espacio público, empeorando sus condiciones de habitabilidad y su domesticidad, y alterando sus condiciones de contorno y contacto con el resto de la ciudad. Esta presión es mayor en ciertos barrios que fueron primeras periferias de los cascos históricos de la ciudad, como Recimil, que permanecieron como reductos impermeables frente a las plusvalías inmobiliarias que, en su entorno, se han realizado en dos o tres ocasiones en los últimos 60 años.

EL PATRIMONIO DE LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA

El patrimonio urbano, como el resto del patrimonio cultural, sea cual sea su forma, es un bien colectivo. Es un escenario, un ecosistema, un contenedor funcional de actividades, un espacio de desplazamiento. Es imposible congelarlo. Incluso al protegerlo se transforma.

Ninguna otra de nuestras herencias culturales es tan confusa como lo es la ciudad, pero ninguna otra puede vivirse completamente. Intentaremos aproximar una definición de patrimonio urbano. Nos interesa como resultado de situar a los habitantes de la ciudad (o a sus necesidades genéricas), y a su papel en el sistema productivo, en el centro de la discusión del crecimiento de la ciudad y su regeneración, para luego analizar cómo ciertos grupos sociales se realizan en función de su implicación en la defensa de este patrimonio.

El patrimonio urbano ha sido (y es) en primer lugar una señal de identidad. Arquitecturas monumentales, plazas, ruinas de estructuras bélicas, *casas natales*, barrios de vagas toponimias históricas luego confirmadas por el subsuelo... Todo un soporte bien aglomerado de hechos históricos y etnografía, cuyo interés se pone de relieve más o menos en función de criterios turísticos, que si bien están pensados para “los de fuera” determinan la imagen de la ciudad apropiable por “los de dentro”.

Los que viven contemporáneamente sobre *el soporte de la historia* pueden disfrutar de ese valor conscientemente o no hacerlo, porque todavía no lo han “intelectualizado”.

El habitante puede ser consciente, apropiarse de la ciudad, como en el verso de Luis Cernuda, “la vida con la historia, tan dulces al recuerdo”.

Pero también puede no ser consciente. Porque la comprensión del patrimonio urbano no se limita a su reconocimiento como tal patrimonio heredado. Tenemos que

vivir y trabajar, y por lo tanto comprender, cuanto menos de forma discontinua, el conjunto de la ciudad heredada, en los primeros ensanches y en la ciudad contemporánea, hasta alcanzar los polígonos terciarios y las urbanizaciones de viviendas unifamiliares.

Hablamos, por lo tanto, de un patrimonio urbano y social extensísimo, vinculado sin más con la calidad de vida y a su sentido colectivo, pocas veces coincidente con el patrimonio cultural que las administraciones de cultura defienden. La *vulgaridad* del extenso patrimonio heredado contemporáneo es un inconveniente para éstas. Para ellas, al igual que sucede en las casas de compra-venta de antigüedades, es necesario que la ciudad coja polvo unos cien años. Así que, según su perspectiva, es aún pronto para estudiar etnografía y antropología en nuestras periferias, para intentar comprender la vida de masas de trabajadores, emigradas de alguna parte del territorio rural, adaptadas a una vida urbana a través de cuatro claves simples y tramposas, usuarios inconscientes de *unidades vecinales* planificadas como en un sueño urbanístico (que, en muchas ocasiones, produce monstruos).

La periferia tiene un impacto real en el patrimonio social de las ciudades y también, en muchas ocasiones, en la identidad colectiva, aunque ésta esté segregada por barrios. Los espacios públicos e incluso los sorprendentes conjuntos de arquitectura moderna sobreviven como patrimonio social (aunque ya los usen colectivos que son distintos –no muy distintos– a las primeras masas trabajadoras) porque subsisten con ellos garantías de calidad de vida innegables. Esperamos poder analizarlas a continuación.

Relacionamos este valor urbano y social, obviamente, con los espacios sociales: el espacio público, los equipamientos y algunos lugares de ocio y su interrelación, que se adaptan a los cambios de uso de la ciudad desde la flexibilidad, su diseño genérico... y con el hecho de fondo de que la sobrecarga de la ciudad o el éxito de una de sus partes (de tráfico, de centros de trabajo, de comercio, de población) no significa una concepción distinta de ésta por parte de sus habitantes.

Por otro lado, la apropiación del patrimonio urbano por parte de sus habitantes se produce de forma “natural”, sin conciencia de su posesión. No lo conciben como una conquista social y no han podido decidir sobre su planificación ni ejecución.

La relación entre la ciudad y sus habitantes, aparte de estar mediatizada por agentes de tipo turístico-monumental y utilitario-funcional, también está condicionada por el desapego contemporáneo por el espacio público.

Con el “progreso” de las clases trabajadoras, los espacios antes ocupados exclusivamente por la burguesía (parques, centros históricos) o por los trabajadores (periferias urbanas) se convierten en espacios interclasistas que, paradójicamente, comienzan a percibirse como inseguros. El espacio público se va percibiendo con criterios cada vez más utilitarios (la calle es para estacionar el coche y la plaza para las terrazas de las cafeterías). Así se pierden los componentes de juego y encuentro, y también de refugio que, en algún momento de la segunda mitad del siglo XX, se extendían al conjunto de la ciudad construida, desde el centro histórico a la periferia más reciente.

Frente a este desapego, la alternativa de los centros de ocio horroriza: más que la conquista del bienestar es su abandono. El bienestar es (era) la libertad, el dominio de un medio a nuestra medida, que era toda la ciudad, y toda su calidad ambiental. De un modo indisoluble, patrimonio social y cultural vivo. Tampoco el cumplimiento de los

estándares de equipamiento y habitabilidad elevados a rango de ley ha corregido este desapego.

En cualquier caso el ciudadano común parece huir hoy de los espacios que para él están destinados.

LA DEFENSA DE UN BARRIO HISTÓRICO: FERROL VELLO

Dicho lo anterior, volvamos sobre el caso de la defensa de la ciudad como patrimonio social y cultural a la vez, a la confusión y también a cierta clarividencia, por parte de un grupo de ciudadanos.

En nuestro primer caso, el mecanismo fundamental en la defensa de la ciudad es la “intelectualización” de una parte de la ciudad por sus habitantes.

La ciudad parece no tener interés como conjunto para la calidad de vida de estos habitantes-vecinos. Por esto, han centrado la discusión en su barrio, Ferrol Vello, un barrio histórico –aunque sin consideración de casco histórico ni protección administrativa demasiado firme–. Recíprocamente, tampoco este barrio despierta un interés especial por su valor cultural en el conjunto de los habitantes de la ciudad: otro barrio (La Magdalena, una pequeña joya del siglo XVIII) disfruta de la consideración de casco histórico y es por fin valorado como tal... por un sector de ciudadanos que podemos considerar *amplio*, sin ser desde luego *masivo*.

Culmina ahora en este barrio un proceso de acumulación de la propiedad en pocas manos y ya se han reedificado en el lugar de las viejas construcciones otras de tipología bien diferente, edificios colectivos que destacan por su volumen y por la *banalidad* (ésta sí) que caracteriza estas arquitecturas. Están atacando un barrio histórico sujeto con cuatro palitos, que se cae, es cierto, pero que a pesar de todo tiene quien lo aprecie: un grupo de vecinos (además de algunos técnicos relacionados con la conservación del patrimonio y algunos otros ciudadanos).

La representación social de los valores patrimoniales, y la posterior institucionalización de estos valores es imprescindible para su defensa. El valor cultural de un barrio histórico es la opción más segura –es un camino trillado– de esta reivindicación. El valor arquitectónico se expande poco a poco hacia un valor de memoria popular, de etnografía, que es también un patrimonio del trabajo, los oficios urbanos, las primeras fábricas, la pesca, y que se sube de tono lo más posible.

También se amparan en la historia fabulada y en la arqueología que no se hará: ¿está debajo del atrio de San Francisco, del XVIII, la vieja iglesia gótica del convento? ¿Debajo de la Plaza Vella está la playa (que era el puerto natural) y el alfolí? ¿Es cierto que la fachada de San Francisco no tiene torres y parece un arco de triunfo por pretensiones clasicistas-laicistas? ¿O es porque las torres ocultarían el observatorio astronómico situado un poco más arriba? ¿La clave del arco principal de la fachada se asentó por el terremoto de Lisboa? ¿Era el Pazo de Bermúdez un auténtico pazo? ¿Tenía la zona de Argüelles soportales?

Más allá de diferencias generacionales (son más jóvenes y cuentan con un mayor grado de formación), los nuevos habitantes se distinguen de los antiguos porque, al contrario que éstos, cuyas familias llevan viviendo en el barrio décadas, decidieron

conscientemente irse a vivir a Ferrol Vello y optaron por edificios tradicionales rehabilitados, frente a otras ofertas inmobiliarias menos “comprometidas”. La defensa del barrio es, por lo tanto, una defensa consciente y bien formada y, por tanto, formulada con claridad. Conocen los mecanismos urbanísticos de la promoción y de la edificación, y el papel que han de jugar las distintas administraciones: el impulso de reurbanización y redotación que corresponde al Concello, las operaciones de vivienda pública que debería acometer la Administración Autonómica, y en general, el esfuerzo regulador a favor de la protección patrimonial que debería resolverse con la declaración de conjunto histórico.



Fig. 1. Ferrol Vello: recolección de materiales desprendidos de una casa en ruinas. (Foto de los autores)

Los nuevos habitantes, más allá de la valoración del patrimonio cultural, sitúan el entorno urbano de sus viviendas en el centro de su calidad de vida. Asumen pequeños sacrificios privados (falta de ascensor y garaje, soleamiento muy condicionado, pocos servicios) a cambio de una apuesta implícita por el patrimonio social, en este caso estratégicamente unido a un escenario histórico.

Para relanzar su patrimonio urbano, y resolver de paso esta contradicción con los habitantes históricos, desde la Asociación de Vecinos se empeñan en el uso del espacio público multiplicando sus actividades fuera de la sede (rescatando fiestas tradicionales, juegos infantiles, cine al aire libre, maratones fotográficos sobre el barrio y exposiciones) y repitiéndolas de año en año intentando fijar en la retina de todos los habitantes la vivencia festiva de esos espacios.

También protagonizan pequeños actos reivindicativos, para mejorar ellos mismos la realidad del paisaje urbano, y de paso afean la inactividad de la administración y de los propietarios de ruinas a la espera: recogen escombros de una fachada que se des-

ploma y lo dejan en bolsas, bien alineadas, a lo largo de la calle, justo antes de que pase una concurrida procesión de semana santa; organizan jornadas para pintar fachadas de zonas completamente en ruinas, integrando en dichas actividades a los inmigrantes sudamericanos recién llegados y a los vecinos que han tenido que marcharse a otro barrio ante la falta de perspectivas en éste, y reclaman que unos solares delante de la iglesia de San Francisco se conviertan en zona verde plantando tres olmos y un abedul.

LA DEFENSA DE UN BARRIO CONTEMPORÁNEO: RECIMIL

La investigación de la primera mitad del siglo XX alrededor de la construcción de las primeras periferias, expresada en el tamaño, estructura y conexión entre sus piezas, la definición de estándares (espacio público y dotaciones), las densidades asumibles y medibles, la ordenación de tráficos y el diseño de las secciones viarias, la discusión sobre el tipo y tamaño de la vivienda, la seriación y optimización de sistemas constructivos... está en el centro del valor patrimonial de nuestra ciudad reciente, a todos los niveles.

A lo largo del siglo XX se han producido excelentes conjuntos urbanos en las periferias de las ciudades, aunque ésta suele ofrecer una imagen masiva, confusa, a menudo incluso ¡mal planificada...! También acogen objetos de arquitectura del Movimiento Moderno que actualmente son valorados –cuando no adorados– en sí mismos, al menos en España... Sin embargo, los extremos teóricos se encuentran en el urbanismo moderno, y su puesta en práctica, esquemática o radical, es lo que ha transformado durante un siglo nuestro espacio urbano.

El patrimonio social de “piezas” de la primera periferia tiene un reconocimiento propio que nace del proyecto, y su defensa y comprensión, si bien precisa de una cierta representación colectiva (como en nuestro anterior ejemplo), puede apoyarse en características formales y funcionales que no han perdido actualidad: su espacio público está bien o mal proporcionado, la orientación y forma de sus manzanas están bien o mal planteadas, el tamaño, tipo y habitabilidad de sus viviendas están bien o mal concebidos.

Este es el caso de Recimil, barrio de 1,012 viviendas públicas de titularidad municipal cuya construcción se realizó entre 1940 y 1949 siguiendo los parámetros de trazado de un plan de 1929.

Aquí el espacio público mantiene un carácter de elemento socializador de primer orden, aporta realmente calidad de vida, está controlado y en uso, y además, es lo bastante flexible como para permitir una segunda o una tercera vuelta en su diseño de pormenor, en su adaptación a nuevas necesidades de uso de ámbito estrictamente local. Este “éxito” está también vinculado con las dotaciones que contiene el barrio, a su tamaño y forma de integrarse en la ordenación, en el propio tejido habitado. Aunque las necesidades de dotación y servicios cambian, y la población “salta” fuera del barrio en respuesta a ofertas más generales, los equipamientos de proximidad siguen ahí. Admiten reinterpretaciones, pero su accesibilidad y dimensión adecuadas los convierten en un elemento clave en el equilibrio de la vida urbana.

Sin embargo, a pesar de sus virtudes, este espacio urbano “completo” está condicionado por el momento histórico en el que se construye, primer ensanche de una ciudad en la que la muralla no desaparece hasta 1940. Como primera expansión de la

ciudad es la pieza más central fuera del casco histórico, lo que la hace muy apetecible para su transformación inmobiliaria.

Después de sufrir varias amenazas de derribo integral con vagas (vaguísimas) promesas de realojo, los vecinos concluyen que la defensa de sus intereses pasa fundamentalmente por la defensa del valor patrimonial del proyecto urbano del barrio: su protección deberá garantizar su existencia.

Si en el caso de Ferrol Vello los vecinos incidían en la generación de actividad en el espacio público, los vecinos de Recimil se enfrentan a una tarea mucho más complicada. Si bien está más o menos asentado a un nivel intuitivo en la sociedad el valor de la arquitectura como patrimonio heredado, no sucede así con los valores urbanísticos de un conjunto del siglo XX, algo cuya comprensión requiere, o bien cierto conocimiento de la historia del urbanismo, o bien haber compartido la experiencia de vivir esos espacios. Este aspecto de “barrio-isla”, de barrio tranquilo, que es una ventaja para la calidad de vida de sus habitantes, complica al mismo tiempo el reconocimiento de sus valores patrimoniales por parte del resto de la ciudadanía, que apenas conoce el barrio.

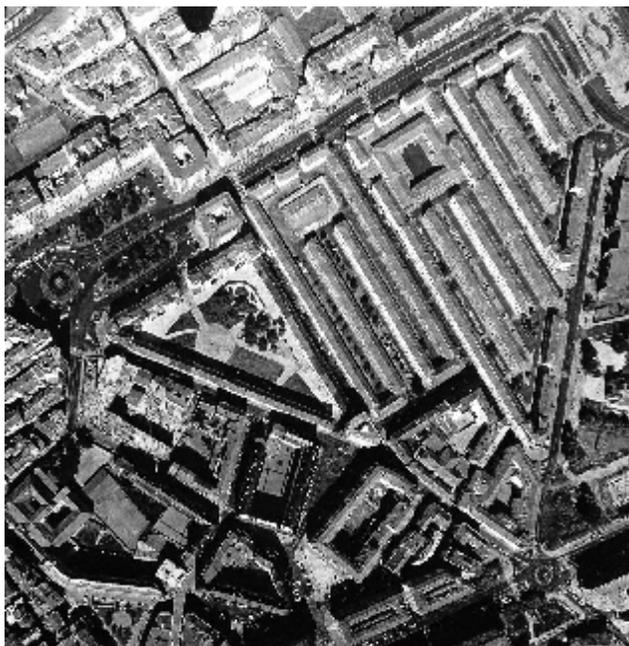


Fig. 2. Foto aérea del barrio de Recimil del año 1999. (Fuente: Concello de Ferrol)

Los habitantes-inquilinos del barrio de Recimil se defienden, por lo tanto, ensimismados. No les interesa, como a los vecinos de Ferrol Vello, el papel que han de jugar en el conjunto de la ciudad. Así se generan dos debates diferentes y confrontados a dos niveles: uno que parte del interés de la ciudad por poner en valor un patrimonio público valiosísimo y otro que parte de los vecinos que defienden su calidad de vida y su derecho a seguir viviendo en este barrio. Entre uno y otro está la administración, que tarde o temprano tendrá que arbitrar una solución que combine los dos intereses.

CONCLUSIÓN

Si en España, y en concreto en Ferrol, en la década de 1960, se promovió desde una elite intelectual la conciencia de la necesidad de la protección del patrimonio heredado para defenderlo de su destrucción a manos de los intereses del capital inmobiliario, en el siglo XXI la defensa de la ciudad como patrimonio de todos es un enunciado compartido por los movimientos sociales de base.

Estas iniciativas vecinales suponen una apropiación del patrimonio construido de la ciudad contemporánea, con una serie de rasgos comunes a todas ellas: se apoyan en la sociedad de la información, sus argumentos se centran en la defensa de la calidad de vida de la mayoría en contra de los intereses inmobiliarios de unos pocos, conquistan complicidades políticas y sociales y son vehículos, en última instancia, para la organización de la sociedad civil, en torno a demandas que superan el ámbito del patrimonio urbano. En la comprensión de los mecanismos de esta acción cívica tan exigente está, con toda seguridad, la clave de una posible gestión democrática y compartida de la ciudad; esto si no queremos caer en las propuestas descafeinadas de democracia participativa diseñada “desde arriba”, que proliferan últimamente en las administraciones locales.

LOS AUTORES

ISABEL BARGALLÓ SÁNCHEZ es arquitecta por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México) y doctora en Arte por la Universidad Autónoma de Barcelona (España). Ha desarrollado una parte de su vida profesional en la formación ocupacional y las enseñanzas medias y en el desarrollo de proyectos arquitectónicos y la dirección de obra. Desde el punto de vista investigador se ha interesado sobre todo por la evolución de la ciudad (destacando aquí el estudio de la ciudad mesoamericana del posclásico tardío a la colonia, llevado a cabo en su tesis doctoral), los polígonos habitacionales proyectados y construidos en Barcelona en la década de los sesenta del siglo pasado y, en especial, Montbau, barrio en el que ha vivido muchos años y del que fue vocal de urbanismo de la Asociación de Vecinos.

MARÍA A. CASTRILLO ROMÓN es doctora arquitecta, investigadora y docente del Instituto Universitario de Urbanística y profesora titular de Urbanística y ordenación del territorio en el Departamento de Urbanismo y representación de la arquitectura, ambos de la Universidad de Valladolid (España). Ha sido docente en diversos programas de doctorado de la Universidad de Valladolid desarrollados en España, México y Portugal y profesora invitada en el programa de master de la École Nationale Supérieure d'Architecture de Paris-Belleville (Francia). Buena parte de su trabajo de investigación se centra en la vivienda social y la planificación urbana, tema en el que ha trabajado desde una perspectiva histórica y, más recientemente, en relación con la cuestión de la rehabilitación y renovación urbana de los barrios de vivienda social de 1945-1975.

ALESSIA DE BIASE es arquitecta y doctora en Antropología social y Etnología. Dirige el Laboratoire Architecture/Anthropologie (LAA, École Nationale Supérieure d'Architecture de Paris-La Villette, Francia) y enseña en la École Nationale Supérieure d'Architecture de Paris-Belleville (Francia). Su trabajo se centra en los procesos de construcción del imaginario urbano contemporáneo y se interesa especialmente por la fabricación de herramientas metodológicas interdisciplinarias. Entre sus publicaciones más importantes están: A. de Biase et Cristina Rossi (dir.), *Chez soi. Identités et territoires dans les mondes contemporains* (2005); A. de Biase et Ph. Bonnin (dir.), *L'espace anthropologique*, número thématique des *Cahiers de la recherche architecturale et urbaine*, núm. 20-21, mars 2007; A. Berque, A. de Biase et Ph. Bonnin, *L'habiter dans sa poétique première* (2008); A. de Biase, *Vénitiens dans la Pampa*.

Anthropologie d'une double identité au Rio Grande do Sul, Brésil, (2009); y A. de Biase et M. Coralli, *Espaces en commun. Nouvelles formes de penser et habiter la ville* (2009).

SILVANO A. DE LA LLATA GONZÁLEZ es arquitecto por la Universidad Autónoma de Tamaulipas (UAT, México), maestro en Estudios y Gestión de la Ciudad por la Universidad Iberoamericana (México) y, actualmente, doctorante en City and Regional Planning en Cornell University (NY, EE.UU.) como becario del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México (CONACyT). Como profesor e investigador en la UAT y en la Universidad Anáhuac (IEST), su trabajo se centra en el diseño y planeación urbana, así como en el estudio de la informalidad en espacio público y su papel en el diseño de éste en las ciudades latinoamericanas. En 2005 fundó el estudio Balance 1.618, donde ha coordinado distintos proyectos para incorporar comunidades marginadas y vulnerables al tejido socio-urbano a través del diseño y la gestión estratégica de espacios públicos.

JUAN LUIS DE LAS RIVAS SANZ es doctor arquitecto y profesor titular de Urbanismo y Ordenación del Territorio en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad de Valladolid (España). Ha sido *Visiting Scholar* en la Facultad de Arquitectura del Politécnico de Milán y en la Arizona State University de Phoenix, y profesor invitado en diversos centros españoles y extranjeros. Desarrolla su labor investigadora en el Instituto Universitario de Urbanística de la Universidad de Valladolid, donde dirige diversos proyectos de investigación orientados a fomentar la innovación en urbanismo y ordenación del territorio, así como consultorías de planeamiento urbanístico y diseño urbano. Es autor, entre otros, de *El espacio como lugar* (1992) y *Territorios inteligentes* (con Alfonso Vegara, 2004) y director de dos trabajos galardonados, respectivamente, con el Gran Premio Europeo de Planificación Regional y Urbana (European Council of Town Planners, 2002) y con una mención en el Premio Internacional Gubbio (Asociación Nacional para los Centros Históricos de Italia, 2003).

SALVADOR DÍAZ-BERRIO FERNÁNDEZ es arquitecto doctor en Restauración de monumentos. Fue jefe de Monumentos coloniales, de Zonas de monumentos históricos y coordinador de Maestría en Restauración del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH, México). Ha colaborado como experto con Naciones Unidas y UNESCO, y ha sido representante de México en el Consejo del ICCROM y en el Comité Patrimonio Mundial. Fue profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Universidad de Guanajuato (México), profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco (México), miembro de ICOMOS y de la Academia de Arquitectura. Recibió el Premio Nacional de Investigación de México y es autor de 9 libros, 60 artículos y 20 capítulos de libro.

OLGA FRA GÁLVEZ es arquitecta especialista en urbanismo por la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de A Coruña desde el año 2003. Ha desarrollado su práctica profesional colaborando con distintas empresas, entre las que destaca Oficina de Planeamiento SA, en la elaboración de Planes de ordenación municipal, planes de

protección de distintos cascos históricos de Galicia y la memoria-programa para la Rehabilitación integrada del barrio de Recimil en Ferrol. Actualmente colabora con la Asociación de Vecinos de Ferrol Vello y es arquitecta municipal en el Ayuntamiento de Mugardos (A Coruña).

JEAN-PIERRE GARNIER es investigador del Centre national de la recherche scientifique (CNRS) de Francia. Está diplomado por el Institut d'Études Politiques de Paris (Francia) y es doctor en Sociología urbana y también en Urbanismo. Ha trabajado en organismos de ordenación del territorio en Francia y en Cuba, y ha enseñado en varias universidades y escuelas de arquitectura. Sus investigaciones tratan principalmente de las dimensiones espaciales de la dominación capitalista y es autor de numerosos escritos, entre ellos un libro publicado en castellano: *Contra los territorios del poder. Por un espacio público de debates... y de combates* (Barcelona: Virus, 2006).

ROSA MOURA es doctora en Geografía, investigadora de la red "Observatorio de las metrópolis" en el proyecto "Territorio, cohesión social y gobernanza democrática", vinculado a los Institutos Nacionales de Ciencia y Tecnología (INCT-CNP) y al Instituto Paranaense de Desarrollo Económico y Social. Actúa como técnica de la Secretaría de Desarrollo Urbano del Estado del Paraná, como asesora en las ONGs Tierra de Derechos y Observatorio de Políticas Públicas Paraná (Brasil). En la Universidad Federal del Paraná, es profesora de la disciplina "Producción del espacio metropolitano" del curso de posgrado en Análisis ambiental.

ALAIN MUSSET es director de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París (Francia), miembro del CRH- *Groupe de géographie et d'histoire des territoires, de l'environnement, des ressources et des sociétés*, y director de la formación "Estudios comparativos del desarrollo". Trabaja en el campo de la Geografía urbana y la Geohistoria y estudia tanto la organización de los territorios urbanos como las representaciones sociales del espacio en ciudades reales (América Latina) o imaginarias (ciencia ficción). Algunas de sus últimas publicaciones son: *De New York à Coruscant, essai de géo-fiction* (2005), *Hombres nuevos en otro mundo. La Nicaragua del 80 en los diarios de la Cruzada Nacional de Alfabetización* (2007), *Géopolitique des Amériques* (2ª edición, 2009), *¿Geohistoria o geoficción? Ciudades vulnerables y justicia espacial* (2009).

MARÍA PATRICIA PENSADO LEGLISE es investigadora del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (México), adscrita al Área de Historia Oral, y maestra de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre sus publicaciones se cuentan: *Continuidad, ruptura y descubrimiento en el encuentro con la política de izquierda: memorias de militancia en México, 1950-1970*, en coautoría con Gerardo Necochea; *Retos de la historia oral en el estudio de comunidades urbanas*; y *El espacio generador de identidades locales. Análisis comparativo de dos comunidades*.

MIGUEL ÁNGEL REIMÚNDEZ GONZÁLEZ es arquitecto especialista en urbanismo por la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de A Coruña, desde el año 2002. Ha trabajado (2002-2007) con diversas consultoras en la elaboración de planeamiento urbanístico municipal y de protección patrimonial de diferentes municipios y conjuntos históricos de Galicia. Entre los años 2007 y 2008 fue Concejal de Vivienda y Rehabilitación en el Ayuntamiento de Ferrol. Es co-autor de la *Guía de Arquitectura: Ferrol e Comarca* (2007).

ANA ROSAS MANTECÓN es antropóloga, profesora e investigadora del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa en México. Se ha especializado en la investigación sobre consumo cultural y recepción artística, con estudios sobre públicos de museos, de cine, de televisión, de video, de salones de baile, de rock, turismo cultural, representaciones del patrimonio arquitectónico en centros históricos así como análisis de políticas culturales urbanas.

CARLOS FRANCISCO VALVERDE DÍAZ DE LEÓN es arquitecto, maestro en Educación Humanista y doctor en Urbanismo. Ha realizado estancias de investigación en Canadá y España financiadas por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) de México. En la Universidad Iberoamericana Puebla (México) ha sido coordinador fundador de la licenciatura en Arquitectura (1993), director del Departamento de Arte, Diseño y Arquitectura (1994-2003), miembro del Comité Académico (1999-2003 y 2008-a la fecha) y representante electo de coordinadores y directores académicos para el Senado Universitario (2001-2003 y 2009-2011). Actualmente es director de Investigación y Posgrado de la misma institución. Su línea de investigación está centrada en procesos de modernización de las ciudades a partir del análisis del espacio público. También es colaborador del Colectivo Metropolitano (Puebla), donde desarrolla propuestas para la incorporación del espacio público, áreas verdes y movilidad no motorizada como claves de transformación en la calidad de vida para los ayuntamientos de Puebla, Orizaba y Veracruz.

MIREIA VILADEVALL I GUASCH es antropóloga, maestra por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México) y máster en Gestión cultural por la Universitat de Girona (España). Es docente y miembro del Comité Técnico en la Maestría de Estudios y Gestión de la Ciudad de la Universidad Iberoamericana Puebla y profesora del diplomado Gestión Cultural organizado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Su investigación se centra en la gestión del patrimonio cultural, en particular el patrimonio urbano.

HELENA VILLAREJO GALENDE es doctora en Derecho y Economía Públicos. Trabaja como profesora de Derecho Público en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Valladolid (España). Ha sido *visiting scholar* en las Universidades de New York (EE.UU.), Cardiff (Reino Unido) y Ryerson (Toronto, Canadá) y docente en diversos cursos de posgrado y especialización: Gestión y *marketing* de centros urbanos (Cartagena), Especialista universitario en gerencia de áreas comerciales ur-

banas (Burgos), Posgrado en urbanismo (Valladolid), Doctorado en Derecho (Valladolid), Máster en Derecho empresarial (Managua, Nicaragua). Sus investigaciones se dirigen al terreno del Derecho administrativo económico, con especial atención al régimen jurídico de la actividad comercial y, también, al urbanismo. Sobre el particular, ha publicado varios libros y diversos artículos en revistas especializadas, entre los que destaca: *Equipamientos comerciales. Entre el urbanismo y la planificación comercial* (2008).



El espacio público en la ciudad contemporánea,
se imprimió en el mes de febrero de 2012 en los talleres de Diseño y Letras,
teléfono (797) 975 56 85.
En su composición tipográfica se utilizó la fuente Palatino en 10/12 puntos.
El tiro consta de 200 ejemplares.

ISBN 607-7901-10-5



El trabajo de autores europeos y americanos provenientes de un largo número de disciplinas (urbanística, antropología, sociología, historia, derecho, geografía y arquitectura) confluye en este libro que aborda la cuestión del espacio público desde una perspectiva que podríamos calificar de ética: la preocupación por el devenir actual y las perspectivas de futuro de ese bien común que, como sostiene Henri Lefebvre, es esencia misma de la ciudad.

En un mismo volumen se reúnen reflexiones referidas a ciudades que no comparten la misma historia, ni la misma realidad física, política, económica ni social; ciudades que además son vistas (vivas y pensadas) con diferentes miradas, con perspectivas distintas sobre esa realidad poliédrica que es lo público de la ciudad, desde el espacio físico a la fiesta.

La primera parte del libro se centra en el *devenir* actual de los espacios públicos, marcado, precisamente, por el cuestionamiento o la pérdida de su condición de públicos. La segunda parte gira en torno al concepto de *patrimonio* en sus diferentes conjugaciones con el espacio público, conjugaciones que abarcan desde el entendimiento tradicional de lo patrimonial aplicado a la ciudad hasta el entendimiento ético del espacio público y lo patrimonial. La última parte de este libro (*Prospectiva*) reúne colaboraciones que lanzan una mirada urbanística constructiva hacia un futuro posible de los espacios públicos.

